

AMÉRICA



MARIANA



PARPETVA

AMERICA

ANTHANA



BT650
C4
v.2

45555

008723





1080014937

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ LAMMA
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECA



AMÉRICA MARIANA
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





AMÉRICA MARIANA

Ó SEA

HISTORIA COMPENDIADA

DE LAS

IMAGENES DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

MÁS VENERADAS EN EL NUEVO MUNDO

POR EL

R. P. FÉLIX ALEJANDRO CEPEDA

Misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María

TOMO II

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD
Biblioteca Valverde y Peláez

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

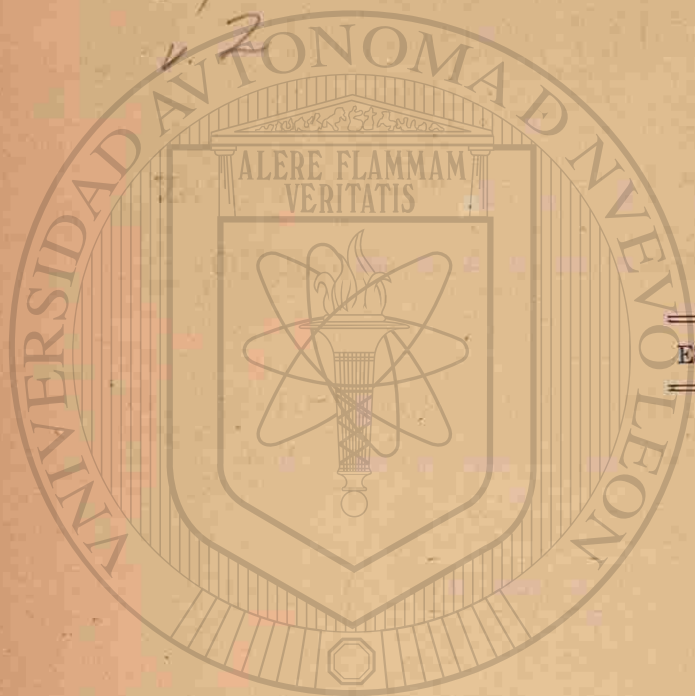
MÉXICO.—BARCELONA
1905.

45332

BT 650

C4

v. 2



ES PROPIEDAD

AMÉRICA MARIANA

SEGUNDA PARTE

UANL

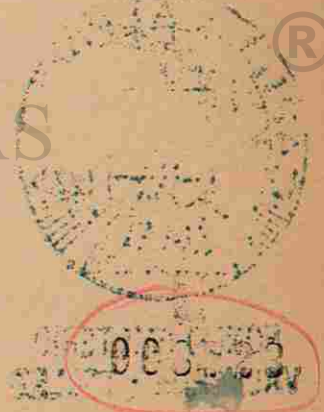
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

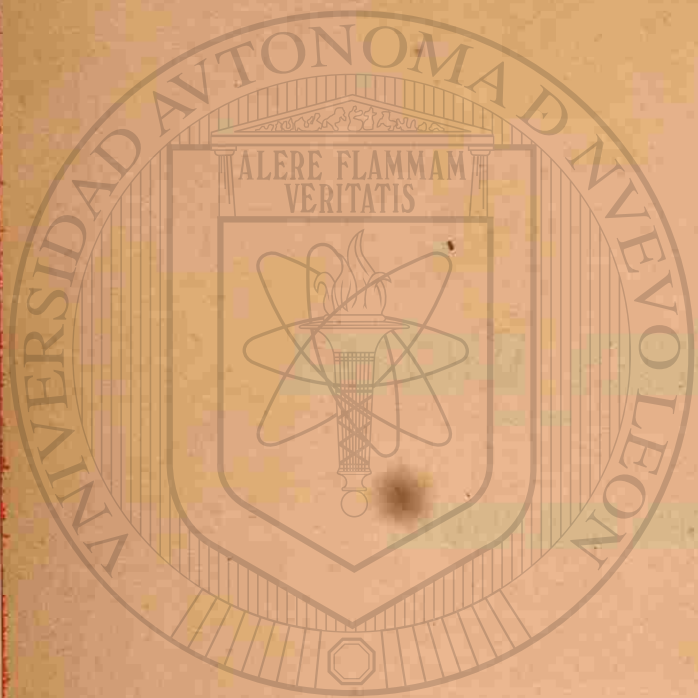


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA
IMPRESA DE JOSÉ SÁENZ MONEO

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



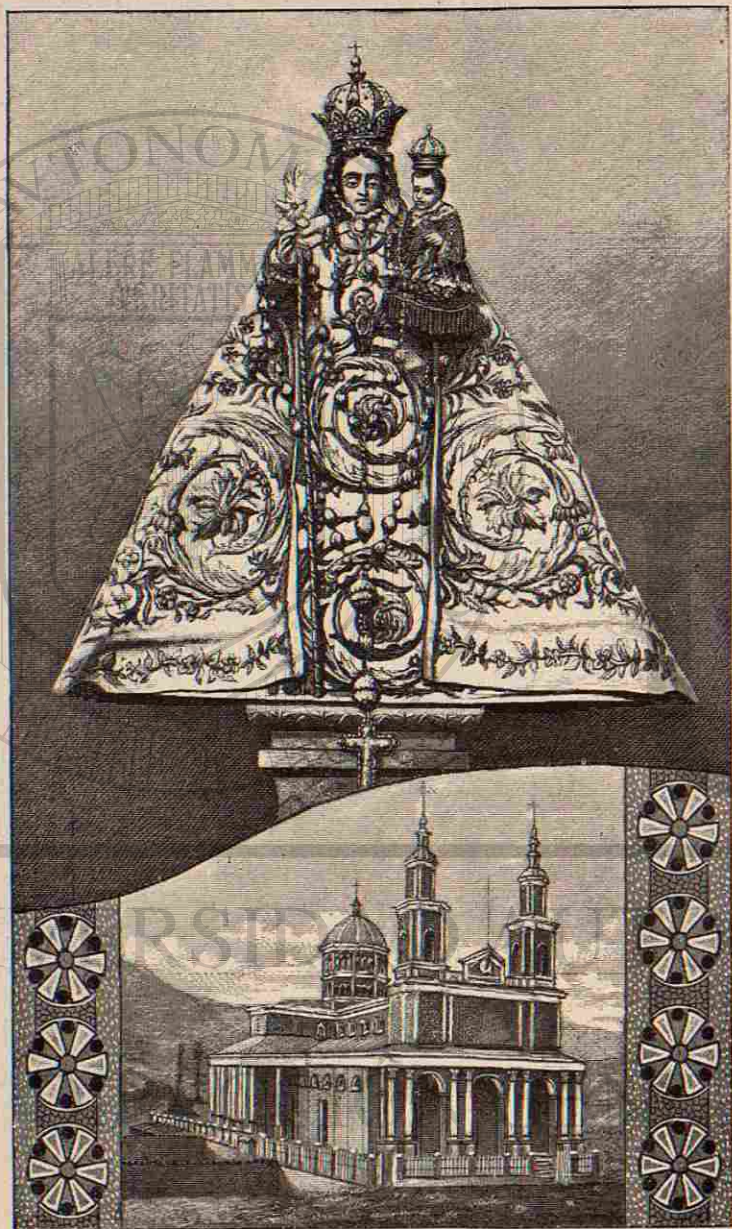


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUESTRA SEÑORA DE ANDACOLLO

IMÁGENES QUE SE VENERAN EN EL SUR DE AMÉRICA

CAPÍTULO I

El Lucero de Chile, ó sea, Nuestra Señora de Andacollo.

SUMARIO. — I. Chile. II. Andacollo y sus riquezas. III. La imagen María del Rosario de Andacollo. IV. El Santuario. V. La romería y los bailes. VI. La procesión. VII. Prodigios y milagros. VIII. Ofrendas. IX. La coronación. X. Guardianes del Santuario. XI. Oda.

I

CHILE

Al que contempla el mapa del Nuevo Mundo, no puede menos de llamarle la atención la larga y estrecha faja de terreno, que se extiende entre la cordillera de los Andes y el Océano Pacífico, marcada con esta inscripción: *República de Chile*. Los poco avisados é instruidos se imaginan tal vez que es país sin importancia política y comercial, de escaso progreso y cultura, de fauna y flora pobrísimas. Pero el que ha saludado siquiera los rudimentos de la historia moderna y contemporánea, reconoce con cuanta justicia un Obispo mejicano, de vastísima ilustración, afirmó en ocasión solemne: «Á Chile

corresponde la hegemonía de las Repúblicas sudamericanas» (1).

Espero que nadie llevará á mal que antes de relatar la historia de Nuestra Señora de Andacollo, pague débil tributo de cariño á la patria, trazando, como lo hice con Méjico, brevisimo resumen de su progreso é historia. Seré imparcial por más que un estimable amigo mío, diputado al congreso de la Unión, en la República mejicana, estampó estas frases en un libro por otra parte útil, ameno y honrosísimo para Chile: «La índole, la fisonomía peculiar de los chilenos es un amor á la patria llevado, si es permitido decirlo, hasta el fanatismo, hasta la exageración, como una herencia atávica de sus dos pueblos progenitores» (2).

Chile es hoy uno de los países que miden mayor longitud, pues alcanza 4225 kilómetros, y se extiende desde el río Sama, que está á los 17° 55' de latitud, hasta el cabo de Hornos situado en una de las islas Ermitas á los 55° 59'; y hago caso omiso de la isla Diego Ramírez, el punto más lejano del hemisferio austral, situada en el paralelo 56, que también le pertenece. En cambio su anchura es demasiado corta; en su máximo llega á 300 kilómetros, y disminuye hasta 170.

La superficie del territorio está calculada en 752.912 kilómetros cuadrados, siendo por consiguiente mayor que cualquiera de las naciones europeas, excepto Rusia (3).

(1) Ilmo. Sr. Dr. D. Ignacio Montes de Oca, Obispo de San Luis Potosí, en el sermón de Nuestra Señora de Covadonga, predicado á la colonia española de Méjico.

(2) Ángel M. Domínguez, Relaciones comerciales entre las Repúblicas Latino Americanas.

(3) Estos y demás datos numéricos los he tomado del opúsculo titulado *Breve descripción de la República de Chile*, impreso en Leipzig (Alemania) el año 1903 con datos oficiales, y de la magnífica obra *Geografía de Chile* por D. Enrique Espinosa.

Es posible que estas medidas cambien, pues según los convenios celebrados con el Perú después de la guerra llamada del Pacífico, Chile se hizo dueño de la provincia de Tarapacá y retuvo en prenda pretoria los departamentos de Tacna y Arica. Un plebiscito de los pueblos interesados debe decidir la nacionalidad definitiva de la provincia, abonando diez millones de pesos la República que resulte poseedora.

En cambio la población es escasa; no alcanzan á corresponder cuatro habitantes por kilómetro cuadrado, calculándose que ahora tiene tres millones y medio de habitantes. Es claro que este número no puede ser del todo exacto por las dificultades del empadronamiento en territorio tan vasto.

En Chile no hay negros, y así se explica la uniformidad de la raza, que en su mayor parte pertenece á la pura raza blanca española. Los indios araucanos son unos 50.000, viven en la provincia de su nombre, pero no son independientes ni salvajes.

Dividese el país en 23 provincias y un territorio. Á la cabeza de cada provincia se encuentra un Intendente. Las provincias se dividen en departamentos administrados por gobernadores, nombrados, como aquéllos, por el Presidente de la República. Los departamentos se dividen en subdelegaciones, y éstas en distritos.

Si se atiende á la vegetación y á la repartición de riquezas naturales, Chile se divide en tres zonas. La zona septentrional llega hasta el grado 30 y la forman las provincias que ya lindan con la zona tórrida; y á la inversa de lo que sucede en otras regiones, son las más áridas de Chile. No llueve nunca, y así la vegetación es nula. El elemento de riqueza de Tarapacá y Antofagasta es el salitre ó nitrato de sosa, que sirve para el abono de los campos y para fabricar el ácido nítrico y la pólvora. El puerto por donde se exporta mayor cantidad

de esta sustancia es el de Iquique, bella ciudad de 40.000 almas, pues cada año se embarcan unos 36 millones de kilogramos y producen al gobierno más de 30 millones (1).

Las provincias de Atamaca y Coquimbo no son tan estériles; pero su comercio principal es el de las minas de plata y cobre. Notable fué en la primera el mineral de plata de Chañarcillo, descubierto por Juan Godoy, que llegó á rivalizar con los más famosos de toda América. En Coquimbo son notables los de cobre de Tamaya, Tambillo y la Higuera. Para formarse idea de esta riqueza del país, ponemos lo que produjo en oro, plata y cobre desde la conquista hasta 1884:

En oro.	309.100 kilogramos
En plata.	7.032.064 kilogramos
En cobre.	1.771.319.817 kilogramos

Desde 1860 para adelante llegó á su apogeo la producción del cobre en Chile. Calculándose que en los tres años, contados desde las fechas indicadas, se elaboraron 3.313.000 quintales. En aquel tiempo Chile producía el 67 por 100 del cobre, que se expendía en los mercados europeos.

La zona central, que se extiende desde la provincia de Aconcagua hasta la de Valdivia, está en su mayor parte bien cultivada y regada. En estas provincias se desarrolla en gran escala la agricultura, siendo las más productivas las de Santiago, Colchagua, hasta Concepción. Sus principales productos son los cereales, los olivares, diversos árboles europeos, sobre todo las viñas con las cuales se fabrican vinos superiores, por desgracia poco conocidos en el mercado universal; pero que me-

(1) En la Memoria presentada al Congreso por el Presidente de la República el 1.º de Julio de 1902 se dice que la exportación de salitre en el año anterior fué de 27.691.301 quintales españoles. Y en el año 1902 no bajó de treinta millones y medio de quintales.

recieron un Gran Premio en la Exposición de París de 1899 y numerosos primeros premios en la de Búfalo en 1901. Las viñas del país ocupan una extensión de 29.700 hectáreas con 94 millones de plantas. En 1901 se cosecharon 1.372.000 hectólitros de vino, y el valor de esa cosecha pasó de doce millones de pesos.

Las provincias meridionales, que son las de Valdivia, Llanquihue y Chiloé, forman la zona de los bosques, que dan excelentes maderas, y producen además abundante pesca. En Valdivia, donde el clima es menos duro, no es escasa la agricultura. Viven en ella colonias alemanas, que han prosperado en alto grado. Allí elaboran cerveza de buena calidad. De estas provincias es originaria la patata ó papa, que tanto ha favorecido á los pobres de todo el mundo.

Al sur de la República se encuentra el territorio de Magallanes, cuya capital es el puerto franco de Punta Arenas de unas cuatro mil almas, que ha prosperado no poco en los últimos años, y que es la ciudad más meridional del mundo. La parte norte la forman las dos grandes penínsulas de la Patagonia y el litoral del sur, y varias islas, siendo la más grande la llamada Tierra del Fuego. Á pesar de que el clima es frío, abundan los pastos para la cría del ganado menor, y la pesca es notable. Los dignos hijos de Dom Bosco, los Salesianos, han fundado colegio en Punta Arenas, y diversas casas en el territorio para catequizar á los indígenas, siendo las más notables las de Puerto Porvenir en Tierra del Fuego, la de Puerto Harris en la isla de Dawson y la de la colonia de Ushuaia. En 1883 León XIII elevó estas misiones á la categoría de Prefectura Apostólica.

Chile está recorrido de Sur á Norte por la cordillera de los Andes y por otra más baja, vecina al mar, que se llama de la costa, encerrando entre ambas un valle más ó menos estrecho, que se dilata mucho en el centro

de la República, y allí es donde progresa más la agricultura.

Entre las cimas más elevadas de los Andes figuran el Aconcagua con 6970 metros, según medidas hechas por el sabio alemán Güssfeldt, el Mercedario con 6785, el Tupungato con 6710 metros, el volcán San José con 6096. El Aconcagua es el pico más alto de América.

No faltan ríos caudalosos, pero que no son navegables á causa de su rápido curso. Apenas nacen de la cordillera y ya desembocan en la mar. Los más notables son el Biobío, el Bueno, el Cachapoal, el Tinguiririca, el Maule, el Calle-Calle y el Maullín.

Inmenso beneficio ha sido para el país la explotación de vías férreas que casi llegan de uno á otro extremo y son propiedad del Estado. Pasan de 4286 kilómetros los que están en ejercicio. Quizás no tarde en concluirse la vía férrea á la Argentina, atravesando los Andes por Uspallata, á una altura de cuatro mil metros. En el presente año de 1904 llega hasta Río Claro, de modo que solo faltan 41 kilómetros para concluir este grandioso trabajo por el lado de Chile.

La red telegráfica de Chile es de 19.135 kilómetros, y ya se tiene aprobada la ley que autoriza al gobierno para poner en comunicación á Punta Arenas con Ancud, y por lo tanto con todo el orbe, prestando valioso servicio á la navegación.

El servicio de correos está bien administrado. En 1895, reunidas la circulación interior y exterior de la República, pasaron por las estafetas 63.551.374 piezas oficiales y del público. La prensa circula franca de porte dentro del país.

La instrucción pública está en estado tan floreciente, que es la admiración de los extranjeros que visitan el país. En los establecimientos del Estado es gratuita, desde la escuela primaria hasta la Universidad, y á los

discípulos pobres se les proporcionan gratuitamente los libros. En 1901 funcionaban sostenidas por el Estado 1788 escuelas con 113.865 alumnos. Además el clero y las comunidades religiosas sostienen 527 escuelas primarias. Y á este número hay que añadir las particulares.

Para recibir diploma de profesiones hay que acudir á la Universidad de Santiago, que tiene cinco facultades: á saber, Teología, Leyes y Ciencias Políticas, Medicina y Farmacia, Ciencias Físicas y Matemáticas, Filosofía y Humanidades. En la Archidiócesis de Santiago todas las parroquias mantienen escuela primaria y en la capital ha fundado el dignísimo Arzobispo Monseñor Casanova Universidad católica, quizás la única de la América Latina, con las facultades de Leyes y Ciencias Físicas y Matemáticas, y Escuela Normal de Preceptores dirigida por los Hermanos de las Escuelas Cristianas fundadas por San Juan Bautista de la Salle.

El Ejército y la Marina cuentan con escuelas militares y navales de primer orden, y por eso se encuentran en alto grado de esplendor, y sus jefes y oficiales no sólo son valientes y esforzados en el campo de batalla, sino que cultivan las ciencias y muchos reciben en la Universidad diplomas de abogados, médicos é ingenieros.

Hay bibliotecas públicas en la capital y en las principales cabeceras de los departamentos. La más importante es la Biblioteca Nacional de Santiago con más de cien mil volúmenes.

La religión de la República es la católica, apostólica, romana, con exclusión del ejercicio público de cualquiera otra. Esto ha contribuido en alto grado al progreso y al bienestar del país. Por convenio con la Santa Sede se suprimieron los diezmos y el Gobierno cobra una contribución territorial y se obliga á sostener el decoro de los Obispos, canónigos, y curas incóngruos, misiones de in-

fieles, seminarios, y atiende á la fábrica de los templos. Los párrocos en lo general subsisten con las oblaciones de los fieles.

Hay en la República el Arzobispado de Santiago con las diócesis sufragáneas de la Serena, Concepción y San Carlos de Ancud, y los Vicariatos Apostólicos de Tarapacá y Antofagasta, y las Prefecturas Apostólicas de Patagonia y Araucanía, erigida esta última el año de 1901 por León XIII.

Entre sus principales ciudades figuran Valparaíso con 150.000 habitantes, el puerto más hermoso y comercial del Pacífico, y Santiago, capital de la provincia y departamento de su nombre y de toda la República, con 320.000 almas. Hállase situada á los 33° de latitud, á orillas del río Mapocho, y cuenta con edificios públicos y particulares, sólidos y elegantes. Entre ellos citaré la Moneda, Palacio del Congreso y de las Cortes, de Justicia, las Universidades Católica y del Estado, Museo Nacional, Palacio Arzobispal, Intendencia y Ayuntamiento. Entre los templos descuellan la Catedral, recientemente reformada por el Ilmo. Sr. Casanova, Santo Domingo, la Merced, el Corazón de María y la Recoleta Dominicana, que se cree no tiene rival en Sud América.

Los paseos favoritos son la Alameda de las Delicias, que divide en dos secciones á la ciudad y tiene 4000 metros de largo por 80 de ancho, el Parque Cousiño, esmaltado de bellos y caprichosos jardines, el cerro de Santa Lucía con jardines suspendidos sobre las rocas y desde cuya cima se divisa espléndido panorama, la Quinta Nacional de Agricultura, donde se cultivan árboles de todas especies. Su altura sobre el nivel del mar es de 560 metros.

La historia de Chile se puede dividir en tres grandes periodos: tiempos antiguos, conquista y dominación española, é independencia.

En los últimos años de la Edad Media vivían en Chile hombres de la raza cobriza. Por lo que atañe á su procedencia etnográfica, hay diversidad de opiniones. Todos hablaban un mismo idioma aunque sin formar cuerpo de nación. Se distinguían entre sí por la parte de territorio que habitaban. Huiliches eran los del Sur, pehuenches los del Norte, puelches los del Este.

Á mediados del siglo XV el inca del Perú, Tupac Yupanqui, al frente de numerosos vasallos llegó hasta el valle de Aconcagua y dió el nombre á todo el país. No están de acuerdo los autores en señalar el motivo por el cual le daría el nombre de Chile. Unos dicen que fué por haber experimentado las impresiones del frío, pues *Chile* quiere decir *nieve* en el idioma peruano. Otros afirman que fué por haber encontrado abundancia de pajaritos llamados *aili* ó *tril*, que repite la voz *Chili*. Duró seis meses la expedición de Tupac Yupanqui y regresó al Cuzco, después de haber dejado guarniciones en el territorio conquistado. Su hijo y sucesor, Huaina Capac, hizo nueva campaña en Chile y llegó hasta las márgenes del Biobío, donde le hicieron viva resistencia los indios, llamados después por los españoles araucanos.

Á principios del siglo XVI, cuando Francisco Pizarro y Diego de Almagro erigieron el Virreinato del Perú y fundaron á Lima, ambos caudillos disputaban á quien correspondería la ciudad del Cuzco y estuvieron expuestos á venir á las manos. Para zanjar la cuestión convinieron en que Almagro se internara más al sur buscando nuevas posesiones abundantes en minas de oro para enriquecer la corona de España. En 1536, Almagro emprendió la exploración, siguiendo la ruta conocida todavía con el nombre *El camino del Inca* por el desierto de Atamaca. Llegó hasta Copiacó; y, sea por falta de elementos ó porque le pareciera el país pobre, ó porque

su mala estrella así lo quisiera, el hecho es que volvió al Perú, se renovaron las rencillas con Pizarro, fué derrotado en la batalla de las Salinas y fusilado ignominiosamente en 1538.

La Providencia reservaba la conquista de Chile al capitán extremeño Pedro de Valdivia, el cual, después de pasar la cordillera de los Andes, llegó á acampar á las márgenes del río Mapocho, y allí junto á un cerrito, llamado por los naturales Huelén y por los españoles Santa Lucía, fundó el 12 de Febrero de 1541, la ciudad de Santiago, y la designó para capital de la región conquistada.

Mientras que Valdivia no tuvo que luchar más que con las tribus indígenas de los changos y de los promaucaes, que habitaban las costas del Norte del territorio chileno, la conquista se efectuó sin grandes dificultades; pero al querer pasar el audaz conquistador más allá de Santiago, le opusieron vigorosa resistencia los araucanos, la raza más valiente que encontraron los españoles en América y que no pudieron avasallar jamás en los 270 años que duró su dominación en Chile. Aunque Valdivia logró sobre ellos algunas victorias, al fin el 1.º de Enero de 1554 fué vencido en la batalla de Tucapel, cogido prisionero y muerto de un golpe de maza.

Con esta tremenda desgracia, no desmayaron los conquistadores; pues Valdivia con talento y sagacidad admirable había edificado en lo más álgido del período de lucha, las ciudades de Valparaíso, Serena, Concepción, Imperial, Valdivia y Confines, poblaciones que sirvieron de apoyo á los gobernadores que le sucedieron para defenderse de los ataques de los indígenas. Los araucanos eran enardecidos para la guerra por los cantos marciales de un nuevo Tirteo, el anciano Colocolo, por la pericia del Toqui Caupolicán y la astucia de Lautaro, indígena que algún tiempo estuvo entre los españoles y

enseñó á sus compañeros á no temer á los caballos, pues los araucanos creían que el animal y el jinete eran de una sola pieza. Las hazañas realizadas por los indios fueron cantadas por Alonso de Ercilla en su poema *La Araucana*.

Dignos de ser émulos eran los dos pueblos combatientes. Los españoles, raza viril, descendiente de Pelayo, del Cid Campeador, y de aquel Guzmán el Bueno, que desde los muros de Tarifa arrojó su espada para que con ella mataran los moros á su hijo, antes que rendir la plaza, cuya defensa confiada á su lealtad se le pedía ofreciéndole en cambio la vida de aquel hijo prisionero. Los araucanos, altivos, amantes de la libertad juraron defenderla hasta derramar la última gota de sangre. Y si la historia de España ofrece un tipo tan simpático como el de Guzmán el Bueno, Arauco ofrece el de Fressia, mujer de Caupolicán, que al ver á su marido prisionero y no muerto en el campo de batalla, arrojó á los pies del preso el hijo que amamantaba, diciendo con salvaje patriotismo:

Toma, toma tu hijo que era el nudo
Con que el lícito amor nos había atado,

.....
Que yo no quiero el título de madre
Del hijo infame del infame padre (1).

Tales fueron los pueblos que durante 270 años estuvieron frente á frente haciéndose guerra sin tregua ni cuartel, y de la fusión de esas razas proviene la virilidad del pueblo chileno, y ese amor tan entrañable que profesa á la patria. Los araucanos no fueron vencidos por los españoles por medio de las armas. Chile indepen-

(1) Ercilla, *La Araucana*.

diente ha subyugado á las tribus indígenas por medio de las misiones, de la instrucción pública y del respeto al derecho. Ésta es una ventaja inmensa en Chile, que no haya indios refractarios á la educación, que son feos lunares de otras Repúblicas.

Durante el largo tiempo de la Colonia, Chile no hizo más que dormir el sueño de las crisálidas. Los capitanes generales, que dependían del Virrey del Perú, habían de preocuparse de la guerra con los araucanos y carecían de medios para fomentar el progreso de la más pobre de las colonias españolas. Hubo sin embargo un D. Diego Ortiz de Rosas que en 1747 fundó la Universidad de San Felipe de Santiago (1), y D. Ambrosio O' Higgins, irlandés de nacimiento y padre del más esclarecido héroe de la independencia, en cuyo tiempo se construyó la Catedral y la Moneda, grandioso Palacio donde vive el Presidente de la República y despachan todos los Ministros de Estado.

En 1810, como si todas las colonias hispano-americanas hubiesen estado de acuerdo, lo cual no fué ni pudo ser, proclamaron su independencia. Los hijos de los españoles, que amaban con delirio la región donde habían nacido, y los criollos que se veían alejados de los destinos públicos, concibieron deseos de emanciparse de la madre patria, y para esto aguardaban una ocasión propicia. Ésta no tardó en presentarse; pues al inmiscuirse Napoleón Bonaparte en la política española, apoderándose de Fernando VII con engaño, las colonias, como electrizadas por el grito mágico de libertad, corrieron á las armas.

En Chile se verificó este trascendental suceso en Sep-

(1) Esta Universidad concluyó. La actual fué fundada en tiempos del Presidente de la República, general D. Manuel Bulnes, que gobernó pacíficamente un decenio desde 1841 á 1851.

tiembre del citado año de 1810. El 17 se reunió en Santiago una asamblea compuesta de 125 de los principales vecinos, los cuales convinieron en nombrar al día siguiente una junta compuesta de cinco personas para que con el carácter de primer Gobierno Nacional proclamase la libertad chilena; y así se verificó. En la sala del tribunal del Consulado reunidos 350 vecinos de los más caracterizados de la capital, entre los cuales había representantes de las autoridades civiles, militares y eclesiásticas, contando con la aquiescencia del Capitán general, después de acalorada discusión con el elemento español, eligieron las cinco personas que debían formar la primera junta gubernativa. Ésta anunció solemnemente que Chile se inscribía en el catálogo de las naciones autónomas é independientes, y recibió el juramento de fidelidad de los allí congregados. Mil hombres armados publicaron el 19 el bando nacional de la independencia, y el 20 prestaron juramento el Cabildo y las autoridades en medio del júbilo público. Por esto Chile consagra cada año los días 18, 19 y 20 de Septiembre á celebrar la fiesta de la patria.

El Virrey del Perú, al tener noticia de la sublevación, envió para sofocarla un poderoso ejército á las órdenes del bravo general D. Mariano Osorio. Los chilenos con D. Bernardo O'Higgins y D. Ramón Freire á la cabeza se aprestaron á la defensa; y aun cuando la fortuna se les mostró propicia en varios encuentros parciales, sufrieron la derrota de Rancagua el 2 de Octubre de 1814, que abrió á los vencedores las puertas de la capital.

O'Higgins y Freire, viéndose sin elementos suficientes de combate, hubieron de trasladarse á la ciudad argentina de Mendoza. Allí concurrieron todos los patriotas dispersos, y ayudados por el benemérito general José de San Martín y los buenos argentinos, pudieron organizar una división de 5200 soldados, 1600 caballos

y 20 piezas de artillería de batalla y 7 de montaña, y con increíble denuedo y estrategia atravesaron la terrible cordillera andina. El éxito más feliz coronó tan atrevida empresa, pues el 12 de Febrero de 1817 cayeron sobre el ejército español acampado en las excelentes posiciones de Chacabuco cerca de Santiago, y lo destrozaron por completo, quedando en poder de los patriotas la artillería y los bagajes de los realistas. Y lo que era más valioso, esta batalla hizo á los chilenos dueños de Santiago, y los españoles hubieron de retirarse al sur hacia Talcahuano.

Un año entero empleó O' Higgins, nombrado Supremo Dictador, en reforzar su ejército y en establecer la administración pública; y después de haber celebrado el aniversario de Chacabuco y vuelto á proclamar la independencia de su patria, salió con San Martín á buscar á los realistas en sus mismos fuertes. Entre tanto el Virrey del Perú había puesto á las órdenes del general Osorio otro cuerpo de ejército, quien se dispuso á emprender nueva campaña saliendo al encuentro de O' Higgins y San Martín. Un ligero descalabro sufrido por el primero en las tristes llanuras de Cancha Rayada infundió el pánico en los moradores de la capital. Pero acudieron á invocar en la catedral el patrocinio de la Virgen del Carmen, la nombraron Generala del ejército y le hicieron voto de edificarle un templo en el mismo sitio donde se obtuviese la victoria. El 5 de Abril de 1818 se ganó la memorable batalla de Maipo, la más reñida que se hubiera dado en América y que consolidó para siempre la independencia de Chile. Los realistas se replegaron al sur y los patriotas les fueron ganando palmo á palmo el terreno, hasta que en 1820 tomaron la plaza fuerte de Valdivia y el 14 de Enero de 1826 ganaron á orillas del río Pudeto, en la isla grande de Chiloé, la batalla que hizo terminar la dominación española en Chile.

Veinte años más tarde, España reconoció la independencia de esta su antigua hija.

Los chilenos, después del triunfo de Maipo, comprendieron que para afianzar sólidamente la independencia, necesitaban eliminar dos grandes focos de inseguridad; la marina española, que bloqueaba sus costas y el Virreinato del Perú donde se rehacian las fuerzas realistas para emprender de nuevo la guerra. Era pues preciso organizar marina y ayudar á los patriotas peruanos que luchaban por obtener la independencia. Lo primero era obra de titanes, pues la nueva República estaba esquilmada de dinero; pero la fe de O' Higgins y el patriotismo de los ciudadanos logró superar las dificultades, y se organizó la primera marina, de la cual se ha dicho que había sido formada sobre cimiento de imposibles. El 10 de Octubre de 1818 zarpó de Valparaíso la *Expedición Libertadora*, compuesta del vapor *San Martín*, la fragata *Lautaro*, la corbeta *Chacabuco* y el bergantín *Arauco* al mando de Lord Cochrane.

Al ver salir esta expedición, fruto de sus desvelos, O' Higgins exclamó en un raptó de entusiasmo: «Cuatro barquichuelos les dieron á los reyes de España un nuevo mundo; con esos otros cuatro se lo vamos á quitar». Estas palabras fueron proféticas. Los cuatro barquichuelos se apoderaron en la bahía del Callao, por un acto de arrojo imponderable, de la poderosa fragata española *La Esmeralda*. Entretanto llegaba por tierra el inmortal San Martín con un ejército de chilenos y argentinos, que en Julio de 1821 se apoderó de Lima.

Afianzada la paz en el exterior, Chile se consagró á su organización, y para eso, siendo Presidente el general D. Joaquín Prieto y ministro el eminente D. Diego Portales, se promulgó la constitución de 1833, vigente aún con ligeras modificaciones y que ha servido de base para el progreso y cultura de la República.

Poco duró esta época de tranquilidad. El general Boliviano Santa Cruz pretendió formar la confederación peru-boliviana, la cual no tenía otro objeto que apoderarse del Perú y tener la hegemonía del Pacífico. Chile vió en ello una amenaza para su integridad, y le opuso valerosa resistencia que fué favorecida con el triunfo. En 12 de Enero de 1839 obtuvo la victoria naval de Casma, y 20 días después el ejército de tierra á las órdenes del general D. Manuel Bulnes obtuvo el triunfo decisivo de Yungay, destruyendo por completo al ejército, que sostenía las pretensiones de Santa Cruz.

En 1866 el gobierno de Chile se puso de parte del Perú en su contienda con España, motivada por la propiedad de las islas de Chincha, resolución impremeditada y antipolítica, que no tuvo más resultado que la captura de la cañonera española *Covadonga*, hecha por la corbeta *Esmeralda* mandada por el almirante Juan Williams Rebolledo en las aguas de Papudo. En cambio de esta pequeña ventaja el puerto comercial é indefenso de Valparaíso fué bombardeado el viernes santo por la escuadra española, de la cual era almirante D. Casto Méndez Núñez.

Por largos años siguió Chile progresando á la sombra de la paz, cuando se suscitó contienda con Bolivia. Esta República, contra lo convenido en el tratado de límites de 1866, gravó con derechos los salitres chilenos exportados por sus puertos. El Perú se declaró abiertamente en favor de Bolivia, y Chile no tuvo más solución que declararles á ambas la guerra el 5 de Abril de 1879, á pesar de que la lucha no podía presentársele en condiciones más desfavorables; pues su situación financiera era crítica, carecía de marina, mientras que el Perú contaba con buques blindados de primer orden, como el *Huascar* y la *Independencia*, y había de combatir en la

proporción de uno contra tres y en los mismos territorios de sus enemigos.

Sin embargo los militares se aprestaron á combatir, porque se trataba de lavar la mancha inferida al honor nacional, los jóvenes dejaban las aulas escolares y los labradores el arado para empuñar el fusil, las señoras preparaban hilas para los heridos y todos invocaban á la Virgen del Carmelo. En esa larga guerra de más de dos años los chilenos no tuvieron ni un solo descalabro, fueron siempre de triunfo en triunfo. Principiaron éstos por el combate naval de Iquiquien, en que los colosos de hierro peruanos el *Huascar* y la *Independencia* atacaron á las viejas naves de madera la *Esmeralda* y la *Covadonga*. El capitán legendario de la *Esmeralda*, Arturo Prat, saltó al abordaje á la cubierta del *Huascar*, muriendo como héroe y legando á la historia de Chile una de sus páginas más gloriosas. El viejo buque se sumergió en el océano con su bandera al tope. Á esta se siguieron las victorias de San Francisco, Los Ángeles, Tacna, Arica, Chorrillos, Miraflores y Huanachuco.

Por fin el tricolor chileno ondeó en las torres de la hermosa Lima y en las baterías del Callao, y el general en jefe D. Manuel Baquedano pudo imponer á los vencidos las condiciones de la paz, entre las cuales figuraban las de que Bolivia cedía á Antofagasta y Perú á Tarapacá Arica y Tacna en la forma que ya hemos indicado.

Esta guerra dió á Chile gran prestigio en el mundo civilizado, pues manifestó que es pueblo que sabe defender su dignidad y que cuenta con hijos abnegados y valientes.

Al concluir el siglo XIX estuvieron á punto de romperse las hostilidades entre la Argentina y Chile por la enojosa cuestión de límites. Afortunadamente sometieron el litigio al criterio de la Reina de Inglaterra, y

otra dificultad que surgió á última hora la arreglaron directamente las respectivas cancillerías. Para evitar el derramamiento de sangre de pueblos hermanos, cuyos intereses son iguales, argentinos y chilenos imploraron el valimiento de la Virgen Inmaculada.

Como eterno recuerdo de esta paz, con erogaciones de los congresos de ambas Repúblicas se erigió el 13 de Marzo de 1904 en la cordillera de los Andes, á la altura de 4000 metros sobre el nivel del mar, una soberbia estatua á Cristo Redentor. Sobre magnífico pedestal de forma octogonal se alza la divina y simpática figura del Salvador del mundo en actitud de bendecir con la derecha á las dos naciones y sosteniendo en la izquierda el estandarte de la cruz. La altura de la estatua con el pedestal mide más ó menos diez metros. Tiene grabada esta inscripción latina: *Ipse est pax nostra, qui fecit utraque unum*: Él es nuestra paz, que de dos pueblos hermanos hizo uno solo. Á la ceremonia de la inauguración asistieron los ministros de relaciones exteriores, los Obispos, militares de alta graduación, hombres de letras y de fortuna de una y otra banda de la cordillera.

Uno de los caracteres, que ha distinguido á Chile, ha sido el amor entrañable que profesa á la Madre de Dios, sobre todo bajo el augusto título del Monte Carmelo. Ya hemos visto que invocó su patrocinio para llevar á cabo su independencia. Le hizo voto de elevarle un templo en el mismo sitio donde se ganara la victoria.

Tan pronto como se obtuvo el triunfo de Maipo, se empezó la fábrica del santuario; pero no vino á inaugurarse sino el 5 de Abril de 1892, asistiendo á la ceremonia el Presidente de la República, Almirante D. Jorge Montt, el Metropolitano de Santiago y fuerzas de todas las armas del ejército.

En la guerra del Pacífico no se dejaba de invocar con repetidas preces á la Virgen del Carmelo, y casi todas

las victorias se ganaron en miércoles, día que la piedad cristiana ha dedicado á la Señora. Los militares, desde almirante á grumete en la marina, y desde general á tambor en el ejército, llevan suspendido en el pecho el escapulario.

Como muestra de filial cariño á María, los chilenos contribuyeron con sus dones á erigirle bellísima estatua en el monte Carmelo de Palestina á orillas del mar. En fin, tan entrañado está en los chilenos el amor á la Madre de Dios, que la ha simbolizado en la estrella solitaria de su bandera.

La Virgen Santísima no podía menos de corresponder á estas demostraciones de sus hijos concediéndoles una imagen milagrosa suya á quien invocasen en sus cuitas. Hales dado la efigie de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo, cuyo santuario, de los más célebres y suntuosos de América, está colocado en altísimos montes, y es el sitio donde acuden los afligidos. No he vacilado en calificar á Nuestra Señora de Andacollo, de *Lucero de Chile*, porque la considero como el astro más bello y apacible del firmamento de glorias de mi patria y es quien orienta á sus devotos y romeros en los difíciles senderos de la vida.

II

ANDACOLLO Y SUS RIQUEZAS

Treinta grados al Sur de la línea equinoccial y á orillas del Pacífico se levanta La Serena, una de las ciudades más bellas é importantes de la República chilena. Cuenta cerca de diecinueve mil habitantes y es capital de la provincia de Coquimbo.

Contemplada desde la cubierta de alguno de los vapores que cruzan la extensa bahía de Coquimbo ofrece

otra dificultad que surgió á última hora la arreglaron directamente las respectivas cancillerías. Para evitar el derramamiento de sangre de pueblos hermanos, cuyos intereses son iguales, argentinos y chilenos imploraron el valimiento de la Virgen Inmaculada.

Como eterno recuerdo de esta paz, con erogaciones de los congresos de ambas Repúblicas se erigió el 13 de Marzo de 1904 en la cordillera de los Andes, á la altura de 4000 metros sobre el nivel del mar, una soberbia estatua á Cristo Redentor. Sobre magnífico pedestal de forma octogonal se alza la divina y simpática figura del Salvador del mundo en actitud de bendecir con la derecha á las dos naciones y sosteniendo en la izquierda el estandarte de la cruz. La altura de la estatua con el pedestal mide más ó menos diez metros. Tiene grabada esta inscripción latina: *Ipse est pax nostra, qui fecit utraque unum*: Él es nuestra paz, que de dos pueblos hermanos hizo uno solo. Á la ceremonia de la inauguración asistieron los ministros de relaciones exteriores, los Obispos, militares de alta graduación, hombres de letras y de fortuna de una y otra banda de la cordillera.

Uno de los caracteres, que ha distinguido á Chile, ha sido el amor entrañable que profesa á la Madre de Dios, sobre todo bajo el augusto título del Monte Carmelo. Ya hemos visto que invocó su patrocinio para llevar á cabo su independencia. Le hizo voto de elevarle un templo en el mismo sitio donde se ganara la victoria.

Tan pronto como se obtuvo el triunfo de Maipo, se empezó la fábrica del santuario; pero no vino á inaugurarse sino el 5 de Abril de 1892, asistiendo á la ceremonia el Presidente de la República, Almirante D. Jorge Montt, el Metropolitano de Santiago y fuerzas de todas las armas del ejército.

En la guerra del Pacífico no se dejaba de invocar con repetidas preces á la Virgen del Carmelo, y casi todas

las victorias se ganaron en miércoles, día que la piedad cristiana ha dedicado á la Señora. Los militares, desde almirante á grumete en la marina, y desde general á tambor en el ejército, llevan suspendido en el pecho el escapulario.

Como muestra de filial cariño á María, los chilenos contribuyeron con sus dones á erigirle bellísima estatua en el monte Carmelo de Palestina á orillas del mar. En fin, tan entrañado está en los chilenos el amor á la Madre de Dios, que la ha simbolizado en la estrella solitaria de su bandera.

La Virgen Santísima no podía menos de corresponder á estas demostraciones de sus hijos concediéndoles una imagen milagrosa suya á quien invocasen en sus cuitas. Hales dado la efigie de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo, cuyo santuario, de los más célebres y suntuosos de América, está colocado en altísimos montes, y es el sitio donde acuden los afligidos. No he vacilado en calificar á Nuestra Señora de Andacollo, de *Lucero de Chile*, porque la considero como el astro más bello y apacible del firmamento de glorias de mi patria y es quien orienta á sus devotos y romeros en los difíciles senderos de la vida.

II

ANDACOLLO Y SUS RIQUEZAS

Treinta grados al Sur de la línea equinoccial y á orillas del Pacífico se levanta La Serena, una de las ciudades más bellas é importantes de la República chilena. Cuenta cerca de diecinueve mil habitantes y es capital de la provincia de Coquimbo.

Contemplada desde la cubierta de alguno de los vapores que cruzan la extensa bahía de Coquimbo ofrece

magnífico panorama. Semeja artístico anfiteatro, pues las casas están distribuidas en tres mesetas que empiezan en el cerro de Santa Lucía y van á concluir al nivel de la playa. Al norte se ve serpentear pequeño río, que en tiempo de lluvias sale de madre é inunda los campos ribereños. El clima es tan benigno que ni en el corazón del invierno dejan las flores de lucir sus corolas y perfumar la brisa como en la primavera. Por eso un poeta cantó:

Salud, ciudad hermosa, que duermes entre flores,
Y halagan tus oídos las músicas del mar (1).

Aunque arrullada por el Pacífico, no es puerto, porque la braveza del oleaje ha impedido construir muelles. Las naves encuentran seguro abrigo para soltar sus anclas en la próxima rada de Coquimbo, que dista de la capital catorce kilómetros, trayecto que se recorre en media hora de tren; pero el viaje resulta más poético, realizándolo en coche ó á caballo, por la playa á la hora de la baja marea.

Entre sus edificios merece citarse el Seminario, el Liceo nacional, el Colegio de los Sagrados Corazones, el Asilo de la Providencia, el Palacio del Obispo, y los templos Catedral, San Francisco, Corazón de Jesús, San Agustín y la Merced. Pintoresca es su plaza de armas, convertida hace pocos años en ameno jardín, y también es notable su paseo de la Alameda, que llega hasta el mar.

Es cabeza de la diócesis de su nombre erigida por Gregorio XVI en 1840. Valdivia ordenó que se le pusiese el nombre que lleva, en recuerdo de su patria que era Villanueva de La Serena en Extremadura.

(1) V. Guillermo Blest Gana.

Á catorce leguas de esta ciudad y en la misma provincia y diócesis, se encuentra el modesto pueblo de Andacollo, situado en una meseta de pendiente suave á orillas de una gran quebrada que se forma en las últimas ramificaciones de la cordillera de la costa. Se calcula que está á 1031 metros sobre el nivel del mar.

No se sabe en qué época tuvo origen el pueblo, aunque por la etimología de la palabra y por encontrarse en el Perú y Bolivia aldeas cuyos nombres terminan en *collo*, opinan algunos geógrafos que lo fundarían indígenas procedentes de esas comarcas. Se dice que la etimología de Andacollo significa oro *molido* ó *en polvo* (Antacori).

El viajero que quiera trasladarse á Andacollo toma en La Serena ó en Coquimbo el ferrocarril, y después de recorrer en dos horas extenso valle lleno de árboles y verdura, llega al Peñón. Desde allí ha de subir en coche larga y tortuosa cuesta que va serpenteando entre las faldas de dos cerros, y solo á trechos se encuentran partes llanas que sirven para dar reposo á las caballerías.

El terreno, á causa de la escasez de lluvias en la provincia, es árido y de vegetación raquítica. Los arbustos silvestres que más abundan, como los *mayus* de flores amarillas, los *olivillos* de hojas plateadas, las *chilcas* y otros más apenas alcanzan á un metro de altura. En el sitio denominado Maitencillo, especie de oasis en medio de esos tristes paisajes, el viajero descansa y refocila sus agotadas energías para continuar con nuevos bríos la parte más difícil del camino. La subida se pronuncia de una manera violenta. La ascensión es penosísima para los animales que arrastran el vehículo. Por fin se arriba a la cumbre de la montaña, y tendiendo la vista al horizonte, se divisa el venturoso pueblo.

Éste es de dimensiones reducidas y cuenta mil qui-

nientos habitantes. Las casas de un solo piso de estilo nacional, pero limpias y aseadas, se agrupan al rededor del magnífico santuario de la Santísima Virgen, que es el que le da alto renombre. Célebres han sido sus lavaderos de oro que daban vida y sustento á los vecinos. En 1607 el Gobernador de Chile, D. García Ramón, dando cuenta al rey de España de las riquezas que poseía la corona en estas tierras, le decía: «Andacollo es uno de los ríos de oro que existen en el mundo». En tiempos de lluvias aumenta el caudal de aguas de la quebrada, y en tiempos pasados quedaba el suelo del pueblo y de las lomas vecinas brillante con el polvo de oro, que recogían con esmero los vecinos. Al presente también se verifica el mismo fenómeno, aunque las pepitas del precioso metal no son tan abundantes.

Y en esto se ha visto palpablemente la Providencia divina que ha querido proveer á las necesidades de los pobres y no saciar la codicia de los aventureros. Varias compañías se han fundado para explotar en grande escala los lavaderos de oro, y han tenido que suspender las obras, porque el fruto no compensaba los gastos y el trabajo.

Posee además Andacollo minas de cobre y manganeso, que han rendido pingües productos á sus dueños; pero no son ellas las que forman su verdadera riqueza. Su verdadero tesoro de inmenso valor es la Virgen Inmaculada, cuya imagen bendita se venera en su santuario. En aquellas montañas tiene la celestial Señora su trono, por escabel una alfombra de oro, por dosel un cielo azul y sin nubes, y por cortesanos candorosos mineros que á boca llena la llaman Madre.

III

LA IMAGEN «MARÍA DEL ROSARIO DE ANDACOLLO»

El origen de la santa imagen está envuelto en nieblas misteriosas. Varias son las tradiciones ó leyendas que se transmiten de padres á hijos, algunas impregnadas de poesía y misticismo. La más común y admitida por gente de recto criterio es que los primeros conquistadores la llevaron de España al Perú desde donde pasó á La Serena, ciudad fundada en 1544 á tres leguas de la orilla del mar en cumplimiento de las órdenes de Valdivia por el capitán Juan Bohón. Cinco años más tarde fué completamente arruinada por los indios que vivían en los alrededores. Sólo unos pocos españoles pudieron librar la vida escondiéndose en el bosque que entonces existía en las márgenes del río Coquimbo. Es natural que estas personas trataran de ocultar los objetos más queridos para su corazón. Los españoles se han distinguido siempre por su amor á la Virgen Santísima y jamás emprendían una expedición ó fundaban un pueblo sin que los acompañase su imagen y fomentasen su culto. Esto hace presumir que la Madre de Dios fué venerada en la antigua ciudad de La Serena. Los que se libraron de la matanza antedicha, bien pudieron emprender la fuga llevándose la tal efigie que debió ser su más noble tesoro. Tratando de buscar un paraje donde pudieran ponerla á salvo de las profanaciones de los indios, llegarían á la montaña de Andacollo. En esos cerros casi inaccesibles debieron esconder la estatua de la Virgen, que quedó olvidada entre las raíces de los árboles y cubierta por las *añañucas* y las azucenas silvestres de los campos. Quizás la muerte los impidió volver á buscarla, hasta que fué encontrada del modo siguiente.

En años bastante remotos existía en el pueblo, que en un principio habitó las alturas de Andacollo, una buena y honrada familia de indios naturales del lugar. Algunos miembros de esa familia se dirigieron en cierto día á los contornos en busca de leña para sus utilidades domésticas. Para arrancar las raíces de algunos arbus-tos tuvieron que remover la tierra en una pendiente de montaña. En esta ocupación se encontraba uno de los indios llamado Collo cuando al desgajarse un gran pedazo movedizo, aparece medio oculta una pequeña estatua de madera primorosamente labrada, de tez morena, pero de gracioso rostro. Tal aparición no podía menos de llenarlos á todos de admiración y de sorpresa. Ya fuese por la novedad del caso, ya porque los hijos de Andacollo tuviesen nociones del Cristianismo, ó ya fuese en fin, porque la imagen de la Virgen produjese en el alma de los pobres indios un no sé qué de sobrenatural y divino, el hecho es que resolvieron conser-varla con veneración y respeto. La llevaron al pueblo, y como la familia que había tenido tal suerte era de las principales de la pequeña población, fácilmente todos los demás habitantes tuvieron los mismos sentimientos de respeto para con el objeto extraordinario que habían encontrado.

El jefe de la familia de indios conservó la propiedad de la imagen, tratándola con tanta ternura que la saludaba con la mayor familiaridad. Después cuando se construyó la primera iglesia de Andacollo, la imagen debió pasar á recibir un culto más general y adecuado; pero sin que por esto los indios herederos del primer poseedor creyesen que perdían la posesión; por el contrario, siempre se han creído con algún derecho sobre la imagen. Con todo, ese derecho primitivo se ha ido debilitando poco á poco, hasta que por fin en los últimos años se ha mirado como extinguido, y ya

la imagen de la Virgen del Rosario de Andacollo, como todo lo que pertenece á su culto, pende exclusivamente de la autoridad eclesiástica.

Según documentos que obran en el archivo del santuario, á fines del siglo XVII Nuestra Señora del Rosario de Andacollo recibía los mismos cultos que al presente y en los mismos días en que se verifican las grandes romerías, esto es, 24, 25 y 26 de Diciembre.

Viniendo ahora á la descripción de la imagen, diremos que es tallada en cedro, de un metro de altura, está hábilmente vestida con túnica y manto tallados en la misma madera. La primera es rosada y el segundo azul, salpicado de estrellas. Las facciones son diminutas, el rostro ovalado y de color moreno, la nariz recta y afilada, la mirada dulcísima y tierna. Los labios delgados descubren ligera sonrisa, simbolo de la misericordia. Nótasele sobre el párpado izquierdo pequeña cicatriz, que confirma la tradición que cuenta que Collo alcanzó á herirla con el instrumento de que se servía para cortar la leña. Se puede afirmar que desde el punto de vista artístico la imagen milagrosa es obra delicadísima.

El Niño Jesús que sostiene en el brazo izquierdo corresponde por su belleza al tallado de la Virgen. Todas sus facciones son correctas. En sus ojos, color de cielo, resplandecen la caridad y mansedumbre. La mano de la piedad indiscreta causó algunas imperfecciones en el vestido, hurtando astillas para reliquias. Luego artistas profanos tuvieron la desgraciada ocurrencia de retocar con toscó pincel el rostro y las manos de la imagen, llegando así á cubrir la cicatriz del ojo.

Desde principios del siglo XIX empezó á seguirse la antiestética costumbre de vestirla con riquísimas telas. La gala que usa en los días de la fiesta anual es de finísima seda blanca, recamada de oro. Su valor sube á la cantidad de nueve mil pesos. El rosario que ostenta en

las manos es de oro y mide cerca de dos metros de largo. Es sin duda una de las alhajas más valiosas y artísticas del tesoro de la Virgen y le fué enviado como obsequio de la República Argentina el 22 de Diciembre de 1825. En la mano derecha sostiene cetro de oro macizo, símbolo de su autoridad de Reina. En el izquierdo, hemos dicho que sostiene al Niño Jesús vestido con igual riqueza que su divina Madre y ostentando en su cuello precioso rosario de oro.

El Ilmo. Sr. Obispo Dr. D. Justo Donoso, bien conocido en toda América por sus Instituciones de Derecho Canónico y otras obras teológicas, fué el que en 1853 ordenó de modo definitivo el culto de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo y aprobó el Reglamento por el cual se ha regido hasta la fecha la Cofradía.

IV

EL SANTUARIO.

Más de dos siglos ocupó la Virgen de Andacollo la hornacina principal del templo parroquial del pueblo. Allí acudían á venerarla los fieles y á depositar cuantiosas limosnas. Viendo que la afluencia de peregrinos aumentaba de año en año, que la fama de la imagen milagrosa se extendía por casi todas las Repúblicas de la América del Sur, y estimulado por las ardientes súplicas de sus diocesanos, el Ilmo. Sr. Dr. D. José Manuel Orrego concibió el grandioso proyecto de erigir un santuario que en hermosura y capacidad pudiera competir con los más famosos, que el Orbe católico ha consagrado á la Madre Dios. Para realizar su empresa contaba con la Providencia divina y con el óbolo que la piedad y la gratitud de los romeros depositaban á los pies de la Señora. El 25 de Diciembre de 1873 tuvo lugar la cere-

monia de la bendición de la primera piedra. Uno de los diarios católicos más importantes que se publicaba en Santiago (1) hizo la siguiente descripción: «Á las siete p. m. tuvo lugar esa imponente ceremonia: La hora era la más á propósito y la más poética para un acto como ese. Los últimos rayos del sol doraban apenas ya los más altos picos de aquellas montañas. El cielo estaba diáfano y puro, y en el claro azul del firmamento se veía la luna pálida y melancólica. Una ligera brisa venía á reanimar aquel cuadro que sólo la naturaleza podía suministrar. El orador que dirigió la palabra después de la ceremonia, parece que había adivinado todas estas circunstancias indicadas; de ellas sacó un partido ventajoso para su discurso. Á la hora que hemos indicado, poco más ó menos, salió de la Iglesia el Ilmo. Señor Obispo acompañado de varios sacerdotes. Precedíanlo en la marcha los padrinos que se habían nombrado para aquella ceremonia. Un gentío inmenso se encontraba sobre cada una de las líneas laterales; la calle central la formaban los danzantes. Una cadena no interrumpida de éstos rodeaba las zanjas para los cimientos del nuevo edificio. Aquello presentaba un bello golpe de vista. La piedad de esas compañías de danzas y la variedad caprichosa de sus trajes conmovían el alma de una manera inexplicable.

Aunque el local donde iba á tener lugar la ceremonia era espacioso, con todo, para la multitud se presentaba estrecho. Mucha gente tuvo que subir á la colina que está al oriente del pueblo para contemplar mejor desde allí aquel hermoso espectáculo.

Después de los cánticos y oraciones que la Iglesia tiene para tales casos, el Ilmo. Sr. Obispo colocó la primera piedra, y el Secretario de Su Señoría dió lectura

(1) *El Independiente.*

las manos es de oro y mide cerca de dos metros de largo. Es sin duda una de las alhajas más valiosas y artísticas del tesoro de la Virgen y le fué enviado como obsequio de la República Argentina el 22 de Diciembre de 1825. En la mano derecha sostiene cetro de oro macizo, símbolo de su autoridad de Reina. En el izquierdo, hemos dicho que sostiene al Niño Jesús vestido con igual riqueza que su divina Madre y ostentando en su cuello precioso rosario de oro.

El Ilmo. Sr. Obispo Dr. D. Justo Donoso, bien conocido en toda América por sus Instituciones de Derecho Canónico y otras obras teológicas, fué el que en 1853 ordenó de modo definitivo el culto de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo y aprobó el Reglamento por el cual se ha regido hasta la fecha la Cofradía.

IV

EL SANTUARIO.

Más de dos siglos ocupó la Virgen de Andacollo la hornacina principal del templo parroquial del pueblo. Allí acudían á venerarla los fieles y á depositar cuantiosas limosnas. Viendo que la afluencia de peregrinos aumentaba de año en año, que la fama de la imagen milagrosa se extendía por casi todas las Repúblicas de la América del Sur, y estimulado por las ardientes súplicas de sus diocesanos, el Ilmo. Sr. Dr. D. José Manuel Orrego concibió el grandioso proyecto de erigir un santuario que en hermosura y capacidad pudiera competir con los más famosos, que el Orbe católico ha consagrado á la Madre Dios. Para realizar su empresa contaba con la Providencia divina y con el óbolo que la piedad y la gratitud de los romeros depositaban á los pies de la Señora. El 25 de Diciembre de 1873 tuvo lugar la cere-

monia de la bendición de la primera piedra. Uno de los diarios católicos más importantes que se publicaba en Santiago (1) hizo la siguiente descripción: «Á las siete p. m. tuvo lugar esa imponente ceremonia: La hora era la más á propósito y la más poética para un acto como ese. Los últimos rayos del sol doraban apenas ya los más altos picos de aquellas montañas. El cielo estaba diáfano y puro, y en el claro azul del firmamento se veía la luna pálida y melancólica. Una ligera brisa venía á reanimar aquel cuadro que sólo la naturaleza podía suministrar. El orador que dirigió la palabra después de la ceremonia, parece que había adivinado todas estas circunstancias indicadas; de ellas sacó un partido ventajoso para su discurso. Á la hora que hemos indicado, poco más ó menos, salió de la Iglesia el Ilmo. Señor Obispo acompañado de varios sacerdotes. Precedíanlo en la marcha los padrinos que se habían nombrado para aquella ceremonia. Un gentío inmenso se encontraba sobre cada una de las líneas laterales; la calle central la formaban los danzantes. Una cadena no interrumpida de éstos rodeaba las zanjas para los cimientos del nuevo edificio. Aquello presentaba un bello golpe de vista. La piedad de esas compañías de danzas y la variedad caprichosa de sus trajes conmovían el alma de una manera inexplicable.

Aunque el local donde iba á tener lugar la ceremonia era espacioso, con todo, para la multitud se presentaba estrecho. Mucha gente tuvo que subir á la colina que está al oriente del pueblo para contemplar mejor desde allí aquel hermoso espectáculo.

Después de los cánticos y oraciones que la Iglesia tiene para tales casos, el Ilmo. Sr. Obispo colocó la primera piedra, y el Secretario de Su Señoría dió lectura

(1) *El Independiente.*

al acta que se levantó para conservar la memoria del hecho. Acto continuo el Presbítero D. Buenaventura González, nacido en el mismo Pueblo de Andacollo, subió á la cátedra y pronunció un interesante discurso. En él, además de las circunstancias favorables que indicamos, se encuentran pensamientos ingeniosos y felices. Aquella ceremonia dejó, como es fácil suponerlo, una dulce impresión en todos los asistentes».

Los planos de la obra fueron encomendados al hábil arquitecto D. Eusebio Celi, ejecutados por largo tiempo bajo la dirección del presbítero D. David Diaz Stuart y continuados hasta su conclusión por el arquitecto D. Roberto Parker. Veinte años justos se necesitaron para que pudiese inaugurarse y bendecirse solemnemente, ceremonia que se efectuó el 25 de Diciembre de 1893. El Ilmo. Sr. Orrego, al renunciar la mitra el año 1888 con la frente orlada con corona de venerable ancianidad y abrigada por la paciencia con que sufriera achaques físicos y morales, dejó el santuario con techo, cúpula y torres y había invertido en él la respetable suma de doscientos ochenta y seis mil pesos. Á su digno sucesor, el Ilmo. Sr. Dr. D. Florencio Fontecilla, le cupo la gloria de dotarlo de la elegante ornamentación y demás requisitos exigidos para que quedase tal como hoy se encuentra. Sin duda que el Ilmo. Sr. Orrego, iniciador de uno de los templos más suntuosos de María en el Nuevo Mundo, habrá sido recompensado largamente por la celestial Señora, como acostumbra hacerlo con sus más fieles siervos.

El estilo del templo es romano bizantino. Los cimientos, de piedra y cemento romano, tienen seis metros de profundidad y abarcan una extensión de setenta metros de largo por treinta de ancho. Sobre estas sólidas bases empieza á levantarse el colosal edificio, compuesto de tres naves y tres capillas laterales. El material de

las murallas es madera importada directamente de San Francisco de California. Las robustas vigas de una sola pieza miden dieciocho metros de largo. Por el exterior los muros están forrados de planchas de hierro galvanizado perfectamente pintadas. El espacioso pórtico da paso á tres puertas que llaman la atención del viajero por sus finos tallados y molduras. Dos torres descansan en los extremos del pórtico, y en el centro de la cruz latina se eleva gallarda cúpula, cubierta de cristales, que envía torrentes de luz al interior del templo.

En el interior el santuario es grandioso y, por confesión de personas inteligentes, de los más bellos que se hayan dedicado en Europa y América á la Santísima Virgen. Tiene capacidad para que estén cómodamente diez mil personas. Favorece mucho para esto una serie de galerías flotantes colocadas á ambos lados.

El altar mayor lo describe de esta manera mi amado discípulo, el presbítero Roberto Ortiz Alcayaga. «El altar mayor lo constituyen tres grandes cuerpos. El primero está formado por la mesa del sacrificio, que descansa sobre una tarima, la que permitirá que todos los fieles puedan ver y gozar á su satisfacción del esplendor y majestad que la Iglesia sabe dar á las grandes ceremonias. El frontal de la mesa del altar lo compone un hermoso retablo, en cuyo centro se ve un hermoso grupo que representa la aparición de la Santísima Virgen á Sto. Domingo de Guzmán, para revelarle la salvadora devoción del Rosario, y á los lados las imágenes de los cuatro evangelistas.

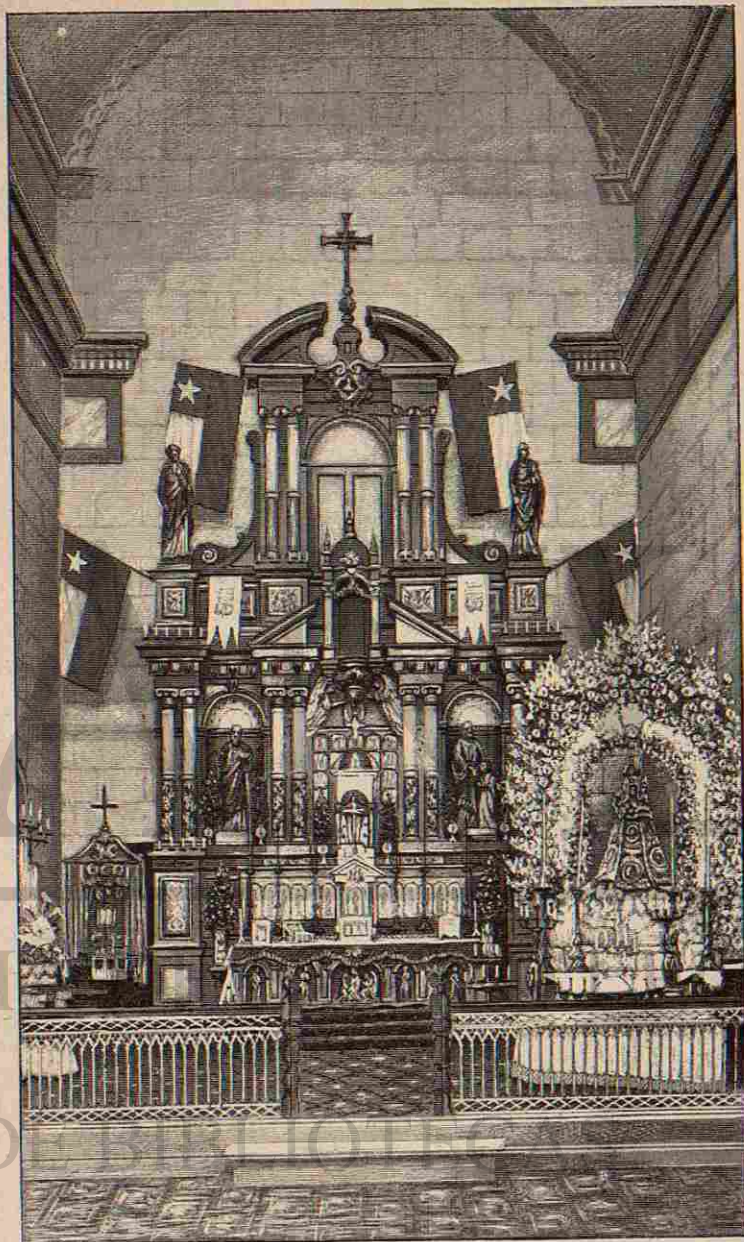
Todas las imágenes del retablo están ejecutadas de relieve y sobre finísima madera de tilo. Sobre la mesa del altar se levanta el sagrario, que es de bronce dorado á fuego, tiene un metro de altura. Es una de las piezas más preciosas y de más gusto que componen el altar. Á ambos lados del Sagrario y en un fondo oscuro apa-

recen las imágenes de los doce Apóstoles, pintadas con vivos colores sobre planchas de cobre dorado. Detrás de la mesa del altar y formando cuerpo con ésta, se alzan dos hermosos pedestales que sostienen el resto de la obra.

El segundo cuerpo lo componen cuatro pares de columnas, en las que se enredan preciosas guirnaldas de flores. En la base y al centro de éstas aparece el tabernáculo, destinado á la exposición solemne, que es un gracioso templete formado por cuatro columnas de bronce dorado que sostienen una hermosa copulita del mismo metal coronada por la cruz. Detrás del tabernáculo y formándole elegante marco, se ve un hermoso retablo que sostiene los quince misterios del Rosario. Los grabados de este retablo son de colores vivos, las imágenes ejecutadas con limpieza sobre láminas de cobre dorado, trabajo artístico, delicado y enteramente desconocido entre nosotros.

Á la altura de los capiteles de las columnas centrales se destaca el majestuoso trono, destinado á contener la milagrosa imagen de la Virgen, sostenido por dos bellísimos ángeles. El trono es tan sobresaliente del resto del altar, que el visitante se hace la ilusión de que está suspendido en el aire y sostenido únicamente por obra y gracia de los ángeles; feliz idea que permite que la milagrosa imagen resalte mejor y pueda ser vista de todos. Entre las columnas del centro y las laterales se encuentran dos nichos que son ceupados por las imágenes de San Joaquín y Santa Ana, de porte natural. Estas dos imágenes representan un acontecimiento de mucha importancia en la vida de la Madre de Dios, cual fué la solemne presentación de la Virgen Niña en el templo y el cumplimiento del piadoso voto de sus padres.

San Joaquín lleva en sus manos las palomas mandadas por la ley de Moisés en estos actos de los deshere-



ALTAR MAYOR DEL SANTUARIO DE ANDACOLLO

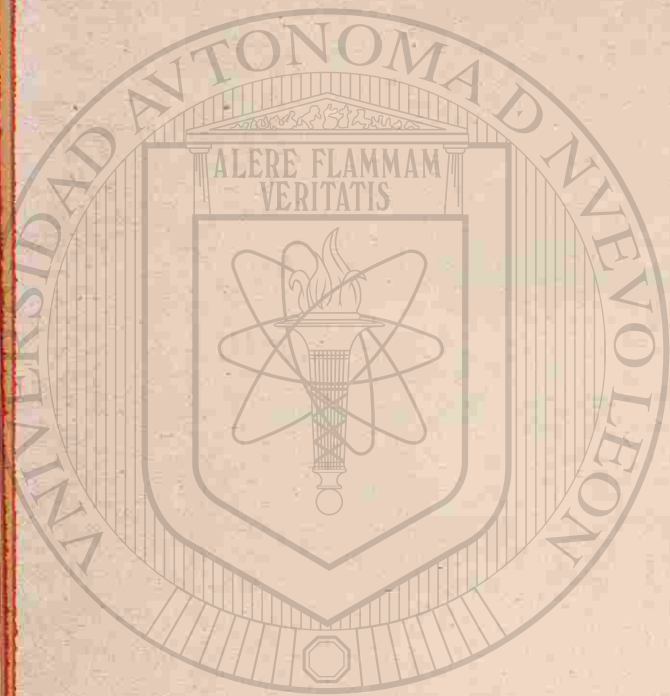
dados de la fortuna. Santa Ana está representada con aquella dignidad que debemos suponer en la esposa del Santo Patriarca Joaquín; tiene la Virgen Niña á sus pies y con semblante lleno de dulzura le muestra los tabernáculos del Dios de Israel y la consagra solemnemente á sus servicios.

Este grupo escultural es de belleza artística irreprochable. El escultor, muy bien inspirado en la historia de estos personajes, ha logrado darles la vida y traducir los sentimientos de que ellos estarían animados en tan solemnes momentos.

El tercer grupo completo perfecciona los otros dos. Todas sus partes concurren á dar mayor realce y gracia al conjunto; sobre todo las imágenes de San Pedro y San Pablo son de admirable efecto. Colocadas en las extremidades del altar sobre elegante pedestal, al lado derecho é izquierdo respectivamente, y aisladas del resto de la obra y sin que ningún otro objeto distraiga la atención del visitante, se levantan airoosas, de majestuoso continente, para ser vistas desde lejos. Estas imágenes dan al altar cierta luz, cierta animación, y despiertan los sentimientos religiosos de los fieles.

Á uno y otro lado de las imágenes, en dos piezas decorativas en que se leen en caracteres de oro las palabras *fides*, *charitas*, palabras que compendian admirablemente las virtudes en que más sobresalieron los santos apóstoles: San Pedro, el apóstol de la fe acendrada y profunda, San Pablo, todo caridad y el más perfecto modelo del amor que debemos profesar á N. S. Jesucristo. En su parte central se levantan dos pares de esbeltas columnas que encierran un precioso nicho en cuyo fondo azul resalta graciosamente la coronación del trono de la Virgen.

Estas dos columnas sostienen una artística pieza decorativa de forma oval, hendida al centro, de donde



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

arranca la cruz, coronación y remate de toda la obra.

Al pie de la cruz y descansando en los capiteles de las columnas todos pueden admirar un hermoso escudo con los atributos del Rosario, escudo que publica con elocuente voz que el altar y el soberbio templo están consagrados á honrar á la Reina de los Cielos, bajo esta gloriosa advocación.

LA ROMERÍA Y LOS BAILES.

Espectáculo conmovedor es el que ofrece cada año el camino de Andacollo en los días que preceden á la gran fiesta del 26 de Diciembre. Esos áridos montes, de ordinario silenciosos, se animan entonces y son hollados por veinte ó treinta mil personas. Atraídas por las bondades de la Virgen dejan sus hogares y emprenden á veces viajes de cuarenta y más leguas desafiando los rayos ardorosos del sol de verano. Vienen romeros de las diversas provincias de Chile y hasta de la Argentina, atravesando la gigantesca cordillera de los Andes y del Perú y Bolivia surcando el océano. Desde el Peñón se dirigen á caballo, en coche, en carretas, ó á pie, y así suben la fatigosa cuesta, prestándoles alas el amor para no desfallecer. Al divisar desde la cima el santuario con los ojos arrasados en lágrimas dirigen tierno saludo á su Madre y Señora. En cuanto llegan á la plaza, muchos se dirigen de rodillas á visitar el templo, y en esa humilde y penitente actitud penetran hasta el presbiterio. Los hombres van solos y las mujeres sostenidas por deudos de la familia. En todo el día 24 no se corta la cadena de los promeseros, que llegan arrodillados á besar el suelo bendito de la casa de la Virgen. ¡Qué escenas tan tiernas se desarrollan entonces! ¡Qué plá-

ticas tan dulces traban los afortunados romeros con su idolatrada Señora! Son las pláticas sencillas y candorosas de un hijo con su madre tras larga ausencia.

Entre los romeros llaman singularmente la atención los grupos de hombres, que reunidos bajo un cabeza ó jefe y adiestrados, se llaman *Bailes*. Estos son los que imprimen á la fiesta de Andacollo un sello característico. Los bailes son antiquísimos, y alguno, como el de Andacollo, cuenta con trescientos años de existencia, lo que prueba que traen origen de los aborígenes del país. Dividense en tres clases: *turbantes*, *danzantes* y *chinos*. Los primeros forman apenas una compañía de 20 á 25 hombres, y todos son de La Serena. Visten traje blanco y banda terciada en el hombro derecho, y en la cabeza ciñen una especie de turbante ó *cucurucho* adornado de flores y una larga cabellera de cintas, que en los momentos del baile se encrespa en espirales. Los movimientos de los *turbantes* son fríos y monótonos, parecidos á ejercicios militares.

Los *danzantes* son más numerosos, visten trajes amarillos, verdes ó azules según la compañía á que pertenezcan. Llevan bandas y casquete con avalorios, esmaltes y monedas de plata. La danza es más viva y animada. Al compás de una música, que tiene cierto aire de habanera, bailan tres personas y de tiempo en tiempo suspenden la danza, para que uno de ellos entone sencillas cuartetos y los demás repiten á coro los dos últimos versos á manera de estribillo.

Los *chinos* son los que aventajan en número y visten el antiguo traje de los mineros del país, pero con bordados hechos con todo primor. El color del traje es oscuro, calzan *ojotas* (1), y en la parte posterior del cuerpo

(1) Son hechas de cuero y atadas con correas. En Méjico las llaman *guaraches* y son algo diferentes.

ciñen un cuero delgado lleno de espejuelos. Su baile es de lo más raro que se puede ver en el mundo. Saltan con pasmosa agilidad, como no lo podrían hacer los más hábiles acróbatas de los circos; se envuelven al rededor de sí mismos como una pelota; á veces parece que con la cabeza tocan en el suelo.

Los instrumentos músicos con que acompañan estos bailes son guitarras, acordeones, tambores, platillos, flautas, y sobre todo pitos de caña ó madera forrados con piel que producen sonidos roncós, parecidos á los graznidos de los gansos.

Todos estos bailes reconocen por jefe al de Andacollo, que es descendiente del indio Collo, que encontró á la Virgen, y al cual le dan el título de *cacique* ó Pichinga. Al llegar un baile al pueblo bendito visita primero á la Virgen y después al Pichinga, sin cuya licencia no se le permitiría tomar parte en las fiestas. El número de estos danzantes llega á mil quinientos, y el día de la coronación pasó de dos mil. Los días 25 y 26 concluidas las misas solemnes, la Virgen es trasladada al pórtico y allí van danzando con una constancia que admira. Desde las 11 de la mañana hasta las cinco de la tarde no interrumpen su tarea. Todos los bailes llevan un socio que recita á la Virgen á nombre de los demás poesías sencillas empapadas de ternura filial y que arrancan lágrimas á los circunstantes.

Sirvan de ejemplo las siguientes estrofas de un turbante de La Serena.

Tu devoto Manuel Díaz
Y todos sus compañeros
Á verte, Reina del cielo,
Hoy venimos, Madre querida.
Saludándote preciosa
Azucena del Tabor,

Amparo del pecador,
Madre tierna y cariñosa.

En 1901 el jefe ó cabeza del baile de chinos de Sotaqui cantó estos versos:

Virgen, Madre del Rosario
De Andacollo, hermoso monte,
Hoy te vengo á saludar
Estrella del horizonte;
Me presento, Madre mía,
Junto con todos los chinos;
Hoy te viene á saludar
Este baile sotaquino.

En la madrugada del 27 se despiden entre sollozos de su tierna Madre y todos cantan esta estrofa:

¡Adiós, Virgen de Andacollo!
¡Adiós, hermoso lucero!
Voiveremos á la fiesta
Para el año venidero!

VI

LA PROCESIÓN

Quien quiera presenciarse una escena llena de atractivos trasládese á Andacollo en la tarde del 26 de Diciembre en que se hace la procesión de la Santísima Virgen por la espaciosa plaza que está delante del santuario. Ésta queda ocupada por los bailes que dejan holgada calle por donde han de seguir triunfal carrera las andas del Patriarca San José, de San Isidro Labrador y de la Virgen del Rosario. El pueblo se agrupa en el vecino collado, en los techos de las casas, en las torres del

ciñen un cuero delgado lleno de espejuelos. Su baile es de lo más raro que se puede ver en el mundo. Saltan con pasmosa agilidad, como no lo podrían hacer los más hábiles acróbatas de los circos; se envuelven al rededor de sí mismos como una pelota; á veces parece que con la cabeza tocan en el suelo.

Los instrumentos músicos con que acompañan estos bailes son guitarras, acordeones, tambores, platillos, flautas, y sobre todo pitos de caña ó madera forrados con piel que producen sonidos roncós, parecidos á los graznidos de los gansos.

Todos estos bailes reconocen por jefe al de Andacollo, que es descendiente del indio Collo, que encontró á la Virgen, y al cual le dan el título de *cacique* ó Pichinga. Al llegar un baile al pueblo bendito visita primero á la Virgen y después al Pichinga, sin cuya licencia no se le permitiría tomar parte en las fiestas. El número de estos danzantes llega á mil quinientos, y el día de la coronación pasó de dos mil. Los días 25 y 26 concluidas las misas solemnes, la Virgen es trasladada al pórtico y allí van danzando con una constancia que admira. Desde las 11 de la mañana hasta las cinco de la tarde no interrumpen su tarea. Todos los bailes llevan un socio que recita á la Virgen á nombre de los demás poesías sencillas empapadas de ternura filial y que arrancan lágrimas á los circunstantes.

Sirvan de ejemplo las siguientes estrofas de un turbante de La Serena.

Tu devoto Manuel Díaz
Y todos sus compañeros
Á verte, Reina del cielo,
Hoy venimos, Madre querida.
Saludándote preciosa
Azucena del Tabor,

Amparo del pecador,
Madre tierna y cariñosa.

En 1901 el jefe ó cabeza del baile de chinos de Sotaqui cantó estos versos:

Virgen, Madre del Rosario
De Andacollo, hermoso monte,
Hoy te vengo á saludar
Estrella del horizonte;
Me presento, Madre mía,
Junto con todos los chinos;
Hoy te viene á saludar
Este baile sotaquino.

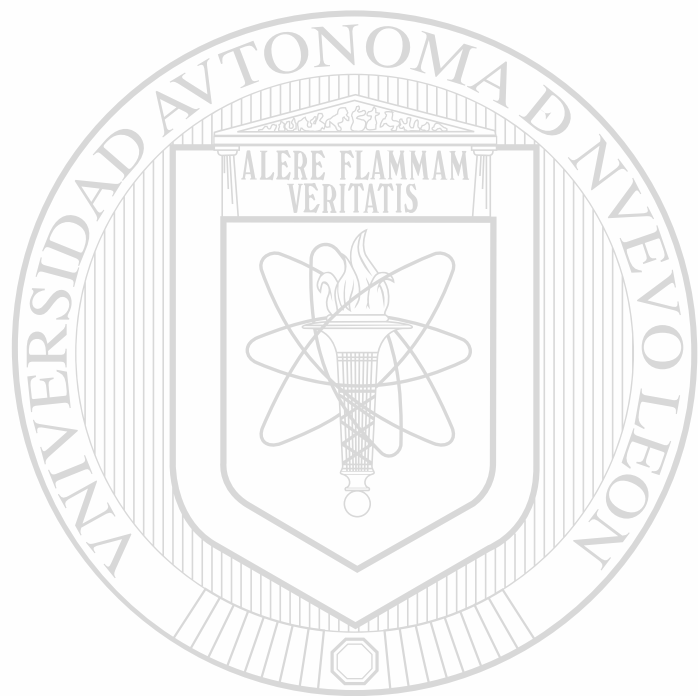
En la madrugada del 27 se despiden entre sollozos de su tierna Madre y todos cantan esta estrofa:

¡Adiós, Virgen de Andacollo!
¡Adiós, hermoso lucero!
Voiveremos á la fiesta
Para el año venidero!

VI

LA PROCESIÓN

Quien quiera presenciar una escena llena de atractivos trasládese á Andacollo en la tarde del 26 de Diciembre en que se hace la procesión de la Santísima Virgen por la espaciosa plaza que está delante del santuario. Ésta queda ocupada por los bailes que dejan holgada calle por donde han de seguir triunfal carrera las andas del Patriarca San José, de San Isidro Labrador y de la Virgen del Rosario. El pueblo se agrupa en el vecino collado, en los techos de las casas, en las torres del



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

contento, corre á darle la mano temiendo una caída; pero la que habia sido tullida rehusa todo apoyo diciendo: «déjeme sola, que quiero caminar por toda la procesión». Alcanzó á llegar hasta la puerta del templo, porque en ese momento ya comenzaban á entrar nuevamente las andas; pero se acercó al altar á dar gracias á su celestial Bienhechora. Desde entonces quedó como si jamás hubiese estado enferma.

En la romería del año 1878 vimos llegar á Andacollo, á una mujer con el cabello desgreñado, en actitud penitente y llevando en sus manos un salvavidas. Interrogada acerca de la causa que habia influido en ella para obrar de ese modo, contestó: «el año próximo pasado, en este mismo mes, chocó el vapor Atacama contra unas rocas no lejos del puerto de Caldera. El choque fué tan violento que en pocos minutos no quedó del buque sobre la superficie de las aguas sino un palo. Los pasajeros quedamos á merced de las olas, á una distancia de dos millas de la costa, y á las dos de la mañana de una noche sin luna. Yo merecí encontrar este salvavidas que me acompaña y me puse á bogar del modo que me auxiliaban las fuerzas. Á cada instante iba encontrando cadáveres de algunos compañeros que se habian ahogado y que flotaban juntos con cien bultos de carga. Al fin me encomendé á la Virgen de Andacollo y le prometí llegar á su santuario en la misma actitud con que lograrse salir á tierra. Confiada en la protección de esta buena Madre seguí nadando; pero el frío entumeció de tal modo mis miembros que quedé sin sentidos. Sin saber cómo, las olas me arrojaron el día siguiente á la playa, donde mediante los auxilios de los que habian concurrido al lugar del naufragio pude recobrar la salud. Ahora vengo á pagar mi promesa». El nombre de esta mujer era Agustina Vera.

Era una mañana del mes de Diciembre de 1870. Uno

de los vapores del Norte acababa de fondear en la bahía de Coquimbo, y una pobre mujer saltaba á tierra momentos más tarde. Con vivísimo interés preguntaba á algunas personas que rodeaban el muelle por la situación de Andacollo, porque ella ha abandonado á Arica, donde tiene su domicilio, sólo por encontrarse en la fiesta de la Virgen que se venera en ese pueblo.—¿Sin duda, replican los interrogados cuya curiosidad se despierta, sin duda sois deudora de algún beneficio á Nuestra Señora de Andacollo? ¿Le debo nada menos que la vida. ¿Podriais contarnos esa historia? No habria gratitud en mi pecho si me negase á publicar las bondades de mi celestial Bienhechora. Cuando vino la inundación del mar en Agosto de este mismo año, la población de Arica se puso en espantosa alarma. Todos corrimos en dirección opuesta á la que traian las aguas; pero muchos eran alcanzados por ellas y quedaban sepultados en la arena.

Yo corría con fatigas y angustias indecibles, cuando de repente dirijo la vista hacia atrás y veo á pocas varas una ola tan grande como una montaña. La sangre se heló en mis venas y consideré la muerte segura. Viéndome perdida exclamé: ¡Madre mía de Andacollo! y le hice una promesa. No alcancé á más, porque cai en tierra desmayada. Al volver en mí pude observar que las aguas habian llegado á tocar apenas el vestido sin hacerme daño alguno. Sólo yo, que observé lo crítico de mi situación, puedo asegurar que conservo la vida por una merced de la Virgen de Andacollo. Desde entonces no he dejado de contar las misericordias de esta buena Madre y ahora vengo á cumplir mi promesa.

Mercedes Palma, del departamento de Elqui, tenía la edad de 70 años cuando refirió al cronista del santuario que en esa época, año 1883, lo era el presbítero D. Juan Ramón Ramírez, el caso siguiente: Desde la infancia

sufrió yo una terrible enfermedad del estómago, que se agravaba de tal manera, que en muchas ocasiones me ponía al borde del sepulcro. Más de una vez me preparé para la muerte con los santos Sacramentos. Un día la Virgen me inspiró la idea de prometerle asistir todos los años á la fiesta de Andacollo, subiendo á pie la elevada cuesta. Hice la promesa que debía cumplir si mejoraba. Pues bien, confieso con toda la sinceridad de mi edad, que desde ese día sentí alivio y que en poco tiempo sané completamente de mi vieja enfermedad. Dios ha permitido que pueda cumplir mi promesa hace ya cinco años (1).

En la fiesta de 1887, en presencia de trescientos ó cuatrocientos testigos, tuvo lugar el sorprendente prodigio que sigue:

Juan Alberto Gómez, minero de Tamaya, de cincuenta y tantos años de edad, se encontraba postrado en cama hacia cuatro ó cinco meses, desahuciado ya por el médico del lugar. Acercándose la fiesta de Andacollo, concibió el pensamiento de hacerse llevar á los pies de la augusta Patrona, á pesar de hallarse á las puertas de la muerte. Obtuvo de sus compañeros de trabajo el servicio de que lo condujesen en camilla hasta el santuario, á donde llegaron á las cinco de la mañana después de un viaje penosísimo de tres días é inmediatamente se hizo conducir hasta los pies de la Santísima Virgen. Animado entonces de gran fe, bañado en lágrimas y con palabras entrecortadas por la emoción y por la fatiga de la dolencia, le expresó los sacrificios que había hecho para llegar hasta sus plantas y de que no se movería de allí sin que Ella le concediera la salud solicitada. La concurrencia se electrizó al presenciar aquel cuadro; mas, hé aquí que de repente el enfermo

(1) Libro de los prodigios de Andacollo.

hace un esfuerzo, pónese de pie y exclama con aire de victoria: ¡Me ha oído! ¡Me ha oído! Siéntese entonces con fuerzas, y embargado por las dulces lágrimas de la gratitud, suplica á los que le asisten y acompañan le ayuden á dar gracias á la bendita Madre por el milagro que acaba de operar en él. Momentos después la multitud asombrada lo vió salir del templo por sus propios pies y encaminarse hacia la oficina de la Cofradía á dar cuenta del milagroso hecho.

Á principios de 1871, el azote de la viruela se dejó caer de una manera tan desastrosa sobre la pequeña población de Andacollo, que en pocos días se contaron como treinta víctimas, siendo muy grande el número de los enfermos. La población parecía un verdadero lazareto, y lo más terrible era que el aire mismo se había impregnado del virus maléfico, de suerte que á todas partes llevaba el contagio.

Cuando se hubieron empleado sin resultado alguno favorable todos los recursos que aconsejan la medicina y la prudencia humana, los habitantes comenzaron á suplicar al señor Cura Párroco y al señor Capellán de la Cofradía sacasen en procesión por las calles del pueblo la imagen milagrosa de nuestra Señora del Rosario. Los dos sacerdotes accedieron á tan justa petición, y el Sábado Santo, 8 de Abril del año indicado, después de la misa de Gloria se sacó del templo la imagen milagrosa y se la llevó en solemne procesión por la calle principal. Era de ver entonces el tierno espectáculo que se presentó á la vista de los acompañantes. Los enfermos apestados, dejando sus tristes lechos, se arrastraban dificultosamente hasta las puertas de sus habitaciones, para contemplar por sus ojos aquella Virgen bondadosísima que en ese mismo pueblo ha querido manifestarse como la dulce consoladora de los afligidos.

Aquella pública manifestación de la fe y de la con-

fianza cristiana quedó recompensada con el más feliz resultado. Desde aquel mismo día el azote cesó por completo; ningún nuevo caso de viruela se presentó en adelante ni tampoco murió ninguno de los enfermos que entonces se hallaban atacados de la peste.

El hecho fué tan admirable como público y notorio, y de él dieron testimonio, entre otras personas respetables, el Párroco y el Capellán. Éste último afirmó que estaba persuadido de que aquel suceso no podía ser sino milagroso.

En el hospital de sangre establecido en el Liceo de La Serena durante la guerra con las naciones aliadas del Perú y Bolivia, tuve ocasión de admirar la fe con que los buenos soldados de los regimientos Coquimbo y Atacama invocaban á la Virgen de Andacollo. En favor de uno de ellos obró la Señora una maravilla que el libro citado de sus milagros refiere de este modo: Eduardo Moscoso, viéndose abandonado de la ciencia humana, recurrió á la Virgen de Andacollo, á quien prometió ir en ese mismo mes y año, á hacerle una visita. Á los cuatro días de su voto, el médico encontró en la herida de Moscoso una tendencia rápida á su cicatrización. El soldado pidió su alta. Manifestó que la Virgen de Andacollo lo sanaba. El doctor se resistió al principio; pero, en vista de su insistencia y de su inexplicable mejoría, se la concedió. Agradecido Moscoso por el favor obrado, se puso en camino á Andacollo, donde llegó en perfecto estado de salud. Recibió los Sacramentos, y ha continuado como fervoroso romero, pagando su tributo de agradecimiento á la que es Salud de los enfermos.

Á fines de Agosto de 1903 la señora Dolores Rodríguez de Papich, vecina de Taltal, se reventó en un mortero el dedo anular de la mano derecha.

Se le desprendió la uña, principiaron los dolores y muy pronto apareció la gangrena. Los doctores Rivera

y Guezalaga manifestaron á la enferma la necesidad de la amputación, pues de otro modo se comprometía la mano. Y exponía la vida. No teniendo á la mano los útiles necesarios para la operación, aconsejaron á la enferma tomara el próximo vapor á fin de que en Valparaíso ó en Santiago encontrara alguna clinica conveniente.

La señora, confiada en la Virgen de Andacollo, le hizo la promesa de regalarle el anillo que llevaba anteriormente en el dedo herido. La joya es de oro con amatista. Á los dos días del voto los doctores quedaron sorprendidos; el mal se había detenido y los dolores habían de todo punto desaparecido. Reconocieron en ello algo sorprendente, milagroso. La mejoría siguió adelante. El dedo volvió á su estado natural. Á los pocos días principió á aparecer la uña nueva. La señora, por intermedio del párroco de Taltal, envió á la Santísima Virgen el anillo ofrecido.

En obsequio á la brevedad sólo citaremos tres prodigios de que se dió cuenta en los mismos días de la coronación de la santa imagen y que tomamos á la letra del libro *Solemne Coronación*. Uno es la curación radical de enfermedad gravísima á la vista, que padecía la señora argentina Gregoria Montano de Poblete, enfermedad que la había dejado en completa ceguera, por efecto de una fistula en el lacrimal, que le comprometió los dos ojos, y que á juicio de los médicos debió operarse arrancando uno de los ojos para salvar el otro. En esta situación la buena señora se acuerda de la Virgen del Rosario de Andacollo, y de concierto con su esposo y un hermano que debería acompañarle en su viaje, promete venir á la fiesta de su coronación, confesarse, comulgar, entrar de rodillas en su Santuario y depositar dos pesos en la caja de la Santísima Virgen, emprenden la marcha trayendo consigo á una hijita de nueve años, á quien levantara de la cama por

estar enferma, hacia tiempo, de disentería. El viaje lo hicieron en veintidós días, teniendo el esposo que traer tirando la cabalgadura en que venía la señora. Al pasar la cordillera, el viento, el frío producido por la nieve, acrecentaron de una manera terrible la enfermedad; no obstante, el día 24 de Diciembre á las dos p. m. estaban en la cima de la cuesta de Andacollo, y al ver el esposo las torres del Santuario, exclamó: —¡Hija, ya vemos el templo!, — á lo que ella contestó de lo más profundo de su alma con esta expresión de amor: Santísima Virgen, sáname si tú lo quieres, y sino, seré feliz muriendo á tus pies.

¡Cosa admirable! Apenas pronunció estas palabras, se abrieron sus ojos, se curaron sin dejar señal de la menor cicatriz. ¿Quién podrá describir el gozo, la emoción que se apoderó de aquellos viajeros? Bajaron de sus cabalgaduras, y en profundo silencio, interrumpido sólo de vez en cuando por los sollozos, recorrieron á pie el camino que faltaba hasta el Santuario. Allí, en público, en alta voz, atestiguando el hecho con abundantes lágrimas, lo relataba á los pies de María, dándole repetidas gracias. Al instante corrió el milagro de boca en boca, y vinieron algunos sacerdotes á conducirla á la oficina de la Cofradía, en donde se levantó minucioso sumario.

El otro acaeció en la persona de Eustaquio Rojas, individuo de cincuenta y ocho años, natural de Hurtado, quien padecía reumatismo crónico en un lado del cuerpo, principalmente en la pierna izquierda, hacia ocho ó diez años, llegando hasta postrarlo en cama. Trasladóse al hospital de La Serena, en donde estuvo medicinándose dos ó tres meses; pero la enfermedad había comprometido ya el hueso de tal manera, que los doctores creyeron necesaria la amputación, operación que no se hizo por la tenaz resistencia del enfermo, quien acercándose

la fiesta de la Coronación de la Santísima Virgen de Andacollo, le hizo la promesa de ir á su fiesta, confesarse y comulgar en la misa, con tal que le restableciese la salud. Días antes vienen al hospital parientes por él, y se lo llevan á costa de grandes sacrificios. Emprende su viaje, llega el 24 por la tarde, el 25 se hace conducir al Santuario, se confiesa, comulga, siendo siempre ayudado por los que le acompañaban, permanece allí cerca de la anda durante toda la misa, al terminar las ceremonias, hace empeño por levantarse; ¡cosa admirable! se encuentra completamente sano, la pierna herida completamente cicatrizada, sin sentir la menor dolencia.

La alegría de aquel hombre, se manifestaba con la abundancia de lágrimas, y con palabras entrecortadas de cariño y de agradecimiento á la Santísima Virgen. Entre los muchos testigos, que aseguraron conocer al enfermo, estaba el mismo párroco de Hurtado, Presbítero D. Arturo Valenzuela, quien antes de emprender el enfermo el viaje á La Serena, le había administrado los sacramentos.

Otro suceso digno de recordarse es la milagrosa liberación de la muerte que tuvo el día de la gran fiesta, poco antes de la procesión, el R. P. Godofredo Darbois, el cual, queriendo ver mejor tan grandioso espectáculo, subía á una de las torres de la antigua iglesia, y al pasar del coro al primer piso de la torre, no vió un tragaluz de vidrio, que estaba sobre el techo cubierto de tierra, tragaluz que alumbraba al baptisterio en el plano de la iglesia, altura de seis metros, pesando él ochenta y tres quilos, se vino de claro cayendo sobre una mesa y pila de mármol, sin hacerse la más leve herida, sufriendo sí el consiguiente desmayo á consecuencias del tremendo golpe. Los doctores Reygadas, Bolados y Francis, que acudieron en el acto, le decla-

raron sin peligro alguno, levantándose al siguiente día á celebrar el Santo Sacrificio.

No terminaremos estas líneas sin hacer resaltar un hecho de todos admirado. En días de tanto bullicio como son los de la romería anual, en los cuales se reúnen treinta mil almas de diversos pueblos y provincias, y que pasan las horas en las calles y plazas, jamás se oye una palabra descompuesta, ni se alza una voz de discordia, ni se suscitan riñas, ni se notan embriagueces. La paz más inalterable reina allí y los polizontes son como objeto de lujo, pues nada tienen que arreglar. La Virgen de Andacollo es el lazo de oro que une tantos millares de corazones en santa y cristiana fraternidad.

VIII

OFRENDAS

Costumbre santa y laudable ha sido siempre, que los que quieren obtener mercedes de la Madre de Dios en alguno de sus santuarios, le ofrezcan alguna joya ú otra limosna para el esplendor de su culto. Así se verifica en Andacollo. Casi todos los peregrinos ofrecen su óbolo; los ricos lo que sobra de sus intereses y los pobres el cornadillo que ahorran de su trabajo. Anualmente suben de treinta mil pesos las limosnas recogidas. Con ellas se ha podido dar digno remate al suntuoso templo erigido á costa de grandes sacrificios en aquellas escarpadas montañas y cuyo valor sube de medio millón de pesos. Con ellas se le ha dotado de vasos y ornamentos sagrados, candelabros, floreros y cuanto es necesario para que las fiestas allí celebradas resulten regias.

Entre esas alhajas adquiridas para el templo es digno de citarse el cáliz de oro macizo cincelado por hábil artista de París y que se usó en la misa de la corona-

ción de la imagen. En la base y en medio de la copa se extiende rico cordón de brillantes y esmeraldas. El valor de dicho vaso sagrado, sin contar el oro, subió á 22.000 francos.

Con las limosnas de Andacollo se levantó en buena parte el convento de las Religiosas del Buen Pastor de La Serena, se han fundado en el Seminario becas de gracia para la educación de jóvenes que aspiran al sacerdocio, se sostiene escuela gratuita de niños en el pueblo y se subvencionan varias obras de caridad.

En el año 1900 se construyó esbelto claustro donde residen los Padres guardianes del templo y se albergan los peregrinos distinguidos, en cuya fábrica se emplearon cuarenta mil pesos.

Además se han ofrecido á la Virgen joyas de diversas especies, cada una de las cuales encierra episodio amoroso de la vida de un creyente. Entre ellas sobresalen el Rosario que se le coloca á la imagen milagrosa en las grandes solemnidades y que ya hemos descrito, el cáliz de oro remitido por Carlos III rey de España, la casulla de ricos bordados regalada por Isabel II, el palio de finísima seda bordado con arte chinesco y los jarrones japoneses con que las colonias católicas del Celeste Imperio residentes en Antofagasta é Iquique obsequiaron al santuario el año de la solemne coronación.

Son notables los siguientes exvotos: Un Niño Dios de oro, donado el 19 de Enero de 1865 por la piadosa inglesa Miss Ana Warin, librada por Nuestra Señora de Andacollo de inminente naufragio en el Cabo de Hornos. Dos pies de plata maciza, ofrenda de D. Domingo Quiroga, caballero argentino, por haber sanado de peligrosa enfermedad invocando á la Señora. Una cadena con guardapelo de oro, obsequio de D.^a Beatriz López, por haber sanado radicalmente de la enfermedad de parálisis.

raron sin peligro alguno, levantándose al siguiente día á celebrar el Santo Sacrificio.

No terminaremos estas líneas sin hacer resaltar un hecho de todos admirado. En días de tanto bullicio como son los de la romería anual, en los cuales se reúnen treinta mil almas de diversos pueblos y provincias, y que pasan las horas en las calles y plazas, jamás se oye una palabra descompuesta, ni se alza una voz de discordia, ni se suscitan riñas, ni se notan embriagueces. La paz más inalterable reina allí y los polizontes son como objeto de lujo, pues nada tienen que arreglar. La Virgen de Andacollo es el lazo de oro que une tantos millares de corazones en santa y cristiana fraternidad.

VIII

OFRENDAS

Costumbre santa y laudable ha sido siempre, que los que quieren obtener mercedes de la Madre de Dios en alguno de sus santuarios, le ofrezcan alguna joya ú otra limosna para el esplendor de su culto. Así se verifica en Andacollo. Casi todos los peregrinos ofrecen su óbolo; los ricos lo que sobra de sus intereses y los pobres el cornadillo que ahorran de su trabajo. Anualmente suben de treinta mil pesos las limosnas recogidas. Con ellas se ha podido dar digno remate al suntuoso templo erigido á costa de grandes sacrificios en aquellas escarpadas montañas y cuyo valor sube de medio millón de pesos. Con ellas se le ha dotado de vasos y ornamentos sagrados, candelabros, floreros y cuanto es necesario para que las fiestas allí celebradas resulten regias.

Entre esas alhajas adquiridas para el templo es digno de citarse el cáliz de oro macizo cincelado por hábil artista de París y que se usó en la misa de la corona-

ción de la imagen. En la base y en medio de la copa se extiende rico cordón de brillantes y esmeraldas. El valor de dicho vaso sagrado, sin contar el oro, subió á 22.000 francos.

Con las limosnas de Andacollo se levantó en buena parte el convento de las Religiosas del Buen Pastor de La Serena, se han fundado en el Seminario becas de gracia para la educación de jóvenes que aspiran al sacerdocio, se sostiene escuela gratuita de niños en el pueblo y se subvencionan varias obras de caridad.

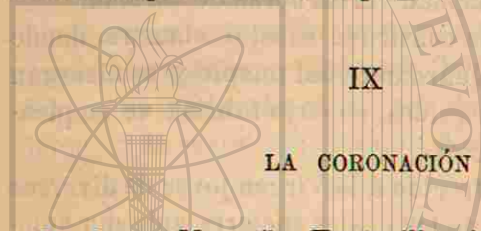
En el año 1900 se construyó esbelto claustro donde residen los Padres guardianes del templo y se albergan los peregrinos distinguidos, en cuya fábrica se emplearon cuarenta mil pesos.

Además se han ofrecido á la Virgen joyas de diversas especies, cada una de las cuales encierra episodio amoroso de la vida de un creyente. Entre ellas sobresalen el Rosario que se le coloca á la imagen milagrosa en las grandes solemnidades y que ya hemos descrito, el cáliz de oro remitido por Carlos III rey de España, la casulla de ricos bordados regalada por Isabel II, el palio de finísima seda bordado con arte chinesco y los jarrones japoneses con que las colonias católicas del Celeste Imperio residentes en Antofagasta é Iquique obsequiaron al santuario el año de la solemne coronación.

Son notables los siguientes exvotos: Un Niño Dios de oro, donado el 19 de Enero de 1865 por la piadosa inglesa Miss Ana Warin, librada por Nuestra Señora de Andacollo de inminente naufragio en el Cabo de Hornos. Dos pies de plata maciza, ofrenda de D. Domingo Quiroga, caballero argentino, por haber sanado de peligrosa enfermedad invocando á la Señora. Una cadena con guardapelo de oro, obsequio de D.^a Beatriz López, por haber sanado radicalmente de la enfermedad de parálisis.

Una estatuita de plata enviada por la señora peruana D.^a Andrea Porto-Carrera de Flor, que atacada de agudos dolores, le hizo una manda á la Virgen de Andacollo si sanaba en el plazo de ocho días.

Una tarjeta de plata con esta inscripción: «C. V. Cood. Cumplió su promesa.—Diciembre 25 de 1883.» El señor Cood fué uno de los descubridores del mineral de Quintana y al cual debe valiosos servicios la industria minera de la provincia de Coquimbo.



IX

LA CORONACIÓN

Desde que Monseñor Fontecilla visitó por vez primera el santuario de Andacollo presenciando las escenas ternísimas de los romeros, concibió el pensamiento de acudir á la Santa Sede solicitando la coronación de la imagen de Nuestra Señora. En 1899 se le ofreció bellísima oportunidad para llevar á cabo su deseo, con motivo de su viaje á Roma á tomar parte en las deliberaciones del Concilio Plenario de la América Latina. En la ciudad eterna presentó humildes preces, acompañadas de los documentos históricos, que acreditaban reunir la imagen de Andacollo los requisitos de antigüedad, veneración y hechos prodigiosos exigidos por el derecho para otorgarle el honor de la corona de oro. No tardó en ser favorablemente despachada la solicitud del benemérito Prelado entregándosele el siguiente decreto: «Nos, Mariano Rampolla del Tindaro, Cardenal presbítero de la santa Iglesia Romana, del título de Santa Cecilia, Arcipreste de la sacrosanta patriarcal Basilica del Principe de los Apóstoles en Roma, Prefecto de la sagrada Congregación de la Reverenda Fábrica:

Y también el Cabildo y los Canónigos de la misma Basilica:

Salud en Cristo, que de todos es verdadera salud, al Ilmo. Padre y Señor Florencio Fontecilla, Obispo de La Serena en la República de Chile.

Correspondiendo á nosotros el derecho y el honor de coronar las sagradas imágenes de la Madre de Dios, insignes por antiguo é incesante culto de los fieles y por la fama de celestes prodigios, nos habéis expuesto, Ilmo. Señor, que entre los santuarios, honor de vuestra diócesis, se levanta la iglesia parroquial de Andacollo; y que allí resplandece una insigne imagen de la Santísima Virgen llamada del Rosario, no menos célebre por la antigüedad que por la multitud de fieles peregrinos que acuden á invocarla, no sólo de ese país, sino también de las Repúblicas vecinas, como así mismo por el número de prodigios y favores que abundantemente concede; y en consecuencia con el fin de acrecentar esta devoción, nos habéis presentado una súplica apoyada en documentos históricos, pidiéndonos encarecidamente que la citada imagen sea decorada con corona de oro.

Todo lo cual, recomendado por V. S. I., no pudo menos de inclinar los ánimos de todos nosotros, con tanta mayor razón cuanto que tenemos por cierto el que esta sagrada ceremonia será de gran consuelo para toda vuestra diócesis.

En cuya virtud, Nos, que tenemos el más vivo interés en despertar en el ánimo de los fieles la devoción á la Santísima Virgen María y en propagar su culto; reunidos legítimamente en el Señor en sesión capitular el día once del corriente, después de considerar lo expuesto, y principalmente las recomendaciones de V. S. I., hemos juzgado que aquella celeberrima imagen reúne

perfectamente las condiciones requeridas para su solemne coronación.

Pues bien, á mayor gloria de Dios omnipotente que se dignó colmar de singulares honores y privilegios á la Virgen María Madre de su Hijo Unigénito; á mayor acrecentamiento del culto de la Virgen Madre; y para que los fieles se exciten más y más á implorar su valiosísima protección, Nos hemos atendido unánimemente las preces de V. S. I., y hemos mandado y decretado que la sacrosanta imagen de la Santísima Virgen del Rosario de Andacollo sea coronada con corona de oro.

Y para que dicha solemne coronación sea valedera, os concedemos y autorizamos por las presentes para que personalmente ó por otra persona constituida en dignidad eclesiástica, pongáis en nuestro nombre corona de oro en la sacratísima cabeza de la imagen arriba mencionada.

Queremos además que la ceremonia de la coronación se lleve á cabo según el rito presente para el uso de nuestra Basilica en el cuaderno impreso, cuyo título es «*Ordo servandus etc.*», y que ahora os remitimos, y no de otra manera; lo cual recomendamos encarecidamente á vuestra piedad.

En fe de lo cual mandamos que por nuestro infrascrito Canciller se remitan las presentes firmadas por el Ilmo. y Rdo. Sr. Canónigo Secretario de nuestra Corporación y refrendadas con el sello capitular.

Dado en Roma en la sala del Cabildo, el año 1899 de la Encarnación del Señor, día 15 del mes de Junio, del pontificado de nuestro Santísimo Padre por la divina Providencia León Papa XIII año 22.—Filiberto Pomponi, Canciller.—David Farabulini, Pro-Secretario. (Hay un sello).

El júbilo que bañó el alma del Prelado al recibir el precioso documento no es para expresarse. Aun recuer-

do que al verle en Zaragoza de España con el semblante radiante de alegría me participó la gratisima nueva, creyendo con justicia que debía acompañarle en su gozo por tratarse de la diócesis, á la cual están vinculados los recuerdos más gratos de mi vida. Vuelto á Chile, publicé luminosa Pastoral para dar á conocer á sus fieles lo que significa la coronación, y fijando como fecha para la augusta ceremonia el día 26 de Diciembre de 1901. Naturalmente un suceso tan singular, jamás visto en Chile, despertó vívido entusiasmo entre los devotos de María de Andacollo, y el número de peregrinos que emprendieron el viaje al bendito pueblo superó en mucho al de los años anteriores. Formaron parte de la romería cinco obispos, noventa sacerdotes y cuarenta mil fieles. Quien conozca la América del Sur no podrá menos de maravillarse de que pudieran reunirse en la cima de la montaña cinco Prelados y noventa sacerdotes. Los nombres de los primeros, además del diocesano, son: Ilmos. SS. Dr. D. Plácido Labarca, Obispo de la Concepción de Chile, Dr. D. Ramón Ángel Jara, Obispo de San Carlos de Ancud (Chile), D. Roberto del Pozo, S. J., Obispo de Guayaquil (Ecuador), Doctor D. Santiago Costamagna, Salesiano, Obispo titular de Colonia.

Entre los peregrinos llamaba la atención un grupo de treinta jóvenes de la primera nobleza de Santiago, muchos de ellos con título de abogados, inscritos en la Asociación de San Luis Gonzaga. Con sus virtudes edificaron al clero y pueblo, pues sin respetos humanos se ofrecieron á llevar las andas en la procesión, adornaron el altar, sirvieron las misas y se disputaron las escobas para barrer el templo.

Celebróse el triduo con pompa inusitada y entusiasmo indescriptible. El templo estaba adornado de gran gala interior y exteriormente. Banderas de todas las

naciones ceñían la elevada cúpula, vistosos escudos rodeaban las torres, y en medio de ellas se destacaba un Rosario colosal de cuentas plateadas cuya cruz caía en el pórtico principal. Resaltaba también en el frontispicio una banda circular donde se leía en gruesos caracteres esta inscripción: *Chile corona á su Reina*. En la cornisa se desplegaba otra cinta azul con franja de ligeros tubos de plata y este letrero: «1675.—Á la Virgen del Rosario.—1901». Las columnas interiores estaban revestidas de listones con los colores de la bandera de la patria y hacia la mitad lucían banderolas representando los misterios del Rosario. El altar parecía jardín por los ramos de flores naturales y artificiales que le adornaban, y estaba iluminado por blanquísimos cirios que ardían en valiosos candelabros de bruñida plata. Sus naves y tribunas eran impotentes para contener la muchedumbre ansiosa de aclamar á su Madre en el día de su triunfo. Dos párrocos de la diócesis y los señores Obispos pronunciaron elocuentes discursos. El día clásico por excelencia fué el 26. En la misa que celebró de pontifical el Ilmo. Señor Fontecilla bendijo las coronas de la Virgen y del Niño Jesús. Después del evangelio subió las gradas y colocó en las frentes sagradas de las imágenes sus respectivas insignias, repitiendo á María las palabras de la Liturgia: «Así como eres coronada por nuestras manos, del mismo modo merezcamos ser coronados en el cielo». En ese instante los suspiros comprimidos y las lágrimas silenciosas, se desahogaron en un grito unánime. Un ¡*Viva la Virgen de Andacollo!* repercutió en la basílica, en el valle y en la montaña. Enardecidos estaban los ánimos cuando subió al púlpito Monseñor Jara, que con la elocuencia arrebatadora que le ha dado el cielo, elevó los ánimos al más alto grado de amor y de entusiasmo delirante. Imposible fué acallar á las masas que prorrum-

pieron en estrepitosos aplausos á la Virgen y al orador. Para perpetua memoria se dejó grabada en lápida de mármol la siguiente inscripción:

El XXVI de Diciembre de MCML.

«Siendo Sumo Pontífice N. S. Padre el Papa León XIII, Obispo de La Serena, Dr. D. Florencio Fontecilla, capellanes del santuario los RR. PP. Misioneros del Corazón de María, Presidente de la República Excelentísimo Sr. D. Germán Riesco, Intendente de la Provincia D. Juan de Dios Peñafiel, fué coronada canónicamente esta veneranda imagen, con asistencia de cinco señores Obispos é inmensa concurrencia de clero y fieles.»

En un bello libro, impreso en España por el ilustrado presbítero chileno D. Manuel Ignacio Munizaga, encuentro la siguiente descripción de la corona:

«El material general de la rica joya es de oro purísimo, como lo acredita el central de la Casa de Moneda de París. La forma es elegantemente proporcionada y, dada la relación conveniente, se asemeja á la real corona de la célebre María Teresa de Austria.

En sus detalles es tan artística que ha merecido calurosos elogios de cuantos entendidos la han examinado; un artista de gusto reconocido en todos los talleres de París expresó sobre ella su juicio diciendo que, «á haber sido fabricada á tiempo, había podido exponerse con verdadero éxito en el mejor pabellón de la Exposición.» Cuando fué expuesta en las vidrieras del taller, atraía con verdadera curiosidad las miradas de todo el mundo, y del mundo de París habituado á tantas maravillas.

Todos sus finísimos y variados relieves son cincelados á mano; la distinción de los colores que entran en juego en graduada armonía es producida por la variedad natural de las ricas y numerosas piedras preciosas que constituyen el alma de la corona y que forman un lujo

de riqueza. Sus adornos principales y característicos componen la parte simbólica de la corona: al pie, rodeándola toda, un rosario de oro argentado para hacerlo resaltar en el fondo amarillo: así convenia ceñir la frente de una Virgen venerada bajo la advocación del Rosario; en la base superior, la parte de honor y de fondo, por delante, se ostenta al centro, como nunca en mejor sitio, el gallardo escudo chileno, cuyo triple colorido es producido por las mismas piedras preciosas; á la derecha el de las armas pontificias y á la izquierda el del Ilmo. Sr. Fontecilla, cuyo nombre está por tantos títulos vinculado á la Virgen de Andacollo; detrás, correspondiendo al escudo chileno, hay una pequeña y primorosa urnita destinada á guardar perpetuamente el Breve de la coronación; á cada lado de esta parte y formando *vis a vis*, hay dos ángeles de los de Fray Angélico que representan la Corte de la que María es Reina y cuyo trabajo revela un pasmo de finura y buen gusto. De esta parte arrancan las ramas de la corona recamadas de finísimas piedras y cinceladas hasta la filigrana. Una hermosísima coronita, miniatura de la grande, domina con donaire el conjunto de la joya, de cuyo centro se levanta un airoso pedestal que sostiene el mundo coronado por la cruz.

Sería necesario ser artista para describir en todos sus detalles esta obra maestra, y ser perito aventajado para apreciar el trabajo y riqueza que encierra.

El solo nombre de los talleres de que ha salido es ya suficiente título de recomendación, pues ha sido elaborada por la famosa Casa Biaisi, la más prestigiosa en su género que existe en París.

Se concibe que semejante obra haya costado una enorme suma.

En parte esta suma fué recaudada por erogación popular con el objeto de que tuviera el carácter de ofren-

da pública rendida por sus hijos á la celestial Madre. Sirvieron para este mismo objeto muchas alhajas y joyas del mismo tesoro del santuario.»

X

GUARDIANES DEL SANTUARIO

Deseoso el Ilmo. Sr. Fontecilla de que el culto de la Virgen de Andacollo adquiriese cada día mayor esplendor, concibió el proyecto de confiar la custodia del santuario á los Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María, que desde el año 1873 están establecidos en la capital de la diócesis, desde donde, como las nubes cargadas de rocío del profeta, salen á derramar los beneficios de las santas misiones en diversas parroquias. No hay aldea ni mineral de las Provincias de Atacama y Coquimbo que no haya visto á los Hijos del Corazón de María evangelizando el bien y la paz. Y como el digno Prelado no sabe vacilar por las dificultades cuando se trata de la gloria de la Santísima Virgen, hizo gestiones para fundar una Residencia de dichos religiosos, y el éxito más feliz vino á coronarlas.

En Marzo de 1900 quedó instalada en el espacioso claustro edificado para ella, una pequeña comunidad de tres Padres y tres Hermanos coadjutores. Desde el mismo día de su instalación se dedicaron á fundar una escuela para niños con todos los adelantos modernos, á predicar en el santuario y á administrar los sacramentos á los enfermos, pues en muchas leguas á la redonda no hay un solo sacerdote. Antes residían en Andacollo el párroco y el capellán de la cofradía del Rosario; pero el primero casi continuamente debia andar recorriendo á caballo su vasto curato que abrazaba sesenta leguas de mar á cordillera.

No es posible encomiar el fruto copiosísimo que han recogido los Hijos del Corazón de María con sus ministerios, y el auge que han dado al culto de la Santísima Virgen en el poco tiempo que llevan en la santa montaña. Baste decir que hicieron los preparativos de las ceremonias de la coronación, y á su celo se debe que resultasen tan brillantes.

Como muchos de mis amables lectores no conocen esta Congregación religiosa, á la cual me glorio de pertenecer, les daré sobre ella ligeros detalles. Fué fundada el 16 de Julio de 1849 en la ciudad episcopal de Vich (España) por el Venerable Antonio Maria Claret, Arzobispo de Santiago de Cuba, cuya causa de beatificación está ya para llegar á su término.

En unión de cinco sacerdotes de levantado espíritu, entre los cuales descollaba el Rmo. P. José Xifré que después había de glorificar y extender el Instituto, principió su obra en los claustros del Seminario, hermoso plantel donde generalmente se educan mil doscientos jóvenes aspirantes á la carrera sacerdotal y que ha sido cuna de talentos eminentes, como el filósofo D. Jaime Balmes y el mismo P. Claret. Ese granito de semilla, sembrado á costa de tantos sacrificios en Cataluña, germinó y se ha convertido en árbol frondoso, cuyas ramas se extienden por el viejo y nuevo mundo. En los cincuenta y cinco años que lleva de existencia, ha llegado á fundar 70 casas esparcidas en España, Italia, Méjico, Estados Unidos, Chile, Brasil y Argentina. En las posesiones españolas de Fernando Póo del golfo de Guinea, elevadas en el año 1904 á Vicariato Apostólico, tiene once residencias, y es para alabar á Dios el fruto obtenido en la conversión de los infieles. Los Misioneros han publicado gramáticas de las lenguas de los indígenas, han fundado colegios y talleres de diversos oficios, han enseñado el cultivo de los terrenos, publican una

Revista quincenal; en una palabra, han abierto la era de la civilización para aquella porción de infelices africanos. El objeto principal de la Congregación es predicar misiones entre fieles é infieles, catequizar los niños, y dar ejercicios á toda clase de personas. Sólo Dios, que cuenta las estrellas del cielo, sabe las almas que se han salvado por medio de los trabajos de los Misioneros.

En la América Latina se les abre anchuroso campo, pues reúnen las circunstancias tan propicias de hablar la misma lengua de los fieles, acomodarse á sus costumbres y son sufridos y abnegados para el trabajo. Sabido es que todos los usos de la iglesia de América se derivan de la madre patria.

XI

O D A

Rompe, excelsa Andacollo, rompe el muro
De rocas, oro y cobre,
Que ciñe de tu Reina el solio puro.
¿No ves que el rico y pobre
De las distancias cruzan el espacio,
Salvando la alta cumbre
Y llega de la Virgen al palacio
Compacta muchedumbre?

¿No ves que fascinados por el nimbo
De luz que orla su frente
De Elqui, Serena, Ovalle y de Coquimbo,
Del norte, sur y oriente
Afluyen peregrinos animosos,
Que vierten llanto á mares

No es posible encomiar el fruto copiosísimo que han recogido los Hijos del Corazón de María con sus ministerios, y el auge que han dado al culto de la Santísima Virgen en el poco tiempo que llevan en la santa montaña. Baste decir que hicieron los preparativos de las ceremonias de la coronación, y á su celo se debe que resultasen tan brillantes.

Como muchos de mis amables lectores no conocen esta Congregación religiosa, á la cual me glorio de pertenecer, les daré sobre ella ligeros detalles. Fué fundada el 16 de Julio de 1849 en la ciudad episcopal de Vich (España) por el Venerable Antonio Maria Claret, Arzobispo de Santiago de Cuba, cuya causa de beatificación está ya para llegar á su término.

En unión de cinco sacerdotes de levantado espíritu, entre los cuales descollaba el Rmo. P. José Xifré que después había de glorificar y extender el Instituto, principió su obra en los claustros del Seminario, hermoso plantel donde generalmente se educan mil doscientos jóvenes aspirantes á la carrera sacerdotal y que ha sido cuna de talentos eminentes, como el filósofo D. Jaime Balmes y el mismo P. Claret. Ese granito de semilla, sembrado á costa de tantos sacrificios en Cataluña, germinó y se ha convertido en árbol frondoso, cuyas ramas se extienden por el viejo y nuevo mundo. En los cincuenta y cinco años que lleva de existencia, ha llegado á fundar 70 casas esparcidas en España, Italia, Méjico, Estados Unidos, Chile, Brasil y Argentina. En las posesiones españolas de Fernando Póo del golfo de Guinea, elevadas en el año 1904 á Vicariato Apostólico, tiene once residencias, y es para alabar á Dios el fruto obtenido en la conversión de los infieles. Los Misioneros han publicado gramáticas de las lenguas de los indígenas, han fundado colegios y talleres de diversos oficios, han enseñado el cultivo de los terrenos, publican una

Revista quincenal; en una palabra, han abierto la era de la civilización para aquella porción de infelices africanos. El objeto principal de la Congregación es predicar misiones entre fieles é infieles, catequizar los niños, y dar ejercicios á toda clase de personas. Sólo Dios, que cuenta las estrellas del cielo, sabe las almas que se han salvado por medio de los trabajos de los Misioneros.

En la América Latina se les abre anchuroso campo, pues reúnen las circunstancias tan propicias de hablar la misma lengua de los fieles, acomodarse á sus costumbres y son sufridos y abnegados para el trabajo. Sabido es que todos los usos de la iglesia de América se derivan de la madre patria.

XI

O D A

Rompe, excelsa Andacollo, rompe el muro
De rocas, oro y cobre,
Que ciñe de tu Reina el solio puro.
¿No ves que el rico y pobre
De las distancias cruzan el espacio,
Salvando la alta cumbre
Y llega de la Virgen al palacio
Compacta muchedumbre?

¿No ves que fascinados por el nimbo
De luz que orla su frente
De Elqui, Serena, Ovalle y de Coquimbo,
Del norte, sur y oriente
Afluyen peregrinos animosos,
Que vierten llanto á mares

Implorando con ruegos fervorosos
Consuelo en sus pesares?

Al paciente afligido su honda pena
Yo vi cómo exponía,
De filial confianza el alma llena,
Á la dulce María.
¡Qué súplicas aquéllas! ¡Qué sincero
Amor! ¡Cuán elocuente!
¿Quién mueve el labio inculto del minero?
¿Quién inspira su mente?

¿Quién presta agilidad, vigor y aliento
Á miles de danzantes
En aquel fatigoso movimiento
Y marchas incesantes?
Al simple movimiento de la enseña
Aquel raro conjunto,
Cual si fuera un resorte aquella seña,
Se mueve ó para al punto.

En Andacollo todo es misterioso:
Las súplicas y usanzas,
Del chino el recitado quejumbroso,
Los trajes y las danzas.
Todos sienten el ánimo embargado
De emoción indecible,
Todos lloran, ninguno ha presenciado
Ese cuadro impasible.

Yo vi cómo rodaban silenciosas
Por la mejilla ardiente

Del peregrino lágrimas copiosas.
Yo vi cómo inconsciente
Del pecho más helado reventaba
El llanto á borbotones,
Y el hombre indiferente se entregaba
Á santas emociones.

Á impulso de amorosa confianza
Yo vi turbas sencillas
Al templo en medio de doliente danza
Penetrar de rodillas:
Llevando impresas del dolor las huellas
Ante la imagen oran;
Y en su aficción desátanse en querellas,
Suspiran, gimen, lloran.....

Lágrimas son de penas y consuelos,
Que el alma feliz vierte;
Recuerdos son de dichas y de duelos,
¡Quizá de vida y muerte!
Llorando ante la imagen veneranda
El suelo humildes besan;
Cumplen devotos la piadosa manda
Y el llanto y dolor cesan.

¿Qué hechizo singular se deposita
En esa Virgen pura,
Que así llorando con el llanto quita
Del alma la amargura?
¿Qué abismo de piedad y de clemencia
Se encuentra allí encerrado,
Pues ninguno salió de su presencia
Jamás desconsolado?

¡Ah! la misericordia nació de Ella;
 Sus ojos maternales
 Son de esperanza la graciosa Estrella,
 Que alumbra á los mortales.
 De los mundos feliz Corredentora,
 Es madre de la gracia,
 Égida en el combate y Protectora
 Del hombre en la desgracia;
 Bálsamo celestial que enjuga el llanto,
 Venero de alegría,
 Hermosura que al Dios tres veces Santo
 Arroba y extasia:
 Digna es su frente de ceñir corona,
 El orbe entero clama;
 Y Chile al coronarla su Patrona,
 Y Reina la proclama.
 ¡Salve mil veces celestial María!
 ¡Salve nuncio de gloria!
 De Chile Emperatriz, tu pueblo guía
 Al campo de victoria.

SILVESTRE ÁLVAREZ,

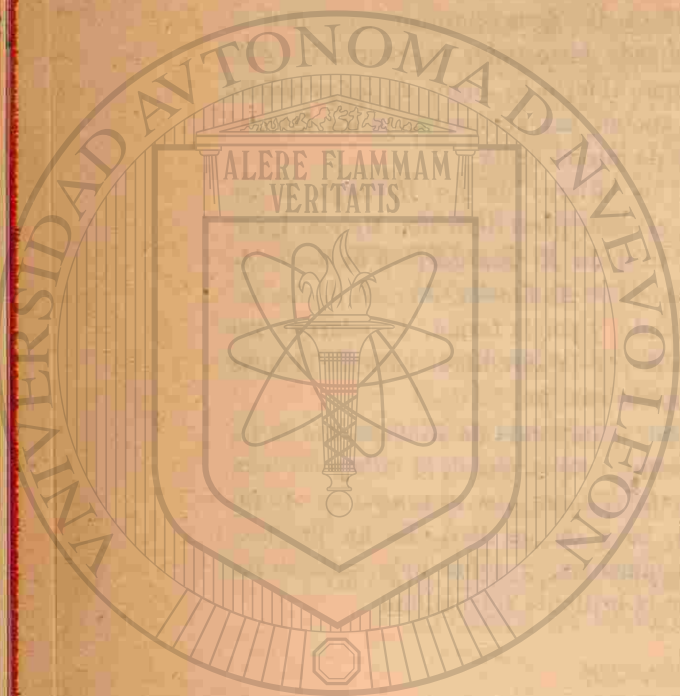
Misionero Hijo del Corazón de María

Autoridades.—Hasta el año 1870 nada se había escrito acerca de la Virgen de Andacollo. Sólo por tradición ó por ligeras indicaciones de los libros parroquiales se conocía su origen y sus prodigios. Mi apreciable y querido maestro, presbítero don Juan Ramón Ramírez, siendo vice-rector del Seminario de La Serena, revolvió libros, consultó á personas ancianas y competentes y visitó varias veces al pueblo afortunado. Fruto de sus desvelos fué la interesante *Historia de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo y su santuario*, primer monumento escrito, erigido á la Reina de las monta-

ñas de Chile. Este libro escrito con estilo correcto y elegante, cual correspondía á la bien cortada pluma del distinguido profesor de Literatura, ha servido de base á otros trabajos posteriores. Con justicia Monseñor Jara, en el brillantísimo discurso que pronunció el día de la coronación, calificó al señor Ramírez de *inspirado* historiador del Santuario. Á él se debe también haberse abierto el *Libro de los prodigios de Andacollo*, donde se anotan escrupulosamente los favores que dispensa la Madre de misericordia.

En 1900 publicó en los talleres de *La Hormiga de oro* de Barcelona (España), el señor presbítero don Manuel Ignacio Munizaga el libro titulado *El santuario y la fiesta de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo, diócesis de La Serena*, hermoso por el fondo y por la forma. Le adornan varios fotograbados hechos por la acreditada casa de Thomas en la capital del Principado catalán.

En 1902 se publicó por la imprenta de *El Comercio* de La Serena el opúsculo *Solemne coronación de la milagrosa imagen de Nuestra Señora del Rosario que se venera en Andacollo*. =Diciembre, 24, 25 y 26 de 1901. Es un precioso arsenal de datos y documentos, y sobre todo contiene los sermones predicados en la brillante solemnidad.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO DE CHIQUINQUIRÁ

CAPÍTULO II.

La Rosa del cielo ó sea Nuestra Señora de Chiquinquirá (Colombia)

SUMARIO.—I. Chiquinquirá. II. Origen del cuadro de Nuestra Señora. III. Renovación del cuadro de Nuestra Señora. IV. Información jurídica del milagro y aprobación de la Iglesia. V. Milagros. VI. El cuadro milagroso. VII. El Santuario.

I

CHIQUINQUIRÁ

En la actual República de Colombia, conocida antes con el nombre de Nueva Granada, que le dió uno de sus conquistadores, Gonzalo Jiménez de Quesada, es célebre desde tiempos remotos la ciudad de Chiquinquirá, palabra que en el idioma chibcha (1) significa *lugar de aguas ó nieblas*. Hállase situada en valle ameno, rodeada de colinas, sotos y casas agrestes, que dan aspecto variadísimo al paisaje. En sus cercanías corre el río del mismo nombre y en la planicie inmediata el Sararita; de donde nace que el clima sea frío y húmedo. Es capital de la provincia de Occidente, departamento de Bo-

(1) El idioma chibcha era notable por su riqueza y sonoridad, y lo hablaban los muiscas, ó sea, los indígenas que habitaban el valle de Bogotá á la llegada de los españoles. El P. Fernando de Lugo, misionero dominico, escribió la primera gramática de ella y se publicó en Madrid en 1619. Ha desaparecido dicha lengua.

yacá, y cuenta al pie de veinte mil almas. Ricas haciendas con fertilísimas dehesas, donde pacen numerosos rebaños de vacas y ovejas, constituyen la principal riqueza de los vecinos. Dedicanse éstos principalmente á la agricultura, á la ganadería y al ejercicio de ciertas industrias, como ebanistería, cerrajería, talabartería y otras, que pueden competir con las mejores de la República. El caserío, aunque de dos pisos en su mayor parte, no es de muy buena arquitectura; sus calles rectas, pero angostas y mal empedradas. Tiene cuatro plazas, dos fuentes, escuelas primarias para la enseñanza de los niños, hospital de caridad con lujosa capilla, dirigido por las Hermanas dominicas de la Presentación de Tours, dos templos, uno llamado de Jesús, María y José, y el otro anejo al convento de Padres Dominicos que allí ejercen la cura de almas, donde se venera una imagen en lienzo de la Santísima Virgen del Rosario, renovada milagrosamente hace más de trescientos años, y que es el encanto de los hijos de Colombia, Venezuela y Ecuador. La gente sencilla sólo la conoce con el simpático título de *la Señorita de Chiquinquirá*. La mayoría de los colombianos la saluda con la advocación de Rosa del cielo, nombre que brotó de los labios de una alma ardientemente enamorada de María, al presenciar el portento de la renovación del cuadro. Su santuario ha sido uno de los centros de romerías más famosas de toda la América, y aun al presente no se ha entibado el fervor de los fieles por visitarla. No menos de ochenta mil personas visitan cada año á la Rosa del cielo que ha querido perfumar con el aroma de sus bondades y misericordias la extensa República de Colombia (1). Y

(1) Aunque no hay plena seguridad de los datos estadísticos, los geógrafos calculaban que la extensión de Colombia era 1.203,100 kilómetros cuadrados, de los cuales menos de trescientos

como los caminos son difíciles y los medios de locomoción incómodos, únicamente la fe y el amor á la Virgen Santísima pueden inspirar deseos de acudir á Chiquinquirá. Para que el lector pueda formarse idea de la dificultad del viaje, diré no más lo que deben realizar cuantos salen de las costas. El trayecto más cómodo y corto es el que se hace saliendo de Sabanilla, pequeño puerto del mar de las Antillas. Después de recorrer veintidós kilómetros en ferrocarril se llega á Barranquilla, población de doce mil almas, situada á las márgenes del Magdalena, donde se encuentra la aduana más importante de la República.

El Magdalena es el río principal de Colombia, no sólo por su caudal y curso, sino por ser vía comercial de grande importancia, y que baña siete de los ocho departamentos en que se divide ahora la República. Descubriólo Rodrigo de Bastidas el 22 de Julio de 1502, fiesta de la ilustre penitente de Betania, á lo cual debe su nombre. Nada menos que diez días hay que navegar por dicho río en pequeños vapores respirando el ambiente abrasador propio de la zona tórrida. Nubes de mosquitos incomodan al viajero con su monótono zumbido y con sus picaduras, que producen ingrato y molestísimo escozor. En cambio á la caída de la tarde, en que refresca algo la temperatura, se puede gozar contemplando las aguas tranquilas del río, cuyas orillas parecen orladas de bosques gigantescos. Los bejucos cubren los árboles formando tupidos cortinajes

mil están habitados ó por lo menos cultivados, los demás son terrenos baldíos. Desde el pasado año de 1903, en que se separó de ella el departamento de Panamá, hay que disminuir 82.600 kilómetros cuadrados, que es la superficie de la nueva República. La población de Colombia se calcula en 3.878,600 habitantes, siendo la mitad de raza blanca, y los restantes de la cobriza y de la negra de África.

de verdura que caen sobre la corriente, y en las ramas se ven grandes iguanas (especie de lagartos) calentándose á los moribundos rayos del sol poniente. También las cigarras dejan oír su nada variado y desapacible chirrido y los aluates (monos chilladores) regañan á lo lejos. Enormes caimanes flotan inmóviles como leños en la superficie del anchuroso río, esperando los restos de comida que les arrojan de á bordo. ¡Ay del viajero que cayese en el agua! porque en pocos segundos sería víctima de los dientes de las fieras.

En el puerto de Yeguas se deja el vapor y se toma el tren hasta Honda, desde donde hay que hacer dos largas jornadas á caballo.

II

ORIGEN DEL CUADRO DE NUESTRA SEÑORA

Cuando en 1537 la Providencia quiso alumbrar con los rayos de la fe el dilatado territorio de los muiscas, que tal vez hacia dos mil años estaban sentados á la sombra de la idolatría, junto con los conquistadores, Gonzalo Jiménez de Quesada y Suárez Rondin, aparecieron algunos religiosos vestidos de blanco cendal llevando el Breviario debajo del brazo y un crucifijo levantado en su diestra. Los militares, aguijoneados por la *sagrada hambre del oro*, desenvainaron sus espadas para derramar sangre indígena, apoderarse de sus haciendas y minas, y sobre las ruinas de una civilización agonizante, levantar un pueblo nuevo y regenerado. Los hijos de Santo Domingo, representados primeramente por Fray Domingo de las Casas, pariente inmediato del inmortal Fray Bartolomé, que fueron los religiosos que acompañaron á los conquistadores, sin más armas que el evangelio y la mansedumbre, derri-

baron los simulacros de los demonios, ahuyentaron las tinieblas de la idolatría, y de tribus bárbaras formaron pueblos civilizados y cristianos. Fieles á su misión estos religiosos y adiestrados por la experiencia de que el modo más eficaz para convertir las almas y atraerlas al conocimiento de nuestro Señor Jesucristo era la devoción del Rosario, procuraron fomentarla entre los soldados, y después entre los indios, los cuales, iluminados por la gracia, pedían el bautismo y se convertían á la fe. Agradecidos los dominicos á estos favores, donde quiera que edificaban una iglesia ó erigían un altar, colocaban la imagen de Nuestra Señora del Rosario. Por esto nada tiene de extraño que la tal advocación de la Virgen fuese la más popular y querida en el territorio llamado por los españoles Reino de Nueva Granada.

Entre los primeros conquistadores se distinguió por su amor á la Virgen del Rosario Antonio de Santana, que á mediados del siglo dieciséis vivía en el pueblo de Sutamarchán. Este buen español hizo construir en su hacienda una capilla que, como toda la casa, era de paja y *vara en tierra*, con deseo de poner en ella una imagen de Nuestra Señora del Rosario. Por encargo suyo, el Hermano Fray Andrés Jadraque, religioso lego, que con rara habilidad y celo convirtió innumerables indios, se trasladó á la ciudad de Tunja á buscar quien la pintara. Encontróse con un artista, llamado Alonso Narváez, y le encomendó la obra.

«En aquel tiempo, dice el P. Zamora, no había otros lienzos que mantas de algodón, ni más colores que los que usaban los indios para pintarlos, misturando tierra de diferentes colores con el zumo de algunas yerbas y flores correspondientes. Cogió Alonso Narváez una manta de algodón (que son más anchas que largas, según el modo tosco que tenían los indios en sus tejidos),

y pintó en medio una imagen de Nuestra Señora del Rosario, que lo tiene pendiente de la mano derecha, y está sobre los pies del Niño, que tiene en el brazo izquierdo con un pajarito en la mano.» La actitud es de viaje; y por eso lleva el manto un poco recogido hacia adelante y los ojos bajos.

«Advirtieron, continúa el historiador, que por lo ancho de la manta, había lugar para otras imágenes que acompañaran á la de Nuestra Señora, y dispusieron que al lado derecho se pintara la imagen de San Antonio de Padua, por ser el santo de quien costeaba la pintura, y al izquierdo la del glorioso San Andrés, porque el santo apóstol favoreciese con su protección al hermano que encargó la pintura, Fr. Andrés Jadraque (1).

Al cabo de poco tiempo volvió el citado Hermano con la imagen pintada al temple, que complació en alto grado á Antonio de Santana, y juzgó por feliz pensamiento, que se hubieran añadido las figuras del Taumaturgo de Padua y del apóstol San Andrés. En señal de su aprobación y gozo, acomodó el lienzo en un bastidor de madera, y lo colocó en el altar de la capilla, donde recibió homenaje de los españoles y de los indios recién convertidos.

Así pasaron los años, hasta que en 1565 reconocieron que el cuadro estaba muy desfigurado, borradas las imágenes y perdidos los colores á causa de haber entrado el agua y el sereno á la capilla, la cual, como hemos dicho, tenía el techo de paja que se pudre fácilmente con las lluvias. Á penas se notaban algunas señales confusas de que allí había existido una pintura, y numerosas roturas daban bien á entender el descuido en que se la había tenido. Según el P. Tobar, el más

(1) Zamora, Historia de la Provincia Dominicana de San Antonio, pág. 308.

exacto y abonado historiador de Nuestra Señora de Chiquinquirá, las roturas más importantes eran las siguientes: una de cuatro dedos de ancho y dos de largo en la punta de la manga del brazo derecho; otra de más de cinco dedos de largo y tres de ancho debajo de la mano izquierda, donde tiene recogido el manto; había otra del tamaño de un real cerca de los pies; otra más grande en la rodilla de San Andrés, y otra de cuatro dedos de largo y poco menos de tres de ancho en el espacio que media entre la Virgen y San Antonio. Cerca del pie del mismo Santo había una tan grande como un real.»

Viéndola en tal estado el cura del pueblo, Padre Juan Alemán de Leguizamón, juzgó indecente tenerlo en el altar, y así lo quitó reemplazándolo por un cuadro de Cristo Crucificado y pintado al temple. El lienzo de la Virgen quedó relegado al olvido, arrinconado entre los trastos inútiles de una casa de campo, hasta que le emplearon para sacar trigo al sol.

Habiendo fallecido Antonio de Santana, su esposa Catalina de Irlós, se trasladó á Chiquinquirá, donde su marido tenía varias posesiones. Entonces Chiquinquirá era casi un desierto; no había pueblo, sino algunas encomiendas de indios. Naturalmente con los enseres de la casa fué llevado al nuevo domicilio el lienzo de la Virgen. Diez ú once años después de este traslado, es decir, por los de 1585, vino á este lugar una piadosa mujer española, cuñada de Antonio de Santana, que se llamaba María Ramos, y que debió de nacer por los años 1549 ó 1550. Era natural de Guadalecanal, villa de la provincia y diócesis de Sevilla, próxima á Badajoz; y se trasladó á Nueva Granada, no ávida de riquezas ó aventuras, sino á buscar á su marido, que se había alistado como soldado en el ejército conquistador. Piadosa como era María Ramos, luego buscó un sitio á propósito

para orar, y encontró una capillita que Antonio de Santana había hecho construir en su hacienda; pero estaba aquella tan descuidada, que ni una puerta tenía entrada, saliendo á su placer los ganados. Vió tirado en el suelo un bastidor desarmado con una imagen tan rota, ajada y desteñida, que no supo entonces de qué santo era. Pero juzgando que podía ser de la Virgen Inmaculada, de quien era devotísima, y aun se cree que *terciaria dominicana*, en unión de una criada compusieron el cuadro lo mejor que pudieron, lo colocaron en el altar y lo aseguraron en unas cañas con un fuerte cordel de esparto, dándole cuatro ó cinco nudos. Cuando Catalina Garcia de Irlos refirió á María Ramos que aquella pintura había sido de la Virgen del Rosario y las vicisitudes por que había pasado, se afligió ésta grandemente, aunque le servía de no poco lenitivo ver que ahora estaba en lugar más decente y libre de los animales. Ansiosa de ver la figura de la Virgen que estaba tan borrada, después de rezar el rosario con la familia, conjuraba con lágrimas y fervientes oraciones á la celestial Señora, que se manifestase. Miraba y volvía á mirar el cuadro; y como no encontrase lo que tanto anhelaba, decía: «¿Hasta cuándo, Rosa del cielo, has de estar tan escondida? ¿Cuándo será el día en que os manifestéis y dejéis ver al descubierto, para que mis ojos se regalen en vuestra soberana hermosura, que llene de gustos y alegrías mi alma?» Estas afectuosas deprecaciones repetía la piadosa española, hasta que plugo á la Divina Bondad escucharlas en la forma que vamos á relatar.

III

RENOVACIÓN DEL CUADRO DE NUESTRA SEÑORA

Continuaba María Ramos sus piadosos ejercicios, hasta que llegó el memorable viernes 26 de Diciembre de 1586, fiesta del protomártir San Esteban. En ese día venturoso permaneció dos horas en fervorosa oración, pidiendo con mayores instancias que nunca á la Santísima Virgen se dignase manifestar su imagen en aquella tela destrozada. Levantóse de su asiento para salir de la capilla, é hizo profunda reverencia. En esta sazón pasaba por la puerta cierta india con un niño de cuatro años de la mano. Este inocente niño fué el primero en observar vivas llamaradas; y dirigiéndose á la mujer que le llevaba, dijo: *Mire, mire*. Alzó la mujer la vista al altar de la capilla y vió que la imagen de Nuestra Señora estaba levantada en el suelo y despidiendo de sí tan gran luz que llenaba de claridad toda la capilla. Quedó asombrada la pobre mujer, y en alta voz dijo á María Ramos, que salía en ese instante del oratorio: «Mire, mire, señora, que la Madre de Dios ha bajado de su sitio, y está en vuestro asiento, y parece que se está quemando». Volvió el rostro María, y vió que la imagen estaba como se le decía. Absorta de entusiasmo fué corriendo hacia el altar, postróse de rodillas á los pies de la Santísima Virgen, y con profundo respeto puso en ella los ojos, y vió cumplidos sus deseos, pues estaba patente la imagen de la Madre de Dios con singular hermosura y colores muy vivos, y enviaba de sí tan gran resplandor, que bañando de luz á los santos que tenía á los lados, inundaba al par de claridad la capilla y de inefable júbilo el corazón de María Ramos. Estaba la milagrosa imagen algo in-

clinada hacia el altar en el mismo sitio en que la devota Ramos acostumbraba hacer sus oraciones. Tenía el rostro muy encendido, los santos Andrés y Antonio quedaron muy mejorados en las facciones, y todo el cuadro renovado completamente. Aunque por entonces continuaron en el lienzo las roturas y agujeros, poco á poco se fueron cerrando, sin darse cuenta del modo; porque «con la sutileza que la naturaleza misma hace crecer las plantas sin poderse percibir el movimiento, así de milagro se fueron cerrando, de tal manera, que no se ve un solo rasgo de las roturas que antes tenía» (1). Apagáronse los resplandores; y después de un breve rato, con la reverencia posible colocaron el cuadro en su sitio, y entonces advirtieron que los cordeles con que habían asegurado el bastidor á la pared no estaban cortados, sino fuertes y enteros, como si los hubiesen desatado. En esta coyuntura llegó Catalina García, la cual, maravillada del portentoso, cayó de hinojos delante de la Señora y no se movió en todo el día de la capilla, sin cansarse de darle gracias por el singular beneficio que les había dispensado. Todo el día conservó la imagen vivo colorido, y después quedó con la frescura y lozania y claridad de perfiles que se admiran al presente.

La fama de la renovación milagrosa del cuadro de Nuestra Señora se divulgó con la rapidez del relámpago por los pueblos limítrofes, y los fieles acudían en tropel á ver con sus propios ojos el milagro. Sobre todo los de Sutamarchán, que habían visto arrinconar el lienzo y sacar en él grano al sol, quedaron admirados de una transformación tan singular, y confesaban á voz en grito el prodigio. Luego acudieron los enfermos y afligidos á buscar alivio y consuelo ante la imagen

(1) P. Tobar, Historia, etc.

de María, y no salieron frustradas sus esperanzas. Entre ellos se presentó un ciego de la villa de Leiva, llamado Pedro Gómez. Empezó una novena de rosarios; y antes de acabarla, recobró la vista con perfección. Otras siete curaciones sobrenaturales se cuentan obtenidas en aquella rústica capilla en los primeros días de la renovación del cuadro. María Ramos, viéndose oída del Señor y visitada por la Virgen Madre, no cabía en sí de gozo, no se saciaba de mirar el rostro de la imagen y no quería separarse de su lado. Ébria de alegría le repetía muchas veces: «Ahora sí, Rosa del cielo, que estáis como debéis estar, hermosa como una rosa». Luego al recordar que la Santísima Virgen se había colocado en el mismo sitio donde ella acostumbraba arrodillarse para orar, se llenaba de confusión y gratitud al mismo tiempo, y besando con labios encendidos por el agradecimiento aquella bendita tierra, exclamaba: «¿Cuándo merecía yo, Rosa del cielo, que vuestra soberana Majestad se bajase de su lugar y se pusiese en el suelo en mi asiento?»

Pero no sólo fué el gozo para María Ramos, sino también para los españoles ausentes de su patria en lejanos países y para los indios neófitos de la fe. Innumerales prodigios se realizaron, de los cuales referiremos algunos, que prueban la veracidad de los hechos relatados. Los vecinos de Chiquinquirá y cuantos recibían favores de María por medio de su imagen, podían decir á María Ramos lo que los habitantes de Samaria á Fotina convertida: «Ya no creemos por lo que tú has dicho; pues nosotros mismos lo hemos oído y lo hemos conocido, que ésta es obra del Salvador del mundo.» Pero antes daremos otra clase de pruebas, que es la información testimonial levantada por la autoridad eclesiástica de Bogotá y la aprobación de la Santa Sede.

IV

INFORMACIÓN JURÍDICA DEL MILAGRO Y APROBACIÓN DE LA IGLESIA

Ciertos individuos que se llaman á sí mismos espíritus fuertes, hacen gala de no admitir nada de cuanto lleva el sello de lo sobrenatural y nos tachan á los católicos de cándidos, que admitimos en cuenta de realidades fábulas inventadas por imaginaciones exaltadas; pero se engañan miserablemente. El apóstol San Pablo nos enseña que el obsequio prestado á nuestra fe ha de ser racional. Creemos los dogmas y misterios de la fe, porque tenemos milagros, profecías y otras pruebas que abonan haberlos Dios revelado. De igual suerte admitimos lo que se refiere á la Virgen de Chiquinquirá, porque se han realizado prodigios inauditos y por la información jurídica levantada por autoridad competente.

Tres informaciones se levantaron antes de concluir el siglo XVI. La primera la hizo quince días después de la renovación el cura de Suta, D. Juan de Figueredo, á cuya jurisdicción correspondía Chiquinquirá. Admirado de las cosas extraordinarias que se decían obradas por la Santísima Virgen, resolvió venir en persona con Diego López de Castiblanco, escribano público del rey á fin de hacer la averiguación jurídica del milagro. Habiendo entrado en la capilla, quedó asombrado viendo la imagen que once años antes habían hecho quitar del altar de Sutamarchán; y enamorado de su hermosura, cayó de rodillas delante de ella y la veneró con singular devoción y afecto. En seguida ante el escribano público declararon todos los testigos que habían presenciado el suceso, y sus deposiciones fueron unánimes

en afirmar que la renovación se verificó en la forma que hemos referido.

En 21 de Septiembre de 1587, por comisión del señor Arzobispo de Santa Fe de Bogotá, D. Fray Luis Zapata de Cárdenas, el P. Jerónimo de Sandoval, cura y vicario de la villa de Leiva, hizo otra información jurídica, asistiendo en calidad de notario Andrés Rodríguez.

Por fin en 1588, por orden del mismo Arzobispo, una comisión de eclesiásticos distinguidos levantó en la ciudad de Tunja una tercera información. En ella se presentó como testigo D. Juan Alemán de Leguizamón, cura que era de Suta y que mandó quitar la imagen del altar. Su declaración fué así: «que estando en Santa Fe, oyó decir que en Chiquinquirá hacia algunos milagros una imagen de Nuestra Señora del Rosario, y que siempre imaginó en sí, si por ventura sería la que había quitado del altar, que estaba en la capilla del pueblo de Suta, por estar desblanquecida y perdidos los colores en el lienzo roto y maltratado; y que deseando verla, hizo promesa de ir á Chiquinquirá por certificarse de si era ella; y sabiendo que estaba en la ciudad de Tunja, adonde la habían llevado por remedio de la peste, fué á dicha ciudad; y habiendo entrado á la iglesia mayor en la capilla de Pedro Rodríguez de Carrión, vió que estaba la santísima imagen, y mirándola con mucha atención, y figurándola en su entendimiento, conoció ser la misma que había quitado de la capilla de Suta.» Maravillado de verla tan de buen lustre, con perfectas facciones y renovada con vivos colores, lleno su corazón de júbilo, rebosando en tiernos afectos y prorrumpiendo en dulces lágrimas, postrado de rodillas, dijo en alta voz: *Virgen y Madre de Dios, si en alguna cosa yo os ofendí, por quitaros del altar en que estabais, os suplico me perdonéis».*

Con esto quedó suficientemente comprobado el hecho

maravilloso. Sin embargo, tomaron acta de lo acontecido y levantaron nuevas informaciones, las que, cerradas y selladas, fueron remitidas al Arzobispo, el cual las aprobó declarando cierta la renovación y legítimo el culto que se le tributaba en su advocación de Nuestra Señora de Chiquinquirá.

Pero aunque careciésemos de esos antiguos y fehacientes testimonios, nos basta la autoridad de la Santa Sede que aprobó, después de maduro examen, el milagro de la renovación del cuadro, y consagró su culto, mandando que su memoria se celebrase con fiesta solemne en todas las diócesis de Nueva Granada y con rito doble de primera clase en su propio templo. He aquí el texto íntegro del Rescripto de la S. Congregación de Ritos.

«El sentimiento común de los devotos en toda la Archidiócesis de Santa Fe y en todas las diócesis anejas, respecto á la invocación de la Bienaventurada Virgen María del Rosario de Chiquinquirá, llamada con este nombre por la inundación de las aguas en aquel lugar, el cual se halla también extendido á varias regiones extrañas; los signos y los prodigios verificados en aquel magnífico templo por obra de la Madre de Dios, con gran provecho de las almas y la conversión de los pecadores obligan á reconocer en esta imagen singular un don hasta ahora oculto y reservado á manifestarse en los últimos tiempos para remediar más graves males y mayores daños. El reverendísimo Obispo de Mérida (Venezuela), comprendiendo perfectamente estas cosas, elevó sus humildes ruegos á la Sagrada Congregación de Ritos, á fin de que se declarara á la Bienaventurada Virgen del Rosario de Chiquinquirá Patrona menos principal de todo el Arzobispado de Santa Fe, y que se concediera el oficio y Misa propia para uno y otro clero, bajo rito de doble mayor y en su pro-

pia iglesia, de doble de primera clase con octava. La misma S. Congregación reunida en el Vaticano en sesión ordinaria, el día 6 de Marzo del año jubilar de 1825, vistas y examinadas todas las cosas, determinó responder: Ampliense y preséntense las peticiones de los demás Ordinarios, y también exhibanse los documentos en que se apoyen las Lecciones del segundo Nocturno.

Comparadas así todas las cosas que se examinaban por el proceso legítimo del Ordinario, y propuesto el asunto á instancias del Reverendísimo Arzobispo de Santa Fe y de los obispos que rigen las Sedes sufragáneas de la misma; la S. Congregación de Ritos, oída la relación del Eminentísimo y Reverendísimo señor Cardenal Pedro Francisco de Sales, ponente de la causa, y tomando el parecer del Promotor de la Santa Fe, y presentados los documentos, y discutidas las razones, resolvió decretar: «Que se concedía la gracia, y la Santísima Virgen María quedaba declarada Patrona igualmente principal.» Y así visto, corregido y enmendado el oficio propio con la Misa, del mismo modo que se ve en el ejemplar, por el mismo Eminentísimo Cardenal Relator á una con el R. P. Sr. Virgilio Peceteli Promotor de la santa Fe, la misma S. Congregación concedió que podía leerse y recitarse por uno y por otro clero de la Archidiócesis de Santa Fe, bajo el rito de doble mayor, y en la propia Iglesia con rito doble de primera clase y octava, en los días que una vez fijamente asignasen los Ordinarios.

—Día 18 de Julio de 1829.—Todo lo cual habiendo sido referido por mí el infrascripto Secretario de la S. Congregación de Ritos á nuestro Santísimo Señor Pío VIII, Pontífice Máximo, Su Santidad accedió benignamente á todo y confirmó el Rescripto de la S. Congregación el día 29 del mes y año antes dichos.—Por el

Eminentísimo Señor Cardenal de Samalia Prefecto.—
T. T. Cardenal Taleacoppa.—† En lugar del Sello.
—Ad calcem.—S. G. Tolasi, Secretario de la S. C. de R.»

V
MILAGROS

Vamos á cumplir la promesa de relatar algunos milagros obrados por la Virgen Santísima de Chiquinquirá, que confirman la verdad de su renovación y que encienden en las almas purísimos afectos á tan bondadosa Madre. La mayor parte de ellos están consignados en las informaciones jurídicas citadas y sirvieron en Roma para que la Santa Sede aprobara el culto y concediera oficio propio. Los tomamos de unos interesantes artículos del R. P. Salvador Ruiz, publicados en la revista *La Rosa del cielo* que se edita en Chiquinquirá por los sabios hijos de Santo Domingo de Guzmán.

La que hizo el primer voto á la Virgen de Chiquinquirá fué una pobre viuda, llamada Beatriz Sánchez, vecina de Vélez, que hacía 17 años padecía de un flujo de sangre y de una violenta hemorragia por las narices, que á lo más por quince días llegaba á estancarse, y luego le volvía con visible aumento. Casi siempre tenía que estar en la cama triste y afligida, sin esperanza ya de curación alguna; porque, aunque le habían aplicado muchas medicinas, con ninguna lograba reponerse; antes bien, durante dos años y ocho meses se agravó el mal de tal manera, que nunca hallaba descanso. Estando en estas penalidades, llegó á Vélez la noticia de la milagrosa renovación de Nuestra Señora de Chiquinquirá. Beatriz, creyendo sin vacilación en el poder de María, puso en ella toda su confianza, teniendo cierto presentimiento de que, si iba personal-

mente á visitarla, se curaría. Comunicó su pensamiento á otros. Éstos, aunque creían, se lo estorbaban; sus parientes, el médico y el Cura juzgaban que, dado el delicadísimo estado de su salud, al trasportarla se quedaría muerta en el camino. Mas su fe no desfallecía un momento, prometió ir, insistió, é hizo voto de llevarle un frontal de tafetán azul para el altar y catorce libras de cera blanca. Ésta fué la primera ofrenda que se hizo en este Santuario. Como su fe y su constancia venciesen las dificultades y reparos de sus deudos, hizose conducir en hombros dentro de una hamaca para Chiquinquirá. Considérese cuál sería el sufrimiento por la incomodidad del vehículo, á esa distancia y por aquellos caminos. No obstante llegó; presentó su ofrenda, y empezó la Novena de Nuestra Señora. Al cabo de tres días se le estancó la sangre y se sintió con salud; de manera que al terminar la novena, estaba completamente sana, teniendo el consuelo de volverse á su casa á caballo llena de agradecimiento y pregonando en todas partes el favor singular que de la Santísima Virgen acababa de recibir.—El caso sucedió el año de 1587.

«Catalina Gordillo, dice el P. Buendía, mujer de Alonso Hidalgo, vecino de esta villa de Leiva, padecía continuo dolor de cabeza y otros achaques que suelen padecer las mujeres: vivía muy afligida sin hallar remedio á su enfermedad; hizo promesa de ir á visitar á Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá en su propia casa y hacerle unas novenas, pidiéndola con ansias la salud; al punto comenzó á tener alivio del dolor de cabeza; y hallándose con aliento para ponerse en camino, fué á Chiquinquirá, donde, habiendo cumplido su promesa, alcanzó perfecta salud; por lo cual dió gracias á Dios y á su Santísima Madre, que se la había alcanzado.—Sucedió el año de 1587.»

Eminentísimo Señor Cardenal de Samalia Prefecto.—
T. T. Cardenal Taleacoppa.—† En lugar del Sello.
—Ad calcem.—S. G. Tolasi, Secretario de la S. C. de R.»

V
MILAGROS

Vamos á cumplir la promesa de relatar algunos milagros obrados por la Virgen Santísima de Chiquinquirá, que confirman la verdad de su renovación y que encienden en las almas purísimos afectos á tan bondadosa Madre. La mayor parte de ellos están consignados en las informaciones jurídicas citadas y sirvieron en Roma para que la Santa Sede aprobara el culto y concediera oficio propio. Los tomamos de unos interesantes artículos del R. P. Salvador Ruiz, publicados en la revista *La Rosa del cielo* que se edita en Chiquinquirá por los sabios hijos de Santo Domingo de Guzmán.

La que hizo el primer voto á la Virgen de Chiquinquirá fué una pobre viuda, llamada Beatriz Sánchez, vecina de Vélez, que hacía 17 años padecía de un flujo de sangre y de una violenta hemorragia por las narices, que á lo más por quince días llegaba á estancarse, y luego le volvía con visible aumento. Casi siempre tenía que estar en la cama triste y afligida, sin esperanza ya de curación alguna; porque, aunque le habían aplicado muchas medicinas, con ninguna lograba reponerse; antes bien, durante dos años y ocho meses se agravó el mal de tal manera, que nunca hallaba descanso. Estando en estas penalidades, llegó á Vélez la noticia de la milagrosa renovación de Nuestra Señora de Chiquinquirá. Beatriz, creyendo sin vacilación en el poder de María, puso en ella toda su confianza, teniendo cierto presentimiento de que, si iba personal-

mente á visitarla, se curaría. Comunicó su pensamiento á otros. Éstos, aunque creían, se lo estorbaban; sus parientes, el médico y el Cura juzgaban que, dado el delicadísimo estado de su salud, al trasportarla se quedaría muerta en el camino. Mas su fe no desfallecía un momento, prometió ir, insistió, é hizo voto de llevarle un frontal de tafetán azul para el altar y catorce libras de cera blanca. Ésta fué la primera ofrenda que se hizo en este Santuario. Como su fe y su constancia venciesen las dificultades y reparos de sus deudos, hizose conducir en hombros dentro de una hamaca para Chiquinquirá. Considérese cuál sería el sufrimiento por la incomodidad del vehículo, á esa distancia y por aquellos caminos. No obstante llegó; presentó su ofrenda, y empezó la Novena de Nuestra Señora. Al cabo de tres días se le estancó la sangre y se sintió con salud; de manera que al terminar la novena, estaba completamente sana, teniendo el consuelo de volverse á su casa á caballo llena de agradecimiento y pregonando en todas partes el favor singular que de la Santísima Virgen acababa de recibir.—El caso sucedió el año de 1587.

«Catalina Gordillo, dice el P. Buendía, mujer de Alonso Hidalgo, vecino de esta villa de Leiva, padecía continuo dolor de cabeza y otros achaques que suelen padecer las mujeres: vivía muy afligida sin hallar remedio á su enfermedad; hizo promesa de ir á visitar á Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá en su propia casa y hacerle unas novenas, pidiéndola con ansias la salud; al punto comenzó á tener alivio del dolor de cabeza; y hallándose con aliento para ponerse en camino, fué á Chiquinquirá, donde, habiendo cumplido su promesa, alcanzó perfecta salud; por lo cual dió gracias á Dios y á su Santísima Madre, que se la había alcanzado.—Sucedió el año de 1587.»

Alonso Ruiz Jurado, vecino de la ciudad de Quito, estando el año de 1587 en la ciudad de Tunja tullido de pies y manos, tan impedido que apenas podía moverse, oyendo referir los milagros que hacía la imagen de Chiquinquirá, tuvo mucha confianza y fe de que, si iba á visitarla, por su intercesión alcanzaría la salud. En efecto, hizose trasladar en una hamaca; y habiendo llegado á Chiquinquirá, empezó con lágrimas copiosas á rogarle á la Santísima Virgen que le alcanzara la salud. Jamás, dice San Bernardo, se ha oído decir que María haya abandonado á ninguno de cuantos han recurrido á su protección. Alonso le hizo un novenario; y desde el primer día pudo levantarse y andar con dos muletas. Una semana después, vispera de la Natividad de Nuestra Señora, á la vista de todo el concurso que había en la Iglesia, se halló bueno y sano, de manera que, no necesitando ya las muletas para andar, mandó que las colgaran en la Capilla; y como si jamás hubiese tenido contracción en los nervios, comenzó á andar por la Iglesia. Rebosando su corazón de júbilo, en hacimiento de gracias hizo promesa de servirle un año á Nuestra Señora en su casa: voto que cumplió fielmente con edificación de todos, llevando el hábito de ermitaño y siendo á la vez el más ardiente predicador del poder de María.

Juan de la Peña, niño de catorce años de edad, hijo de Juan y de Beatriz de Reina su esposa, vecinos de Vélez, habiendo quedado tullido de pies y manos é hinchádosele la cabeza, con un dolor agudo en todas las coyunturas de su cuerpo, el cual de ninguna manera podía mover, padecía tanto, que con sus gritos quebraba el corazón de sus afligidos padres. El inocente niño pedía constantemente que no le hicieran ni le dieran remedios, sino que lo llevaran á Chiquinquirá, que allí la Santísima Virgen lo curaría. Sus padres movidos,

como era natural, del tierno afecto hacia aquella inocente criatura, lo hicieron conducir á Chiquinquirá en una hamaca. Cuando ya el enfermo se acercaba al lugar santo de sus aspiraciones, su corazón palpitaba y su alma se regocijaba como presintiendo el dulce efecto de la presencia de María. Al entrar en la capilla, el doliente gritó: «Madre de Dios, Señora mía, dadme salud». Púsole Beatriz sobre un colchón en la capilla; y habiendo estado en ella cinco días haciendo sus ruegos á la Reina del cielo, en un momento de entusiasmo dijo á su madre que se quería levantar. Ella le respondió que se levantara si podía. Al punto se levantó y se puso en pie, como si nada hubiese tenido nunca, diciendo que quería danzar. La madre le dijo que danzase, y comenzó á danzar. Beatriz, llena de estupor, y al mismo tiempo profundamente emocionada, salió á la puerta de la capilla dando voces y gritos llamando á María Ramos y á la gente que por aquel tiempo había en los aposentos, para que fuesen testigos del prodigio que acababa de obrar la Madre de Dios. Ellos acudieron pronto á dar las gracias por tan singular beneficio; y estando postrados delante de la Virgen, repararon que tenía el rostro muy encendido. Á todos, entre el gozo y el temor que los sobrecogía, les causó grande admiración, principalmente á Beatriz, á quien invadió un copioso sudor que la hizo desmayarse. Cumplidos los votos y oraciones que habían ofrecido, regresaron á su casa; y Juanito iba muy gozoso dando carreras á su corcel, sirviendo de admiración y maravilla á los que diez días antes lo habían contemplado inmóvil como una estatua. Sucedió este hecho el año de 1587.

En el mismo año aconteció que Pedro Sánchez Claros, vecino de la villa de Leiva, tenía un hijo de edad de quince meses, al cual desde su nacimiento le manaba de un oído cierto humor tan pestilente, que ofendía

mucho el olfato de cuantos se le acercaban. Prometieron sus padres llevarlo á la casa de Nuestra Señora de Chiquinquirá; y al instante quedó curado del mal humor. Mas, habiendo pasado algunos días sin cumplir la promesa, se le hincharon los ojos de manera, que no los podía abrir. Conocieron entonces sus padres el error cometido; y renovando la promesa de llevarlo pronto á Chiquinquirá, ofrecieron regalar una estampa de papel (1) de las que tenían para vender, si le daba la salud á su hijo. Éste, luego que renovaron la promesa, abrió los ojos y quedó sano, habiendo estado por cuatro días con ellos cerrados. Entonces los agradecidos padres se apresuraron á llegarse á Chiquinquirá para dar gracias á tan insigne y cariñosa Bienhechora.

Francisco Sánchez, vecino de Vélez, tenía un hijo llamado Pedro, de ocho á nueve años de edad. Había éste nacido con una hernia enorme; y para colmo de desventura, se le formó además una grande inflamación encima de la vejiga, todo lo cual le causaba acerbísimos dolores y le hacía pasar triste y congojosa vida. Francisco, viendo que Beatriz, su hermana, había conseguido perfecta salud por la intercesión de la Virgen de Chiquinquirá, hizo también promesa de llevarlo á aquel Santuario. Cuando lo introdujeron en el templo, comenzó el niño á pedir á Nuestra Señora la salud; la cual oyó benignamente sus súplicas; pues súbitamente desapareció la inflamación, dejándole libre del dolor y de los otros males, con gran consuelo de su padre, el cual, después de dar rendidas gracias á la Virgen, no cesaba de pregonar el milagro. Fué esto el año de 1587.

Ahora relataremos dos milagros relativos á curacio-

(1) Debía ser la figura entera de alguna imagen pintada en papel, que en aquel tiempo seria acaso de estimación.

nes espirituales de almas adormecidas en el letargo de los vicios. El uno antiguo, que se encuentra en la historia del P. Tobar, y el otro contemporáneo y que se halla consignado en la revista *La Rosa del Cielo* con el epigrafe *Un pecador convertido*. Nos contentaremos con relatar no más prodigios, pues si quisiéramos recordar todos los que están escritos en los libros, ó se encuentran pintados en los claustros ó en las paredes del santuario, ó se conservan inéditos en el archivo del convento, necesitaríamos dedicarles un grueso volumen.

Catalina García, natural de la ciudad de Mariquita, muy celebrada por su hermosura, y á quien por ella llamaban el ángel de Gualy, por tener sus divertimientos y morada cerca del río que con nombre de Gualy pasa por dicha ciudad, vivía tan entregada á vicios y deleites nefandos y tan olvidada de procurar el bien y salvación de su alma, que no bastando los saludables consejos que le daban para que dejara sus torpezas y enmendara sus costumbres, la castigó Dios con una grave enfermedad, postrándola en cama, donde afligida y cercada de dolores, estando muy cercana á la muerte sin esperanza de vida, abrió los ojos de la consideración, atendiendo al mísero estado en que se hallaba; y acordándose de la Madre de Dios de Chiquinquirá, llamándola en su favor y amparo, la prometió de corazón, que si la alcanzaba la salud, enmendaría su vida é iría á emplearla en servicio suyo en la santa casa de Chiquinquirá. En acabando de hacer la promesa, se halló buena y sana, y levantándose de la cama, luego al punto comenzó á repartir sus joyas á las imágenes de las iglesias; y habiendo vendido sus vestidos y alhajas, distribuyó el dinero á los pobres reservando sólo el que fué necesario para hacer un humilde saco de jerga; y vistiéndosele á raíz de las carnes, cual otra Magdalena, salió por la calle más pú-

blica de la ciudad; y cogiendo su camino á pie, llegó á Chiquinquirá, donde, derramando arroyos de lágrimas, nacidas de dolor de sus pecados, dió las gracias á la Sacratísima Virgen María por el beneficio que en cuerpo y en alma le había hecho; en reconocimiento de la cual se quedó en Chiquinquirá, haciendo grandes penitencias, en que permaneció quince años hasta que murió, dejando grandes ejemplos de virtud para edificación de los fieles.

«En los últimos días de Diciembre del año 1899, dice el P. Ruiz, se presentó en este lugar un hombre (cuyo nombre callo por un sagrado respeto), procedente de uno de los departamentos de esta República. Sus ojos estaban arrasados en lágrimas, y su semblante era el de un hombre que padece horribles amarguras. Partido el corazón, se acercó á un sacerdote de esta Comunidad, al cual hizo la relación siguiente, autorizándole para publicarla:

«Padre, soy un desgraciado; me hallo lejos de mi tierra; y mis penas son tan grandes, que no acierto á explicárselo; ayúdeme en esta congoja. Para que su Reverencia forme una idea del lastimoso estado de mi alma, voy á referirle mi vida desde mi juventud. En los primeros quince años de mi vida fui ejemplar al lado de mis padres, quienes me dieron una buena educación; pero la inclinación al mal, la fogosidad de mis pasiones y los malos amigos con quienes me relacioné, me condujeron á una vida depravada de malas amistades y pecados enormes. Á medida que crecía, las pasiones iban tomando también tal incremento, que llegaron á cegarme la mente de tal manera que, embriecido por la embriaguez, hábito ya como natural en mí, me entregué desordenadamente á toda suerte de vicios; y en mi insensatez llegué muchas veces á maldecir á Dios. La sensualidad que me dominaba

»me cegó tanto, que llegó á enloquecerme. Quise casarme muchas veces, y no pude; una fuerza irresistible me conducía al libertinaje. Viéndome tan perdido, apoderóse de mí tan terrible desesperación, que desconfiaba por completo de poder salvarme. Llegué á tal extremo, que el pecado para mí ya no era nada. Pero ¡oh Dios de bondad! En cierta ocasión, próximo á caer en un gran pecado, no sé qué sentí dentro de mi corazón. Levanté los ojos al cielo, y le pedí á Jesucristo que me salvara. Apenas acabé mi oración, sentí una gran confianza en Dios y un profundo dolor de mis pecados; entonces, al momento invoqué la protección de la Virgen de Chiquinquirá; prometí á Dios hacer penitencia de mis pecados y enmendarme de mi mala vida. En medio de la multitud de mis extravíos, nunca había abandonado la devoción de rezar el Rosario y de encomendarme á la Virgen de Chiquinquirá, devoción que mi madre me había enseñado desde mis primeros años. Debido al dolor que en aquella ocasión tuve de mis pecados, resolví venirme á Chiquinquirá, contra la voluntad de mis padres. Al efecto, caminé tres días; y por la distancia, los trabajos y las fatigas desistí, volviendo á mi primera vida. Allí, llevado, como de un imán, por el ardor insaciable de las pasiones, mis caídas fueron peores y mayores que antes. Cansado ya de una vida tan disoluta y manchada por todo género de vicios, mi desgracia llegó á tanto, que desesperado, resolví envenenarme. En más de cuatro ocasiones tomé veneno para morir, pensando poner término á mi desesperación; pero, nada, no morí. Viendo que no moría, me arrojé á un pozo profundo, á ver si allí encontraba la muerte; tampoco: salí ileso sin saber cómo. Maldiciendo la vida y desesperado, tomé un camino desconocido, y me arroqué de la altura de un peñasco enorme, cayendo á una

»profundidad espantosa. Cuando me creía muerto, me
 «levanté sano. Volví á casa de mis padres con la de-
 »terminación de irme á Roma ó á Chiquinquirá: ellos
 »me aconsejaron que á Chiquinquirá. Haciendo una gran
 »violencia á mis pasiones, resolví emprender el viaje,
 »rompiendo las cadenas que me ligaban y el amor de
 »mis padres que me amarraba. Hice el viaje para
 »Chiquinquirá de más de doce días. Mi primer cuidado
 »desde que llegué aquí, fué venir á ver á la Santísima
 «Virgen. Pero cuando yo esperaba tener algún consue-
 «lo viendo su imagen, no la vi. Hacía esfuerzos para
 »verla, y no lo conseguí: me restregaba los ojos, cam-
 »biaba de lugar, me pasaba donde todos la estaban
 »viendo, para verla, y todo era inútil: no la veía. Me
 »creí ciego, y casi me moría, comprendiendo en esto mi
 »indignidad, pues no podía ver á la Madre de Dios,
 »consuelo de los pobres pecadores. Así yendo y viniendo,
 »do, se me pasaron quince días, sin que lograrse nunca
 »verla. Últimamente, por motivo de enfermedad y esca-
 »sez, me vi obligado á retirarme á un pueblo vecino con
 »la pena y desesperación de no haber visto á la Santísima
 »Virgen. Allí permanecí un mes; y pensando volver á mi
 »tierra, determiné pasar por Chiquinquirá á ver si podía
 »finalmente ver á María Santísima. Para esto le pro-
 »metí confesarme y cambiar de vida. Llegué á Chi-
 »ququirá; y mi primer cuidado fué volver á probar
 »si ya lograba verla. Y cuánto no fué mi asombro,
 »cuando al correr el velo, poniendo mis ojos donde
 »muchas veces los había puesto, la vi tan hermosa,
 »que no tengo palabras para explicarlo. Concebí tal
 »confianza, que me obligó á hacer una resolución
 »firme de confesarme y de no volver más á la anti-
 «gua cadena de maldades. Después que ya la vi, quería
 »confesarme, pero en vista de la enormidad de mis pe-
 »cados sentía extremada repugnancia para hacerlo; ya

»me avergonzaba, ya me parecía que no tendría perdón
 »un pecador tan grande como yo: el demonio no quería
 »que saliese de ese estado miserable. En esta amarga
 »lucha se pasaron más de seis meses, sin atreverme á
 »ir de los pies de la Virgen, ni tampoco á confesarme;
 »hasta que en la festividad de la Virgen, el 17 de Di-
 »ciembre, cuando bajaron la santa imagen, movido de
 »un nuevo impulso, no pude resistir, y resolví confe-
 »sarme. El consuelo que por esto experimenté no lo
 »puedo explicar, ni lo había sentido nunca.

»Padre mío, éste ha sido el principio de mi conver-
 »sión; beneficio que jamás podré agradecer bastante á
 »Nuestra Señora. Ahora lo que ruego encarecidamente
 »á su Reverencia, ya que me ha salvado, es que ore
 »mucho por mí; no sea que, después de alcanzado el
 »perdón de mis enormes pecados y habiéndome Nues-
 »tra Señora favorecido con tantas gracias, vaya yo á
 »caer de nuevo en los vicios. Porque, aunque ahora
 »tengo resolución de morir antes que pecar, sin embar-
 »go, como he sido tan malo, tal vez podré correspon-
 »der á Dios nuevamente con una negra ingratitude».

Pálido y sollozando con voz entrecortada decía esto,
 en tanto que con su pañuelo enjugaba las lágrimas que
 de sus ojos corrían, confesando que la profunda emo-
 ción que sentía, no le permitía aclarar más el prodigio.

Gloria sea dada á Dios y á su Santísima Madre, por-
 que la oveja descarriada volvió al redil y no se perdió
 para siempre.

Oigan esto los que no creen en Dios ni en el poder
 de María, su Madre Santísima, y dicen que la devoción
 á ese lienzo es un idolátrico fanatismo, que lo han de
 quitar, que Dios no tiene providencia, y que cada cual
 puede vivir sin esperar el fruto de sus obras. Nosotros
 entre tanto nos alegraremos según aquello del Evan-
 gelio: «que habrá más gozo en el cielo por un pecador

que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia».

VI

EL CUADRO MILAGROSO

Don José Manuel Groot en su apreciable *Historia de Nueva Granada* con rectísimo criterio afirma que uno de los milagros más evidentes y palpables realizados en Chiquinquirá es la misma conservación del cuadro de la Santísima Virgen. Al ver intacta y con sus vivos colores una tela de algodón después de tres siglos, toda alma libre de prejuicios espontáneamente exclama: *el dedo de Dios está aquí*. Á los más rehacios en confesar lo sobrenatural se les puede exigir que expliquen de modo humano hecho tan singular. Para conocer la fuerza del argumento, forzoso es describir, aunque sea toscamente, el cuadro en la forma que ahora tiene. Está pintado al temple sobre un lienzo de algodón ó manta que tejían los indios, de 1 metro y 10 centímetros de alto por 1 metro y 24 centímetros de ancho. El cuadro tiene tres imágenes: la Virgen del Rosario en el centro, San Antonio de Padua á la derecha, y el apóstol San Andrés á la izquierda. La Virgen, que sobresale de todo el conjunto, tiene 1 metro y 4 centímetros de alto. En todo su aspecto revela la majestad de Reina y la ternura de Madre. El color de su rostro parece blanco de perla. Sus ojos entrecerrados miran con inefable dulzura á su precioso Hijo, que tiene en el brazo izquierdo en graciosa posición. Blanca toca cubre su cabeza y cae por los lados en bien sombreados dobleces para recogerse delante del pecho. En la mano derecha sostiene el cetro de soberana, y del dedo meñique de la izquierda cuelga un rosario, cuyas cuentas parecen corales. Viste túnica

de color rosado claro con sombras de carmín oscuro, y manto azul celeste que pende de los hombros y baja por los lados, recogíendose la punta del derecho debajo del brazo izquierdo. De aquí que algunos hayan dicho que su actitud es de viajera.

Sus pies virginales descansan en media luna con las puntas para arriba. El dulce Niño, que sostiene en los brazos, está envuelto desde la cintura para abajo con vestido de color casi blanco. De la mano izquierda suelta un rosario, y en el dedo índice de la derecha sustenta un pajarito de varios colores, atado por un cordelito de una de las patas y que parece reposa sobre el pecho de Nuestra Señora.

San Antonio, que está á la derecha de la Virgen y mide también como ella 1 metro, 4 centímetros de altura, aparece con hábito color azul, calada la capilla, el rostro devoto y penitente y los pies desnudos. En la mano derecha ostenta una palma verde, símbolo de su virginidad, y en la izquierda sostiene un libro cerrado donde se alza de pie un gracioso Niño Jesús sin vestido con el mundo en la mano.

San Andrés está á la izquierda con su venerable rostro vuelto á la Santísima Virgen y los ojos fijos en un libro abierto que apoya en la mano derecha. En el brazo izquierdo sostiene la cruz en aspa, signo de su martirio.

No deja de ser admirable que, visto el cuadro de frente y á cierta distancia, se perciban con toda claridad las figuras, de suerte que parecen de relieve y los colores resaltan con toda viveza; y subiendo al altar para ver más de cerca el portentoso lienzo, sólo se nota un género de sombras de colores muertos, que parece haber sido lavadas, y las facciones del rostro de la Madre de Dios apenas se distinguen confusamente. El P. Tobar afirma que hábiles y celebrados pintores

que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia».

VI

EL CUADRO MILAGROSO

Don José Manuel Groot en su apreciable *Historia de Nueva Granada* con rectísimo criterio afirma que uno de los milagros más evidentes y palpables realizados en Chiquinquirá es la misma conservación del cuadro de la Santísima Virgen. Al ver intacta y con sus vivos colores una tela de algodón después de tres siglos, toda alma libre de prejuicios espontáneamente exclama: *el dedo de Dios está aquí*. Á los más rehacios en confesar lo sobrenatural se les puede exigir que expliquen de modo humano hecho tan singular. Para conocer la fuerza del argumento, forzoso es describir, aunque sea toscamente, el cuadro en la forma que ahora tiene. Está pintado al temple sobre un lienzo de algodón ó manta que tejian los indios, de 1 metro y 10 centímetros de alto por 1 metro y 24 centímetros de ancho. El cuadro tiene tres imágenes: la Virgen del Rosario en el centro, San Antonio de Padua á la derecha, y el apóstol San Andrés á la izquierda. La Virgen, que sobresale de todo el conjunto, tiene 1 metro y 4 centímetros de alto. En todo su aspecto revela la majestad de Reina y la ternura de Madre. El color de su rostro parece blanco de perla. Sus ojos entrecerrados miran con inefable dulzura á su precioso Hijo, que tiene en el brazo izquierdo en graciosa posición. Blanca toca cubre su cabeza y cae por los lados en bien sombreados dobleces para recogerse delante del pecho. En la mano derecha sostiene el cetro de soberana, y del dedo meñique de la izquierda cuelga un rosario, cuyas cuentas parecen corales. Viste túnica

de color rosado claro con sombras de carmín oscuro, y manto azul celeste que pende de los hombros y baja por los lados, recogíendose la punta del derecho debajo del brazo izquierdo. De aquí que algunos hayan dicho que su actitud es de viajera.

Sus pies virginales descansan en media luna con las puntas para arriba. El dulce Niño, que sostiene en los brazos, está envuelto desde la cintura para abajo con vestido de color casi blanco. De la mano izquierda suelta un rosario, y en el dedo índice de la derecha sustenta un pajarito de varios colores, atado por un cordelito de una de las patas y que parece reposa sobre el pecho de Nuestra Señora.

San Antonio, que está á la derecha de la Virgen y mide también como ella 1 metro, 4 centímetros de altura, aparece con hábito color azul, calada la capilla, el rostro devoto y penitente y los pies desnudos. En la mano derecha ostenta una palma verde, símbolo de su virginidad, y en la izquierda sostiene un libro cerrado donde se alza de pie un gracioso Niño Jesús sin vestido con el mundo en la mano.

San Andrés está á la izquierda con su venerable rostro vuelto á la Santísima Virgen y los ojos fijos en un libro abierto que apoya en la mano derecha. En el brazo izquierdo sostiene la cruz en aspa, signo de su martirio.

No deja de ser admirable que, visto el cuadro de frente y á cierta distancia, se perciban con toda claridad las figuras, de suerte que parecen de relieve y los colores resaltan con toda viveza; y subiendo al altar para ver más de cerca el portentoso lienzo, sólo se nota un género de sombras de colores muertos, que parece haber sido lavadas, y las facciones del rostro de la Madre de Dios apenas se distinguen confusamente. El P. Tobar afirma que hábiles y celebrados pintores

han querido sacar copias del cuadro y jamás han podido dibujarlo con perfección. Cita al alferez Baltasar de Figueroa, que, siendo primoroso pintor, como lo acreditan sus obras, al querer sacar un retrato de la milagrosa imagen, se le turbó la vista, y confesó públicamente que no podía principiár el bosquejo. Y yo mismo, siendo prior del convento, vi, añade el concienzudo historiador, á Juan de Cifuentes, que, encargado de hacer una copia de la imagen, no se atrevió á dar pincelada alguna por el respeto que le infundía la celestial Señora.» Ahora bien ¿quién no reconocerá que es maravilla muy grande que se conserve hermosa y lucida la santa imagen estando pintada al temple en tela de algodón que es tan corruptible? Suponiendo que no hubiera sufrido las injurias del aire, del sol y de la lluvia, á los cincuenta años debería haberse podrido. Personas ha habido en Colombia que por curiosidad han guardado mantas de algodón finas tejidas por los indios y que llamaban de pincel, porque con tierra negra y colorada pintaban en ellas curiosas labores: y por mucho cuidado que con ellas tenían, no quedan de ellas siquiera vestigios.

Hay otra circunstancia que llama vivamente la atención en la conservación del prodigioso cuadro, y la manifestaremos citando á la letra las frases del historiador Groot. «Nuestro siglo incrédulo poco caso hace de los milagros; pero en la imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá hay, entre muchos, uno constante que se verificará á vista de todos; y quien no lo vea, es porque está en el caso de aquellos de quienes dice el Evangelio que *viendo no ven y oyendo no oyen*. Este milagro consiste en que, haciendo por lo menos doscientos setenta años que diariamente se están *tocando* en el lienzo de la Virgen mazos de rosarios, manojos de yerbas, panecillos de tierra blanca y otras mil cosas, el lienzo no ha sufrido nada, debiéndose haber destruído y acabado la

tela en la parte que tales refregones sufre diariamente. Y es menester ver cómo se hace la aplicación de estos objetos al cuadro, para conocer el milagro de mantenerse sano. Como el cuadro está en alto tienen en la iglesia una vara larga con un garabato en la punta y engarzados en este garabato los objetos, los aplican al lienzo de manera que no quede duda de haberse tocado bien con la imagen. ¡Y en más de dos siglos y medio de maniobra diaria, el lienzo se mantiene bueno y sano!.... ¿Estará esto en el orden natural de las cosas? (1)». Lo que escribe este autor se verificó hasta hace unos cuarenta años, después no. Pero solamente hará como ocho años que se quitaron del cuadro las muchas y pesadas joyas de oro y plata que con alfileres pendían de él. Realmente es singular que el lienzo renovado se conserve aún en estado tan perfecto.

VII

EL SANTUARIO

Por más de un año permaneció la santa imagen en el rústico oratorio donde se verificó la renovación. Á principios de 1588, el Arzobispo de Santa Fe de Bogotá, Dr. D. Fray Luis Zapata de Cárdenas, fué á Chiquinquirá acompañado de dos canónigos y otros eclesiásticos á venerar la imagen, cuyos prodigios conocía por la información jurídica que de ellos había mandado levantar. En esos mismos días se presentó con el mismo fin el Presidente del Reino con muchos caballeros y personas principales de Bogotá. El Prelado quedó tan sobrecogido de respeto y tan lleno de devoción al ver á la Santísima Virgen, que dispuso como sin pér-

(1) Groot, Historia de Nueva Granada.

han querido sacar copias del cuadro y jamás han podido dibujarlo con perfección. Cita al alferez Baltasar de Figueroa, que, siendo primoroso pintor, como lo acreditan sus obras, al querer sacar un retrato de la milagrosa imagen, se le turbó la vista, y confesó públicamente que no podía principiár el bosquejo. Y yo mismo, siendo prior del convento, vi, añade el concienzudo historiador, á Juan de Cifuentes, que, encargado de hacer una copia de la imagen, no se atrevió á dar pincelada alguna por el respeto que le infundía la celestial Señora.» Ahora bien ¿quién no reconocerá que es maravilla muy grande que se conserve hermosa y lucida la santa imagen estando pintada al temple en tela de algodón que es tan corruptible? Suponiendo que no hubiera sufrido las injurias del aire, del sol y de la lluvia, á los cincuenta años debería haberse podrido. Personas ha habido en Colombia que por curiosidad han guardado mantas de algodón finas tejidas por los indios y que llamaban de pincel, porque con tierra negra y colorada pintaban en ellas curiosas labores: y por mucho cuidado que con ellas tenían, no quedan de ellas siquiera vestigios.

Hay otra circunstancia que llama vivamente la atención en la conservación del prodigioso cuadro, y la manifestaremos citando á la letra las frases del historiador Groot. «Nuestro siglo incrédulo poco caso hace de los milagros; pero en la imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá hay, entre muchos, uno constante que se verificará á vista de todos; y quien no lo vea, es porque está en el caso de aquellos de quienes dice el Evangelio que *viendo no ven y oyendo no oyen*. Este milagro consiste en que, haciendo por lo menos doscientos setenta años que diariamente se están *tocando* en el lienzo de la Virgen mazos de rosarios, manojos de yerbas, panecillos de tierra blanca y otras mil cosas, el lienzo no ha sufrido nada, debiéndose haber destruído y acabado la

tela en la parte que tales refregones sufre diariamente. Y es menester ver cómo se hace la aplicación de estos objetos al cuadro, para conocer el milagro de mantenerse sano. Como el cuadro está en alto tienen en la iglesia una vara larga con un garabato en la punta y engarzados en este garabato los objetos, los aplican al lienzo de manera que no quede duda de haberse tocado bien con la imagen. ¡Y en más de dos siglos y medio de maniobra diaria, el lienzo se mantiene bueno y sano!.... ¿Estará esto en el orden natural de las cosas? (1)». Lo que escribe este autor se verificó hasta hace unos cuarenta años, después no. Pero solamente hará como ocho años que se quitaron del cuadro las muchas y pesadas joyas de oro y plata que con alfileres pendían de él. Realmente es singular que el lienzo renovado se conserve aún en estado tan perfecto.

VII

EL SANTUARIO

Por más de un año permaneció la santa imagen en el rústico oratorio donde se verificó la renovación. Á principios de 1588, el Arzobispo de Santa Fe de Bogotá, Dr. D. Fray Luis Zapata de Cárdenas, fué á Chiquinquirá acompañado de dos canónigos y otros eclesiásticos á venerar la imagen, cuyos prodigios conocía por la información jurídica que de ellos había mandado levantar. En esos mismos días se presentó con el mismo fin el Presidente del Reino con muchos caballeros y personas principales de Bogotá. El Prelado quedó tan sobrecogido de respeto y tan lleno de devoción al ver á la Santísima Virgen, que dispuso como sin pér-

(1) Groot, Historia de Nueva Granada.

dida de tiempo se construyese iglesia capaz y decente á Nuestra Señora de Chiquinquirá. El mismo Señor Arzobispo bendijo y colocó la primera piedra, y el Presidente y su comitiva sacaron tierra para poner los cimientos. Fué la primera iglesia de piedra y ladrillo que en aquellas partes se levantó, y tenía 150 pies de largo y 38 de ancho. En 1636 se hicieron cargo del santuario los religiosos Dominicos, y hasta la fecha son los celosos guardianes de la Santísima Virgen. Justamente les correspondía este honor, ya que ellos fueron los que penetraron en el país con el conquistador Jiménez de Quesada, y los primeros que plantaron la cruz en los valles que circundan á Chiquinquirá. Éstos eran también los anhelos de María Ramos (venerable la llaman algunos cronistas). Un día dijo al P. Diego, dominicano: «Hijo (siempre le daba este título), ¡cómo me huelgo de verle con este hábito, porque esta casa ha de ser un gran Convento de su Religión!» Hoy en este paraje se levanta el templo llamado de Jesús María y José que poseen los hijos de Santo Domingo.

En el altar mayor está la fuente que manó en el mismo sitio en que se verificó la renovación milagrosa. Desde hace tres siglos los romeros acostumbran sacar agua y barro del pozo de dicha fuente, y no se ha ahondado á pesar, dice Groot, que con el barro que se ha sacado de ahí se podían haber hecho unas pirámides como las de Egipto ó mayores.

El santuario donde actualmente se encuentra colocada la imagen de la Santísima Virgen y que á juicio de arquitectos de fama es el más bello de Colombia, se comenzó en 1801. Once años más tarde se trasladó con pompa inusitada el cuadro portentoso. En 1824 fué consagrado por el Ilmo. Sr. Obispo de Mérida en Venezuela, á quien se debe también la aprobación pontificia del oficio propio de Nuestra Señora de Chiquinquirá y del

Patronato de la Virgen para toda la República de Colombia. El R. P. Salvador Ruiz en los artículos citados de *La Rosa del cielo* hace la siguiente descripción del santuario.

«Mirando hacia el S. E. y en una área de unos 250 metros, hállase el templo de piedra en esta disposición: atrio elevado, ancho y espacioso; á sus dos lados superiores levántanse dos esbeltas torres salientes de tres cuerpos, con sus correspondientes cornisas y ventanas, de 37 metros de altura, terminadas en figuras piramidales, distantes entre sí 26'90 metros. Llena este espacio un proporcionado frontispicio de orden dórico, sencillo y majestuoso, correspondiente al aire general del clásico edificio. Sus adornos, sobre los cuales el sol desde la mañana proyecta sus rayos, son éstos: sobre los capiteles de cuatro pilastras embutidas se ensancha un entablamento ó cornisón ancho; de ahí levántase el frontón central que lleva á los lados dos grandes jarrones y una considerable balaustrada de piedra; al centro sobresale una estatua de piedra del Patriarca Santo Domingo; y sobre la portada principal la imagen de Nuestra Señora de Chiquinquirá, de relieve, tallada en piedra; y en las dos de los lados otras iguales representando alegorías.

Ahora pasemos el umbral. Dan paso al interior por un corto vestibulo tres grandes puertas correspondientes á otras tantas naves que componen la planta total del Santuario. Las naves, que son lo primero que se ofrece al espectador, están así distribuídas por lo bajo: la central, que mide de ancho 10'50 metros, partiendo del coro, va á formar la cruz latina al pie del presbiterio; y dos laterales más angostas empiezan desde las portadas y bajo una especie de galería fantástica que se aleja, van á unirse tras el ábside semicircular del templo: formando de esta manera un arco tendido

de 7'13 metros de altura por 81'91 metros de largo.

Extendamos la vista por el ámbito, y espaciémonos en su contemplación. De los lados de la nave central levántase sobre plintos ó netos doce grandes columnas de orden dórico, de 8'18 metros de altura, compuesta cada una de cuatro columnas agrupadas á una pilastra cuadrangular, terminadas por un capitel y su correspondiente cornisón; y seis sencillas al remate, de 2'34 metros de distancia, que forman el ábside y á igual altura sustentan la arcada y una media bóveda esférica, obra muy elegante y atrevida, bajo cuya sombra descansa el trono de la Virgen.

De todos los cornisones de las columnas centrales arrancan arcos de medio punto en cuatro direcciones: los primeros arcos torales más elevados, originan las bóvedas centrales, vaídas, en número de cuatro hasta el espacio donde arranca la media naranja; y dos más al interior que sustentan las bóvedas que cubren el presbiterio y el Altar. Todas estas bóvedas se hallan adornadas con florón oval de hojas de acanto; y sus cuatro senos con una esquinera gótica de talla, que lleva al centro figuras simbólicas al fresco y á los lados follages desarrollados en formas triangulares.

Los arcos menores á derecha é izquierda cubren las distancias y enlazan entre sí las columnas. Los últimos, cayendo hacia las naves, van respectivamente á terminar sobre el capitel de una columna embutida en el muro, formando en los espacios al rededor de la nave central diez y nueve bellísimas bóvedas de arista sin otra decoración que el estuco y un florón de acanto tallado en el vértice. Sobre el gran cornisón ó entablamento que circunda el templo, hállanse los entrepaños de los arcos que llevan en el centro una ventana con su portada dórica, conjunto que inunda en claridades la espaciosa Basilica. En los intermedios de las eleva-

das columnas del muro, bajo una especie de arco rebajado, aparecen las anchas y elegantes capillas, las que en número de quince, según los misterios del Rosario, rodean el templo ostentando en su fondo hermosos y artísticos altares, donde alternan los órdenes dórico, jónico moderno, toscano, corinto, compuesto y jónico antiguo, decorados según las exigencias particulares del estilo. De sus lados dos ventanas ovales derraman en derredor torrentes de luz; la que, añadida á la que arrojan también al rededor las ventanas superiores y á la fácil reflexión del estuco bruñido, hacen del templo un cielo magnífico de gloria, realizada por la severidad de su arquitectura y lo delicado de su decoración, que es toda talla fina, dorada y de cuando en cuando esmaltada. Este es el templo, que mide 15'84 metros de altura. Vengamos á la media naranja. La media naranja de orden jónico moderno con su soberbia cúpula, es como la regia corona de este grandioso conjunto del arte. Sobre los cuatro arcos torales del crucero y sus pechinas desarróllase horizontalmente un anillo de 11 metros de diámetro; sobre él levántase el cimborrio de 7'32 metros de altura, cerrado por una bóveda de cobre laminado que mide 5'50 metros de radio, y el cupulino y linterna sobre su anillo de 2'20 metros de ancho y una elevación de 5'40 metros, termina en una acrotera donde se afianza uno de los pararrayos que guardan el edificio, y sirve de base á la esfera que sustenta la cruz. Lleva al exterior el cimborrio ocho arcos con ocho entrepaños y ocho pilastras con cornisamento coronadas de jarrones. Los arcos están adornados con archivoltas y claves, teniendo al pie cuatro azoteas con balaustradas de piedra.

La decoración interior, sencilla como es, redúcese en la cupulita y cupulino á seis arcos con bastidores de cristal; á seis pilastras jónicas con su cornisón que tie-

nen por remate la cupulita, en cuyo centro una paloma suelta de su pico la cuerda de una grande araña de cristal; la bóveda lleva ocho pares de fajas talladas colgantes, que vienen á terminar sobre las pilastras del cimborrio: en éste hacen juego un rebanco sobre el que se apoyan diez y seis pilastras con su cornisamento, archivoltas y entrepaños con escudos que llevan invocaciones de la *Letanía Lauretana* y ocho arcos geminados con cristalería.

Sobre el cornisamento del anillo levántase una balustrada de madera y en el friso de éste se puede leer en grandes letras doradas la siguiente estrofa:

Pues sois de los pecadores
El consuelo y la alegría,
Escuchad nuestros clamores,
¡Oh Madre clemente y pia!

Por último, en el fondo de las pechinas destácanse los cuatro Evangelistas pintados al fresco, encerrados en marcos ovales y tallados, con follajes salientes al rededor y dos ángeles en alta talla que parecen sustentar el cuadro.

El Altar.—En el espacio encerrado por las cuatro columnas que cubren el presbiterio, y las seis simples que forman la arcada, existe una especie de plataforma de 90 centímetros de altura, que constituye el presbiterio y el lugar de donde surge el altar central. Descuella éste bajo un elegante florón de arabescos divergentes en talla, de ángeles sosteniendo festones ondeantes de uvas y espigas con otros símbolos alegóricos que adornan la esférica bóveda que le sirve de palio. Sin corresponder á la magnificencia del templo, carece de estilo determinado. Compónenlo, sin embargo, cuatro mesas sencillas: la primera, que es la principal, con un frontal

de plata maciza constituye lo que se llama el altar de la Virgen del Rosario; dos laterales, y una posterior que no está en uso. Sobre el plano encerrado por estas mesas, levántase una base de madera que lleva al frente un Tabernáculo de plata labrada en talla antigua, que sirve de apoyo al trono de la Virgen. Éste, como no sea la parte interior de un elegante domo de bronce que debiera cubrirlo, según el pensamiento del artista que lo ideó y no se ejecutó, redúcese á una pequeña mesa (pues debiera ser la del altar), de metal plateado con arquitos dorados y columnatas al frente, que lleva encima un hermoso relicario gótico. Sobre este cuerpo levántanse cuatro columnas sosteniendo el baldaquino, todo de bronce dorado, estilo bizantino, en cuyo centro resplandece la imagen milagrosa de Nuestra Señora bajo rico dosel. Dos valiosos ángeles del mismo metal, en adoración adornan la delantera del baldaquino; y otro semejante, de pie, señalando al cielo sobre la cúspide piramidal, le sirve de coronamiento. Á derecha é izquierda y en ademán triunfal resaltan las estatuas de los Patriarcas Sto. Domingo y S. Francisco, tremolando sendos estandartes de sus religiones.

El púlpito es proporcionado, elegante, cómodo y bien ornamentado. Por todo el templo vense ondular grandes arañas de vidrio y de metal, pendientes ya de los centros de las bóvedas, ya de ganchos que sobresalen de los capiteles de las altas columnas.

Los arcos todos llevan ornamentación y claves de talla dorada.

La decoración general toda es de gusto, delicada y bellísima.

El coro álzase de la gran nave; y sencillo como es, extiéndese sobre el ámbito comprendido entre las dos puertas centrales opuestas, y dos arcos rebajados, que van de Sur á Norte sustentando una bóveda rebajada

de aristas, que con el cancel gótico componen el sotacoro.

Por lo alto circuye su contorno un cornisón jónico, y sobre éste una balaustrada hace de antepecho. Esta cornisa, corriendo hacia las naves, avanza por sobre arcos rematados en frontones, respectivamente coronados con un artístico ángel de cuerpo entero, que en actitud exterminadora, el de la derecha blande una flamígera espada, y el de la izquierda, sobre la cabeza del dragón, que le sirve de peana, proyecta su tremenda pica.

En el interior sólo lo adorna el grandioso órgano traído de España, de la fábrica Amezúa.

En lo material es de dos cuerpos; la consola al centro; sola; de sistema tubular moderno. En cuanto al valor intrínseco, á los peritos corresponde fallar: de mí sé decir que por la sonoridad, gravedad, suavidad de sus voces, variedad y gustosa combinación de registros, es una obra digna del Santuario de Chiquinquirá.

Al lado del templo existe un espacioso convento y colegio de los hijos de Santo Domingo, cuyos miembros, en medio de la soledad y de la paz, se dedican al estudio, á la enseñanza, al ejercicio del ministerio y á dar culto á la Santísima Virgen.

Verdaderamente que son espléndidas las funciones que á diario se celebran en el Santuario. Á las cinco de la mañana se celebra la misa conventual, que tres días á la semana es cantada. Á las ocho se canta misa solemne por los músicos de la ciudad. Los domingos y días festivos se predica la divina palabra con notable fruto de los oyentes; y en los meses de Mayo y Octubre se ensalzan también las glorias de la Virgen.

La novena de Ntra. Sra. de Chiquinquirá, que termina el 26 de Diciembre, en que se celebra la fiesta principal, resulta un verdadero acontecimiento. En ese día se postran á las plantas de María millares de piadosos romeros.

Cada siete años el cuadro milagroso es sacado en procesión por la ciudad; y entonces los vecinos rivalizan en celo y entusiasmo por adornar las calles que ha de recorrer su celestial Patrona.

Sólo cuatro veces ha salido de Chiquinquirá la sagrada imagen. La primera fué en el año siguiente al de su renovación, con motivo de haberse desarrollado una epidemia de viruela y sarampión que asolaba los pueblos. En vano se habian hecho varias rogativas. Quería la Providencia que se pusiese toda la confianza en la Madre de Chiquinquirá. Lleváronla en solemne procesión á Tunja, y á los pocos días de estar allí cejó el mal, y luego desapareció no sólo de Tunja sino de todos los pueblos de la comarca.

La segunda salida de la Santísima Virgen fué en 1633, cuando la *peste grande*, que con tal nombre la recuerda la historia. Se la llevó á Tunja; pero desde allí fué trasladada á Santa Fe de Bogotá á petición de los cabildos eclesiástico y civil, por el voto unánime de los habitantes del interior, y con licencia expresa del señor Arzobispo. Por donde quiera que pasaba el milagroso cuadro se sentía el suave al par que poderoso influjo de la divina Omnipotencia. Los enfermos salían al camino á saludar á la *Señorita* y á pedirle les devolviese la salud, y sus esperanzas quedaban satisfechas, pues la Madre de los afligidos no sabía hacerse sorda á los clamores de sus hijos.

El general D. Manuel de Serviez, nacido y educado en Francia, pero que dejó intentadamente su patria para pelear en Colombia contra los españoles, sin permiso de nadie sacó sacrilegamente en 1816 el cuadro de Nuestra Señora de Chiquinquirá, creyendo que era el medio más expedito y eficaz de obligar á los patriotas á engrosar sus filas. No le salieron bien sus cálculos, porque hecho tan osado levantó unánime protesta de los creyentes

colombianos. El ejército realista alcanzó á Serviez y recobró el cuadro, que entregó á los religiosos de Santo Domingo. Ésta fué la tercera salida de Nuestra Señora. Serviez se unió al general Páez; pero un día del mismo año 1816, en que salió contra las órdenes de su jefe, fué asesinado.

Por último, en 1840, á causa de la viruela, que hizo estragos inauditos y que aun recuerdan los ancianos con horror, la Virgen fué conducida á Bogotá. La peste cesó en cuanto la Señora recibió los homenajes de sus súbditos.

En años anteriores la Virgen de Chiquinquirá era muy conocida y venerada en el alto y bajo Perú, en Filipinas, Guatemala y en las ciudades españolas de Cádiz y Sevilla. Ahora no hay católico colombiano que siquiera una vez en la vida no haga la romería al bendito santuario. También la realizan habitantes de Maracaibo, Mérida y Trujillo en Venezuela, y de Ibarra y Cuenca en el Ecuador.

En 1886, con motivo del centenario de la milagrosa renovación del cuadro, se celebraron fiestas con pompa inusitada. Los más inspirados vates pulsaron sus liras y dedicaron inspiradas odas á su celestial Patrona. Pondremos fin á esta reseña reproduciendo una de esas odas, escrita por D. Benjamín Pereira Gamba.

SALUS INFIRMORUM

Á LA VIRGEN DE CHIQUINQUIRÁ

I

Postrado del dolor en la amargura,
Más que del cuerpo, enfermo yo del alma,
Meditaba en mi lecho, con pavor,
Cómo encontrar pudiera alivio y calma;

Mas de repente, como luz del cielo,
Brilló á mis ojos un convite santo,
Que releí con insaciable anhelo,
Al través de las gotas de mi llanto;

Un himno para tí, Santa Señora,
La devoción de un pueblo me pedía,
Aquél cuyo horizonte, como aurora,
Iluminaste en venturoso día.

La tercera centuria va á contarse
De ese prodigio de tu amor inmenso;
Y cada nuevo siglo irá á postrarse
Ante tus aras, á ofrecerte incienso.

Salté entonces del lecho reverente,
Para pedirte mi salud, María,
Y fortaleza para alzar mi frente
Y unir mi voz á aquella melodía.

Y hoy lo cumplo, merced á tus favores,
Y vengo á saludarte con mi lira,
La que olvidar me hicieron los dolores
Y hoy de nuevo en tu luz y amor se inspira.

II

¡Yo siempre te adoré! Mi primer canto
Á tu pura beldad fué dirigido,

Antes que el corazón el ciego encanto
Del amor mundanal me hubiera herido.

El toque de oraciones (1) conmovía
Desde mi infancia, mi alma religiosa,
Ungida en celestial melancolía

Al son del alba y en la tarde umbrosa.

Canté del cisne (2) en la región extraña
El prodigio admirable de tus dones,

(1) Composición publicada por el autor en 1855.

(2) El Cisne.—Santuario en la provincia ecuatoriana de Loja.

colombianos. El ejército realista alcanzó á Serviez y recobró el cuadro, que entregó á los religiosos de Santo Domingo. Ésta fué la tercera salida de Nuestra Señora. Serviez se unió al general Páez; pero un día del mismo año 1816, en que salió contra las órdenes de su jefe, fué asesinado.

Por último, en 1840, á causa de la viruela, que hizo estragos inauditos y que aun recuerdan los ancianos con horror, la Virgen fué conducida á Bogotá. La peste cesó en cuanto la Señora recibió los homenajes de sus súbditos.

En años anteriores la Virgen de Chiquinquirá era muy conocida y venerada en el alto y bajo Perú, en Filipinas, Guatemala y en las ciudades españolas de Cádiz y Sevilla. Ahora no hay católico colombiano que siquiera una vez en la vida no haga la romería al bendito santuario. También la realizan habitantes de Maracaibo, Mérida y Trujillo en Venezuela, y de Ibarra y Cuenca en el Ecuador.

En 1886, con motivo del centenario de la milagrosa renovación del cuadro, se celebraron fiestas con pompa inusitada. Los más inspirados vates pulsaron sus liras y dedicaron inspiradas odas á su celestial Patrona. Pondremos fin á esta reseña reproduciendo una de esas odas, escrita por D. Benjamín Pereira Gamba.

SALUS INFIRMORUM

Á LA VIRGEN DE CHIQUINQUIRÁ

I

Postrado del dolor en la amargura,
Más que del cuerpo, enfermo yo del alma,
Meditaba en mi lecho, con pavor,
Cómo encontrar pudiera alivio y calma;

Mas de repente, como luz del cielo,
Brilló á mis ojos un convite santo,
Que releí con insaciable anhelo,
Al través de las gotas de mi llanto;

Un himno para tí, Santa Señora,
La devoción de un pueblo me pedía,
Aquél cuyo horizonte, como aurora,
Iluminaste en venturoso día.

La tercera centuria va á contarse
De ese prodigio de tu amor inmenso;
Y cada nuevo siglo irá á postrarse
Ante tus aras, á ofrecerte incienso.

Salté entonces del lecho reverente,
Para pedirte mi salud, María,
Y fortaleza para alzar mi frente
Y unir mi voz á aquella melodía.

Y hoy lo cumplo, merced á tus favores,
Y vengo á saludarte con mi lira,
La que olvidar me hicieron los dolores
Y hoy de nuevo en tu luz y amor se inspira.

II

¡Yo siempre te adoré! Mi primer canto
Á tu pura beldad fué dirigido,

Antes que el corazón el ciego encanto
Del amor mundanal me hubiera herido.

El toque de oraciones (1) conmovía
Desde mi infancia, mi alma religiosa,
Ungida en celestial melancolía

Al son del alba y en la tarde umbrosa.

Canté del cisne (2) en la región extraña
El prodigio admirable de tus dones,

(1) Composición publicada por el autor en 1855.

(2) El Cisne.—Santuario en la provincia ecuatoriana de Loja.

Y del Guátara (1) luego, en la montaña
 Á ofrendarte llegué mis oraciones.
 Del Guadalupe (2) en la escarpada cumbre
 Tu templo visité y allí de hinojos
 Devorando los rayos de tu lumbre
 Se inundaron en lágrimas mis ojos.
 Del pecador refugio (3) te he cantado,
 Cuando, en medio de estéril extravío,
 Mis miradas al cielo he levantado,
 Y he salido, á tu luz, de error sombrío.
 ¡Yo siempre te adoré! Jamás mi mente
 Abrigo diera á la blasfemia impia;
 Siempre orgulloso proclamé ferviente
 Tu Inmaculada Concepción, Maria (4).

III

Y hoy te invoco, salud de los que lloran
 En la tortura de fatal dolencia,
 Y cuyo pecho mísero devoran
 Llagas del corazón y la conciencia.
 Ven en mi auxilio, y tus prodigios muestra,
 Á tu pobre devoto que te llama;
 Extiende sobre mí tu excelsa diestra
 Y tu santa salud en mí derrama.
 Permite que humilde peregrino
 Flores vaya á regar en tu santuario,
 Reposo y paz buscando en mi camino,
 Como el ave en la cruz del campanario.

(1) Guátara.—Santuario de la Virgen de las Lajas, cerca de Ipiales en el Cauca.

(2) Guadalupe.—Composición publicada en 1872.

(3) Refugio de pecadores.—Publicada en una colección de poesías religiosas en 1872.

(4) Inserta en otra colección de poesías religiosas.

Oye mi voto, accede placentera
 Á mis ruegos, y alivia mis pesares;
 Protégeme, Señora, y cuando muera,
 Duerma mi alma al pie de tus altares.

Bogotá, Noviembre de 1886.

Autoridades.—El libro más importante acerca de Nuestra Señora de Chiquinquirá es el titulado: *Verdadera, histórica relación del origen, manifestación y prodigiosa renovación por sí misma y milagros de la imagen de la Sacratísima Virgen María, Madre de Dios, Nuestra Señora de El Rosario de Chiquinquirá, que está en el Nuevo Reino de Granada, á cuidado de los Religiosos del Orden de Predicadores*; fué sacado á luz, la primera vez, por el M. R. P. Fray Pedro de Tobar y Buendía, y reimpresso, á cuidado del M. R. P. Fray Pedro Masústegui, por Antonio Marín, en Madrid, el año de 1735.—Pueden verse también los interesantes artículos publicados en *La Rosa del cielo* por el R. P. Salvador Ruiz.—Un opúsculo titulado *Trescientos años (1586-1886)*, publicado por los Señores Fajardo é Hijo.—*Homenaje á la Santísima Virgen del Rosario de Chiquinquirá en el tercer centenario de la renovación de su imagen*, publicado en Bogotá por los Señores Fidel Casas Rojas y Orencio Fajardo Páez.

No terminaré esta lista sin rendir un tributo de gratitud á mis excelentes amigos los Rdos. PP. Vicente Cayetano Rojas y Andrés Mesanza, de la Orden de Predicadores, que me han enviado los referidos libros, estampas, medallas, y los datos que he aprovechado en la presente reseña.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUESTRA SEÑORA DE LAS LAJAS

CAPÍTULO III.

Nuestra Señora de las Lajas (Colombia)

Este célebre santuario está situado en el departamento de Cauca, no lejos de Ipiales, ciudad de unos diez mil habitantes. De esta ciudad se toma el camino hacia el Oriente; y después de recorrer una llanura bastante desigual, se principia á descender poco á poco hasta el punto en que se alza el santuario.

«El aspecto que presenta allí la naturaleza, dice un elegante escritor ecuatoriano, es hermoso: praderas extensas se descubren á lo lejos; y allí, como en los términos del horizonte, lomas empinadas, que levantándose á enorme altura, forman la ancha base de la gran cordillera de los Andes, dividida ya en aquel punto en dos ramales paralelos que corren de Norte á Sur. Una parte de la pendiente es suave, y haciendo curvas prolongadas, va el camino descendiendo lentamente con dirección á la hoya del caudaloso río Guáitara. Preséntase entonces á la vista del viajero un espectáculo bello, pero imponente; pues en el aspecto hermoso de la naturaleza hay mucho de majestuoso y hasta terrible. La hoya del río está formada por la ruptura violenta del suelo de la cordillera, que en aquella parte de los Andes próxima al Ecuador, parece haber sufrido sacudimientos y trastornos geológicos espantosos: dos paredes inmensas de rocas se levantan á muy poca distancia, una en frente de otra, formando un valle angosto y estrecho, por cuyo fondo á una profundidad

enorme, corre el Guáitara, apretando y comprimiendo entre peñascos agrestes el grueso caudal de sus aguas. El santuario no se ve ni se divisa sino cuando uno se halla encima de él. Bajando la cuesta, al voltear uno de los ángulos de la pendiente, de pronto se descubren las torrecitas de la capilla, y causa sorpresa agradable mirarlas debajo, como si estuviesen puestas en el aire: la cúpula y las torrecitas se ven á vista de pájaro mientras se va descendiendo al santuario; y cuando uno llega á éste y se pone á observar al derredor, se le figura la capilla como colgada y suspendida en medio de un abismo.

La situación del edificio es atrevida y muy pintoresca: una serie de cuerpos ó departamentos, sostenidos por arcos puestos uno encima de otro, formando como un castillo cuadrangular adherido y pegado á la roca por una de sus caras laterales, pues la base se apoya con la peña tocándola ligeramente ó al descuido: la parte superior está del todo al aire y hace una placeta cuadrada, sobre la que descansa la capilla.... La obra del edificio es admirable, y no puede menos de ponderarse la habilidad y hasta la audacia del arquitecto que lo construyó (1).

El templo es relativamente pequeño, pues su única nave mide 18 metros de largo por 6 de ancho. La sagrada imagen, bajo la advocación del Rosario, ocupa el fondo del altar mayor. Representa á la Reina del cielo con el Niño Jesús en los brazos: su posición es recta y huella la luna con los pies; con las manos juntas y colocadas devotamente ante el pecho están los patriar-

(1) Ilmo. Sr. Dr. D. Federico González Suárez, Obispo de Ibarra, en su precioso librito, *Recuerdos de viaje*, publicado en Friburgo (Alemania) 1901. De él y del *Diccionario Enciclopédico Hispano—Americano*, he sacado los datos referentes á este santuario.

cas San Francisco de Asís y Sto. Domingo de Guzmán. Es una pintura al óleo hecha en la roca viva. Como obra de arte tiene varios defectos; la mano del pintor al trazar el cuadro no sacó una obra maestra. No obstante hay en el conjunto aire de sencillez y gracia espiritual que mueve á devoción; y el rostro de la Virgen tiene cierta expresión de dulzura y serenidad, que no consiente sea mirado con indiferencia. Sobre todo, los ojos parece como si se fijaran de propósito en uno, para preguntarle calladamente, con mirada de ternura, cuáles son las necesidades que tiene para remediarlas al instante.

Nada se sabe con certidumbre del primer origen ó motivo que hubiera para pintar esta imagen de la Virgen en un punto agreste y retirado de toda población humana. Tal vez los peligros que ofrecía para los caminantes la bajada por tan escarpadas pendientes; acaso también los desastres que no dejarían de sufrir, ya en sus mismas personas, ya en sus acémilas, al vadear el peligroso río, serían parte para que se encomendaran á la Madre de Dios, implorando su patrocinio en los peligros del tránsito por aquellos horribles precipicios. Y alguna alma piadosa mandaría pintar esta devota imagen para refugio de los caminantes y consuelo en semejantes soledades.

Sin embargo, la tradición popular refiere que una indiecilla que se dirigía con su haz de leña al cercano poblado, vió claramente en una de las grutas de la sierra la imagen de la Virgen del Rosario, que despedía deslumbrantes resplandores. Corrió á dar la noticia del hallazgo al cura de Ipiales, presbítero Eusebio Mejía; quien habiéndose trasladado con varios vecinos al sitio señalado por la joven campesina, halló efectivamente sobre la roca desnuda, pulida por los siglos, una bella pintura de la Virgen del Rosario. Resolvióse entonces

construir en el mismo lugar un templo, y la obra se emprendió en efecto, hasta lograr consagrarlo solemnemente en 11 de Abril de 1903 (1).

Lo cierto es que en este santuario ha puesto Dios uno de esos tronos de misericordia para beneficio y amparo de todos los que acudan necesitados de socorro y auxilio, ya para el alma, ya para el cuerpo, y á nadie le ha dejado burlado su confianza en la divina Madre.

De todas partes, desde el Cali hasta Quito, se ven llegar constantemente al santuario innumerables devotos, que vienen de remotísimas provincias para pedir á la Virgen el remedio de sus necesidades, el consuelo en sus aficciones y el alivio de sus pesares.

Principalmente el 10 de Septiembre, en que se celebra la fiesta de Nuestra Señora de las Lajas, es cuando se ve mayor concurrencia de fieles al santuario. Según el explorador francés Mr. Andrés en su libro *Viaje á la América equinoccial*, la capilla está colgada verticalmente á sesenta metros sobre el nivel del río.

(1) Lázaro M. Girón, Papel Periódico ilustrado de Bogotá, n.º 109.

CAPÍTULO IV

Nuestra Señora de la Merced de Quito (Ecuador)

SUMARIO.—I. Quito. II. Origen de la Santa Imagen. III. La Virgen de la Merced y los terremotos. IV. La Virgen de las Mercedes Patrona del Ejército ecuatoriano. V. La santa efigie y su santuario. VI. El venerable Fray Pedro Urraca.

I

QUITO

Hay en la América latina una ciudad célebre, más por la piedad de sus habitantes, que por sus bellezas naturales. Es la hermosa *San Francisco de Quito*, fundada por el mariscal Diego de Almagro en 28 de Agosto de 1534, en el mismo sitio donde tenían su corte los *sciris*, que fueron vencidos por los incas del Perú. Hállase situada al pie del volcán Pichincha, á 2908 metros sobre el nivel del mar, casi en la misma línea equinoccial, á los 0,14 latitud sur. Ciudad de primavera perpetua, con un clima cuya temperatura apenas varía un grado entre el mes más frío y el más caluroso del año, y donde las noches siempre son iguales á los días. Quito es población muy sana. Cuenta con ochenta mil almas. Á pesar del declive é irregularidad del terreno, algunas de sus calles son rectas, y las casas de uno ó dos pisos cómodas y aseadas. Tiene tres plazas, siendo la más notable la Mayor, transformada por el Presidente don Gabriel García Moreno en ameno vergel de plantas y

construir en el mismo lugar un templo, y la obra se emprendió en efecto, hasta lograr consagrarlo solemnemente en 11 de Abril de 1903 (1).

Lo cierto es que en este santuario ha puesto Dios uno de esos tronos de misericordia para beneficio y amparo de todos los que acudan necesitados de socorro y auxilio, ya para el alma, ya para el cuerpo, y á nadie le ha dejado burlado su confianza en la divina Madre.

De todas partes, desde el Cali hasta Quito, se ven llegar constantemente al santuario innumerables devotos, que vienen de remotísimas provincias para pedir á la Virgen el remedio de sus necesidades, el consuelo en sus aficciones y el alivio de sus pesares.

Principalmente el 10 de Septiembre, en que se celebra la fiesta de Nuestra Señora de las Lajas, es cuando se ve mayor concurrencia de fieles al santuario. Según el explorador francés Mr. Andrés en su libro *Viaje á la América equinoccial*, la capilla está colgada verticalmente á sesenta metros sobre el nivel del río.

(1) Lázaro M. Girón, Papel Periódico ilustrado de Bogotá, n.º 109.

CAPÍTULO IV

Nuestra Señora de la Merced de Quito (Ecuador)

SUMARIO.—I. Quito. II. Origen de la Santa Imagen. III. La Virgen de la Merced y los terremotos. IV. La Virgen de las Mercedes Patrona del Ejército ecuatoriano. V. La santa efigie y su santuario. VI. El venerable Fray Pedro Urraca.

I

QUITO

Hay en la América latina una ciudad célebre, más por la piedad de sus habitantes, que por sus bellezas naturales. Es la hermosa *San Francisco de Quito*, fundada por el mariscal Diego de Almagro en 28 de Agosto de 1534, en el mismo sitio donde tenían su corte los *sciris*, que fueron vencidos por los incas del Perú. Hállase situada al pie del volcán Pichincha, á 2908 metros sobre el nivel del mar, casi en la misma línea equinoccial, á los 0,14 latitud sur. Ciudad de primavera perpetua, con un clima cuya temperatura apenas varía un grado entre el mes más frío y el más caluroso del año, y donde las noches siempre son iguales á los días. Quito es población muy sana. Cuenta con ochenta mil almas. Á pesar del declive é irregularidad del terreno, algunas de sus calles son rectas, y las casas de uno ó dos pisos cómodas y aseadas. Tiene tres plazas, siendo la más notable la Mayor, transformada por el Presidente don Gabriel García Moreno en ameno vergel de plantas y

flores del país. El trazado del jardín es una estrella con ocho avenidas cuyo centro ocupa artística fuente. Entre sus edificios públicos es notable el Palacio del Gobierno con elevado peristilo sostenido por columnas de exquisito gusto. En ese peristilo fué cobardemente asesinado el Presidente mártir García Moreno el 6 de Agosto de 1875 por un colombiano, llamado Rayo, asalariado por las sectas enemigas del Catolicismo. Posee hermosos templos, como la Catedral, la Compañía, Santa Clara, San Francisco, La Merced. Pablo III erigió la diócesis de Quito en 1545, y Pío IX la elevó en 1849 á la categoría de arzobispado (1). Hay en su recinto varias imágenes célebres de la Reina del cielo, siendo la principal la de Nuestra Señora de la Merced que se venera en la iglesia de su mismo nombre y que según el Ilmo. Señor González Suárez, el más erudito de los historiadores del Ecuador, fué la primera de bulto, que de la Virgen hubo en Quito (2).

II

ORIGEN DE LA SANTA IMAGEN

Aunque Diego de Almagro fundó á Quito en 1534, el que conquistó toda esta parte del imperio de Atahualpa fué el valiente capitán don Sebastián de Benalcáraz, á quien acompañaba en calidad de capellán el religioso mercedario Fray Martín de Victoria, que se hizo famoso por su facilidad en aprender las lenguas indígenas. Pacificada la tierra por las armas castellanas, consintieron los conquistadores en que se fundara un convento de dicha orden en la nueva ciudad. En 1537 el Cabil-

(1) J. L. Mera, Geografía de la República del Ecuador.

(2) Historia general de la República del Ecuador, T. III, pág. 94.

do señaló al P. Fray Hernando de Granada solares para que construyese iglesia y convento, y además, dos fanegas de tierra para sembrar. Apenas habían trascurrido cuarenta años de la erección del convento, y ya acudían á él innumerables fieles atraídos por la imagen de Nuestra Señora de la Merced, que proporcionaba oportunos remedios á todas las calamidades públicas. La historia auténtica ha conservado el origen de dicha imagen.

Carlos V reinó en España desde 1519 hasta 1556, en que renunció la corona en favor de su hijo Felipe II y se retiró á acabar sus días en el monasterio de Yuste, donde murió en 1558. Bajo su gobierno se realizó la conquista del Perú. Era muy generoso para favorecer no sólo á las ciudades sino á las iglesias y conventos de las colonias de América. Á este convento regalaba una campana, á aquél un cáliz, al de más allá una casulla y á no pocos rentas y donativos cuantiosos. Á los Padres de la Merced ordenó que se les diese una imagen del mismo título de la Orden para la iglesia y convento de Quito.

Como entre los conquistadores no faltaban hábiles artistas, uno de ellos se ofreció á tallar en piedra la imagen que el Emperador regalaba á los Mercedarios. Al efecto se trasladó á una de las canteras vecinas, y de un solo bloque labró la imagen tan perfecta que semejaba á la Reina de los cielos bajando á consolar á los hombres. Colocada en el Pichincha, todos tenían santa emulación por contemplarla. El día que fué trasladada á su iglesia se organizó una de las procesiones más solemnes que se hubieran realizado en esa región de los Andes. El clero, las autoridades y el pueblo en masa se dieron cita para ensalzar á la Santísima Virgen. La imagen manifestó con algunos portentos cuán agradecida quedaba á estas demostraciones de filial ternura. Un

sacerdote ciego, que quiso salir al encuentro de la procesión, al acercarse á la imagen recobró instantáneamente la vista con verdadero júbilo suyo y de los circunstantes.

Una pobre mujer que había varios años yacía tullida y muda en su lecho de dolor, se deshacía en llanto por verse privada del consuelo de asistir á la función religiosa en honor de la Madre de Dios; mas de repente se encontró sana, y pudo ir personalmente á entonar las alabanzas de su bondadosa bienhechora.

Con estos prodigios es claro que arraigó en las almas la devoción á la Señora, de suerte que en las enfermedades más graves, en las aficciones más hondas, las personas devotas prorrumpían en esta dulce oración: *Madre mía de la Merced, ayudadme*. Se cuenta que, poco después de la procesión, una mujer desvalida, al vadear un río caudaloso, fué arrebatada por la corriente, y en su apuro invocó á la Virgen de la Merced, que se le apareció de modo visible y la libró de la muerte.

Sacáronse varias copias á pincel de la imagen, que se repartieron por todos los ámbitos del país.

III

LA VIRGEN DE LA MERCED Y LOS TERREMOTOS

No hay otra región de la América que haya experimentado cataclismos más horribles que el Ecuador. En diversas épocas le han conmovido terremotos que han reducido á escombros ciudades florecientes. Á mediados del siglo XVIII quedó como un vasto cementerio Riobamba, y en el siglo XIX tocó la misma suerte á Ibarra. El barón de Humboldt se admiraba de que los ecuatorianos pudiesen vivir tranquilos sobre una tierra tan de continuo agitada por convulsiones formidables. Y lo

raro es que Quito, edificado en las laderas de un volcán y que tantas veces ha sido conmovido por tales accidentes geológicos, jamás ha sido arruinado del todo, á pesar de que se han cuarteado iglesias y edificios públicos. No se encuentra causa física que explique este misterio; luego debemos atribuirlo á un motivo sobrenatural, á la protección eficaz de la Santísima Virgen, especialmente venerada bajo el título de la Merced.

Cuarenta años apenas habían trascurrido desde su fundación, cuando Quito estuvo expuesta á perecer por una repentina erupción del Pichincha. Era el 8 de Septiembre de 1575. El día había amanecido claro y sereno; pero en las primeras horas de la mañana se oscureció el horizonte de tal suerte que los habitantes necesitaban luz artificial para transitar por las calles y para discurrir por sus casas. Estas tinieblas eran efecto de una lluvia de ceniza que cayó con tal abundancia, que todos creían iban á quedar sepultados, como en otro tiempo los moradores de Herculano y Pompeya. El horror de esta escena aumentaba con los bramidos del volcán, que remedaban el fragor del trueno y con las siniestras llamaradas de los relámpagos. Entonces hasta los más despreocupados y enemigos de las ideas religiosas invadían los templos á pedir misericordia, siendo el más concurrido el de Nuestra Señora de la Merced. «Eran las once del día, escribe un erudito y castizo escritor, cuando un piadoso y penitente concurso llenaba no solamente este santuario de la Madre de Dios, sino también la placeta contigua y las calles adyacentes, con el propósito de sacar en solemne procesión la efigie veneranda y alcanzar así la cesación del terrible azote. En consecuencia, los Alcaldes y Regidores de la ciudad acercáronse al altar mayor, para sacar del nicho la sagrada imagen y cargarla en hombros; pero no habían calculado que se trataba de una

gran estatua de piedra; así halláronla tan pesada que apenas lograron ni moverla. Clamó entonces el pueblo pidiendo que fuesen sacerdotes los que acometiesen tan piadosa empresa; llegaron efectivamente varios, pero tampoco salieron bien sus esfuerzos, porque eran menester más brazos. Á este tiempo estaba junto á la puerta de la iglesia un religioso lego, de santa vida, llamado Fray Alonso, elevando al cielo fervientes súplicas. Al verle allí el Comendador del convento, que era otro religioso de ejemplar virtud, el padre Fray Alonso de Ambia, lo llamó, diciéndole en alta voz:— «Venga acá Fray Alonso, que puede ser que para ostentar más su misericordia, reserve la Virgen Santísima esta merced á los mayores pecadores.»—Llegaron los dos y con asombro de todos, siendo la imagen de piedra, pareció de pluma; porque la sacaron con la facilidad que si fuera de cartón, y la llevaron hasta la puerta de la iglesia, donde volvió á repetir su inmovilidad. Con esto no fué ya posible organizar la procesión que se deseaba; por lo cual, dirigiéndose á aquel numeroso y conristado pueblo, hizo el Padre Comendador una plática, diciendo como la Virgen no quería salir de su casa; que pidiesen allí misericordia con humildad, y que se previniesen á recibir sus favores con actos fervorosos de dolor. Y diciendo entre las lágrimas de todos el de contrición, sucedió de repente ver caer la ceniza mezclada con agua. Creció con tanta fuerza la lluvia que lavó los tejados y limpió las calles, sin que quedase en parte alguna de la ciudad señal de ceniza. Cesó el agua y descubrióse el sol. Habiendo de esta manera cesado la calamidad por una protección manifiesta y visible de Nuestra Señora de la Merced, volvieron la santa imagen á su trono, no desocupándose en toda la noche la iglesia de los muchos que daban á Dios gracias.

Unánimemente confesaban los habitantes de Quito que debían su salvación á la Virgen de la Merced; por eso los cabildos civil y eclesiástico hicieron voto de celebrar todos los años fiesta solemne el 8 de Septiembre, voto que ratificaron de nuevo en 21 de Agosto de 1612.

Un siglo más tarde volvióse á ver Quito amagada por otra erupción del Pichincha. He aquí cómo refiere el suceso el ilustre chileno, Rmo. P. Pedro Armengol Valenzuela, General de la orden Mercedaria: «El 24 de Octubre de 1660 se sintieron roncós estruendos, sordos y misteriosos ruidos que preludiaban la próxima erupción. El 27 por la mañana los ruidos se hicieron más alarmantes, y parecían venir del Pichincha. Muchos salieron de Quito para ver en qué consistía aquello. Observaron en efecto que el cráter del volcán arrojaba densas columnas de humo, llamadas que se confundían con las nubes y peñascos incandescentes. Á las ocho de la mañana no fué posible permanecer sólo en alarmas, la consternación se hizo extrema. La ceniza impregnó de tal modo el aire que el día se convirtió en noche. Los temblores repetidos á cada instante, el bronco y estrepitoso ruido causado por las avenidas de piedra pómez y escorias que inundaban las faldas del monte, aumentaron el terror de la manera más desesperante. La oscuridad disminuyó el 28 ó el 29 por la tarde, y continuó en ese estado hasta el 1.º de Noviembre; pero los ruidos y temblores [se fueron repitiendo con pequeñas interrupciones hasta el 28 de Noviembre.

El pueblo y las autoridades, así eclesiásticas como civiles, acudieron al único recurso que queda en tales circunstancias: la oración. Multiplicáronse las rogativas, las procesiones de penitencia y cuantas manifestaciones piadosas se pudieron organizar; pero sobre todo se invocó el amparo y patrocinio de Nuestra Señora de

la Merced. El 27 de Octubre, el Sr. Obispo, la Real Audiencia y el Cabildo de la ciudad salieron en procesión de la Catedral con el Santísimo Sacramento en dirección á la Merced. Luego que hubieron llegado á esta iglesia, la Real Audiencia, á nombre del pueblo, juró sobre los evangelios y en manos del Obispo, que serían perpetuos esclavos de María; después acompañaron la procesión del Santísimo Sacramento con la Imagen de Nuestra Señora de las Mercedes. Al volver la procesión á la Merced disminuyó la oscuridad. La Santísima Virgen oyó benignamente las súplicas de la ciudad angustiada, y por segunda vez la libró de la ruina al parecer inevitable. Los religiosos mercedarios iban en la procesión descalzos y sin capilla. El pueblo se agolpaba en las iglesias; hasta los enfermos se hacían llevar cargados. Los sacerdotes apenas se bastaban para oír las confesiones; predicaban en las calles y plazas... Esta vez el cabildo ratificó la fiesta que había ofrecido á Nuestra Señora de las Mercedes en 1575 y 1612, y ofreció además dar cada año doce velas de á libra, ó veinticuatro pesos en plata».

Mucho más terrible que las catástrofes anteriores fué la que tuvo lugar en 1755, que hubiera borrado á Quito del mapa de América sino hubiese intervenido en favor suyo Nuestra Señora de la Merced. Fué de esta manera.

El Cotopaxi, cuyo cráter había permanecido apagado más de dos siglos, de repente recobró su actividad perdida, y con la lava, que vomitaba á torrentes, causó la ruina de varias poblaciones. Sólo Quito se conservaba inmune; pero el 26 de Abril se sintió fuerte temblor seguido de varios otros de menor intensidad, hasta que el 28 hubo uno tan recio que las torres y los edificios se mecían como las ramas de los árboles cuando sopla el huracán. Arruináronse las iglesias y las casas, y la gente huía á refugiarse en chozas de paja. Creíase ine-

vitabile la ruina de Quito. Las autoridades y el pueblo recordaron en tal conflicto el voto que la ciudad había hecho á Nuestra Señora de las Mercedes en circunstancias análogas. Acudieron á su templo, sacaron la imagen en procesión, y como los edificios amenazaban derrumbarse, la colocaron en altar portátil en la plaza. Allí se oraba, se predicaba y confesaba. Los religiosos mercedarios turnaban velando día y noche. El Cabildo renovó el voto del año 1575 y prometió además en nombre del pueblo que se celebraría como fiesta de precepto el 24 de Septiembre y se ayunaría en su vigilia. La fiesta que se acostumbraba celebrar el 8 de Septiembre se trasladó al domingo que sigue al 28 de Abril, con el título de *Fiesta de Nuestra Señora del Terremoto*, práctica que se observa hasta en nuestros días. La Asamblea constituyente en 1851, proclamó el Patrocinio de María de las Mercedes contra los terremotos en el siguiente decreto:

La convención nacional del Ecuador:

Vista la solicitud de los Reverendos Provincial y Comendador de la Religión Mercedaria, y

CONSIDERANDO:

Que es justa dicha solicitud, por cuanto la Santísima Virgen María, en su augusta advocación de Mercedes, ha manifestado su especial protección á esta ciudad (de Quito) en los terremotos de que ha sido frecuentemente amenazada, y en particular en el de 28 de Abril de 1755, en que este vecindario y su Ayuntamiento la proclamaron Patrona y Protectora,

DECRETA:

Artículo único.—Se reconoce á la Santísima Virgen María, en su advocación de Mercedes, como Patrona y

Protectora especial de esta ciudad contra los terremotos. La fiesta de la expresada advocación se declara civil para esta capital, y se celebrará con asistencia de primera clase.

Comuníquese al Poder Ejecutivo para su publicación y cumplimiento.

Dado en la sala de sesiones, en Quito, capital de la República, á veintitrés de Abril de mil ochocientos cincuenta y uno, séptimo de la Libertad.—El Presidente de la Convención, Antonio Muñoz.—Los secretarios, Antonio Mata, José Subia.

Palacio de Gobierno en Quito, á veinticuatro de Abril de mil ochocientos cincuenta y uno, séptimo de la Libertad.—Ejecútese y promúlguese.—Diego Noboa.—El Ministro del Interior y del Culto, José Modesto Larrea».

IV

LA VIRGEN DE LAS MERCEDES PATRONA DEL EJÉRCITO
ECUATORIANO

La amable Redentora de los cautivos quiso mostrarse benigna con la República ecuatoriana, librándola del influjo de las sectas enemigas de la Iglesia que la tenían cruelmente oprimida. Regia los destinos de la nación el general Franco, liberal de pura raza, y por carencia de aptitudes llevaba las instituciones á su completa ruina. Se encendió guerra fratricida y todo auguraba negro porvenir para la joven República. Felizmente el insigne caudillo que ha merecido el glorioso título de *Vengador y Mártir del Derecho cristiano* y que estaba predestinado para volver la paz y cimentar el progreso verdadero de su país, obtuvo espléndida victoria en el mismo día de Nuestra Señora de las Mercedes.

«El 24 de Septiembre (de 1860), en efecto, obtuvieron

las armas nacionales en Guayaquil completo triunfo sobre las fuerzas del Gobierno de Franco, siendo ésta una de las campañas más brillantes y notables de la historia ecuatoriana. Era menester atravesar el Salado, llevar provisiones de boca y canoas arrastradas á cola de caballo, y trasportar los obuses (que se fabricaron en Chillo) sobre las raíces flexibles y quebradizas de los mangles; burlar las embarcaciones del enemigo; combatir las guerrillas colocadas cerca del río; vencer la artillería compuesta de un batallón numeroso y sostener un fuego nutrido en la ciudad; todo lo cual se efectuó con serenidad, valor y audacia. Franco y sus generales huyeron á guarecerse á bordo de los vapores peruanos, después de haber abandonado á sus soldados (1).

La Asamblea legislativa, considerando que este triunfo era obra de la Virgen de las Mercedes, promulgó el siguiente decreto:

CONSIDERANDO:

Que el triunfo de la causa nacional y tranquilidad en la República han sido efectos visibles de la protección y amparo de la Divina Providencia, mediante la poderosa intercesión de la Santísima Virgen María en su advocación de Mercedes, cuyo día será memorable entre nosotros por el completo triunfo que alcanzaron en él las armas de la Nación,

DECRETA:

Art. 1. Se reconoce á la Santísima Virgen María en su portentosa advocación de Mercedes como Patrona y Protectora especial de la República.

(1) Apuntes biográficos del gran Magistrado ecuatoriano Doctor D. Gabriel García Moreno, por el Dr. D. Pablo Herrera.—Página 21.

Art. 2. Se declara cívica la fiesta de la enunciada advocación, y se mandará celebrar el 24 de Septiembre con asistencia de primera clase en la iglesia en que aquella se venera.

Comuníquese al Poder Ejecutivo para su ejecución y cumplimiento. Dado en la sala de sesiones de Quito, á 22 de Abril de 1861.—El Presidente de la Convención, Juan José Flores.—El Secretario, Pablo Herrera.—El Secretario, Julio Castro.—Quito, Mayo 1, de 1861.—Ejecútese: Gabriel García Moreno.—Por S. E. El Secretario General, Manuel López y Escobar.»

Esta disposición legislativa no surtió efectos canónicos por no haberse obtenido aprobación de la Santa Sede. Después, la República se consagró solemnemente al Deífico Corazón de Jesús; pero la Sagrada Congregación de Ritos por decreto de Marzo de 1895 nombró al Inmaculado Corazón de María Patrona especial de la República del Ecuador.

De todos modos la Virgen de las Mercedes es venerada en el Ecuador como Patrona del Ejército y fidelísima Protectora de la ciudad de Quito. Su fiesta se celebra con gran solemnidad con asistencia oficial y procesión solemne. Tres Magistrados Honorables, Vicente Rocafuerte, García Moreno y José María Plácido Caamaño, han dejado recuerdo imperecedero de su devoción á la santa imagen, regalándole el bastón presidencial de carey con puño de oro que sucesivamente manejaron.

Como los liberales volvieron al poder, dictaron la siguiente ley impía, que levantó oleadas de indignación en los pechos de los fervientes católicos.

El Congreso de la República del Ecuador

DECRETA:

Artículo único.—Deróguense los decretos legislativos

de 22 de Abril de 1861, 18 Octubre de 1873 y 4 de Agosto de 1892: el primero que declara Patrona de la República á la Virgen María, en su advocación de las Mercedes; el segundo que consagra la misma al Sacratísimo Corazón de Jesús; y el tercero que acuerda la erección de una estatua de bronce de la Santísima Virgen en el Puncillo de Quito.

Dado en Quito, capital de la República del Ecuador, á 23 de Octubre de 1900.»

V

LA SANTA EFIGIE Y SU SANTUARIO

Hemos dicho que la portentosa imagen, incluso el divino Niño que sostiene en el brazo izquierdo y el pedestal, es de un solo bloque de piedra, extraído del Pichincha. La Virgen tiene el rostro inclinado hacia su dulcísimo Hijo. En la mano derecha sostiene el cetro de soberana y la blanca librea de su escapulario. El divino Infante tiene los ojuelos clavados en el rostro de su Madre y está como colgado de su cuello. Ambas figuras visten túnica talar, y la Virgen lleva además manto, que le circunda el rostro á manera de toca y descende en anchos pliegues por la espalda. En el pedestal está esculpido un serafín con alas extendidas. Por desgracia se ha seguido con ella la costumbre de vestirla con telas de seda y brocado, y para lograrlo, hubieron de quitar el pie izquierdo al Niño y mutilar las manos de la Virgen, sustituyéndolas por otras de madera.

El templo había de corresponder á la fama de una imagen tan singular. Los religiosos mercedarios han desplegado celo digno de los hijos de María Redentora de cautivos para levantarle bello y artístico. He aquí la descripción que hace de esta obra el opúsculo titula-

Art. 2. Se declara cívica la fiesta de la enunciada advocación, y se mandará celebrar el 24 de Septiembre con asistencia de primera clase en la iglesia en que aquella se venera.

Comuníquese al Poder Ejecutivo para su ejecución y cumplimiento. Dado en la sala de sesiones de Quito, á 22 de Abril de 1861.—El Presidente de la Convención, Juan José Flores.—El Secretario, Pablo Herrera.—El Secretario, Julio Castro.—Quito, Mayo 1, de 1861.—Ejecútese: Gabriel García Moreno.—Por S. E. El Secretario General, Manuel López y Escobar.»

Esta disposición legislativa no surtió efectos canónicos por no haberse obtenido aprobación de la Santa Sede. Después, la República se consagró solemnemente al Deífico Corazón de Jesús; pero la Sagrada Congregación de Ritos por decreto de Marzo de 1895 nombró al Inmaculado Corazón de María Patrona especial de la República del Ecuador.

De todos modos la Virgen de las Mercedes es venerada en el Ecuador como Patrona del Ejército y fidelísima Protectora de la ciudad de Quito. Su fiesta se celebra con gran solemnidad con asistencia oficial y procesión solemne. Tres Magistrados Honorables, Vicente Rocafuerte, García Moreno y José María Plácido Caamaño, han dejado recuerdo imperecedero de su devoción á la santa imagen, regalándole el bastón presidencial de carey con puño de oro que sucesivamente manejaron.

Como los liberales volvieron al poder, dictaron la siguiente ley impía, que levantó oleadas de indignación en los pechos de los fervientes católicos.

El Congreso de la República del Ecuador

DECRETA:

Artículo único.—Deróguense los decretos legislativos

de 22 de Abril de 1861, 18 Octubre de 1873 y 4 de Agosto de 1892: el primero que declara Patrona de la República á la Virgen María, en su advocación de las Mercedes; el segundo que consagra la misma al Sacratísimo Corazón de Jesús; y el tercero que acuerda la erección de una estatua de bronce de la Santísima Virgen en el Puncillo de Quito.

Dado en Quito, capital de la República del Ecuador, á 23 de Octubre de 1900.»

V

LA SANTA EFIGIE Y SU SANTUARIO

Hemos dicho que la portentosa imagen, incluso el divino Niño que sostiene en el brazo izquierdo y el pedestal, es de un solo bloque de piedra, extraído del Pichincha. La Virgen tiene el rostro inclinado hacia su dulcísimo Hijo. En la mano derecha sostiene el cetro de soberana y la blanca librea de su escapulario. El divino Infante tiene los ojuelos clavados en el rostro de su Madre y está como colgado de su cuello. Ambas figuras visten túnica talar, y la Virgen lleva además manto, que le circunda el rostro á manera de toca y descende en anchos pliegues por la espalda. En el pedestal está esculpido un serafín con alas extendidas. Por desgracia se ha seguido con ella la costumbre de vestirla con telas de seda y brocado, y para lograrlo, hubieron de quitar el pie izquierdo al Niño y mutilar las manos de la Virgen, sustituyéndolas por otras de madera.

El templo había de corresponder á la fama de una imagen tan singular. Los religiosos mercedarios han desplegado celo digno de los hijos de María Redentora de cautivos para levantarle bello y artístico. He aquí la descripción que hace de esta obra el opúsculo titula-

do *La orden de la Merced en el Ecuador*, impreso en Quito el año 1900: «Tal como está ahora la iglesia fué concluída en el año 1735; es de estilo algún tanto pesado, pero no deja de ser muy elegante, clara y espaciosa; adornos de relieve la cubren por completo en la bóveda y las paredes de las tres naves de que consta. Un muy elegante dombo se alza majestuoso sobre cuatro grandes pilastras de piedra labrada en relieve, que guardan uniformidad con el estilo general de la iglesia. Esta cúpula es de reciente construcción, pues no data sino del año 1863, en el que habiendo sido destruída por el terremoto del año 1859 la anterior, fué reconstruída esta nueva..... Tiene la longitud total de la iglesia 57 metros, por 23'85 de latitud incluídas las tres naves, de los cuales metros 8'95 pertenecen á la nave central. Á la parte derecha del presbiterio se extiende la capilla de San Juan de Letrán, la primera, según se cree, que fué edificada en la ciudad de Quito. Se halla enriquecida con todas las gracias é indulgencias de la Basílica de San Juan de Letrán de Roma..... Detrás de la testera del altar mayor se halla la gran sacristía, construída toda de piedra sillar; es indudablemente una de las mejores obras de arquitectura que posee Quito; es de mejor estilo que la iglesia, sólida, clara con la abundante luz que la comunican las grandes ventanas que tiene por sus tres costados; magníficos celajes, cuadros de gran mérito artístico, en mármol unos, en lienzo otros, la adornan en su parte interior..... La misma torre (de 45 metros de altura), no es una obra despreciable; su estructura es de ladrillo y cal; las paredes de una altura considerable, pues miden de grueso más de dos varas.... La forma es cuadrada, adornada á trechos en toda la longitud por hermosas y sólidas balaustradas de cal y ladrillo, y lleva en su última corona un buen pararrayos».

VI

EL VENERABLE FRAY PEDRO URRACA

Las imágenes de la Reina del cielo veneradas por santos siempre han sido milagrosas. Ésta de Nuestra Señora de la Merced de Quito ha visto rendidos á sus plantas heroicos Misioneros que evangelizaron los sitios más apartados del Ecuador y penetraron en el Brasil. Allí bebían el celo ardiente que los devoraba y fortaleza magnánima para atravesar ríos y desiertos sin más amparo que la Providencia. Entre esas almas justas que se formaron junto á la Virgen de las Mercedes figura en primera línea el Venerable Urraca, cuya causa de beatificación está en poder de la Congregación de Ritos, y ojalá no se dilate el día en que la Iglesia le decrete los honores de los altares.

Era el Venerable Urraca oriundo de España, y nació en 1583 en la villa de Jadraque, provincia de Guadalupe y diócesis de Sigüenza. En el bautismo recibió el nombre de Pascual; pero en la Confirmación lo cambió por el de Pedro. Vino á América con el intento de visitar á un hermano suyo, que era franciscano descalzo y que murió en olor de santidad. Al punto de embarcarse cayó en el mar y se iba hundiendo, hasta que, invocando á la Santísima Virgen, vió que una hermosísima Señora, cogiéndole de la mano, le puso en la orilla con admiración de cuantos presenciaron el hecho. Esto le obligó á diferir su viaje hasta que se le ofreció otra ocasión propicia; pero entonces una deshecha tempestad que se desencadenó en medio del océano, puso en inminente riesgo de perecer á todos los navegantes. Pedro hizo voto á la Virgen Santísima de hacerse religioso, aunque sin designar el Instituto. Protegido visiblemente por

María, arribó á Quito, y su hermano le colocó en clase de estudiante en el colegio de San Luis.

En una mañana de 1603 el piadoso mancebo se trasladó á la iglesia de la Merced para asistir al augusto sacrificio de la misa y pedir al cielo que le iluminara acerca del Instituto religioso que debía abrazar. Estando en lo más ferviente de su plegaria, vió que la comunidad mercedaria salía á cantar un responso, y al mirar á la sagrada efigie, notó que estaba inclinada y mirando á su Hijo santísimo que tenía en los brazos, y meneando la mano derecha, hacía una seña como que hablaba con alguno que estaba abajo. Absorto de la novedad el joven bajó los ojos, y observó que la Comunidad de los religiosos se iba entrando al convento, y que al pasar por el altar mayor, al tiempo que iba cada uno hincando las rodillas al Santísimo, también iba la Virgen Santísima alcanzando de su Hijo un favor para cada religioso, y como Madre y Maestra, enseñando á cada uno lo que debía hacer. Acabado que hubo de pasar el Prelado, con quien hizo las mismas acciones que con los demás, aunque más dilatadas, mirando la Virgen con ternura su Comunidad, le hechó la bendición, y luego, poniendo los ojos en nuestro estudiante, le llamó con la mano señalándole la Comunidad, como mandando la siguiese. Él, bañado en gozosas lágrimas, al punto obedeció; y levantándose del rincón donde estaba, fué por los mismos pasos que había ido la Comunidad; llegó á la grada donde todos los religiosos habían hincado las rodillas, y haciendo él lo mismo, le volvió á hacer señal la Virgen que se entrase en el convento siguiendo la Comunidad, y al humillarse le echó la bendición.

Durante el noviciado y después de la profesión Fray Pedro fué muy favorecido de la Reina del cielo con dones singularísimos, en premio de la devoción que profesaba á su bendita imagen. No se cansaba de mi-

rarla, y hubiera pasado las noches enteras absorto en su contemplación, si la obediencia se lo hubiera permitido. Logró que le nombraran sacristán y portero para tener ocasión de visitar más á menudo á la que, después de Dios, era el imán de sus amores.

La Virgen le libró algunas veces de las iras del demonio. En cierto día el Comendador le envió á tocar las campanas de la iglesia para un acto de piedad. El fervoroso novicio, al pasar delante del altar, dirigió muchos requiebros á la Madre de la Merced, y mientras tocaba la campana, repetía sin cesar la oración de la Salve. Irritado el demonio, se le apareció en forma de espectro gigantesco. Hizo un ruido formidable, de modo que el novicio creyó que caía la torre, y huyó; pero el demonio, dándole un golpe en las espaldas, le dijo: *ahora morirás*, y lo arrojó en la bóveda de la capilla que había destapado. Fray Pedro acudió al amparo de María Santísima, y perdió los sentidos; mas de repente, sin saber cómo, se encontró arrodillado en el oratorio del noviciado.

En otra ocasión, siendo sacerdote y hallándose en el Perú, le salió en un camino solitario el infeliz Satanás. Era una noche oscura, y los ojos del maldito relampagueaban horriblemente. Abrazóse con Fray Pedro, y pretendía despeñarlo. Mas éste vió dibujada en los aires la milagrosa imagen de Nuestra Señora de la Merced de Quito; con lo cual cobró ánimos para increpar al demonio de este modo: *Fiera bruta, ¿no sabes que con la ayuda de Dios no te temo?* Y cuando le soltó el demonio, corrió tras él con el escapulario en la mano, y diciéndole: «Aguarda soberbio; verás abatida tu altivez al golpe de este escapulario de mi Madre la Virgen Santísima de la Merced». Y desapareció la infernal visión.

El día de su profesión, estando delante del altar dando gracias á la Santísima Virgen por la clemencia que

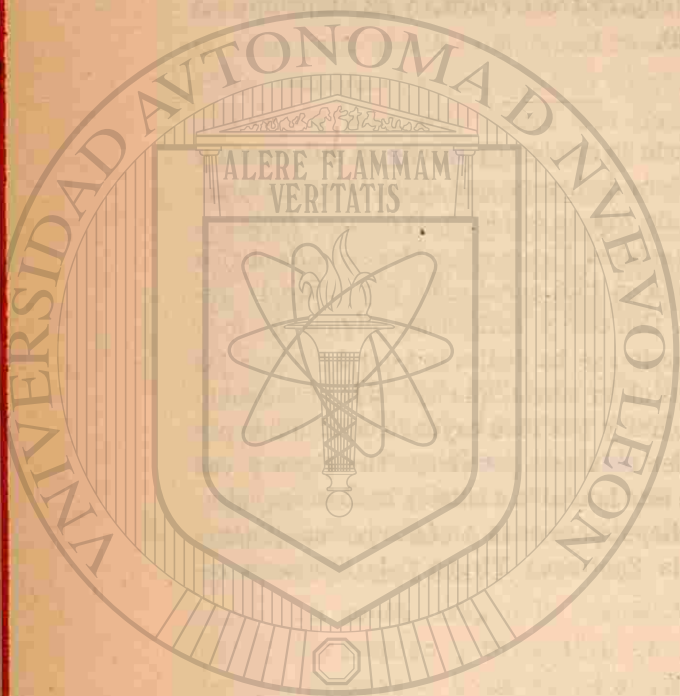
había usado con él ordenándole que ingresara en su Orden, Ella se dignó exhortarle al cumplimiento de lo que había ofrecido y le prometió su ayuda. Cuando estaban en lo más animado de la plática, hizo la campana la señal para que la Comunidad rezase maitines. El novicio, besando el suelo, dijo á la Virgen: «Adiós, Señora, que voy á maitines, donde nos llama la obediencia». La Virgen, como aplaudiendo su conducta, le dió su bendición. En otra circunstancia le animó á recibir las sagradas órdenes, como habían dispuesto los superiores. Cuando recibió el presbiterado, Nuestra Señora le aseguró que nunca celebraría misa que no fuese del agrado de su Hijo.

Destinado á Lima, sentía mucho tener que separarse de su querida Madre. La noche antes de la partida, entre amorosos requiebros, le decía: «¿Cómo es posible vivir yo sin Vos? ¿Qué ha de ser de mí, faltándome vuestra presencia? Más quisiera, ¡oh Madre mía! quedar enterrado delante de vuestro altar, que vivo en otra parte». La santa imagen le respondió: «Anda, Pedro, que yo voy contigo, y te aseguro que siempre me has de tener presente». Y así sucedió, pues según declaró el mismo Venerable á su confesor, desde que salió de Quito apenas hubo día ni noche que no viese á la santa imagen de Nuestra Señora de la Merced tan claramente como si estuviera hincado de rodillas delante de su altar; continuándose este favor por más de cuarenta años que faltó de Quito.

En Lima brilló por sus virtudes como estrella de primera magnitud. Ejerció un apostolado fructuosísimo, no sólo entre los indígenas, sino entre los grandes y en los mismos Virreyes. Es uno de los héroes de virtud que han esparcido más olor de Cristo en América. Murió en Lima el 7 de Agosto de 1657 á la avanzada edad de setenta y tres años.

Escribió la vida de este admirable varón el Maestro Fray Felipe Colombo con el título de *El Job de la ley de gracia, retratado en la admirable vida del siervo de Dios, Venerable Padre Fray Pedro Urraca*, y se imprimió en Madrid el año 1790.

Autoridades.—Todo lo que hemos escrito en esta reseña y en la de Nuestra Señora de Loreto, que sigue, lo hemos tomado de un libro titulado *Reseña histórica de algunas imágenes portentosas de la Santísima Virgen veneradas en la República del Ecuador* publicada en 1903 por el señor presbítero D. Julio María Matovelle. Con celo y entusiasmo dignos de todo elogio el elegante escritor se ha dedicado á dar á conocer las imágenes venerandas de su patria, que han sido el consuelo de muchas generaciones y que iban cayendo en el olvido por no haber habido quien redactase por escrito su origen y sus milagros. Ojalá que esta laudable conducta encontrase imitadores en las demás Repúblicas de la América Latina. ¡Cuánto ganaría el culto de la Santísima Virgen y la literatura española!



CAPÍTULO V

Nuestra Señora de Loreto que se venera en el templo de la Compañía de Jesús de Quito (Ecuador)

SUMARIO. I. El Padre Onofre Esteban. II. La santa imagen. III. La azucena de Quito.

I.

EL PADRE ONOFRE ESTEBAN.

La inclita Compañía de Jesús se estableció en América en 1565. El Padre Provincial, Jerónimo Ruiz de Portillo, y varios otros religiosos del tal Instituto llegaron á Lima, enviados por su General San Francisco de Borja, á petición del rey prudente Felipe II. Pronto el olor de las virtudes de estos santos varones se difundió por las demás colonias españolas, y todas ansiaban tener una residencia de tan laboriosos operarios de la viña del Señor. Quito fué de las más solícitas en procurarlos, y también de las más afortunadas, pues veinte años después de la fundación de Lima, logró tenerlos en su recinto. Tres sacerdotes y un Hermano coadjutor, cuyo superior era el P. Baltasar de Piñas, de quien hace pomposo elogio el P. Ribadeneira en su obra *Varones ilustres de la Compañía de Jesús*, fueron los primeros jesuitas que llegaron á Quito; y después de haber estado alojados en el hospital y en la parroquia de Santa Bárbara, por fin lograron edificar el grandioso templo que está cerca de la Catedral y es uno de los más bellos de

la América meridional, y que costó cerca de dos siglos darle completo remate. Increíble es lo que trabajaron en la ciudad, sobre todo dedicándose á la enseñanza de la juventud; para lo cual fundaron el Seminario de San Luis y la Universidad de San Gregorio Magno. Evangelizaron á los indios, y en las inmensas selvas del Napo y Marañón se vieron surgir reducciones tan ejemplares y ordenadas como las del Paraguay. La Compañía se vió entonces rodeada de una aureola de santos y esclarecidos varones, como los Padres Álvarez de Paz y Juan Pedro Severino, y no le faltaron mártires. La noticia de estas labores llegó á Roma, y el Papa Paulo V dirigió un Breve á la ciudad de Quito, felicitándola por la adquisición de tan benéfico Instituto. Sin embargo, haré caso omiso de las virtudes y dotes de estos esforzados campeones, y me limitaré á dar breve reseña de la vida del P. Onofre Esteban, que por el largo espacio de sesenta años evangelizó el Ecuador; porque este digno hijo de San Ignacio es el que expuso al culto público la imagen cuyo título aparece á la cabeza de estas líneas.

Nació el Padre Esteban en Chachapoyas, ciudad del Perú, de familia noble y rica. Á la temprana edad de catorce años ingresó en la Compañía en Lima, y ordenado de sacerdote, solicitó que se le dedicara á la conversión de los indios. La obediencia lo envió á Quito. Principió su ministerio anunciando la palabra de Dios en la ciudad, donde realizó verdaderos prodigios de celo. «Predicaba en los templos, dice su biógrafo, en las plazas y en las calles á donde se juntaba el concurso de la gente, con tal fuego de espíritu que sus palabras eran flechas que pasaban los corazones y llamas que los encendían en el fuego de la contrición, dolor de sus culpas, deseos vivos de penitencia y desprecio del mundo. Los ojos de los oyentes derramaban lágrimas. De sus

bocas salían dolorosos gemidos; no se oían en el auditorio sino lamentos, sollozos y suspiros; y muchos, antes de salir del sermón, se reconciliaban con sus enemigos, pidiéndose perdón con entrañable caridad y amor; otros heridos de la fuerza de sus razones, corrían como ciervos á la fuente de la confesión y la hacían generalmente de toda su vida. Fué tanta la moción que hubo en la ciudad de Quito y la mudanza de vida y reformatión de costumbres, que muchos, por satisfacer por los escándalos públicos que habian dado, salieron con públicas penitencias, unos con disciplinas, otros con cruces; y fueron tantos que se hicieron procesiones como si fuera Semana Santa, con igual ejemplo y edificación del pueblo.... Fué tan rara la mudanza que hubo en toda la ciudad con su predicación, que parecía haberla trocado totalmente en otra diferente de la que era cuando entró en ella. Realizó conversiones admirables, como la de una dama célebre por su hermosura y también por sus desórdenes, que á mitad de un sermón, herida por contrición vivísima y derramando torrentes de lágrimas, dió voces en medio del auditorio, clamando al cielo y al predicador por el perdón de sus culpas; y quitándose las galas, como otra María Magdalena, se arrojó á sus pies y mudó de vida, siendo tan ejemplar en adelante, como escandalosa había sido primero.

Los mismos portentos obraba en los pueblos y reducciones de indios donde más tarde ejerció su ministerio. Los viajes los hacía siempre á pie. Fué ejemplo de mortificación y penitencia, vistiendo á raíz de la carne uno como saco de cilicio que le llegaba desde el cuello hasta cerca de las rodillas; las disciplinas cotidianas y los ayunos casi continuos; su cama fué una tarima con una piel seca por colchón y una pobre manta por abrigo, que no fué pequeña penitencia en tierra de tan continuo frío. Andaba constantemente en la presencia de

Dios; dedicaba á la oración gran parte de la noche y todo el tiempo que le quedaba libre entre el día. En una palabra, fué un verdadero santo. El cielo le favoreció además con el don de milagros y el de profecía.

Entre sus virtudes descollaba un tierno amor á la sacratísima Reina de los ángeles. Ante sus aras pasaba largas horas encomendándole sus necesidades espirituales y el fruto de su ministerio. De ella predicaba con frecuencia y propagaba su culto en el confesonario y en las pláticas familiares. En las misiones sacaba su imagen en procesión, y ésta era una industria con que lograba la conversión de innumerables almas. En cambio María le miraba con ojos benignos. Le prolongó la vida tres años después de grave enfermedad, le reveló el día de su muerte y se le apareció en diversas ocasiones.

El 3 de Noviembre de 1638 terminó su gloriosa carrera y sus exequias fueron un verdadero triunfo. Todos querían objetos de su uso para conservarlos como reliquia.

II

LA SANTA IMAGEN

Los Padres de la Compañía desde su llegada á Quito trabajaron en propagar la devoción á la Virgen Santísima de Loreto. Y se explica este celo, porque había entonces en la Iglesia interés para difundir el rezo de las Letanías Lauretanas, que se habían empezado á cantar en el santuario de Loreto en 1483. Los jesuitas hicieron lo posible por extender el tal rezo, y al efecto fundaron cofradías y hasta reducciones de indios con este fin, y á la primera capilla provisional que construyeron le dieron por titular á Nuestra Señora de Loreto. Santo Toribio de Mogrovejo había compuesto unas preces ó leta-

nias en honor de la Santísima, Virgen y obtuvo que la Santa Sede las aprobara y concediera indulgencias; pero cayeron en desuso desde que se estableció la práctica de añadir al Rosario las Letanías Lauretanas, que son, en expresión de Bossuet, un compendio de las grandezas y alabanzas de la Madre de Dios. De la obra del santo Arzobispo de Lima sólo quedan esas saluciones que el pueblo suele intercalar en las decenas del Rosario: «Dios te salve, Hija de Dios Padre; Dios te salve, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, Esposa del Espíritu Santo; Dios te salve, Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad».

Distinguióse entre todos los jesuitas en su amor á Nuestra Señora de Loreto el P. Onofre Esteban. Hizo venir de Europa, según se cree, una preciosa imagen de ese título, y la colocó en la capilla provisional que tuvieron los jesuitas al lado del colegio y que fué fruto de sus desvelos y fatigas. Esta imagen es la que todavía existe en el templo de la Compañía, aunque cerca de dos siglos fué venerada en Satacunya, donde los jesuitas tenían el noviciado antes de la expulsión.

El señor presbítero Matovelle la describe con estas palabras: «Es de tamaño natural, mide un metro cuarenta y cinco centímetros de estatura: se asienta en una silla de estilo romano antiguo, tiene al Niño, que mide sesenta y cinco centímetros, atravesado en el regazo, ligeramente reclinadas las espaldas en el brazo izquierdo de su Madre Santísima, que lo estrecha con la mano siniestra, y con la derecha empuña un sencillo y pequeño cetro. Ambas Imágenes aparecen coronadas y con expresión y ademán muy naturales. Visto de lejos el grupo no es tan atractivo y hermoso como de cerca. La Virgen viste una túnica de rojo violáceo y un manto azul, con esmaltes de oro. El rostro y las manos, en ambas estatuas, son de madera; el ropaje, de limón

acartonado. El estilo y la ejecución de esta escultura anuncian, de conformidad con la tradición, una obra española, ya sea realizada en la Península con materiales enviados quizás de América, ó hecha aquí por un artista europeo».

Se refieren varios milagros obrados por la Santísima Virgen mediante su santa imagen. El biógrafo del P. Esteban refiere el siguiente: «Estando aquel santo religioso en Quito, vino á él una india con una niña casi muerta en los brazos, llorando y lamentando su desgracia, y pidiéndole remedio con más lágrimas que palabras. El buen Padre la consoló y la persuadió que tuviese confianza en Dios y en su bendita Madre, que, si le convenía, darían salud á su hija. Tomó el Padre á la niña en sus manos y la puso sobre el altar de Nuestra Señora de Loreto, pidiéndole de rodillas que consolase á la afligida madre. Dentro de breve rato volvió á tomar la criatura buena y sana, con el gozo que se deja entender de la madre, que la lloraba por muerta». Los escritores afirman que existían tres cuadros donde estaban reproducidas ciertas maravillas obradas por la Virgen de Loreto, bien que han desaparecido. Pero el milagro más grande de esta santa efigie es que bajo su influencia germinara y floreciera en América aquella niña angelical, portento de la gracia, la Beata Mariana de Jesús Paredes, conocida por el simpático renombre de *Azucena de Quito*. Resumiremos en pocas líneas su seráfica vida.

III

LA AZUCENA DE QUITO

Cerca de la media noche del 31 de Octubre de 1618 nació en la ciudad de Quito la niña destinada por la

Providencia para servir de modelo en América á las jóvenes, que no pudiendo ingresar en el claustro, anhelasen santificarse en el seno de la familia, la niña que debía ser un recuerdo viviente de las virtudes practicadas por la Santísima Virgen en el bendito hogar de Nazaret. Cuando Dios predestina á una criatura para un fin elevado, la previene con bendiciones de dulcedumbre, la rodea de circunstancias felices que la ayudan á cumplir su misión.

Mariana de Jesús, que venía destinada á ser un lirio de pureza, vió la luz del día en el seno de una familia noble y honrada que perfumaba á los habitantes de la capital del Ecuador con el aroma de sus relevantes virtudes, de tal modo que su casa era conocida con el honroso título de *Casa de oración*.

Era jefe de la familia el hidalgo capitán español Jerónimo Flores Zenel de Paredes, natural de Toledo, y casado con doña Mariana Granable Jaramillo, descendiente de los conquistadores, pero nacida en Quito. Estando esta matrona en los momentos críticos del alumbramiento quiso el cielo revelar la grandeza de la niña que iba á nacer con un asombroso prodigio. Cuantos estaban en la casa vieron aparecer repentinamente sobre la alcoba lucidísima estrella que servía de base á una esbelta palma formada de otras estrellas más pequeñas y menos resplandecientes. Por este anuncio conocieron los venturosos consortes que la Providencia les confiaba un tesoro que debía enriquecer después su hogar con inapreciables bienes, y así se dedicaron á darle una educación esmerada y digna de su sangre.

Pero quien más celaba por la niña era la Virgen Inmaculada, pues había nacido bajo las alas de su patrocinio en un sábado y á dos cuadras de la iglesia de la Compañía, donde se veneraba la imagen de Loreto. Mariana de Jesús bebió con la leche materna la tierna

acartonado. El estilo y la ejecución de esta escultura anuncian, de conformidad con la tradición, una obra española, ya sea realizada en la Península con materiales enviados quizás de América, ó hecha aquí por un artista europeo».

Se refieren varios milagros obrados por la Santísima Virgen mediante su santa imagen. El biógrafo del P. Esteban refiere el siguiente: «Estando aquel santo religioso en Quito, vino á él una india con una niña casi muerta en los brazos, llorando y lamentando su desgracia, y pidiéndole remedio con más lágrimas que palabras. El buen Padre la consoló y la persuadió que tuviese confianza en Dios y en su bendita Madre, que, si le convenía, darían salud á su hija. Tomó el Padre á la niña en sus manos y la puso sobre el altar de Nuestra Señora de Loreto, pidiéndole de rodillas que consolase á la afligida madre. Dentro de breve rato volvió á tomar la criatura buena y sana, con el gozo que se deja entender de la madre, que la lloraba por muerta». Los escritores afirman que existían tres cuadros donde estaban reproducidas ciertas maravillas obradas por la Virgen de Loreto, bien que han desaparecido. Pero el milagro más grande de esta santa efigie es que bajo su influencia germinara y floreciera en América aquella niña angelical, portento de la gracia, la Beata Mariana de Jesús Paredes, conocida por el simpático renombre de *Azucena de Quito*. Resumiremos en pocas líneas su seráfica vida.

III

LA AZUCENA DE QUITO

Cerca de la media noche del 31 de Octubre de 1618 nació en la ciudad de Quito la niña destinada por la

Providencia para servir de modelo en América á las jóvenes, que no pudiendo ingresar en el claustro, anhelasen santificarse en el seno de la familia, la niña que debía ser un recuerdo viviente de las virtudes practicadas por la Santísima Virgen en el bendito hogar de Nazaret. Cuando Dios predestina á una criatura para un fin elevado, la previene con bendiciones de dulcedumbre, la rodea de circunstancias felices que la ayudan á cumplir su misión.

Mariana de Jesús, que venía destinada á ser un lirio de pureza, vió la luz del día en el seno de una familia noble y honrada que perfumaba á los habitantes de la capital del Ecuador con el aroma de sus relevantes virtudes, de tal modo que su casa era conocida con el honroso título de *Casa de oración*.

Era jefe de la familia el hidalgo capitán español Jerónimo Flores Zenel de Paredes, natural de Toledo, y casado con doña Mariana Granable Jaramillo, descendiente de los conquistadores, pero nacida en Quito. Estando esta matrona en los momentos críticos del alumbramiento quiso el cielo revelar la grandeza de la niña que iba á nacer con un asombroso prodigio. Cuantos estaban en la casa vieron aparecer repentinamente sobre la alcoba lucidísima estrella que servía de base á una esbelta palma formada de otras estrellas más pequeñas y menos resplandecientes. Por este anuncio conocieron los venturosos consortes que la Providencia les confiaba un tesoro que debía enriquecer después su hogar con inapreciables bienes, y así se dedicaron á darle una educación esmerada y digna de su sangre.

Pero quien más celaba por la niña era la Virgen Inmaculada, pues había nacido bajo las alas de su patrocinio en un sábado y á dos cuadras de la iglesia de la Compañía, donde se veneraba la imagen de Loreto. Mariana de Jesús bebió con la leche materna la tierna

devoción á la Madre de Dios. «Las primeras palabras que pronunciaron sus labios, siendo niña, fueron las del Ave Maria», dice el P. Morán de Butrón, el mejor biógrafo de la bienaventurada, y añade: «La devoción de Mariana á esta Divina Señora era tan fina y tan cordial, que no sabrá explicarla mi pluma. Teníala por Madre, por su Reina y Señora, y por seguro rumbo de sus acciones, valiéndose de su patrocinio en todas sus necesidades, y procurando aumentar su culto y pegar á todos su devoción. Desde que tuvo uso de razón rezó el Rosario, y después ella misma, juntando á la gente de la casa, lo rezaba en el cuarto de su sobrina Doña Juana... Las festividades de María Santísima las celebraba con especiales devociones y mortificaciones, precediendo siempre un novenario de penitencias y otras obras espirituales; y en cada festividad, con licencia de su cuñado, el capitán D. Cosme de Caso, daba alguna limosna especial á los pobres» (1).

Estos y otros generosos obsequios de la fervorosa doncella fueron correspondidos desde su más tierna edad con singulares portentos realizados en favor de ella por la Reina augusta de los cielos. Hallábase, nos refiere el mismo biógrafo, un día Mariana, siendo todavía muy pequeñuela, con un dedo tan maltratado y enfermo que para salvarle parecía no haber otro remedio que una muy dolorosa operación quirúrgica. Así se lo significó una de sus amigas; pero la niña le repuso con alegre rostro: «Aguarda, y verás cómo me curo». Postrándose entonces á las plantas de una imagen de la Virgen Santísima, oró algunos momentos, y al instante quedó completamente sana.

En otra ocasión se hallaba gravemente enferma de los ojos «que los tenía bellísimos», dice el citado autor; el

(1) *La Azucena de Quito*.—Lib. III, cap. V.

dolor que padecía era muy vivo, y el riesgo de perderlos inminente. Los remedios que se le aplicaban en vez de curar el mal servían sólo para acrisolar su paciencia. En tales circunstancias pidió Mariana á la misma amiga que le acercase al rostro aquella santa imagen; y apenas lo hizo, desapareció el accidente, quedándole los ojos tan claros, tan hermosos y tan limpios como si nunca hubiese estado enferma de ellos».

Pero donde más brilló la protección de la Madre de Dios sobre Mariana de Jesús fué en el cúmulo de gracias singulares con que la enriqueció y con las cuales pudo elevarse nuestra heroína á la cima de la más elevada santidad en el espacio de veintiséis años que vivió. María le infundió alientos para distinguirse en el amor de Dios y del prójimo, en la inocencia angélica y en increíble mortificación. Renovó en el Ecuador los ejemplos de San Pedro de Alcántara y de los antiguos anacoretas de la Tebaida y de la Siria. Sus ayunos eran continuos, desgarraba su cuerpo virginal con sangrientas disciplinas.

El bellissimo y amable símbolo con que se la nombra ordinariamente lo debe á un prodigio. Después de muerta brotó en el huerto de su casa un ramo de azucenas fragantísimas. Al arrancar esta flor milagrosa se advirtió con asombro que las raíces que sustentaban el tallo eran hilos de aquella sangre virginal que, arrancada á los rudos golpes de las disciplinas y depositada allí, se había conservado pura, líquida y rubicunda.

Daremos ahora con más detalles la devoción que profesaba Mariana de Jesús á Nuestra Señora de Loreto. Era muy pequeña cuando tuvo la desgracia de perder á sus piadosos padres, y hubo de retirarse á casa de su hermana doña Jerónima de Paredes, casada con el capitán D. Cosme de Caso. En estos distinguidos esposos había prendido la llama de la devoción á Nuestra Señora

ra de Loreto, que con tanto celo propagaban en esa época los jesuitas. Naturalmente procuraron inculcar este amor en el tierno corazón de la que miraban como hija adoptiva, y al efecto le regalaron una pequeña estatua de esta advocación de la Virgen, con el Niño Jesús en los brazos, imágenes que llegaron á ser fuentes copiosísimas de gracias para la inocente doncella. Luego buscó un lugar retirado de la casa, que era espaciosa, y erigió un altar á la santa imagen que cuidaba de adornar con flores y con las frutas de que se privaba en la comida. Celebraba allí las fiestas de la Santísima Virgen en compañía de sus sobrinas. Sacaban entonces en procesión la efigie por los corredores altos de la casa, en cuyas esquinas colocaban altares, para que allí se detuviera la Señora y pudieran cantarle bellísimas letrillas.

Con motivo de estas procesiones realizó Mariana uno de sus primeros milagros que el P. Butrón refiere así: «Colocó en las andas la imagen de la procesión y por aumentar la gala, le puso un curioso velo de seda rosada; ardían enfrente de la imagen, en las andas, dos velitas de cera, que para este fin labraba con sus manos la venerable niña, sin fiar de ajeno cuidado ocupación tan devota. Habíase juntado toda su parentela y algunas señoras... Comenzó la procesión, aplaudiendo todas la fiesta; y cuando estaba la Venerable virgen más divertida en ella, quizá con algún aire violento cayó una vela sobre la toca de la imagen. Comenzó á abrasarse la toca, levantándose tan crecida llama, que puso en sobresalto y lastimó á todas las personas concurrentes la imprevista desgracia. Afligióse en extremo nuestra Mariana, y con un impulso divino y gallarda intrepidez, echó mano del velo que estaba ardiendo, y en el breve espacio que lo tuvo, al desplegarlo, volvió á ponerlo tan entero y vistoso, como si no le hubiese tocado el fuego.

Maravilla que dejó estupefactos á todos los presentes y convencidos de que aquella prodigiosa niña era una alma extraordinaria y muy favorecida de Dios.

Cuando frisaba en los doce años, Mariana se apartó de la familia, y en su propia casa vivió en una celdita, dedicada á la penitencia y á la oración. Las únicas joyas que conservó fueron estampas de sus santos predilectos y sobre todo la imagen de Loreto. Tenía sus recreaciones con el divino Niño. Con ternura sin igual decía á su celestial Señora: «Reina mía, dame licencia para que te ayude á cargar tu Hijo», y quitando de los brazos de la efigie el Niño, lo ponía sobre sus rodillas y le decía mil requiebros, y le besaba los pies y las manos.

En la noche de Navidad arreglaba en su cuarto un nacimiento ó belén, juntaba á sus sobrinos y demás personas de la casa, y los obligaba á ofrecer al Dios recién nacido los ayunos de los nueve días precedentes. Ella entre lágrimas de júbilo contemplaba al divino Infante, y besándole las manos, decía: «Sed bien venido, Señor y Pastor mío, que os habéis dignado venir á buscarme como á oveja perdida por mis culpas; aquí me tenéis: ya me habéis hallado; llevadme, Señor, con vos». Tenía también sabrosos coloquios con la Virgen Madre. Para alegrar al concurso, pulsaba la vihuela entonando alegres villancicos, y decía: «¡Oh! ¿cuándo será ese día que yo tenga esta fiesta en la gloria?»

Pero si tanto amaba Mariana de Jesús á esta imagen de la Santísima Virgen de Loreto, era más encendido aún el amor que profesaba á la que se venera en la iglesia de la Compañía. «En ella tenía sus delicias, dice su biógrafo, porque á su altar acudía en todas las necesidades, visitándola todos los días para pedirle la dirección de sus obras y el alivio de sus aflicciones. Sus comunes jaculatorias con esta Divina Señora no eran

otras que las que dicta un corazón encendido en amor. Llamábala: *Reina mía, Señora mía, Madre mía, Virgen de vírgenes* y otros nombres tan humildes como amorosos». Un testigo ocular afirma á su vez que todos los días le rezaba ciento cincuenta Ave Marias y el oficio parvo.

María de Loreto se complacía en derramar bendiciones y acoger las súplicas de su fiel devota. Sirva de comprobante el siguiente suceso.

Una de las sobrinas de nuestra Beata, llamada Sebastiana Caso, educada en la escuela de su ilustre tía, se había enamorado de la virtud de la castidad, que, siendo muy niña, la ofreció con voto á Jesucristo, prometiendo que jamás recibiría otro esposo que á él. Muchos nobles y agraciados mancebos pretendían su mano; pero tuvieron que renunciar á sus deseos. Al cumplir los diecinueve años, los padres, que ignoraban el voto de su hija, la prometieron por esposo á un gallardo y rico mancebo, acariciando la esperanza que la familia se repondría de la pobreza en que había caído. Mariana y su sobrina acuden á su ordinario refugio, al templo de la Compañía; la primera á invocar á la Virgen de Loreto y la segunda á consultar á su confesor. Éste respondió á su atribulada penitente: «¿De éso se aflige, señora? Pida á su esposo que, atendiendo á su honra, le quite la vida si no hay otro remedio, y se la lleve á celebrar sus bodas en la gloria».

Dirigense las dos esclarecidas vírgenes á la capilla de Nuestra Señora de Loreto á implorar la gracia, y la obtienen; pues allí mismo fué acometida Sebastiana de violenta fiebre que en pocos días la sacó de este mundo y la llevó al cielo á celebrar su místico desposorio con aquel Cordero que se apacienta entre lirios y azucenas. Mariana la exhortaba con estas admirables palabras: «Anda, hija, delante, que poco me llevarás de delante.

ra. La Pascua que viene del Espíritu Santo nos veremos juntas en el cielo».

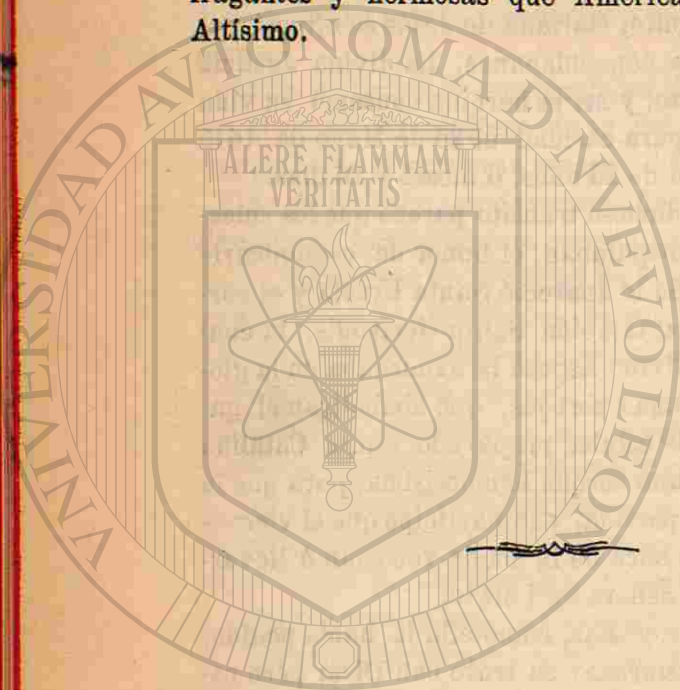
Y así se verificó. Como en esa época se experimentasen muchos temblores en todo el Ecuador y se temiese la total ruina de Quito, Mariana de Jesús se ofreció como víctima por sus conciudadanos. La divina Justicia aceptó su holocausto; y así la heroína consumó su vida en aras de la más pura caridad el 26 de Mayo de 1645 á la temprana edad de 26 años, 6 meses y 26 días.

Al acercarse su dichoso tránsito parece que los celestes cortesanos se disputaban el honor de comunicarle la dichosa nueva. Se le apareció Santa Úrsula y el cortejo de sus vírgenes; también Santa Gertrudis, la cual le aseguró que su divino Esposo la aguardaba en la gloria con siete riquísimas sortijas, que simbolizan el galardón eterno que le estaba preparado. Santa Catalina de Sena le mostró una corona hermosísima, para que la ciñera el día de la partida, y le participó que el viernes entre las diez y las once de la noche vendrían á llevarla Jesús y Nuestra Señora de Loreto.

Quedó sin habla tres días, como ella lo había pedido, á fin de que nada estorbase su trato con Dios; pero escribió en un papel pidiendo de limosna una mortaja y sepultura en el templo de la Compañía de Jesús.

Las exequias de esta heroína fueron más bien una fiesta que ceremonia fúnebre. Desde los más altos funcionarios públicos hasta los más humildes ciudadanos acudieron á honrar los despojos de su compatriota. La traslación de ellos, desde la casa al templo, se hizo en hombros de sacerdotes vestidos de sobrepelliz, y todos se disputaban el honor de rendir este homenaje á la que ya veneraban como santa. El cadáver despedía un olor tan suave que dejaba perfumadas las calles del tránsito. Al llegar á la iglesia y quedar el cuerpo delante de la imagen de María, abrió sus ojos y brillaron como clarí-

simas luces. El P. Alonso Rojas no pudo menos de exclamar: «¡Válgame Dios! ¡Qué prodigio tan grande!» La Rosa de Lima y la Azucena de Quito son las flores más fragantes y hermosas que América ha ofrecido al Altísimo.



CAPÍTULO VI

Nuestra Señora del Quinche (Ecuador)

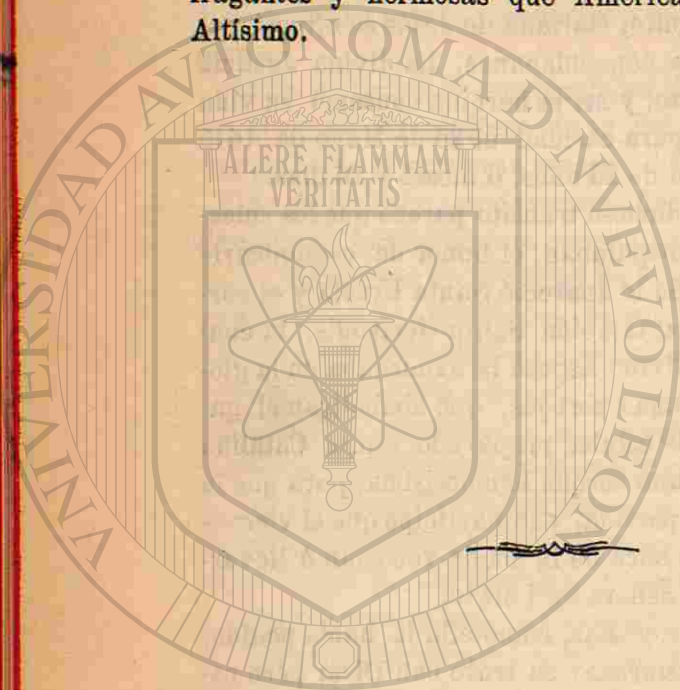
SUMARIO.—I. El Quinche. II. La Virgen de Oyaeachi. III. Ingratitud y castigo. IV. El santuario del Quinche. V. Portentos generales. VI. Favores singulares.

I

EL QUINCHE

Á cinco leguas del noreste de la católica ciudad de Quito se encuentra un camino, que de la meseta, que allí forman los dos cordones de los Andes, descende serpenteando á manera de gigantesca culebra, y se introduce en angosto y profundo valle, regado por río caudaloso, que se junta al Esmeraldas antes de desembocar en el Pacífico. El camino es triste y fatigoso, pues carece de vegetación, y los rayos del sol caen perpendiculares sobre las áridas rocas, que se encuentran casi en la misma línea equinoccial. Nubes de menudo polvo sofocan al viajero; pero éste sigue jovial y sereno, y al llegar al borde de la meseta, su rostro se ilumina con sonrisa de complacencia, su corazón late á impulsos de la más pura alegría, é instintivamente se descubre la cabeza, y con labios balbucientes recita fervorosa plegaria. Es que ha divisado en lontananza el pequeño pueblo del Quinche con sus blancos caseríos, que rodean el santuario donde se esconde la joya más preciosa, el imán de

simas luces. El P. Alonso Rojas no pudo menos de exclamar: «¡Válgame Dios! ¡Qué prodigio tan grande!» La Rosa de Lima y la Azucena de Quito son las flores más fragantes y hermosas que América ha ofrecido al Altísimo.



CAPÍTULO VI

Nuestra Señora del Quinche (Ecuador)

SUMARIO.—I. El Quinche. II. La Virgen de Oyaeachi. III. Ingratitud y castigo. IV. El santuario del Quinche. V. Portentos generales. VI. Favores singulares.

I

EL QUINCHE

Á cinco leguas del noreste de la católica ciudad de Quito se encuentra un camino, que de la meseta, que allí forman los dos cordones de los Andes, descende serpenteando á manera de gigantesca culebra, y se introduce en angosto y profundo valle, regado por río caudaloso, que se junta al Esmeraldas antes de desembocar en el Pacífico. El camino es triste y fatigoso, pues carece de vegetación, y los rayos del sol caen perpendiculares sobre las áridas rocas, que se encuentran casi en la misma línea equinoccial. Nubes de menudo polvo sofocan al viajero; pero éste sigue jovial y sereno, y al llegar al borde de la meseta, su rostro se ilumina con sonrisa de complacencia, su corazón late á impulsos de la más pura alegría, é instintivamente se descubre la cabeza, y con labios balbucientes recita fervorosa plegaria. Es que ha divisado en lontananza el pequeño pueblo del Quinche con sus blancos caseríos, que rodean el santuario donde se esconde la joya más preciosa, el imán de

su corazón, la imagen más conocida y venerada del Ecuador, bajo la advocación ó título del nombre del pueblo.

Hállase éste situado en las faldas de una sierra, llamada del Manzano, que no es más que la prolongación de la gran cadena oriental de los Andes. Desde ese paraje se descubre uno de aquellos panoramas deliciosos y frecuentes de la cordillera Andina. Divisase inmensa planicie, donde hay dehesas cubiertas de hierba y de árboles, fertilizadas por mansas corrientes de agua cristalina. El horizonte se halla rodeado á modo de grandiosa muralla por los cerros de la cordillera. Destácanse entre las alturas del Cayambe con su eterno manto de nieve, que le cubre desde la cima hasta la base, el histórico Rumiñahui y el formidable Cotopaxi, coronado siempre de nubes cenicientas, formadas por el humo que arroja de sus entrañas. Á pesar de estar casi en la misma línea equinoccial, pues de ella apenas dista seis segundos, el clima de Quinche es benigno, merced á su elevación de 2664 metros sobre el nivel del mar. El número de habitantes de toda la parroquia es como de tres mil, y de ellos mil viven en el casco de la población. Las casitas, cubiertas de tejas y blanqueadas ó pintadas, son sencillas, pero cómodas, y sirven para hospedar á los millares de peregrinos que acuden á visitar la santa imagen. Tal es el pintoresco sitio donde la Santísima Virgen ha querido colocar su trono.

II

LA VIRGEN DE OYACACHI

Allá por los años de 1586 Diego de Robles, escultor español, labró una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe para el naciente pueblo de Guápulo, como ade-

lante diremos en la reseña de la Virgen de la Nube, la cual robó los corazones de los habitantes del antiguo territorio de los Sciris(1). Los indios de Lumbici pidieron al artista que les hiciera otra para su capilla; pero sea por que no les gustase ó por otra causa que se ignora, no la aceptaron, y Robles hubo de llevar su imagen á Quito. Allí supo que los indios Oyacachis, que tenían sus ranchos á dos días de la ciudad y carecían de iglesia, pues eran aún neófitos en la fe, deseaban adquirir una efigie de la Santísima Virgen, á cuyo derredor pudieran juntarse para hacer sus devociones. Alegre con esta noticia, marchó á Oyacachi, y cambió la imagen por tablas, que era la única mercadería de aquella pobre gente. Gozosos los indios con la efigie de la celestial Señora, la colocaron en rústico nicho, abierto en la roca, y la cubrieron con un velo para defenderla de las injurias del tiempo, y en sus ansias de obsequiarla, le tejieron túnica de esparto muy curiosa, que se conservó hasta hace pocos años, y desapareció á causa de haber sido distribuida en fragmentos á los devotos y peregrinos. Éstos atestiguaban que con tales reliquias obtenían señalados favores.

Luego empezaron los indios á honrarla con singular afecto, la miraban como el ángel tutelar de sus bosques, el amparo de sus cabañas y la protectora de sus hogares. Después de las labores cotidianas, se complacían en reunirse al pie de su Virgen de la Peña y en celebrarla cantando sus alabanzas al son de instrumentos rústicos. ¡Qué escenas tan tiernas debían desarrollarse en aquellos parajes agrestes y solitarios! La Reina del cielo se dignó manifestar cuánto le agrada-

(1) Los Sciris eran los jefes de las tribus de los caras, que dominaban en el valle de Quito y á los cuales subyugó Huaina Capac, inca del Perú.

ban tan sinceras manifestaciones de sus pobres hijos.

Notaron éstos que multitud de avecillas de variados plumajes revoloteaban todo el día al rededor de la imagen y como que la cortejaban con sus trinos sin que las ahuyentase la presencia de los indios. Sólo se retiraban á sus nidos cuando las sombras de la noche envolvían el bosque como con fúnebre sudario; pero entonces se verificaba otro suceso no menos admirable. Luz brillante bañaba de claridad á la santa imagen, que parecía un foco de donde brotaban rayos que iluminaban el espacio. Atónitos los indios ante un espectáculo tan sorprendente pensaron edificar una capilla antes de dar noticia de lo sucedido á la ciudad. Pero por más precauciones que tomaron para ocultar los hechos, éstos se divulgaron, y pronto el áspero camino se vió inundado de gente que venia á cerciorarse por sus propios ojos de la verdad del prodigio. De este modo se formó el pueblecito. Éstos fueron los primeros milagros realizados por la veneranda imagen.

Con el entusiasmo que les inspirara el verse favorecidos del cielo, empezaron los oyacachis la fábrica de su pequeña iglesia. No tenían arquitecto que los dirigiera, ni ellos habían adquirido conocimientos para edificar notables casas, pues su comercio consistía en cortar madera de los bosques y formar tablas, que vendían en los pueblos circunvecinos; pero el amor todo lo puede y alcanza imposibles. Lograron al fin levantar modesta capilla, que era un palacio para aquellas soledades.

La Virgen se acreditó obrando maravillas. Diego de Robles, al tener noticia de estos milagros obrados por la imagen que había labrado, se juntó á una caravana de romeros para visitarla. Los indios le pidieron con encarecidas súplicas que les hiciera un nicho de madera en el altar, para que la Señora tuviera un trono menos indigno de su grandeza. Robles se excusó dejando tris-

tes y afligidos á los pobres oyacachis; pero María se encargó de consolarlos. Regresando Robles á Quito, al pasar un puente, tropezó el caballo que montaba, é iban á caer ambos en el río. Acordóse entonces de su imagen é invocó su amparo en tan apurado trance. Sin saber cómo, la rodela de la espuela se enredó en las ramas con que acostumbraban cubrir los puentes, y así quedó colgado sobre el abismo, hasta que algunas personas que transitaban por allí lo libraron de las fauces de la muerte. Al querer darles las gracias, todas habían desaparecido. Entonces comprendió que ese suceso no era obra de la casualidad, sino castigo amoroso de la Santísima Virgen por haberse negado á obsequiarla. Sin ir á Quito regresó á los oyacachis é hizo el nicho del modo que le exigieron los indios.

Otro milagro, obrado en obsequio de uno de los trabajadores de la capilla, vino á enardecer el ánimo de los oyacachis para continuar su empresa. Un indio, llamado Francisco Guacón, cortando en el bosque madera para la fábrica de la iglesia, erró el golpe del hacha: en vez de darlo en el tronco del árbol, dióselo en una pierna, con tal fuerza que, cortándose músculos y huesos le quedó aquella pendiente de los nervios. El indio, sin preocuparse de medicinas, empezó á invocar á la Virgen de la Peña rezándole la Salve. Apenas había concluido de recitarla dos veces, cuando con asombro de todos los circunstantes se levantó sano sin vestigios siquiera de heridas.

Tales sucesos no podían menos de alentar la confianza de los indios en la Soberana Madre de Dios, confianza que rayaba en familiaridad, pero que estaba lejos de desagradar á la Señora, puesto que nacía de una fe sincera y fundada en los mismos favores que ella les venía dispensando. Véase un caso de éstos, que acredita familiaridad respetuosa y tierna. Una pobre mujer,

de costumbres inmaculadas y de alma cándida, se ofreció á llevar la comida á los obreros ocupados en cortar leña para la fábrica de la iglesia. No teniendo quien cuidase el pequeño campo que cultivaba y cuyas mieses estaban ya en sazón, se volvió á la imagen de la Peña, y con candor infantil le decía: «Yo soy sola, Señora mía, y no tengo á quien confiar el cuidado de mi trigo; cuidadlo vos mientras voy á llevar la comida á los que trabajan en vuestro servicio». Y ¡oh amorosa condescendencia de la Madre de misericordia! no se desdeñó de bajar del cielo á colocarse en medio de la sementera de la pobre india.

Pero los hechos referidos quedan eclipsados por el siguiente, que fué cantado por uno de los más ilustres poetas ecuatorianos. Mientras cortaban leña en el bosque para el santuario unos piadosos consortes dejaron á su hijito dormido á la sombra de un árbol. Transcurrido breve espacio de tiempo, como oyeran un gemido, acudieron al niño, y vieron con horror que le estaba devorando un oso. Imposible es expresar lo que experimentaron en ese momento los infelices padres. Sin pensar en el riesgo que corrían, se lanzan sobre la fiera; y el esposo, que llevaba todavía en las manos una hacha, la obliga á huir; pero el niño yacía inerte, ostentando un brazo medio comido y que manaba copiosa sangre. Traspasados de dolor cogen el cadáver del parvulito y lo depositan al pie de la imagen de la Peña, diciéndole que, ya que les había sobrevenido tamaña desgracia por estar trabajando para su santuario, á Ella correspondía devolverles el único consuelo de su vida. Una voz secreta les hablaba en el interior de su alma que confiasen en la bondad de María, que sin duda remediaría la desgracia. Y así sucedió. Volviendo á mirar los padres al mutilado niño, lo encontraron riendo con angelical sonrisa y jugando con el manto de la Virgen que

tenía asido con sus manecitas. Si difícil es manifestar el dolor que embargó el corazón de esos pobres indios al ver muerto á su hijo pequeñito, quizá lo es más decir el júbilo y la alegría que inundó su alma al verlo resucitado. Lo tomaron en sus brazos, y notaron que el miembro destrozado había recobrado todos sus músculos sin quedar huella de las heridas. La fama de este prodigio se extendió pronto á Quito y á las regiones comarcanas y atrajo innumerables romeros y valiosos donativos, con los cuales se pudo activar la obra de la iglesia hasta darle glorioso remate.

Inmediatamente fué trasladada allí la santa imagen con singulares demostraciones de alegría. En aquellos bosques de alisos resonaron por vez primera los ecos de los cánticos sagrados y fueron iluminados con el brillo de los cirios que llevaban los fieles. Naturalmente esto contribuyó á que aumentase el culto de la Soberana Señora y que acudiesen á visitarla vecinos, no sólo de la Audiencia de Quito, sino de partes lejanas de las naciones limítrofes, como de Pasto y Popoyán.

María continuaba dispensando favores á sus hijos de Oyacachi, que podían estimarse felices de tener junto á sí tal Madre y tal Tesoro. Había una india que se distinguía por su tierna devoción á la Santísima Virgen, y entre los obsequios con que solía honrarla, uno era ofrecerle todos los hijos que le nacían, mandando que los pusiesen á los pies de la imagen, en señal de que se los consagraba. Acto hermoso de la religión, tan grato á Dios, que mandaba en el Éxodo que se le consagrasen todos los primogénitos, tanto de los hombres como de los animales, y que la misma Iglesia ha santificado instituyendo ceremonias y oraciones con que sean presentados y ofrecidos á Dios los recién nacidos, tomando esta práctica de la que Dios prescribía en la Ley Antigua; acto empero, cuyo valor no podía acaso comprender la

piadosa india y que en su lenguaje no había encontrado otro término para calificarlo que el familiar de «hacer comadre á la Santísima Virgen».

Aconteció, pues, que le naciera muerta una criatura. Hasta entonces era la primera desgracia que le sucedía de esta naturaleza; y afligida, pero animada de la confianza y de la fe que suele inspirar el amor cuando se busca á Dios de corazón, manda que lleven la criatura á los pies de la Santísima Virgen, con este recado: que pues hasta entonces había sido comadre de todos los hijos que le habían nacido vivos, si no quería resucitar al que le había nacido muerto, lo fuera también del que era cadáver. Fe maravillosa, que hizo que se cumpliera en ella lo que Jesucristo promete en el Evangelio, cuando dice que nada hay imposible al que cree. Apenas el niño había sido colocado á los pies de la Santísima Virgen, cuando desplegando los párpados, extiende los bracecitos como alargándolos á María. El padre del niño, que en persona lo había llevado, cae prosternado de rodillas delante de la Sagrada Imagen, sin atreverse en su asombro á dar crédito á lo que veían sus ojos. El pintor que grabó en el lienzo este prodigio, no encontró otro medio de representar las circunstancias de él, que colocando el niño de la india resucitado y sentado en el brazo derecho de la Santísima Virgen, de suerte que aparece la benignísima Señora con dos niños, el suyo santísimo en la izquierda y el de la india en la derecha.

Fácil es comprender que con tales prodigios se propagase rápidamente el culto de la sagrada imagen, y que para su fiesta, que es el 21 de Noviembre, día en que la iglesia celebra la Presentación de la Santísima Virgen en el templo de Jerusalén, acudiese apiñada multitud de gente, dos Canónigos enviados por el Cabildo

eclesiástico y tres jesuitas (1). Después de la Misa solemne se organizaba la procesión, que recorría la espaciosa plaza de delante del templo, acompañando á la imagen ininidad de devotos con cirios encendidos.

En una de estas procesiones sucedió un hecho notable, que se reprodujo en los años sucesivos. Estando á la puerta de la iglesia notaron los fieles que las nubes amenazaban descargar copiosa lluvia. Un rato quedaron indecisos dudando si convendría sacar el anda; pero al fin se resolvieron á salir. Cayó en efecto fuerte aguacero que inundó los campos; pero sin duda la Virgen dirigía con su mano poderosa las nubes, pues no cayó en el área de la plaza una gota de agua, volviendo los concurrentes á la iglesia tan secos como habían salido. Al año siguiente se presentaban también las nubes amenazadoras; pero con la experiencia de lo sucedido en la fiesta anterior, salieron sin miedo, y esta vez un fuerte viento barrió las nubes y quedó el día claro y sereno. Desde entonces hasta el presente jamás las lluvias han sido obstáculo para organizar la procesión.

María se ostenta Reina de los elementos. Y bien lo atestigua Quito. Cada vez que prolongadas sequías agostan los campos, amenazando á los habitantes con la pobreza y otras calamidades, es llevada la santa imagen á la ciudad, y no se cita un solo caso en que no haya obtenido el suspirado beneficio.

III.

INGRATITUD Y CASTIGO

Catorce ó dieciséis años habían trascurrido apenas

(1) Ignórase el motivo por el cual se celebra la fiesta el 21 de Noviembre. Los autores creen que sería quizás por especial devoción del cura ó de los indios, ó porque en ese día verían las aveciatas que revoloteaban al rededor de la imagen.

piadosa india y que en su lenguaje no había encontrado otro término para calificarlo que el familiar de «hacer comadre á la Santísima Virgen».

Aconteció, pues, que le naciera muerta una criatura. Hasta entonces era la primera desgracia que le sucedía de esta naturaleza; y afligida, pero animada de la confianza y de la fe que suele inspirar el amor cuando se busca á Dios de corazón, manda que lleven la criatura á los pies de la Santísima Virgen, con este recado: que pues hasta entonces había sido comadre de todos los hijos que le habían nacido vivos, si no quería resucitar al que le había nacido muerto, lo fuera también del que era cadáver. Fe maravillosa, que hizo que se cumpliera en ella lo que Jesucristo promete en el Evangelio, cuando dice que nada hay imposible al que cree. Apenas el niño había sido colocado á los pies de la Santísima Virgen, cuando desplegando los párpados, extiende los bracecitos como alargándolos á María. El padre del niño, que en persona lo había llevado, cae prosternado de rodillas delante de la Sagrada Imagen, sin atreverse en su asombro á dar crédito á lo que veían sus ojos. El pintor que grabó en el lienzo este prodigio, no encontró otro medio de representar las circunstancias de él, que colocando el niño de la india resucitado y sentado en el brazo derecho de la Santísima Virgen, de suerte que aparece la benignísima Señora con dos niños, el suyo santísimo en la izquierda y el de la india en la derecha.

Fácil es comprender que con tales prodigios se propagase rápidamente el culto de la sagrada imagen, y que para su fiesta, que es el 21 de Noviembre, día en que la iglesia celebra la Presentación de la Santísima Virgen en el templo de Jerusalén, acudiese apiñada multitud de gente, dos Canónigos enviados por el Cabildo

eclesiástico y tres jesuitas (1). Después de la Misa solemne se organizaba la procesión, que recorría la espaciosa plaza de delante del templo, acompañando á la imagen infinidad de devotos con cirios encendidos.

En una de estas procesiones sucedió un hecho notable, que se reprodujo en los años sucesivos. Estando á la puerta de la iglesia notaron los fieles que las nubes amenazaban descargar copiosa lluvia. Un rato quedaron indecisos dudando si convendría sacar el anda; pero al fin se resolvieron á salir. Cayó en efecto fuerte aguacero que inundó los campos; pero sin duda la Virgen dirigía con su mano poderosa las nubes, pues no cayó en el área de la plaza una gota de agua, volviendo los concurrentes á la iglesia tan secos como habían salido. Al año siguiente se presentaban también las nubes amenazadoras; pero con la experiencia de lo sucedido en la fiesta anterior, salieron sin miedo, y esta vez un fuerte viento barrió las nubes y quedó el día claro y sereno. Desde entonces hasta el presente jamás las lluvias han sido obstáculo para organizar la procesión.

María se ostenta Reina de los elementos. Y bien lo atestigua Quito. Cada vez que prolongadas sequías agostan los campos, amenazando á los habitantes con la pobreza y otras calamidades, es llevada la santa imagen á la ciudad, y no se cita un solo caso en que no haya obtenido el suspirado beneficio.

III.

INGRATITUD Y CASTIGO

Catorce ó dieciséis años habían trascurrido apenas

(1) Ignórase el motivo por el cual se celebra la fiesta el 21 de Noviembre. Los autores creen que sería quizás por especial devoción del cura ó de los indios, ó porque en ese día verían las aveciatas que revoloteaban al rededor de la imagen.

desde que la Santísima Virgen se hallaba entre los oyacachis, y este breve espacio de tiempo había sido suficiente para que cambiase el aspecto de sus bosques. Ni la aspereza de los caminos, ni la distancia habían sido poderosos para detener las caravanas de peregrinos que alegraban aquellas breñas con el canto de las Letanías y otras preces en honor de la Madre de Dios. Se había formado un pueblecito, en que las chozas de los indios rodeaban el santuario, que se alzaba con su blanca torre en uno de los costados de la plaza. Sonora campana, tocada al caer de la tarde, resonaba en esas soledades convocando á la gente á la oración y al recogimiento. María habitaba en medio de su pueblo derramando bendiciones, como el Arca de la Alianza bendecía en otro tiempo á la casa de Obededón. Mas ¡ay! que es muy voluble el corazón humano. Un hecho criminal é ingrato vino á poner término á tanta felicidad, volviendo á sepultar á los oyacachis en su antiguo estado de salvajes, del que iban saliendo con el roce de la gente que afluíá al santuario, y á privarlos para siempre de la que con sus beneficios iba convirtiendo aquellas breñas y soledades en una especie de paraíso.

El cacique ó gobernador del pueblo vivía muy apenado porque no tenía hijos en su matrimonio, que fuesen el báculo de su vejez y los herederos de su escasa fortuna. Acudió con firme confianza á la Santísima Virgen, y al poco tiempo su esposa dió á luz dos robustos gemelos. En el frenesí de su alegría quiso celebrar con gran magnificencia la ceremonia del bautismo, é invitó á la fiesta á los indios amelizas sus vecinos y amigos, porque le pareció poco que los oyacachis sólo participasen de los regocijos. Ambas tribus eran cristianas; pero conservaban ciertos resabios de idolatría, debido quizás á que no estaban bien instruídos en la religión.

Apenas habían pasado cincuenta años desde que fue-

ron subyugados, y los sacerdotes eran muy escasos, de modo que se dejaba sentir en alto grado la falta de catequesis. Debía existir, pues, en el fondo de su corazón cierta simpatía por sus antiguos ídolos, ya que las aficiones y hábitos de la infancia difícilmente se borran. Con el calor del vino y del baile se les excitaron los nervios, se les ofuscó la razón, y las pasiones se desbordaron. Olvidaron todo lo que debían á la Madre de Dios, y el ingrato cacique no se acordó siquiera que cuanto celebraba era beneficio suyo, pues por su valimiento había merecido tener sucesión su infecunda esposa. Cogieron una cabeza de oso, que acostumbraban adorar antes de convertirse á la fe, la colocaron sobre una mesa á modo de altar, y la adornaron ¡oh refinada malicia! con los mismos vestidos de la Virgen. Luego empezaron á danzar delante del ídolo y á prestarle los inicuos cultos que antes les eran familiares. Imitaron á los israelitas, que, cuando más favorecidos estaban de la mano munificentísima del Señor que les había sacado de la ominosa esclavitud de los egipcios, adoraron al becerro de oro que se habían labrado con sus propias manos.

Pero Dios, que es largo en misericordias, también es severo en castigar; y si condenó á veintitrés mil hebreos á morir al filo de la espada, también retiró sus misericordias especiales de los oyacachis, pues hizo que en lo más alegre del festín quedasen muertas las dos criaturas del cacique. Y pasó más adelante el castigo, pues los privó de la sagrada imagen que había sido su consuelo y la alegría de sus antiguas soledades. Llegó á Quito la noticia de las terribles abominaciones, y al puntó se levantó de todos los pechos un grito general de protesta é indignación, y acudieron al señor Obispo, diciéndole que los oyacachis con sus idolatrías se habían hecho indignos de poseer á la Santísima Virgen. El

Prelado, que lo era el Ilmo. Sr. D. Fray Luis López de Solís, decretó en 1604 que la imagen milagrosa fuese trasladada al pueblo antiguo de Quinche, cuyo párroco, el Licenciado D. Diego de Londoño, había trabajado con más empeño para que se repararan los agravios inferidos á la Madre de Dios. Después de haber residido catorce ó dieciséis años en Oyacachi, salió de aquel lugar la imagen veneranda que tantas gracias había allí derramado. Con esta ausencia aquella tierra volvió á su antigua soledad; sus montañas y bosques no fueron frecuentados sino por algunos traficantes en maderas. Los habitantes, sin embargo, disipados los vapores del alcohol, conocieron su desgracia, la lloraron, confesaron que justamente los hería la mano del Señor, y jamás han olvidado á su amada Virgen, pues hasta el presente la visitan en el santuario del Quinche, le ofrecen dones y reciben los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía.

IV

EL SANTUARIO DEL QUINCHE

Al ser trasladada la imagen de la Santísima Virgen del territorio de los oyacachis, fué colocada en el templo del antiguo pueblo del Quinche, distante quince cuabras (1) del actual. Veintiséis años estuvo allí; pero como el concurso de fieles aumentase cada vez más, y fuese insuficiente el santuario para contenerle, el Ilustrísimo Obispo de Quito hizo construir otro más espacioso y elegante, que es el que actualmente existe, aunque con notables modificaciones. El Prelado se lla-

(1) Cuabra es una medida lineal de América que equivale á 125 metros ó 150 varas.

maba Fray Pedro de Oviedo, monje de San Bernardo, trasladado á la diócesis de Quito desde la de Santo Domingo en la isla Española, y más tarde preconizado Arzobispo de Charcas, de la cual silla no llegó á tomar posesión por haber fallecido en el camino.

En 1630 empezóse la fábrica del nuevo templo; y despertó grande entusiasmo en Quito, pues los unos erogaban limosnas y los otros acudían á prestar servicios personales, sobre todo para cortar maderas en los bosques de Oyacachi.

Á este propósito un historiador refiere lo siguiente: «aconteció que uno de los que habían venido de la ciudad é iba montado, asustándose el caballo, cayó, y estrellándose contra el suelo, quedó tan mal parado del golpe, que lo tuvieron por muerto. El suceso tuvo lugar en la plaza: los que lo presenciaron, tomándole en brazos y sin pensar en otros auxilios, lo llevaron á los pies de la Santísima Virgen, que la tenían allí como sobrestante de la obra, para que con su celestial presencia animara á los que trabajaban por su amor; pues no era posible que esa poderosa y agradecida Madre dejase morir de aquella manera á quien, por ocuparse en su servicio, le había sobrevenido tan terrible trance; ya que en ocasiones semejantes tantos prodigios había obrado en favor de sus servidores, y ni antes se dijo, ni después se podrá decir que haya una sola vez dejado de favorecer á los que, empleados en su obsequio, se han visto en serios peligros de la vida. No los engañó, en efecto, su confianza; y el que habían tenido ya por cadáver, comenzó á dar señales de vida; y luego, poniéndose en pie con general estupor, se encontró sin la menor señal de herida ni el más leve maltratamiento.» Este suceso influyó sin duda para que la obra se acabase pronto y resultase bella y elegante, sobre todo si se consideran la época en que se hizo y lo que dista de la capital el sitio en que se levantó.

Hízose de adobe, y bastante capaz. Sus dimensiones son 63 metros de largo, por 9 de ancho, y 9'50 de alto. La torre cuadrangular, de 33 metros de elevación y 8 de ancho por lado, es esbelta, y no sería indigna de la capital: está fabricada de cal y ladrillo. En el interior se la decoró con esmero. El altar, de estilo churrigueresco, conforme al gusto de la época, está recargado de adornos caprichosos. El techo, artesonado, tiene relieves dorados; los muros están cubiertos de cuadros, algunos de ellos de indisputable mérito artístico. Forman dos galerías; la primera representa episodios de la vida de la Santísima Virgen, y está colocada en el presbiterio hasta el arco del crucero; la segunda ocupa toda la nave y se compone de cuadros que representan los milagros más notables de la Santísima Virgen del Quinche, entre los cuales figuran todos los que hemos recordado en estas páginas. El camarín de la Virgen, que mide 9 metros de largo por 7 de ancho, es de construcción más moderna. Se acabó en 1797 á expensas de la esposa de don Luis Muñoz de Guzmán, presidente de la Real Audiencia de Quito, en gratitud de haberla sanado milagrosamente una enfermedad en que los médicos la habían desahuciado.

Concluido el nuevo santuario, las casitas del antiguo Quinche se fueron trasladando á su derredor, quedando aquél reducido á escombros, y hoy forma espaciosa dehesa.

Como en el Ecuador son frecuentes y espantosos los temblores de tierra, que cuarteán y derriban los edificios mejor cimentados, el templo del Quinche no ha dejado de experimentar sus fatales efectos. Uno de los terremotos más desastrosos fué el de 1868, llamado por antonomasia el de Imbabura, por haber asolado esa hermosa provincia, reduciéndola á escombros hacinados sobre millares de cadáveres. Cayó la torre, y en su caída

arrastró el coro con sus dos tribunas; vino también á tierra la sacristía; el órgano, que se consideraba de los mejores del Ecuador, y los ocho altares laterales quedaron hechos astillas. Grandes eran los perjuicios que debían repararse; pero la Santísima Virgen se encargó de alentar la confianza con prodigios, de los cuales recordaremos los tres siguientes, acreditados por testigos fidedignos, algunos de los cuales viven todavía.

Al derrumbarse la torre cayó la campana mayor, que pesa 70 quintales, sobre la cúpula del bautisterio, que era de solo ladrillo. Naturalmente debía haberla aplastado, pues para ello bastaba un peso diez veces menor. Así permaneció más de un año quizás por las dificultades de poderla levantar en el aire. Al cabo de este tiempo se oyó un ruido estrepitoso. Acudieron muchas personas á informarse de lo ocurrido, y hallaron que la campana se había de suyo enderezado. Esto hizo que se activasen las obras, entre ellas la de la torre.

Iba ya la obra más arriba de las ventanas del campanario, cuando un indio, llamado Juan Cadena, que subía cargado con tres ladrillos, que en el país llaman *mambrones* y son los que se emplean en obras de mampostería, se le quebró el andamio y se descolgó de la torre abajo por el lado del cementerio. Los ladrillos se hicieron añicos al llegar al suelo; y el indio, que debía naturalmente haber quedado estrellado, se levantó en el acto sin la más leve contusión.

Á este prodigio se siguió otro, que un testigo ocular bajo la religión de juramento declaró con estas textuales palabras: «En el Quinche, cuando se construía el frontispicio del templo de Nuestra Señora, ocurrió el milagro siguiente: hallábase al rematar la obra, en la que trabajaba un albañil, llamado Mijares, con algunos peones, cuando notó un desplome de todo lo trabajado; avisó inmediatamente á los peones del peligro que corrían:

éstos eran José Montenegro y José Venegas. Éste comenzó á bajar inmediatamente por una escalera, debiendo advertirse que eran tres pisos los del andamio que debía bajar; mas sin tener tiempo para nada, se desplomó, y todo lo construido vino abajo. Venegas pudo abrazarse de una viga más elevada; y Montenegro, que estaba más arriba, cayó debajo de todos los materiales de construcción con todo lo trabajado; refiriendo éste que en ese momento la palizada formó una especie de casuchita, se abrió de suyo la puerta de la iglesia, que á todos constaba que se encontraba cerrada, y conociéndose libre é ileso, penetró en ella y corrió á prosternarse á los pies de la Santísima Virgen. Los habitantes de la plaza que presenciaron aquel tremendo espectáculo, volaron á favorecer ó sacar los muertos de debajo de los escombros; pero pasando por encima de dichos escombros, encuentran la puerta abierta, entran á la iglesia, y ¡qué asombro! lo ven hincado de rodillas, juntas las manos, dando gracias á su libertadora».

Quedó concluida la reparación del santuario casi dos años después del terremoto, merced á las limosnas que recogió la Virgen en sus peregrinaciones, á las provincias del norte, á las erogaciones voluntarias de los fieles y al contingente del trabajo personal de los obreros. Todos, hasta los niños, querían contribuir con su óbolo á reconstruir la casa de su augusta Patrona. Hubo quien se desprendió de doscientos pesos, que eran todo su capital, adquirido en varios años de economías y á costa del sudor de su frente. Hoy el santuario tiene una hermosa fachada de ladrillo, un templete y nicho hermosos para la Virgen, dos órganos construidos en el país. Lástima que los cuadros de los milagros se hayan deteriorado en gran manera por haberlos tenido guardados en lugares húmedos, y que al colocarlos no se hubiese seguido el orden cronológico que tenían antes. Algunos

por desgracia desaparecieron, que eran documentos auténticos para escribir la historia del templo y del culto de la Santísima Virgen del Quinche.

V

PORTENTOS GENERALES

Desde que María quedó instalada en su santuario del Quinche, ha sido el remedio de los ecuatorianos en las calamidades públicas. Principalmente se ha experimentado su patrocinio en guerras, epidemias y terremotos.

En cuanto á lo primero baste citar lo que ocurrió el año 1863. Á consecuencia de haber invadido el ejército colombiano el territorio del Ecuador, hubo de declararse la guerra. La suerte fué favorable á los colombianos, pues los batallones de su presidente, don Tomás Cipriano Mosquera, derrotaron á los del Ecuador, capitaneados por el anciano general don Juan José Flores, lugarteniente del insigne García Moreno, primero en Tulcán y después en Cuaspud. Pero cuando se temía que el caudillo vencedor, que tantas lágrimas había hecho derramar á la iglesia de Colombia y había perseguido á su cercano pariente el Arzobispo mártir de Bogotá, cometiera los mismos desmanes en Quito y se incautara de las alhajas de las iglesias, se retiró en buena hora y sólo exigió ligera contribución por gastos de guerra. Todos atribuyeron este resultado á la protección de la Virgen del Quinche ardientemente invocada por los quiteños.

Siendo presidente del Ecuador el general José María Urbina, el pueblo del Quinche manifestó su aversión á la política liberal y antirreligiosa del gobierno. Urbina, cegado por el odio y el orgullo, envió un jefe de su cama-

éstos eran José Montenegro y José Venegas. Éste comenzó á bajar inmediatamente por una escalera, debiendo advertirse que eran tres pisos los del andamio que debía bajar; mas sin tener tiempo para nada, se desplomó, y todo lo construido vino abajo. Venegas pudo abrazarse de una viga más elevada; y Montenegro, que estaba más arriba, cayó debajo de todos los materiales de construcción con todo lo trabajado; refiriendo éste que en ese momento la palizada formó una especie de casuchita, se abrió de suyo la puerta de la iglesia, que á todos constaba que se encontraba cerrada, y conociéndose libre é ileso, penetró en ella y corrió á prosternarse á los pies de la Santísima Virgen. Los habitantes de la plaza que presenciaron aquel tremendo espectáculo, volaron á favorecer ó sacar los muertos de debajo de los escombros; pero pasando por encima de dichos escombros, encuentran la puerta abierta, entran á la iglesia, y ¡qué asombro! lo ven hincado de rodillas, juntas las manos, dando gracias á su libertadora».

Quedó concluída la reparación del santuario casi dos años después del terremoto, merced á las limosnas que recogió la Virgen en sus peregrinaciones, á las provincias del norte, á las erogaciones voluntarias de los fieles y al contingente del trabajo personal de los obreros. Todos, hasta los niños, querían contribuir con su óbolo á reconstruir la casa de su augusta Patrona. Hubo quien se desprendió de doscientos pesos, que eran todo su capital, adquirido en varios años de economías y á costa del sudor de su frente. Hoy el santuario tiene una hermosa fachada de ladrillo, un templete y nicho hermosos para la Virgen, dos órganos construidos en el país. Lástima que los cuadros de los milagros se hayan deteriorado en gran manera por haberlos tenido guardados en lugares húmedos, y que al colocarlos no se hubiese seguido el orden cronológico que tenían antes. Algunos

por desgracia desaparecieron, que eran documentos auténticos para escribir la historia del templo y del culto de la Santísima Virgen del Quinche.

V

PORTENTOS GENERALES

Desde que María quedó instalada en su santuario del Quinche, ha sido el remedio de los ecuatorianos en las calamidades públicas. Principalmente se ha experimentado su patrocinio en guerras, epidemias y terremotos.

En cuanto á lo primero baste citar lo que ocurrió el año 1863. Á consecuencia de haber invadido el ejército colombiano el territorio del Ecuador, hubo de declararse la guerra. La suerte fué favorable á los colombianos, pues los batallones de su presidente, don Tomás Cipriano Mosquera, derrotaron á los del Ecuador, capitaneados por el anciano general don Juan José Flores, lugarteniente del insigne García Moreno, primero en Tulcán y después en Cuaspud. Pero cuando se temía que el caudillo vencedor, que tantas lágrimas había hecho derramar á la iglesia de Colombia y había perseguido á su cercano pariente el Arzobispo mártir de Bogotá, cometiera los mismos desmanes en Quito y se incautara de las alhajas de las iglesias, se retiró en buena hora y sólo exigió ligera contribución por gastos de guerra. Todos atribuyeron este resultado á la protección de la Virgen del Quinche ardientemente invocada por los quiteños.

Siendo presidente del Ecuador el general José María Urbina, el pueblo del Quinche manifestó su aversión á la política liberal y antirreligiosa del gobierno. Urbina, cegado por el odio y el orgullo, envió un jefe de su cama-

rilla para que tomase venganza de lo que calificaba odiosa afrenta.

Al frente de un escuadrón iba Carmen López, dispuesto á llevar atados á los hombres y á incendiar el pueblo. Pero la Virgen del Quinche supo desbaratar sus planes. Cuando bajaban la cuesta de Huaillabamba, se desató furiosa tempestad eléctrica; los truenos ensordecían el aire, los rayos rasgaban las nubes y espantaban con sus téticos resplandores; enorme granizada dejó ateridos de frío á los indios, que creían estaban próximos á morir. Aterrado el jefe, con acento compungido ofreció á la Virgen del Quinche celebrar una fiesta en su honor y abstenerse de hacer todo mal al pueblo, si los libraba de la tormenta. En el acto vino la bonanza, y el sol brilló en un cielo purísimo despejado de nubes. Cumplió su promesa, y regresó á Quito sin haber causado daño á nadie.

En caso de viruelas y otras epidemias, sequías etc., se ha invocado en Quito á la Virgen del Quinche, y siempre con resultado favorable. En estos casos es la imagen trasladada desde su santuario á la ciudad: lo cual suele resultar un verdadero acontecimiento. Desde 1632 en que se la llevó por primera vez con motivo de la gravísima enfermedad del presidente de la Audiencia, D. Martín de Ariola, estimadísimo del país por sus insignes beneficios, más de cien veces ha recorrido las calles de Quito. He aquí cómo refiere el historiador, á quien seguimos fielmente en esta reseña, el modo con que se verifica la traslación.

«Á la primera nueva de su venida, multitud de devotos acudían en devota peregrinación á traerla de su santuario: juntábanseles las gentes de los pueblos del tránsito, que salían á recibirla con arcos y con sus músicas, acompañándola hasta la ciudad, marchando todo el camino, para que el número no turbase el orden, re-

partidos en coros, unos rezando el rosario, otros repitiendo las letanías, tan antiguas como la efigie y tan sencillas como la fe del pueblo que las compuso, mas siempre tan expresivas, como el amor que las inspiró. En los caminos, á donde parecía haberse trasladado la ciudad de Quito, veíanse grupos de gente que la aguardaban, todos con banderas colocadas en la punta de largas cañas. Media legua antes de la ciudad empezaban los arcos cubiertos de vistosas telas; y en el ejido que se halla en las afueras de Quito, la aguardaban el Cabildo con su venerable Prelado al frente, el clero, las comunidades religiosas, los gremios todos y las tropas, formando larga calle en dos alas divididos, con las músicas militares y más de dos mil alumbrantes. Allí se veían confundidos la criada con su ama, el plebeyo con el noble, el pobre menestral con el rico y opulento señor; porque cuando la fe y el amor son el lazo que une las voluntades, son imposibles esas distinciones. Entraba, pues, la Soberana Reina de los cielos y tierra á hombros siempre de las distinguidas matronas de la capital, quienes se disputaban la dicha de cargar las sagradas andas, queriendo cada cual, si fuese posible, llevar sola ese bendito peso. Las calles por donde debía pasar, estaban todas vistosamente colgadas y adornadas con banderas, hasta las más miserables tiendas; y en su marcha iba la Santísima Virgen por entre una lluvia de flores arrojadas de todos los balcones, donde la fragancia natural desaparecía nte el de suaves y exquisitas esencias con las que las perfumaban».

Como prueba de la protección de Nuestra Señora del Quinche en caso de públicas epidemias, citaremos la que recuerda uno de los cuadros del santuario. Habíanse vuelto á ensañar las viruelas y tanto estrago hacían en personas de todas las edades, que eran muchos los que diariamente morían, no sólo párvulos, pero

también adultos. Hallábase consternada la ciudad; no había familia que no tuviese que llorar alguna víctima de la cruel enfermedad; caían sobre todo los niños como espigas. Se acudió, pues, á la Virgen del Quinche; salieron á recibirla el Sr. Obispo, los Cabildos, las comunidades religiosas y pueblo innumerable; y ¡caso verdaderamente portentoso! desde el momento en que la Santísima Virgen se presentó por las puertas de la ciudad, no volvió á oírse ningún nuevo caso de contagio, ni que muriese ninguno de los que ya lo tenían. Este suceso llamó tanto la atención, que, prescindiendo de documentos que lo recuerdan muy circunstanciadamente, es el que más fresco ha conservado la tradición en la memoria del pueblo.

Uno de los azotes con que la divina Justicia ha querido castigar ó afligir al Ecuador ha sido el de los temblores; y también en ellos ha sido patente la protección de Nuestra Señora del Quinche. La historia ecuatoriana recuerda entre los más terribles el verificado el año 1698, que arruinó por completo los asentos de Ambato, Satacunya, parte de la villa de Riobamba, toda la provincia de Alausí, el asiento de Mocha y todas las dependencias de estos puntos, con muerte de más de dieciocho mil personas. Hallábase entonces la sagrada imagen en la Catedral; y á pesar de haberse sentido en Quito el estremecimiento de tierra tan fuerte como en los lugares arruinados, sin embargo por un prodigio y una especial protección de la Santísima Virgen, como se expresan las actas del Cabildo, la ciudad no tuvo que deplorar la pérdida de una sola vida, ni siquiera deterioro en sus edificios. Por esto la ciudad de Quito, por medio de su Cabildo civil, la juró y reconoció por Patrona.

VI

FAVORES SINGULARES

Como un manojito de flores espirituales vamos á recopilar aquí algunos de los beneficios dispensados por Nuestra Señora del Quinche á sus devotos, y que tomamos del libro del señor canónigo Sono.

Ruidoso fué lo que aconteció en 1660 con el cura del pueblo del Quinche, D. Juan Cepeda. Corríanse toros en la plaza del Quinche en celebración de la fiesta titular de la imagen, según la costumbre introducida desde principios de la conquista; costumbre dura y propia de caracteres fuertes, poco conforme con la civilización sensibilista moderna, y que la Iglesia desea suavemente desterrar por lo peligrosa que es, aun ejercitada bajo las reglas del arte, y por discordar con su espíritu de lenidad y mansedumbre.

Cruzaba, pues, dicho señor por un lado de la plaza, rezando en su breviario, sin advertir en el peligro que corría; pues, aunque la fiera se hallaba distante, mas, como los que echaban suertes estaban en su dirección, siguiendo aquélla la carrera que había emprendido para embestir á los que tenía delante, fué á dar contra él, quien lo echó de ver sólo cuando ya la tenía junto á sí, advertido por las voces y gritería de los espectadores, que lo amonestaban del riesgo sobrecogidos de terror. El buen señor, apenas tuvo más tiempo que para invocar á la Virgen del Quinche, á cuyo nombre cayó súbitamente de rodillas la bravía fiera, asombrando á cuantos contemplaban aquel singular espectáculo y llenando á todo el pueblo de gratitud para con la Soberana Virgen, la cual con modo tan portentoso acababa de salvar la vida de su párroco.

Una buena mujer, que había muchos años estaba tullida, ofreció á la Santísima Virgen que, si recobraba el uso de sus miembros paralizados, los días que le restaban de vida se los consagraria, ocupándose en barrer la iglesia. Hizose llevar delante de la imagen, y allí de rodillas confirmó su promesa; y la que no sin dificultad había logrado doblarse para ponerse en esa posición, que no podía conservar sin ayuda de dos indios que la sostuviesen, al enderezarse se encontró enteramente fortalecida, con los miembros expeditos y desembarazados, volviendo por sus pies á su casa, no habiendo podido en muchos años moverse sin la ayuda de dos muletas y el auxilio de alguna persona; recobrando por completo la salud, que la Santísima Virgen se la otorgaba en recompensa de la buena obra con que deseaba honrarla.

Habían concurrido al Quinche con el único objeto de visitar su santuario dos piadosos esposos con un niño de pocos años; y llevados de la curiosidad, habían ido á ver un curioso molino, que se halla á muy poca distancia de la iglesia, célebre por el material de que está construído, que es todo él de pedazos de terrones duros, llamados cangaguas, unidos con lodo, mas de tal suerte trabados, que pueden resistir á la acción del agua, impidiendo que ésta socabe el barro que los une. Muévelo el agua de la acequia llamada Patalarca, tan rápida que la ropa que logra arrebatarse de las que van á lavar en sus orillas, la despedaza pasándola por entre las cucharas del eje del molino. Con algún descuido del niño, que habían dejado suelto, se hallaban contemplando el impetu con que se precipitaba el agua al descender de la presa sobre las cucharas del eje, cuando acercándose imprudentemente la criatura, resbaló sobre la yerba húmeda de los lados y cayó en el canal, arrebatada con tal velocidad, que sus infelices padres apenas pudieron

verla caer, desapareciendo en el instante. Prorrumpieron en un agudo grito de dolor, y dieron inmediatamente la vuelta á la casa del molino, para ir á sacar del agua el despedazado cuerpecito de su desdichado hijo. Mas, ¡qué asombro y qué gozo tan inexplicable no debió apoderarse de ellos, cuando, contra toda esperanza y probabilidad, lo ven asustado, luchando con el agua que le impedía andar, y sin la más pequeña lesión en su cuerpo! Postráronse de rodillas tributando los más humildes y fervientes agradecimientos á la Virgen Santísima del Quinche, á cuyo favor atribuyeron aquel portentoso; y para probar que era imposible que eso hubiera podido verificarse de una manera natural, soltaron un gallo en el mismo punto donde cayó su hijo, el cual fué despedazado y muerto inmediatamente que el agua lo estrelló contra las cucharas del molino. Hicieron pintar un cuadro, que, como exvoto lo colgaron en el templo, en memoria de esta gracia.

En el año 1806, hallándose azotada la ciudad de Quito de una espantosa peste, se dió orden de que se trajese la imagen de la Virgen del Quinche; y habiendo concurrido según costumbre mucha gente para conducirla, vino entre estos un individuo, llamado Juan Villavázquez, acompañado de una mala mujer con quien vivía en ilícitas relaciones. Ésta, el mismo día que llegó, seducida por otro, abandonó al primero y desapareció del pueblo. Luego que esto supo Villavázquez, poseído de la pasión de los celos y arrebatado de un ciego y frenético furor, con diabólico despecho, tomó una cuerda, y sin más raciocinios se dirigió al cementerio, donde había un robusto y añoso árbol de nogal. Subido encima, ató un cabo á la rama principal, casi tan gruesa como el mismo tronco, y formando un lazo corredizo con el otro, se lo echó á la garganta, y se precipitó del árbol. Luchaba ya el desdichado con las ansias de

la muerte; el peso del cuerpo hacía que, corriéndose cada vez más el lazo de la cuerda, fuese ésta estrechándole la garganta por instantes. Hinchado el pecho, faltos de aire los pulmones, é interrumpida súbitamente la circulación de la sangre, dentro de breves momentos su cuerpo iba á ser presa de la muerte y su alma tal vez de tormentos eternos. Pero la Santísima Virgen no quería que lo que iba á ser principio de bendiciones para muchos fuese condenación para una alma; y así abrió al pobre pecador los ojos del entendimiento, quien, considerándose ya presa del infierno, clamó á ella en su corazón, pidiéndole tuviese misericordia de él. La piadosísima Virgen, que era quien lo había movido á penitencia, no tardó en acudir á las súplicas, y en ese mismo instante con gran ruido se desgaja la rama, que un peso muchas veces mayor no hubiera podido quebrar, ni mucho menos arrancarla al poder de un delgado lazo, siendo más natural que cediese éste al peso que no la rama. Luego que se hubo éste recobrado algún tanto, con lágrimas de arrepentimiento confesó su criminal intento con lo que lo había motivado, asegurando que al invocar á la Santísima Virgen la vió visiblemente en los aires, siendo ella quien lo había salvado. Los que penetraron en el cementerio vieron además otra persona que estaba junto á Villavázquez, la cual súbitamente desapareció así que la gente entró, deduciendo éstos que no podía ser otra la tal persona que el demonio, que aguardaba su presa.

Ésta es la causa porque se ha extendido tanto el culto de la Virgen del Quinche en la República ecuatoriana. Día á día están postrados á sus plantas devotos peregrinos, y no son menos de tres mil los que la visitan cada año, número crecido si se atiende á la población del país. Sobre todo el 21 de Noviembre, fecha en que se celebra la fiesta principal, porque ya hemos dicho

que la Presentación de la Virgen es el título de la imagen, el concurso de gente es extraordinario, y no bajan de diez á doce mil almas que apenas caben en las doscientas setenta casas del centro del pueblo.

La fama de Nuestra Señora del Quinche se extendió á Colombia, Venezuela, el Perú, y salvando los mares, llegó á Europa. Desde Cádiz le envió un devoto gran cantidad de bronce para la fundición de las campanas, y otro un precioso relicario de oro macizo, de un decímetro de largo con ocho centímetros de ancho, guarnecido dentro de una caja de plata, más preciosa quizás por los delicados camafeos que adornan una de sus tapas que por el valor de los metales.

Creemos que el mejor resumen de las clemencias de la Virgen del Quinche, se encuentra en la siguiente letrilla que se canta en la novena:

LETRILLA

Pues eres nuestra delicia,
 Pues eres nuestra esperanza,
 Y en tí puso su confianza
 El afligido Ecuador,
 Fiel paloma peregrina,
 De la aldea moradora,
Oye al pueblo que te adora
Con santo y fervido amor.

Allá modesto descuella
 Tu venerado santuario,
 Donde acude el solitario
 Á mitigar su dolor;
 Porque eres madre, y consuelas
 Al que padece, al que llora;
Oye etc.

Te place la fe sencilla,
Y buscas los corazones,
Donde derrames tus dones
Cual rocío en el verdor;
No allí en vano el peregrino
Humilde tu gracia implora:

Oye etc.

Allá en el campo escondida
Entre nardos y entre lirios,
Donde arden perpetuos cirios
Y hay mil himnos de loor,
Tus favores á millares
Prodigas encantadora:

Oye etc.

Eres reina de esos campos,
La rosa de esos jardines,
Do invisibles serafines
Vagan en tu derredor;
Es más dulce tu sonrisa
Cuando eres más bienhechora:

Oye etc.

Allí te cantan las aves,
Allí te cantan los vientos,
Y llena el prado de acentos
El eco murmurador;
Y en tu soledad la queja
Resuena más gemidora:

Oye etc.

Compasiva nos atiendes
Al gemir de amargas penas;
Tú los ánimos serenas,

Huye al averno el furor,
Y despedaza la muerte
La cuchilla destructora:

Oye etc.

Mas, como Madre clemente
Dejando tus soledades,
Te vienes á las ciudades,
Cuando te llama el dolor;
Aquí á tus plantas el pueblo
En sus desgracias te implora:

Oye etc.

Cuando brama estremecido
El suelo, y livido espanto
Seca en los ojos el llanto
En triste y largo estupor,
Tú mandas, Madre, y se aquieta
La montaña tembladora:

Oye etc.

Por tí finan nuestros males,
La noche se torna en día,
Pues eres toda alegría,
Pues eres todo esplendor,
En la ciudad, en la aldea,
Y donde quier protectora:

Oye etc.

Á ti clamamos llorosos,
Pues eres nuestro consuelo,
Cuando la lluvia del cielo
Niega al campo su frescor,
Y el bosque seco sus sombras
No da en siesta abrasadora:

Oye etc.

Cuando impía la discordia
 Purpura en sangre la tierra,
 Y se oyen gritos de guerra,
 Voces de duelo y pavor,
 Á ti el corazón volvemos
 En congoja matadora:

Oye etc.

¡Ay! Paloma campesina,
 ¡Ay! Virgen Madre del Quinche,
 Si fuego el alma nos hinche,
 Nunca se apague su ardor,
 Y viva siempre en tu pueblo
 Esta llama abrasadora:

Oye etc.

Autoridades.—El Sr. D. Manuel de Odriozola en sus *Documentos literarios del Perú* publicados en Lima en 1873 consignó algunos datos referentes á Nuestra Señora del Quinche. Lo mismo hizo el Ilmo. Sr. D. Federico González Suárez, Obispo de Ibarra, en su *Historia Eclesiástica del Ecuador*. Pero el libro más interesante, ameno y acreditado, es el titulado *Nuestra Señora del Quinche* por D. Carlos Sono, cura canónico, á quien hemos seguido fielmente en nuestra reseña. Tenemos á la vista la segunda edición impresa en Quito en la Tipografía *La Rápida* año 1903.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE

CAPÍTULO VII

Nuestra Señora de la Nube en Quito

De varias y significantes maneras ha atestiguado la Santísima Virgen haber acogido bajo su protección al Ecuador, que desde el tiempo del presidente mártir, D. Gabriel García Moreno, es honrado con el título de República del Sagrado Corazón. Las venerandas imágenes del Quinche, Guápulo, el Cisne y otras manifiestan esta verdad. Pero la prueba más evidente es la célebre aparición de Nuestra Señora de la Nube, verificada el 30 de Diciembre de 1696 en la misma ciudad de Quito (1). He aquí cómo refirieron el hecho ilustres y sabios testigos en el proceso levantado por la Autoridad eclesiástica.

Á fines de 1696 hallábase gravemente enfermo de pulmonía uno de los más preclaros Obispos de Quito, el Ilmo. Sr. Dr. D. Sancho de Andrade y Figueroa. Los médicos, después de agotar los recursos de la ciencia, se declararon impotentes para curar el mal, y ordenaron que el ilustre paciente recibiera los santos sacramentos, como lo hizo con edificación de todos el viernes 28 de Diciembre del citado año.

El Ilmo. Sr. Andrade era muy querido de su pueblo por las dotes de inteligencia, prudencia, caridad y de-

(1) Muchos de estos datos los debo al M. R. P. Mariano Arbós, ilustre miembro de la Orden Seráfica, que vive en el convento de Descalzos de Lima y que fué secretario muchos años del Ilustrísimo Sr. Fray José María Masiá, Obispo de Loja en el Ecuador.

más virtudes que le adornaban. Un cronista hace de él el siguiente elogio: «fué este prelado vigilantísimo en su gobierno, y especialmente en las visitas; destruyó vicios, reformó costumbres, puso en gran disciplina los monasterios. Son admirables los autos de buen gobierno que proveyó y constan en varias iglesias y lugares del Obispado» (1).

Profundamente contristados los habitantes de Quito por la dolencia de su Pastor, acordaron hacer violencia al cielo por medio de ardorosas súplicas. Y para que éstas resultasen más eficaces, pusieron por intercesora á la Virgen Santísima. Había entonces en el pequeño pueblo de Guápulo una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, copia de la célebre imagen española del mismo nombre, y á la cual los fieles profesaban tierna devoción por los muchos prodigios que obraba. El 29 de Diciembre fué trasladada la sagrada efigie desde su santuario de Guápulo á la iglesia catedral acompañada de una apiñada multitud de fieles, que con lágrimas y gemidos pedían el alivio de su Prelado á la que es con justicia aclamada *Salud de los enfermos*. El Vicario General de la diócesis dispuso se celebrase con igual fin una piadosa rogativa en la Catedral.

En aquellos tiempos había en Quito la costumbre de cantar solemnemente el Rosario; y á este intento, de las principales iglesias de la ciudad salía una procesión en el día de la semana que tenía asignado. Á la Catedral le correspondía el domingo. El 30 de Diciembre del citado año 1696, tanto por razón de la rogativa como por ser domingo, salió de la referida iglesia la procesión del Rosario, á la cual asistió concurso extraordinario y de lo más selecto de la sociedad, como el presidente de

(1) *Documentos literarios del Perú*, colectados por D. Manuel de Odriozola, Tomo 4.

la Real Audiencia y las autoridades civiles, judiciales y militares, el clero etc. Las informaciones hacen subir el número de los asistentes á 500, y cantaban con sumo fervor las preces del salterio mariano.

Llegó la procesión al atrio de san Francisco en el momento preciso en que concluía la primera decena del Rosario. Dióse con una campanilla la señal convenida, púsose de rodillas todo el concurso y los cantores empezaron el *Gloria Patri*, cuando levantando la voz un sacerdote comenzó á exclamar: ¡¡*La Virgen!!* ¡¡*La Virgen!!* Á los gritos del clérigo volvieron todos la vista hacia el punto del cielo que él señalaba con el dedo. Eran las cinco de la tarde; el aire estaba sereno, y al lado del oriente, destacándose sobre el limpio azul del firmamento, asomaba una imagen gigantesca de la Santísima Virgen, formada como de una nube blanquísima y resplandeciente, suspendida entre el cielo y la tierra: alcanzábanse á percibir distintos los rasgos del rostro, un tanto inclinado hacia el Divino Niño, que sostenía en el brazo izquierdo, mientras en el derecho extendido llevaba á manera de cetro un ramo de azucenas. La aparición se mantuvo en el aire por algunos segundos, y desapareció así que comenzaron á entonar de nuevo los cantores la salutación angélica.

Terminada la procesión, las personas principales que habían intervenido en ella acudieron al Vicario General de la diócesis á darle cuenta de lo ocurrido, el cual ordenó se recibiese una información minuciosa, en la que declararon bajo la santidad del juramento once testigos de los más calificados, tanto eclesiásticos como seglares.

El portento de la Nube fué confirmado por la curación inesperada y rápida del Ilmo. Sr. Obispo Andrade; pues desde el momento mismo de la aparición comenzó á convalecer felizmente quedando sano pocos días des-

pués, viviendo seis años más sin novedad alguna en la salud. Y en muestra de gratitud no sólo autorizó el culto de Nuestra Señora de la Nube entre sus diocesanos, sino que erigió en la Catedral de Quito un altar especial á tan santa y hermosa advocación. Distinguidos artistas pintaron algunos cuadros, siendo los más importantes los que se veneran en los santuarios de Guápulo y Quinche.

Desgraciadamente la inconstancia humana fué causa de que olvidase Quito muy pronto el insigne favor que le había dispensado la Reina del cielo. Al verificarse el primer centenario, el 30 de Diciembre de 1796, el alcalde de la ciudad, D. Joaquín Montúfar, logró que se imprimiera la información canónica y que se celebrara una fiesta solemnísimas; pero el entusiasmo que esta solemnidad excitó en los ecuatorianos, fué momentáneo no más, ya que muy presto volvió á apagarse. Estaba reservada esta gloria para el segundo centenario de 1896, valiéndose la divina Providencia de un suceso humilde en la apariencia, verificado en la ciudad de Cuenca.

En el convento de la Merced de Cuenca, actualmente confiado á la Congregación diocesana de Sacerdotes Oblatos del Sagrado Corazón, hallábase en 1890 peligrosamente enfermo uno de ellos, desahuciado ya y próximo á la muerte, según el parecer de los facultativos. El Superior del Instituto acudió á la Virgen Santísima de la Nube ofreciéndole colocar un cuadro de la aparición milagrosa en el convento, si el enfermo obtenía la salud. Se ablandaron las entrañas maternas de María, otorgó en el acto la gracia pedida, y á los pocos días un hermoso cuadro de Nuestra Señora de la Nube era colocado en la iglesia, con permiso de la autoridad eclesiástica. No tardó la santa imagen en ejercer atractivo oculto, pero irresistible sobre las almas. Muchas personas se llegaban á venerarla con profunda devo-

ción. En cambio la Señora se complacía en favorecerlas con singulares beneficios, sobre todo en el alivio de los enfermos. Varias son las curaciones portentosas que se refieren obtenidas por la santa imagen.

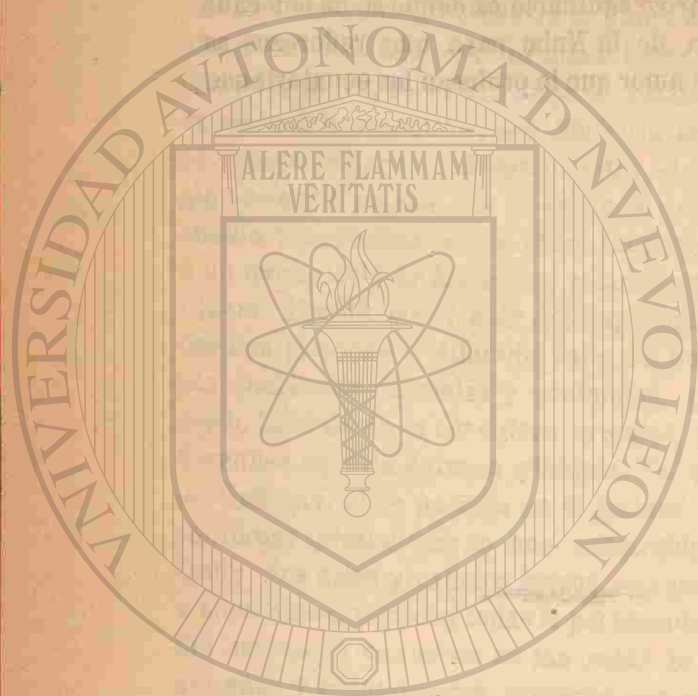
Quizás esto influyó de un modo eficaz para que, al acercarse la fecha del segundo centenario, los Ilustrísimos Prelados de toda la República ecuatoriana expidieran pastorales llenas de sabiduría, erudición y unción evangélica, ordenando novenas ó triduos para conmemorar el fausto acontecimiento de la aparición. Se celebraron al efecto fiestas suntuosísimas, con comuniones generales y misas cantadas; y elocuentes oradores pregonaron las glorias de Nuestra Señora de la Nube. En Quito se organizó una procesión á la que asistieron más de doce mil fieles, entre ellos los Ministros del Gobierno de la República. El Ilmo. Sr. Arzobispo, D. Pedro Rafael González, en su importante Pastoral de 5 de Diciembre de 1896, dice que, deseoso de que el culto de Nuestra Señora de la Nube se propague, por creer que será fuente de preciosas gracias, ha acudido á la Santa Sede sometiendo á su fallo soberano el prodigio, y pidiendo oficio y misa propios si resultare favorable. Además prometió dedicar el Santuario de Guápulo á Nuestra Señora de la Nube, para que llegue á ser, como en otros tiempos, uno de los centros más notables de la devoción popular á la Santísima Virgen, á donde afluyan en edificantes peregrinaciones cuantos se afanan por honrar á la Madre de Dios.

Guápulo fué en un tiempo para el Ecuador lo que Zaragoza para España y Einsiedeln para Suiza, el centro primero de las devotas romerías, la causa de la devoción nacional á la Santísima Virgen. «Saliendo de Quito con dirección al Nordeste, dice un piadoso autor, después de atravesar la hermosa llanura de Ejido, al cabo de una hora escasa de camino, encuéntrase el puebleci-

llo de Guápulo, situado en uno de los escalones de la rápida pendiente que desde las alturas del Ejido conduce hasta las profundidades del río Gaillabamba. Al asomarse á los últimos bordes de la planicie mencionada y dirigir la vista hacia las profundidades donde se precipita el sendero, se ve allí dentro, resaltando en medio de oscuros bosquecillos, una hermosa iglesia coronada por elegante cúpula, flotando entre el pintoresco pero algo sombrío paisaje que le cerca, á semejanza de una abadía benedictina oculta entre los riscos de los Alpes, ó un monasterio de Maronitas velado por un bosque del Líbano. Frente por frente del espectador, allá lejos se destaca el ancho y dilatado valle de Puenbo, surcado por quebradas paralelas y profundas, que descienden desde la cima de la cordillera oriental, á cuyas faldas descansa aquella extensa planicie. Tal es el santuario de Guápulo. Si se penetra en él hállase una de las más suntuosas iglesias que se han construido en el suelo de Quito. Sus altos y calados muros, aunque hoy desiertos y silenciosos, parecen todavía perfumados con las nubes del incienso y envueltos en las ondas de armonía de las antiguas y renombradas romerías con que acudían los pueblos á venerar á la desaparecida imagen de Nuestra Señora de Guadalupe» (1). Se veneraba pues en el santuario de Guápulo una estatua de Nuestra Señora de Guadalupe, tallada en 1586, á principios de la colonia, por el escultor español Diego de Robles. Era enteramente parecida, por ser obra del mismo artista, á la célebre imagen del Quinche.

(1) *Nuestra Señora de la Nube* por el R. P. Julio Matovelle. Este ilustrado sacerdote, dice el prólogo de los editores del opúsculo, ha trabajado vivamente por extender en todos sentidos el amor y la devoción á la Reina de los cielos, haciendo conocer en la República entera la admirable advocación de Nuestra Señora de la Nube.

Desapareció la santa efigie á mediados del siglo XIX á consecuencia de un incendio que se declaró en Guápulo. En ese histórico santuario es donde se ha colocado á Nuestra Señora de la Nube para que reflorezca su culto y aumente el amor que le profesan los ecuatorianos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VIII

La Virgen del Rocío (Ecuador)

Un grupo da cincuenta ó sesenta casas junto á una iglesia pobre, pero aseada; un río cristalino y hermoso que vigoriza en su carrera los añosos y verdes sauces, los capulíes y los molles que crecen en su orilla; el olor suave y delicado que despiden las retamas, las verbenas y otras flores silvestres que nacen en la pradera; y allá distantes, como nido de palomas, las humildes chozas del trabajador que cuida de las inmensas dehesas, donde mugen mil vacadas; es todo lo que descubre el viajero al llegar á Biblián, pintoresco pueblecito de una de las provincias del Azuay en la República del Ecuador.

Hacia el lado occidental de este pueblo se levanta una colina, que no es sino un picacho de la majestuosa y poética cadena de los Andes, que se pasea por toda la América meridional. Desde la tal colina se descubre una blanca y pequeña ermita, donde se venera una imagen del Corazón Inmaculado de María, bajo la advocación del *Rocío*, cuya historia sencilla y conmovedora consigno en estas líneas, que, como sincera muestra de mi ternura y amor, las consagro á esa celestial Campesina.

Las provincias del Azuay, á pesar de los inmensos beneficios que reciben del cielo, por ser ellas tan amantes del culto eucarístico y tan celosas de la gloria de Dios, tuvieron que atravesar allá por los años 1882 y

1883 por una de las más terribles pruebas. La Justicia Divina privó á esos pueblos de la benéfica lluvia, y los campos antes hermosos y perfumados por las flores que anunciaban al fatigado agricultor una abundante cosecha, estaban áridos y secos, pues aun los cardos y las hierbas salvajes, que habitaban en la roca y en el monte, se doblegaban calcinados por un sol abrasador. Parecía entonces como si todo hubiese muerto; ya no murmuraban las aguas del río, ni se oían los arrullos de la tórtola. Las aves todas habían huido, porque no veían en el campo la dorada espiga de los trigos, ni la blanca mazorca de los maizales; y las golondrinas no habían venido este año á mendigar un hueco en los tejados de las casas donde morían de hambre, junto á un hogar sin lumbre, los antes venturosos azuayos.

Cuenca, la capital de la provincia, veía caer muertos de hambre á centenares de infelices que venían á la ciudad, creyendo encontrar el pan que no se consigue con el oro ni el poder, sino con las preces sublimes del Padre nuestro, oración brotada de los labios de Dios.

Las campanas de las iglesias sólo tocaban á muerto; y el canto de los salmos penitenciales se confundía con las plegarias del pueblo, que pedía perdón mirando el cielo cobrizo y triste y los montes negros como la desolación y la muerte. Pero el pueblo no apostató; bendijo, como Job, en medio de su dolor, á la Providencia Divina, y alcanzó misericordia mediante la oración y las lágrimas.

Diez años habían pasado desde esa época terrible. Los fenómenos metereológicos que se observaban en la atmósfera anunciaban una sequía semejante á la de 1882. Surgió entonces entre varias personas del clero la luminosa idea de recurrir á la Madre del Árbol Eterno de cielos y tierra, y buscar un sitio hermoso y elevado para colocar allí una imagen de María.

Apenas iniciado tan piadoso proyecto, un grupo de personas se comprometieron voluntariamente á tributar cotidiano culto á la *Virgen del Rocío*, nombre que se le dió para significar que por su intercesión se deseaba conseguir el rocío fecundador de los campos y el rocío celestial que calma el ardor de las pasiones y hace brotar en el campo de la Iglesia las azucenas de la virginidad y las palmas del martirio.

La sola propuesta y divulgación del proyecto bastó para que todos los pueblos de las provincias del Azuay y los demás que comprende el obispado de Cuenca, se entusiasmasen hasta el punto de solicitar todos á la vez la gloria de poseer á la Virgen del Rocío; pero la Autoridad eclesiástica designó el pueblo de Biblián.

En Diciembre del mismo año de 1893 se dió principio, en conformidad con el pensamiento y acuerdo del clero, á la fábrica de una pequeña gruta, porque no se pensaba en otra cosa por entonces. El 20 de Enero del año siguiente se colocó provisionalmente la prodigiosa imagen de la Virgen del Rocío en un hueco de la peña.

Desde que tomó posesión de este trono agreste y solitario, pero poético y conmovedor, María obra sin cesar mil portentos, como lo atestiguan los innumerables exvotos que adornan su sencillo altar, al igual que la extraordinaria rapidez con que se ha fabricado la hermosa Capilla del Rocío, que fué solemnemente bendecida por el Rmo. Prelado diocesano el día 26 de Agosto de 1894, y que tiene el carácter y goza de los privilegios de capilla pública.

Como fábrica arquitectónica pertenece al estilo moderno, y se distingue por lo fresco y delicado de sus colores, así como por la sencillez y el donaire de sus formas.

Actualmente se estudia el proyecto de levantar un verdadero templo, grandioso y admirable, según los

planos presentados por un distinguido arquitecto alemán, de la Congregación de los PP. Redentoristas. No dudo de que, mediante los afanes del Rdo. Sr. Cura de Biblián y con las limosnas que de todas las partes de la República se le envían para la fábrica de este templo, podremos en breve admirar la realización de tan hermoso pensamiento.

Para concluir estos ligeros apuntes debería relatar cómo entró la Virgen del Rocío por primera vez en la ciudad de Cuenca, y los grandes portentos que ha obrado en estos últimos tiempos en que las fuerzas del Gobierno radical se preparaban para destruir á la *ciudad del Santísimo Sacramento*, como se la llama á Cuenca por su ardiente devoción á este adorable y augusto misterio; pero no quiero entrar en el resbaladizo campo de la política, y concluiré asegurando únicamente que la ya extendida devoción á la Virgen del Rocío salvará al Ecuador, bárbaramente ultrajado por ciertos ignorantes que, llamándose representantes del pueblo, acaban de sancionar la libertad de cultos para la Nación consagrada oficialmente al Sagrado Corazón de Jesús.

Autoridades.—De la interesante revista *La Hormiga de Oro*, que se publica en Barcelona, tomamos esta relación que apareció en el número 21 de 1903 y cuyo autor es el Presbítero Sr. D. Remigio Romero León.

CAPÍTULO IX

Nuestra Señora de Chiquinquirá (Venezuela)

La hermosa Maracaibo, que se alza como una reina á las orillas del lago de su nombre, cubierta de risueños *haticos* (quintas de recreo), se gloria de ser devotísima de la excelsa Madre de Dios. Sus veinticinco mil habitantes le rinden ferviente culto, principalmente bajo los títulos de la Inmaculada Concepción, del Carmen, de la Merced y de María Auxiliadora. Pero sobre todo en el corazón de los maracaiberos está hondamente impreso el cariño á Nuestra Señora de Chiquinquirá, que las madres inoculan con la leche á sus hijos. Y nada tan justificado como esta tierna devoción; pues la imagen, que es copia de la que se venera bajo el mismo título en Colombia, tiene una historia amena é interesante, que revela las mercedes de María para con los Estados Unidos de Venezuela.

He aquí cómo lo refiere en breve síntesis el brillante literato y doctor en medicina de Caracas D. Juan Dagnino.

«En una de las calles más humildes de la ciudad de Maracaibo, á fines del pasado siglo, en una casa pajiza de unas honradas mujeres, existía un pequeño cuadro, muy pequeño, que apenas se podría comprender que representaba en apagados colores y confusos contornos una imagen de la Virgen. Aquellas almas devotas, quizás sin saber de qué imagen se trataba, tenían en mucho aprecio su pequeño cuadro, tal vez

planos presentados por un distinguido arquitecto alemán, de la Congregación de los PP. Redentoristas. No dudo de que, mediante los afanes del Rdo. Sr. Cura de Biblián y con las limosnas que de todas las partes de la República se le envían para la fábrica de este templo, podremos en breve admirar la realización de tan hermoso pensamiento.

Para concluir estos ligeros apuntes debería relatar cómo entró la Virgen del Rocío por primera vez en la ciudad de Cuenca, y los grandes portentos que ha obrado en estos últimos tiempos en que las fuerzas del Gobierno radical se preparaban para destruir á la *ciudad del Santísimo Sacramento*, como se la llama á Cuenca por su ardiente devoción á este adorable y augusto misterio; pero no quiero entrar en el resbaladizo campo de la política, y concluiré asegurando únicamente que la ya extendida devoción á la Virgen del Rocío salvará al Ecuador, bárbaramente ultrajado por ciertos ignorantes que, llamándose representantes del pueblo, acababan de sancionar la libertad de cultos para la Nación consagrada oficialmente al Sagrado Corazón de Jesús.

Autoridades.—De la interesante revista *La Hormiga de Oro*, que se publica en Barcelona, tomamos esta relación que apareció en el número 21 de 1903 y cuyo autor es el Presbítero Sr. D. Remigio Romero León.

CAPÍTULO IX

Nuestra Señora de Chiquinquirá (Venezuela)

La hermosa Maracaibo, que se alza como una reina á las orillas del lago de su nombre, cubierta de risueños *haticos* (quintas de recreo), se gloria de ser devotísima de la excelsa Madre de Dios. Sus veinticinco mil habitantes le rinden ferviente culto, principalmente bajo los títulos de la Inmaculada Concepción, del Carmen, de la Merced y de María Auxiliadora. Pero sobre todo en el corazón de los maracaiberos está hondamente impreso el cariño á Nuestra Señora de Chiquinquirá, que las madres inoculan con la leche á sus hijos. Y nada tan justificado como esta tierna devoción; pues la imagen, que es copia de la que se venera bajo el mismo título en Colombia, tiene una historia amena é interesante, que revela las mercedes de María para con los Estados Unidos de Venezuela.

He aquí cómo lo refiere en breve síntesis el brillante literato y doctor en medicina de Caracas D. Juan Dagnino.

«En una de las calles más humildes de la ciudad de Maracaibo, á fines del pasado siglo, en una casa pajiza de unas honradas mujeres, existía un pequeño cuadro, muy pequeño, que apenas se podría comprender que representaba en apagados colores y confusos contornos una imagen de la Virgen. Aquellas almas devotas, quizás sin saber de qué imagen se trataba, tenían en mucho aprecio su pequeño cuadro, tal vez

porque era un enigma para ellas y para todos los que lo veían... Un día, sin haber tocado nadie aquel oscuro y confuso retablo, aparece, como por encanto, claro, distinto y radiante, perfectamente inteligible; de modo que todos pudieron contemplar con justo asombro que aquella apagada pintura representaba á la Virgen del Rosario, que se venera en el pueblo de Chiquinquirá. San Andrés y San Antonio están á los lados de la imagen de la Virgen, cuyos vestidos están con una delicada orla de oro, que da á la pintura más realce y más viveza. Esta especie de miniatura, hace recordar un poco, por su colorido y su diseño, las Virgenes de Rafael; son bastante correctas y puras las imágenes de los dos Santos que acompañan á la Virgen.

Es lo cierto que desde aquel instante convirtiéndose aquella pobre choza en un centro de religioso interés para las personas más conspicuas de la ciudad, ya por su jerarquía eclesiástica, ó ya por su jerarquía civil y social. El pueblo en masa, no hay para qué decirlo, se dirigió hacia la afortunada habitación, en donde había aparecido una imagen portentosa de Nuestra Señora».

No se crea que el hecho portentoso fuese aceptado exclusivamente por el relato de la piadosa familia. La Iglesia contaba entonces con sacerdotes ilustrados y libres de preocupaciones que dedicaron largas vigiliadas á esclarecerlo con todas las diligencias que el caso exigía. Á esto se añadieron las pesquisas de jóvenes poco firmes en las creencias religiosas y que tenían sus ribetes de enciclopedistas. Y la Iglesia, asistida por la luz de lo alto, y con la prudencia que despliega en semejantes circunstancias para evitar la superstición, que tanto se opone á sus enseñanzas y tanto daño causa á las almas, reconoció que sería temeridad oponerse á mirar en ese hecho una especie de revelación divina, en que Dios se valía de un medio tan sencillo para

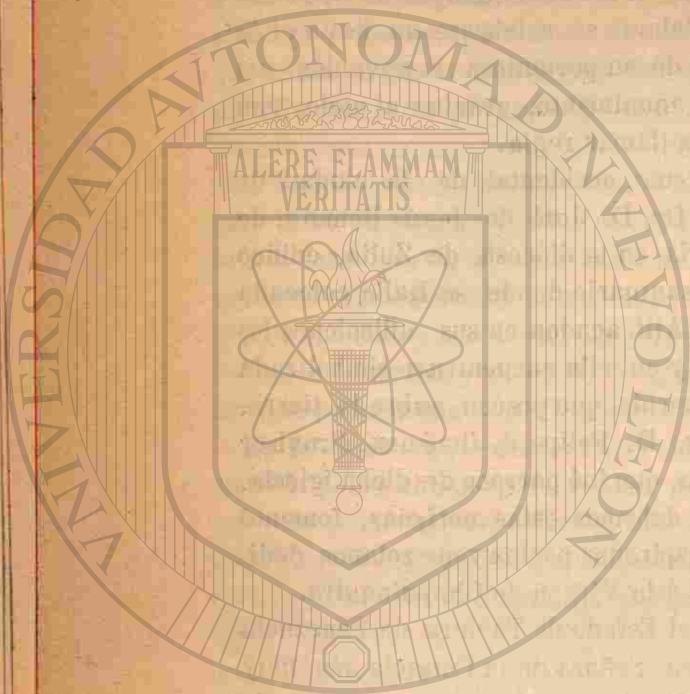
extender en su pueblo el culto de su bendita Madre.

La autoridad eclesiástica ordenó que el cuadro se depositase interinamente en el vecino templo de San Juan de Dios, y que en adelante se celebrase su fiesta el 18 de Noviembre, fecha de su portentosa renovación. Así se viene verificando anualmente, gracias al cielo, con pompa que podríamos llamar regia.

Más tarde, al extremo occidental de la ciudad de Mara, el presbítero Dr. D. José de Jesús Romero, de grata y santa memoria en la diócesis de Zulia, edificó un hermoso y capaz santuario donde se halla colocada la preciosa imagen. Allí acuden en sus aficciones los hijos de Maracaibo, y en ella encuentran simbolizada la patria y lo más querido que poseen sobre la tierra. El Muy Ilustre Sr. Dr. D. Felipe S. Jiménez, Provisor de la diócesis de Zulia, que fué párroco de dicha iglesia, y á cuya amabilidad debemos estas noticias, fomentó el culto é hizo que inspirados poetas venezolanos dedicaran bellisimas odas á la Virgen de Chiquinquirá.

También existe en el Estado de Táchira de Venezuela una imagen de Nuestra Señora de la Consolación muy venerada de los pueblos comarcanos; pero acerca de ella no poseemos datos fidedignos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





IGLESIA DE SANTO DOMINGO (LIMA)

CAPÍTULO X

Nuestra Señora del Rosario en Lima

En Lima, la inclita ciudad de los Reyes, la más histórica de la América española, venérase desde el tiempo de la conquista la imagen de Nuestra Señora del Rosario. No puede determinarse á punto fijo la época en que llegó al Perú la milagrosa efigie. El P. Fray Antonio de Santa María, en su *España triunfante*, afirma que la llevó Francisco Pizarro, y que habiéndole construido una hermita en el llano de Cajamarca, los indios quisieron quemarla; pero detenidos por una fuerza misteriosa, jamás lograron consumar su delito. El R. Padre Manuel Meléndez, en su interesante libro *Tesoros de las Indias* (1), asegura que es la imagen más antigua del Perú, pues en 1535, fecha en que Pizarro fundó á Lima á las orillas del Rimac, la imagen estaba en poder de los Dominicos, y en 1541 cuando se estrenó parte de la iglesia, la expusieron al culto público y fundaron su ilustre cofradía. Desde entonces la Madre de Dios ha obrado por esta su imagen tantas maravillas, que no es fácil reducirlas á guarismo.

En la *Introducción* de esta historia hemos reproducido la página de Garcilaso de la Vega en que relata la protección sobrenatural que dispensó esta imagen á los conquistadores en el Cuzco el año 1535. En dicho año se sublevaron los indios y se presentaron en son de gue-

(1) La edición de esta obra está agotada. He podido leerla en la Biblioteca del Museo Nacional de Méjico.

rra ante los campamentos españoles. Los primeros eran doscientos mil, y los conquistadores apenas llegaban á seiscientos. No obstante la diferencia numérica tan notable, los españoles aceptaron la batalla, poniendo su confianza en la Virgen del Rosario á quien invocaban con gran fervor. En lo más reñido del combate vieron en forma visible á la imagen del Rosario del convento de Lima, que estaba en los aires con una vara en la mano amenazando á los indios. Atemorizados éstos depusieron las armas y pidieron la paz (1). El autor de la *España Triunfante* asegura que, durante la batalla, Pizarro hizo voto de edificarle una capilla. Al fundar la ciudad, que llamó de los Reyes, sea en honor de Carlos V y de Juana la Loca como quieren algunos, ó por haberlo verificado el día de la adoración de los Magos, como piensan otros, se acordó del voto y erigió el templo y al lado el convento de los frailes predicadores, que por largos años fueron los párrocos de la ciudad y sus contornos.

Este milagro contribuyó eficazmente para que se acrecentase en gran manera la devoción á Nuestra Señora del Rosario. Los enfermos, los pobres, los afligidos, los que se veían probados por cualquier tribulación, la invocaban con fe y con amor, y siempre salían remedidos. Recordaré dos de los hechos referidos por el P. Meléndez.

El militar español don Alfonso Pérez de Guzmán, formando parte del ejército conquistador de Chile, recibió de los araucanos una lanzada, y sobre ella un golpe de macana que le dislocó uno de los huesos de la cadera y le produjo un vacío en la ingle. Vuelto al Perú, fué el 19 de Noviembre de 1614 á visitar á la Virgen del Rosario. Estando de rodillas implorando su auxilio, se

(1) Hansen, *Vita Sanctae Rosae peruanae*, pág. 129.

le acervaron de tal modo los dolores, que le sobrevino un síncope; mas al volver en sí, se encontró completamente sano. Cada cual podrá imaginar el gozo que inundaría su alma con esta repentina curación. El Arzobispo levantó el correspondiente sumario, y declaró el hecho por milagroso.

En 1615 se presentó en las costas de Chile el corsario holandés Gorge Esperbert, apoderándose de las riquezas y causando grandes estragos. El Virrey del Perú, don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montes Claros, envió á perseguirle á su sobrino don Rodrigo de Mendoza; pero la empresa salió desgraciada, pues los enemigos echaron á pique su nave pereciendo ahogados 250 católicos. Iba de cabo del navío un capitán apellidado Alvendrin, que, después de haber peleado con denuedo, se arrojó al agua en la caja del atambor. Debía hundirse luego, pues no estando las tablas calafateadas, por fuerza había de entrar muy pronto el agua é irse á pique con el propio peso. En trance tan apurado se encomendó á la Virgen del Rosario de Lima; y sin darse cuenta, llegó sano y salvo á la playa. Varios años estuvo suspendido en los muros del templo el atambor como testimonio del prodigio y muestra de gratitud del agraciado (1).

Estos y otros milagros movieron el ánimo del rey de España Felipe IV, de acuerdo con el marqués de la Mancera, Virrey del Perú, á declarar á la Virgen del Rosario *Patrona de sus Reales armas* y á ordenar que se celebrasen anualmente dos fiestas en su honor: la una, el lunes siguiente á la dominica de *Quasimodo*, y la otra, el segundo domingo de Octubre. Ambas fiestas debían celebrarse en el templo de Santo Domingo con asistencia del Virrey, Real Audiencia, Cabildo, Tribunales y Nobleza.

(1) Meléndez, *Tesoros de las Indias*, T. 1.º pág. 64.

Pero lo que hace más veneranda y simpática á esta imagen es el haber sido la predilecta de la esclarecida virgen Santa Rosa, la flor más galana que ha producido América y que en expresión de León XIII perfuma no sólo los altares del Perú, sino los del mundo entero. Á sus plantas pasaba largas horas, á ella confiaba sus penas y alegrías, y jamás salió de su capilla sin haber obtenido algún favor especial. Recordaré sólo algunos episodios de su portentosa vida.

En el bautismo se le dió el nombre de Isabel en obsequio de su tía y en recuerdo de una santa ilustre; pero á los tres meses de nacida, su madre y otras personas que rodeaban su cuna vieron descender por los aires una rosa lujosísima, que columpiándose blandamente, se inclinó sobre su rostro, y enseguida desapareció. Por este motivo la llamaron Rosa, lo que suscitó agrios debates en la familia y no pocas inquietudes en la niña. Mas todas cesaron el día en que la Virgen del Rosario le dijo con semblante risueño: *Tu nombre agrada sobre manera al Hijo que llevo en mis brazos, y desde hoy añadirás el mío, llamándote Rosa de Santa María. Tu alma ha de ser una flor olorosa consagrada á Jesús de Nazaret.*

Á la edad de cinco años Rosa hizo voto de virginidad; y tanto se complació Jesús en esta ofrenda, que resolvió darle el regalado título de esposa; todo lo cual se verificó en la capilla del Rosario. Un día, en que la gloriosa niña oraba arrebatada en altísima contemplación, la Reina del empero le dijo: *Hija mía, querida Rosa, ¿quieres por esposo á este dulce Niño que tengo en los brazos?—Y Vos, Hijo mío amantísimo, ¿quieres por esposa á esta casta doncella, á esta fragante rosa en humildad y pureza?—El Niño Jesús no pudo disimular su tierno afecto, y dió su consentimiento con estas dulcísimas palabras: Rosa de mi corazón, yo te quie-*

ro por esposa.—Estas voces soberanas hirieron con tal viveza las entrañas de la amante doncella que cayó en tierra desmayada.

Deseosa de servir á Dios en el estado religioso quiso meterse monja en el convento de la Encarnación, en el cual fué admitida; pero al despedirse de su predilecta imagen de Maria del Rosario quedó como enclavada en el suelo sin poderse menear; porque era designio de Dios que se santificara en la tercera orden de Santo Domingo. No pudo levantarse de las gradas del altar, hasta que prometió á la divina Madre volverse á su casa y no pensar más en ello.

Habiéndosele olvidado en casa el rudo cilicio con que maceraba su delicado cuerpo, estaba inquieta en la iglesia de Santo Domingo, pues temía que lo encontrase su madre. Mas la Virgen la consoló asegurándole que Ella lo había ocultado. Del rostro de la sagrada imagen brotaron rayos de luz cuando el cadáver de Rosa entraba en la iglesia para recibir sepultura (1).

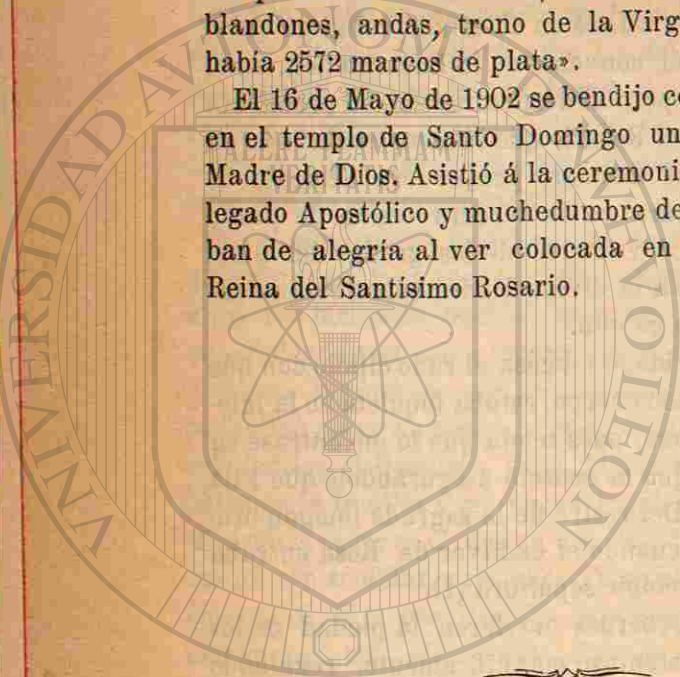
Estos piadosos recuerdos movieron la piedad de los fieles para que se ostentase magníficamente, regalando á la santa imagen ricas y primorosas alhajas de oro y plata que representaban muchos miles de pesos. En los días azarosos de la independencia desapareció la mayor parte de ese sagrado tesoro, y de lo poco que quedaba se apropió el gobierno en 1879, cuando, en alianza oculta con Bolivia, declaró injusta guerra á la República de Chile.

En un artículo publicado en la revista mensual *La Rosa del Perú*, que editan en Lima los Padres Dominicos, encuentro estos datos: «Según el inventario que se hizo en 1818, sólo la corona de la Virgen tenía 102 diamantes, 102 rubíes, 150 esmeraldas, y tres temble-

(1) Véase la vida de Santa Rosa por Sevilla, zuavo pontificio.

ques de brillantes. La custodia tenía 1304 diamantes, 522 rubíes, 1029 esmeraldas, 45 amatistas, 2 topacios, y 121 perlas finas. Además, entre lámparas, hacheros, blandones, andas, trono de la Virgen, frontales etc., había 2572 marcos de plata».

El 16 de Mayo de 1902 se bendijo con toda solemnidad en el templo de Santo Domingo un nuevo altar á la Madre de Dios. Asistió á la ceremonia el Exmo. Sr. Delegado Apostólico y muchedumbre de fieles que rebosaban de alegría al ver colocada en esbelto trono á la Reina del Santísimo Rosario.

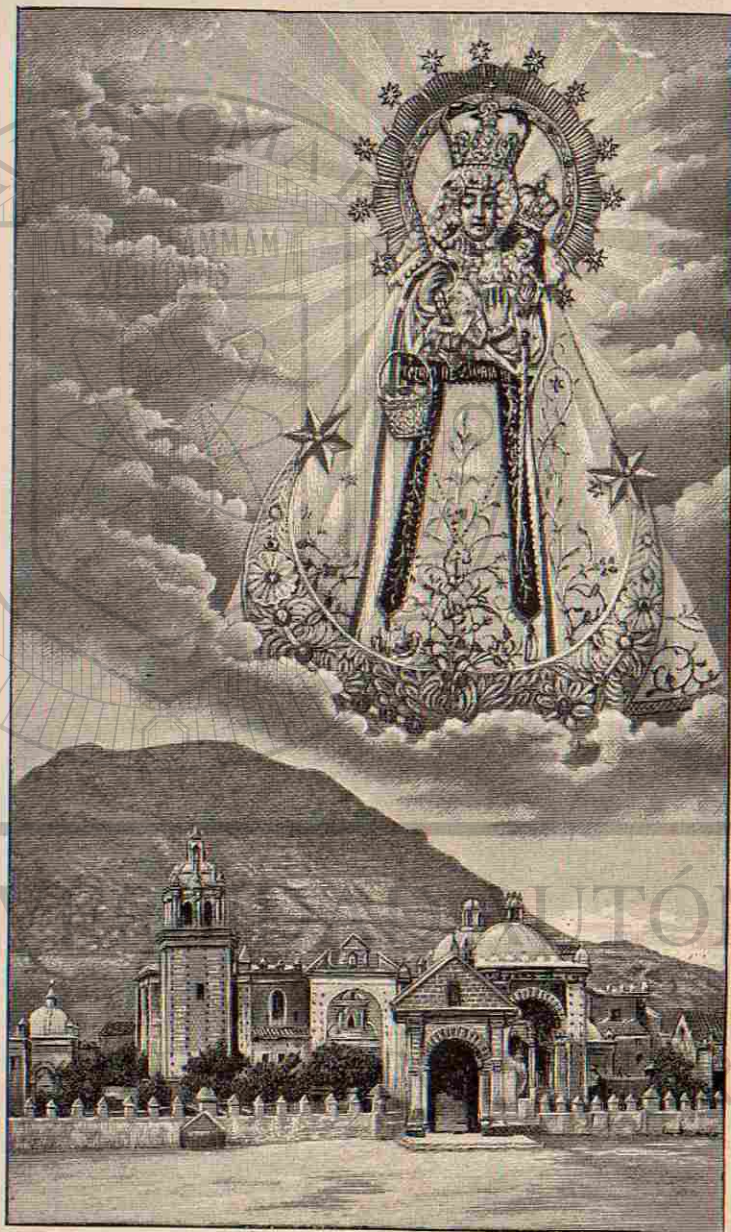


U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUESTRA SEÑORA DE COPACABANA (BOLIVIA)

CAPITULO XI

Nuestra Señora de Copacabana (Bolivia)

SUMARIO.—I. Titicaca y Copacabana. II. Origen de la imagen. III. La imagen de Copacabana. IV. El Santuario. V. Prodigios.

I

TITICACA Y COPACABANA

En los confines del Perú y Bolivia se encuentra el lago Titicaca, llamado también en otro tiempo Chucuito, el más extenso y hermoso de la América meridional, hállase como dividido en dos por la península de Copacabana, siendo el mayor cuatro veces más grande que el otro. Paz Roldán le da de superficie 1464 millas cuadradas, 270 de perímetro y 150 de extensión de Noroeste á Sudeste (1). Está situado á 12.850 pies ingleses, ó sea, como cuatro mil metros sobre el nivel del mar.

Á pesar de ser el que está á mayor elevación en el mundo, sus aguas jamás se congelan. En otros continentes á esa altura no se hallan sino hielos y ventisqueros en gruesas capas. «Si se considera la altura, la magnitud, sus relaciones, la célebre hoya á la cual ha dado su nombre, dice el distinguido N. Seguíer, puede considerarse el Titicaca como el volumen de agua más notable del globo». La tempestad que estalla con fre-

(1) Paz Roldán, *Geografía del Perú*.

cuencia bajo su cielo rara vez enturbia el caudal de sus aguas, que son dulces y agradables para beber, algo parecidas á las del gran lago Aral en el Asia. Alimenta tres clases de peces, que son difíciles de pescar y desabridos. Por las tardes, que casi siempre son tranquilas, la superficie adquiere color azul muy pronunciado, que llama vivamente la atención. En noches de luna el panorama que ofrece el lago es encantador. El Titicaca no tiene en el mundo nada parecido. Muchos ríos desembocan en él, y de ellos los más caudalosos son el Ramis y el Ilave. Tiene en su seno varias islas, siendo la mayor y más hermosa la que lleva el nombre mismo del lago, cuya longitud es de once kilómetros y su anchura varía de siete á doce.

Acercas de la etimología de la palabra *Titicaca* hay dos opiniones. Los unos quieren que se derive de dos epítetos de la lengua aimará, y significa *peña del gato*, porque dicen los indios que en tiempos antiguos se vió uno de estos animales, que despedía gran resplandor, paseándose por las peñas. La otra etimología, que es la más aceptable y natural, dice que significa *peña de estaño*, quizás á causa de encontrarse en las cercanías filones de este metal.

Es famosa esta isla en la historia antigua del Perú, porque se decía que de ella habían salido Manco Capac y su esposa Mama Oello para fundar el dilatado imperio de los incas, que, como el de los aztecas de Méjico, era el más civilizado que encontraron los conquistadores del Nuevo Mundo. Fray Marcos de Niza, que ha hecho la genealogía de los incas en su libro *Las dos ramas de los Señores de Cuzco y Quito*, hace remontar con mucho fundamento el origen del imperio al año 1021. En el espacio de cinco siglos que precedieron á la llegada de los españoles, se sucedieron quince incas; y después de este acontecimiento reinaron cuatro por treinta y ocho

años, aunque sólo con sombra de autoridad. Al último, con el cual terminó la dinastía y que se llamaba Tupac-Amaru, lo hizo fusilar el Virrey Toledo, junto con su esposa, hijos y cuñado. Tan injustificable debió ser la conducta de este Virrey, que es fama le dijo Felipe II al presentarse á la corte para pedir recompensa de sus servicios: «anda á tu casa, que yo no te envié al Perú para que matases reyes, sino para que sirvieses á reyes». Estas palabras impresionaron á Toledo tan hondamente, que murió á los pocos días víctima de la melancolía.

También era renombrada la isla de Titicaca por contener el grandioso y espléndido templo consagrado al sol, uno de los tres adoratorios más populares que existían en el Perú antes del descubrimiento de América, y á cuya puerta había dos enormes leones y dos cóndores de piedra.

Los otros dos templos eran el de Pachacamac á seis leguas largas de Lima, y el del Cuzco, donde había acumuladas enormes riquezas, siendo notabilísimo el ídolo del astro del día representado en forma de hombre con rostro radiante, el cual, cuando tomaron la ciudad los españoles, correspondió en suerte al soldado Manso Sierra.

Esa parte de botín, que valía millones, bastaba para asegurar el porvenir tranquilo y lujoso de su dueño; mas no pensó éste en regresar á su patria á gozar del fruto de sus sacrificios, como lo hicieran otros, sino que en el mismo día se puso á jugar, y perdió sobre una carta su inmensa fortuna. De este episodio fantástico se dice que nació el proverbio *Jugar el sol antes que nazca*. El templo más visitado del reino era el de Titicaca, y también el que más objetos de oro y plata contenía, los cuales echaron los indios al lago, cuando entraron á la isla los primeros españoles con el capitán Illescas. El P. Blas Valera dice que los indios le certifi-

caron «que era tanto lo que había sobrado de oro y plata, que pudieran hacer de ello otro templo desde los fundamentos hasta la cumbre sin mezcla de otro material, y que luego que los indios supieron la entrada de los españoles en aquella tierra, y que iban tomando para sí cuanta riqueza hallaban, la echaron toda aquella á aquel gran lago.»

En este templo se hacían ofrendas de metales preciosos, conchas, plumas, lana, maíz, chicha, y ropa de Combi, la más fina que se tejía en toda la región. Después empezaron á sacrificar conejos y cuyes (cochinos de india), hasta que Topa Inga substituyó estas víctimas por corderos y llamas sin mancha y por niños de tierna edad que no pasasen de quince años.

Se llegaron á inmolar hasta doscientas de estas débiles criaturas en un solo día; principalmente se realizaban en las fiestas del sol y de la luna, ó en casos graves para el Inca, como cuando estaba enfermo ó en guerra. Todavía se ven en la isla de Titicaca las ruinas de dicho templo y de la morada de las vírgenes consagradas al culto del sol.

Eran estas vírgenes á semejanza de las vestales de Roma; se las recibía á la edad de ocho años, y se criaban en recogimiento hasta los quince ó dieciséis. En esa edad las sacaban para desposarlas con el Inca ó con sus capitanes favoritos; aunque esto se hacía rara vez en las fiestas muy principales y con orden expresa del soberano. Cuando después se ensangrentó el culto, algunas eran sacrificadas al sol. Tenían entre ellas sus *mamaconas*, especie de maestras de novicias, que les enseñaban á hilar y tejer, como también el servicio del culto y el cumplimiento de sus deberes. Todo estaba allí ordenado como en el más rígido monasterio y su número llegó á mil quinientas según un cronista. Á cualquiera que sin licencia del Inca ó su Vicario entra-

ba en uno de estos asilos de vírgenes le costaba la vida: á unos los ahorcaban, á otros los cubrían de piedras ó de saetas. Á la virgen que faltaba á su prometida pureza la enterraban viva.

Como el número de peregrinos que acudían al templo del sol era crecidísimo, á fin de proporcionarles un puesto de alojamiento, Tupac-inca fundó á las orillas del lago el pueblo de Copacabana con diferentes familias, que trajo de cuarenta y dos tribus distintas de su vasto imperio. Desde el principio se le consideró como lugar sagrado, se le concedieron prerrogativas especiales, y se construyeron en él inmensos graneros (*colcas*) y grandes hospederías (*carpahuasi*). Dióle el nombre de Copacabana, que en aimará quiere decir *pedra preciosa que da vida*.

Este sitio, donde el demonio tenía establecido su centro de abominaciones, quiso purificarlo la Virgen Inmaculada estableciendo en él su trono de misericordias. Las palabras de Isaías: *Un pueblo que andaba en tinieblas vió una luz muy grande*, pocas veces se habrán aplicado con más propiedad que á Copacabana. Pues allí donde antes la inmunda idolatría tenía las almas sumergidas en la más densa oscuridad, ahora, por la misericordia de Dios, brilla más que la luna y la radiante aurora la Estrella de Jacob, la que en los cielos hizo salir una luz indeficiente.

Copacabana, célebre en la época de la idolatría, lo ha sido mucho más en la era cristiana. Fué en un tiempo la romería más célebre de toda la América del Sur y su nombre se dió á conocer en todo el orbe católico. Al presente ha decaído mucho, no es sombra de lo que fué.

Copacabana es una ciudad pequeña de la provincia de Omasuyos, departamento de la Paz, en Bolivia. Los bolivianos la llaman *bendita* á causa de que sus casas se agrupan al rededor del santuario de Nuestra Señora.

caron «que era tanto lo que había sobrado de oro y plata, que pudieran hacer de ello otro templo desde los fundamentos hasta la cumbre sin mezcla de otro material, y que luego que los indios supieron la entrada de los españoles en aquella tierra, y que iban tomando para sí cuanta riqueza hallaban, la echaron toda aquella á aquel gran lago.»

En este templo se hacían ofrendas de metales preciosos, conchas, plumas, lana, maíz, chicha, y ropa de Combi, la más fina que se tejía en toda la región. Después empezaron á sacrificar conejos y cuyes (cochinos de india), hasta que Topa Inga substituyó estas víctimas por corderos y llamas sin mancha y por niños de tierna edad que no pasasen de quince años.

Se llegaron á inmolar hasta doscientas de estas débiles criaturas en un solo día; principalmente se realizaban en las fiestas del sol y de la luna, ó en casos graves para el Inca, como cuando estaba enfermo ó en guerra. Todavía se ven en la isla de Titicaca las ruinas de dicho templo y de la morada de las vírgenes consagradas al culto del sol.

Eran estas vírgenes á semejanza de las vestales de Roma; se las recibía á la edad de ocho años, y se criaban en recogimiento hasta los quince ó dieciséis. En esa edad las sacaban para desposarlas con el Inca ó con sus capitanes favoritos; aunque esto se hacía rara vez en las fiestas muy principales y con orden expresa del soberano. Cuando después se ensangrentó el culto, algunas eran sacrificadas al sol. Tenían entre ellas sus *mamaconas*, especie de maestras de novicias, que les enseñaban á hilar y tejer, como también el servicio del culto y el cumplimiento de sus deberes. Todo estaba allí ordenado como en el más rígido monasterio y su número llegó á mil quinientas según un cronista. Á cualquiera que sin licencia del Inca ó su Vicario entra-

ba en uno de estos asilos de vírgenes le costaba la vida: á unos los ahorcaban, á otros los cubrían de piedras ó de saetas. Á la virgen que faltaba á su prometida pureza la enterraban viva.

Como el número de peregrinos que acudían al templo del sol era crecidísimo, á fin de proporcionarles un puesto de alojamiento, Tupac-inca fundó á las orillas del lago el pueblo de Copacabana con diferentes familias, que trajo de cuarenta y dos tribus distintas de su vasto imperio. Desde el principio se le consideró como lugar sagrado, se le concedieron prerrogativas especiales, y se construyeron en él inmensos graneros (*colcas*) y grandes hospederías (*carpahuasi*). Dióle el nombre de Copacabana, que en aimará quiere decir *pedra preciosa que da vida*.

Este sitio, donde el demonio tenía establecido su centro de abominaciones, quiso purificarlo la Virgen Inmaculada estableciendo en él su trono de misericordias. Las palabras de Isaías: *Un pueblo que andaba en tinieblas vió una luz muy grande*, pocas veces se habrán aplicado con más propiedad que á Copacabana. Pues allí donde antes la inmunda idolatría tenía las almas sumergidas en la más densa oscuridad, ahora, por la misericordia de Dios, brilla más que la luna y la radiante aurora la Estrella de Jacob, la que en los cielos hizo salir una luz indeficiente.

Copacabana, célebre en la época de la idolatría, lo ha sido mucho más en la era cristiana. Fué en un tiempo la romería más célebre de toda la América del Sur y su nombre se dió á conocer en todo el orbe católico. Al presente ha decaído mucho, no es sombra de lo que fué.

Copacabana es una ciudad pequeña de la provincia de Omasuyos, departamento de la Paz, en Bolivia. Los bolivianos la llaman *bendita* á causa de que sus casas se agrupan al rededor del santuario de Nuestra Señora.

II

ORIGEN DE LA IMAGEN

En 1530 desembarcaron en el Perú los primeros misioneros católicos, acompañando á las huestes españolas, que á las órdenes de Francisco Pizarro exploraron y conquistaron aquel vasto imperio. Tradiciones antiguas afirman que Copacabana fué uno de los primeros pueblos que recibió el beneficio de la predicación evangélica. Algunos indígenas, correspondiendo á la gracia, fueron regenerados con el agua saludable del bautismo. Sin embargo, contra las halagüeñas esperanzas de los sacerdotes, la conversión de los peruanos á la fe no se hizo súbitamente y de un golpe. La suavidad de carácter de las gentes, el grado de cultura que descubrieron en ellas los conquistadores, ciertas doctrinas que parecían tener analogía con las verdades del antiguo y nuevo testamento, eran feliz augurio de que la semilla evangélica germinaría pronto y echaría hondas raíces; mas ciertos vicios degradantes, las supersticiones populares y el temor que abrigaban los indios al enojo de sus falsas divinidades oponían serios obstáculos. Empero, cincuenta años después de la conquista, el catolicismo contaba numerosos prosélitos, se habían edificado iglesias y capillas y hasta se habían erigido parroquias y obispados. El obispado de la Plata, á cuya jurisdicción pertenecía entonces Copacabana, lo había erigido Julio III en 1552.

No se crea por esto que la idolatría fuera vencida y extinguida del todo. Los españoles es cierto que prohibían los sacrificios humanos donde quiera que pusiesen el pie, derribaban los templos paganos y proscribían el culto de los ídolos; así y todo, continuaban practicándo-

se supersticiones idolátricas hasta por los mismos indios que abrazaban el cristianismo, sea por ignorancia ó arrastrados por la violencia de un hábito inveterado. La tradición enseña que entre los convertidos de Copacabana hubo algunos á quienes devoraba el celo de lograr que sus compatriotas abrazaran la religión de Jesucristo y dejaran para siempre el paganismo.

Fué uno de éstos el noble D. Francisco Tito Yupanqui, vástago de la familia imperial y á quien correspondía por tanto el título de inca. Se ignora la época y la edad en que se convirtió al cristianismo; pero por sus laudables acciones y por su celo en propagar la buena nueva del evangelio podemos presumir que era devotísimo de la Madre de Dios. Hizo voto, según es tradición en el Perú, de levantar una estatua á la celestial Señora, á fin de conseguir de Ella la conversión de sus hermanos, sobre todo de los que moraban en Copacabana, su querido pueblo. Los hechos realizados dan motivo para creer que tal voto fué inspiración del cielo.

En aquella época era moralmente imposible realizar el proyecto. Los peruanos sabían labrar los metales, especialmente el oro; pero no había artista cristiano á quien confiar tallase la imagen. Yupanqui no era escultor ni pintor, y á los paganos les faltaba inspiración y gracia para trasladar al lienzo ó á la madera el idea de la Madre de Dios. Comprendiendo el devoto peruano las dificultades del proyecto, no cesaba de pedir á la misma Virgen Santísima le inspirara el modo de llevarle á efecto. Un día le pareció ver su cuarto alumbrado por luz vivísima, y en medio de ella una señora de dulce y grave aspecto, vestida de amplio manto que, graciosamente recogido sobre sus hombros, caía en numerosos pliegues hasta cubrir la orla de su vestido. En el brazo izquierdo sostenía un niño, cuya cabecita se reclinaba en el seno de la matrona, y en la mano izquierda una

vela. Yupanqui no dudó que esta señora era la Virgen Inmaculada, que se le aparecía para indicarle el modo cómo deseaba ser representada; así es que al desvanecerse la visión y vuelto en sí del asombro, resolvió esculpir él mismo una imagen á imitación de la que había visto, confiando que la Virgen guiaría su inexperto brazo. Para ensayarse hizo una de barro; pero le salió tan tosca é imperfecta que, aunque se la recibieron y colocaron en el altar por algún tiempo, luego se la desecharon con desaire. Esto le decidió á trasladarse á la cercana ciudad de Potosí á fin de colocarse de aprendiz con un escultor y realizar de esta suerte su más acariciado ensueño. Entonces Potosí, á causa de las fabulosas riquezas de sus minas, era como el emporio del comercio (1).

(1) Un indio llamado Gualca descubrió por casualidad el mineral de Potosí. Para defenderse del frío encendió fuego, y vió al amanecer que «derretido el poderoso metal con el fuego, había corrido en hilos de plata». Los productos salidos de las minas son incalculables. Don Vicente Ballivián y Rojas en su *Archivo boliviano*, dice que se elevan á la suma de tres mil seiscientos treinta y un millones veintiocho mil trescientos sesenta y dos pesos fuertes. Las *Crónicas* de Martínez Vélez añaden mil pequeños detalles que acaban de dar perfecto colorido al cuadro de esa opulencia. Las exequias del emperador Carlos V costaron ciento diez mil pesos, y las de Felipe II ciento treinta mil. Hubo banquete como el del criollo Solórzano, en el cual se gastaron setenta y seis mil pesos, y fiestas de bodas, que subieron á mayores sumas, siendo las comunes de cuarenta mil pesos. En el año 1580, de los vecinos de aquella gran ciudad los menos ricos tenían trescientos ó cuatrocientos mil pesos; y sólo Quiroga en el siglo siguiente pagó en quintos al rey de España nada menos que quince millones. De este mismo Quiroga se cuenta que habiendo ido á Lima á visitar al Virrey del Perú, conde de Lemos, preguntó á uno de los criados de palacio cuánto gasto tenía su señor cada semana; respondió éste, dice el cronista, con grande exageración, diciendo no tener igual, que 400 pesos. «Esto, replicó Quiroga, gasto yo en el cerro de Potosí en velas de sebo». ¡Y decía verdad! (Walker Martínez, *Páginas de un viaje al través*

En esa época llegó á tener ciento sesenta mil habitantes (hoy apenas cuenta cinco mil); así es que allí acudían obreros, artesanos y cuantos tenían habilidades especiales. El día 4 de Junio de 1582 empezó su obra de imagen, empeñando la benignidad de María con ayunos y fervientes oraciones, pidiéndole acierto y gracia en su hechura. Aunque aplicó todas las fuerzas de su inteligencia para que saliera con las hermosas facciones de la visión que se le había aparecido, sólo resultó un desgraciado simulacro. Sin embargo no tardó en divulgarse en Potosí y sus cercanías que el noble Francisco Tito Yupanqui había labrado con sus manos una estatua de la Virgen. La noticia se extendió á todo el país y llegó á Copacabana, donde se había erigido una parroquia, á la cual acudían las tribus de los Aman-say, de los Omasuy y de los Urinsay. Y llegó la nueva cabalmente cuando una cuestión religiosa traía agitados y divididos los ánimos.

En Enero de 1582 fríos intensos, impropios del clima benigno de Copacabana, amenazaban arruinar las cosechas, y los habitantes temieron los efectos de la carestía de los elementos principales de vida. Los cristia-

de la América del Sur.—Santiago de Chile 1903). Y mientras la gente aventurera como Centeno y el Capitán Villarreal sacaron millones, el indio Gualca murió de hambre y fatiga. La Providencia divina se cansó con los excesos que allí se llevaban á cabo y sobre todo por la injusticia que cometían con los infelices indios obligándolos á pagar el tributo personal de las horribles mitas (trabajo forzoso en las minas).

Reunían á los desventurados en unos corrales que todavía se conservan, y después se los repartían los amos. Los mitayos casi nunca volvían á ver á sus familias y pueblos, pues morían víctimas del trabajo y del trato que recibían. En 1626 reventó una de las lagunas, se desplomó sobre la ciudad perdiéndose cuatro mil vidas y varios millones de pesos. Desde entonces no ha vuelto á surgir Potosí.

nos más fervorosos propusieron que se hiciesen públicas rogativas para conjurar aquel azote de Dios. Y en medio de la general consternación se concibió la idea de fundar en el templo parroquial una asociación ó cofradía en honor de la Virgen de la Candelaria, cuya fiesta se aproximaba, para tener propicia á la Virgen y asegurar su valioso patrocinio. La proposición fué aceptada con entusiasmo por los Amansay y Omasuy, pero fué combatida por los Urinsay, que opinaban no debía fundarse otra congregación en la iglesia de Copacabana, en donde ya había una en honor del mártir San Sebastián, alegando, para dar más fuerza á su opinión, que la población era de escaso vecindario y los recursos pocos para sostener dos cofradías. No se convencieron con estos especiosos argumentos los devotos de la Virgen, y el negocio quedó sin resolverse por algún tiempo.

Moraba en Copacabana un personaje principal que compartía con la mayoría de sus conciudadanos la devoción á la Virgen y el deseo de obsequiarla. Llamábase Alfonso Viracocha, de la familia de los emperadores; se había convertido al cristianismo, y su único anhelo era el de extender el reino de Jesucristo y el amor á su Inmaculada Madre. Confiaba que la excelsa Señora sería la red que había de coger á los infelices que aún estaban sumidos en el abismo del error y de la idolatría. Cuando se propuso la fundación de la cofradía, la apoyó con todo el prestigio que le concedía su sangre y su alta posición; y habiendo sabido que su pariente Francisco Tito Yupanqui había labrado por sus propias manos la efigie de la Candelaria, en el mes de Junio del mismo año se trasladó á Potosí. Habló á Yupanqui de la proyectada asociación, y le pidió que cediese á ésta la imagen que acababa de esculpir. Tito alabó el pensamiento concebido, manifestó la esperanza que abri-

gaba de que se realizaría, y ofreció gustoso la imagen, aunque conocía sus defectos, confiando que la Virgen Inmaculada los corregiría.

Lleno de júbilo Alfonso por haber hallado en su pariente un celoso cooperador de su obra, resolvió recabar licencia del obispo de la Plata para erigir canónicamente la cofradía. Antes de hablar al Prelado, expuso la demanda á uno de los familiares, el cual por motivos poco dignos le desanimó, diciendo que su señor no daba tales licencias y que era imposible fundar capellanías sin rentas. Entristecido por la negativa Alfonso fué á visitar á un sabio y prudente sacerdote, quien le infundió gratas esperanzas, diciéndole que quizás el obispo bien informado accedería á sus deseos. Le redactó un memorial en regla, que Alfonso presentó humildemente al Prelado, junto con una copia de la imagen de Yupanqui. En cuanto el obispo miró la estampa la desechó, diciendo que lejos de excitar la devoción de los fieles, serviría de burla y crítica, y así se negó á dar permiso para fundar la cofradía.

El piadoso Yupanqui quedó con el alma acongojada al ver que por su poca habilidad la Virgen no podía ser honrada. Pero resolvió hacer dulce violencia al Corazón de María con ayunos y oraciones á fin de que acertase á retocar su obra.

Mientras Alfonso quedaba en la Plata agenciando el asunto de la cofradía, valiéndose del influjo de distinguidos personajes, Yupanqui regresó á Potosí con la idea de trasladarse á la Paz á procurar la reforma de la efigie. Buscó compatriotas suyos que se encontraban en Potosí con motivo de las *mitas*, y le ayudaron á llevar en hombros y bien envuelta la inacabada efigie. Al llegar á la Paz supo que un pintor español decoraba el retablo del templo de San Francisco, y en el momento le visitó para solicitar que lo recibiese de aprendiz sin

darle retribución ó salario. Cuando se hubo ganado la confianza y estima del dorador, le habló de su imagen, suplicándole que la viese, le proporcionase el oro necesario para decorarla y dejarla perfecta. Accedió el maestro prometiéndole que al día siguiente, que era festivo, pasaría por su casa, promesa que llenó de gozo al devoto oficial, esperando que ya daría feliz remate á su efigie. Pero al desenvolverla para tenerla pronto cuando llegase el dorador, tuvo la indecible pena de encontrarla descompuesta y maltratada, sin que pudiera averiguar la causa. Acudieron á su mente tentaciones de abandonar una empresa que tantos sinsabores le ocasionaba; pero confiado en Dios y alentado por el dorador, se dedicó tres meses á reponerla en su primitivo estado. Esta tenaz y devota porfia le fué sacando maestro de su devota imagen de la Candelaria. Esa ocupación formaba sus delicias y gratos recreos y parece que el Señor le comunicaba célicos ideales que su rudeza le negaba. Y esta suposición no es del todo gratuita, pues sin asistencia de lo alto, era imposible que de manos tan toscas, que habían sufrido tantos desengaños y habían recibido tantos bochornos, saliese una imagen que reuniese á la más peregrina belleza la majestad más imponente; cuyos ojos y facciones, al par que infunden respeto, conmueven el alma, hacen palpar el corazón de cuantos la miran, arrancan dulces lágrimas de los fieles y ablandan los pechos endurecidos de los incrédulos y pecadores. En su presencia el alma bien dispuesta se siente atraída como por imán poderoso. Es notable que sus ojos, sin ser de vidrio, sean tan hermosos que no se dejan mirar, y ellos parece que le miran á uno lo más recóndito del corazón. El Niño de sus brazos tiene expresión tan tierna y fisonomía tan risueña que invitan al más casto amor.

No nos debe extrañar que, al ver Yupanqui su Cande-

laria tan hermosa, quedase extasiado de júbilo y la besase respetuosamente con labios encendidos por la gratitud y el amor. Para dar expansión al gozo de su pecho, quiso mostrar la efigie al religioso franciscano P. Francisco Navarrete, varón de acendrada piedad, quien á la primera vista de la no concluida imagen quiso que la llevasen á su celda para que la concluyese y dorase con más esmero, aunque su principal objeto era para recrear su alma con el simulacro de Maria, del cual no apartaba los ojos y cada día le parecía más hermoso. Asegúrase que varias veces lo vió rodeado de resplandores. Al fin la imagen se acabó, afirmando la tradición, ó piadosa leyenda, que fueron dos ángeles los que la retocaron, dando sobre todo belleza singular á los rostros de la Virgen y del divino Niño. Lo cierto es que los peritos informaron que no sólo estaba concluida y perfecta, sino que era digna de toda veneración sobre muchas otras imágenes de la Santísima Virgen. Con tal declaración Yupanqui quedó más contento que si le hubiesen devuelto el trono de sus abuelos. No se cansaba de dar gracias á Dios, que le recompensaba con munificencia soberana los desaires y amarguras que había experimentado.

El R. P. Sanz hace la siguiente descripción de la imagen: «el bulto de esta santa imagen es de maguey bien estucada, con pasta muy compacta, que la hace parecer de madera; está dorada toda ella, menos las manos y la cara. Sobre el dorado tiene sus colores floreados y rayados con curiosidad, para figurarla con manto, túnica y toca de lama ó tisú; cuya clase de labor parece que los doradores la llaman esgrafiado. La imagen descansa y está unida en un pedestal cuadrado de cinco pulgadas de alto; así es que toda ella tiene como cinco cuartos, desde el pie del pedestal hasta la cabeza de la Virgen. Su manto lo tiene muy recogido y pegado al

cuerpo, y no ensanchado como el que se le sobrepone de lama ó brocado para mayor adorno».

III

LA IMAGEN EN COPACABANA

Pocos días después de tan fausto suceso llegó á la Paz Alfonso Viracocha con el permiso del obispo para fundar la cofradía de la Purificación ó Candelaria en la iglesia parroquial de Copacabana. Los habitantes de la Paz, que habían sabido el prodigio de los resplandores que salían de la imagen mientras estaba en la celda del P. Navarrete, manifestaron á Alfonso sus deseos de que quedase en la ciudad tan valiosa prenda; mas él no quería privar á su pueblo del beneficio que le dispensaba el cielo. Excusóse con ellos, y sin pérdida de tiempo se trasladó á Copacabana á dar la feliz nueva. Todos se llenaron de regocijo, incluso los Urinsay, que consintieron en la fundación de la cofradía; pero rehusaban admitir la imagen elaborada por Yupanqui en razón de no corresponder á las reglas del arte. No fué bastante para doblegarlos el haberles referido Alfonso las maravillas verificadas en la Paz. Por fin interpuso su autoridad un influyente vecino, y el día 2 de Febrero de 1583 hizo su entrada solemne la Virgen de la Candelaria en medio del regocijo público, y fué colocada en modesta capilla, que con el transcurso de los años debía trasformarse en uno de los santuarios más célebres de la cristiandad. En el mismo quedó establecida la cofradía, siendo Alfonso Viracocha y Francisco Tito Yupanqui los primeros en inscribir sus nombres.

Como el ejemplo es el mejor estímulo para el bien, en el acto se inscribieron también los más ricos del pueblo y los vecinos todos en masa. Luego vino el P. Diego

Torres, rector de la Compañía de Jesús en Juli, asentándose por cofrades todos los individuos de la comunidad y comprometiéndose con una misa anual, promesa que guardaron hasta su extinción, habiendo sido los más celosos promovedores del culto de esta soberana Reina.

Un hecho singular, acaecido en el mismo año, contribuyó á que se acrecentase la devoción á la Madre de Dios. Los piadosos Amansay querían que se dotase de bienes prediales al templo de la Virgen, á fin de que con sus réditos se proveyera al culto de la santa imagen. Los Urinsay se opusieron á tan plausible idea. Durante varios meses de aquel año no cayó una sola gota de lluvia, por lo cual se temió que se perdiesen las cosechas y que por la sequía no pudieran labrar la tierra para nuevas siembras. Los Amansay acudieron á su celestial Patrona y fueron consolados con benéfica lluvia. De este beneficio no disfrutaron los Urinsay, pues sus campos quedaron agostados. Ellos reconocieron el castigo del cielo por haberse opuesto á proveer de rentas el santuario, lloraron su falta y contribuyeron al decoro del culto.

En 1587 una pertinaz sequía desoló nuevamente las campiñas, y los Amansay acudieron á su único refugio, la Virgen de la Candelaria. Hicieron celebrar una misa solemne, y al punto fueron favorecidos con abundante lluvia. Pero sólo ellos fueron los agraciados, pues los campos vecinos quedaron áridos y secos. Temerosos los Urinsay de quedar reducidos á la más triste miseria, acudieron compungidos á implorar el auxilio de María, y esta buena Madre, compadecida de sus hijos penitentes, mandó á las nubes que descargasen sus aguas sobre toda la comarca de Copacabana (1).

(1) De estos milagros hizo asunto el eminente dramaturgo Calderón de la Barca en la comedia titulada la *Aurora en Copacabana*, donde dice:

cuerpo, y no ensanchado como el que se le sobrepone de lama ó brocado para mayor adorno».

III

LA IMAGEN EN COPACABANA

Pocos días después de tan fausto suceso llegó á la Paz Alfonso Viracocha con el permiso del obispo para fundar la cofradía de la Purificación ó Candelaria en la iglesia parroquial de Copacabana. Los habitantes de la Paz, que habían sabido el prodigio de los resplandores que salían de la imagen mientras estaba en la celda del P. Navarrete, manifestaron á Alfonso sus deseos de que quedase en la ciudad tan valiosa prenda; mas él no quería privar á su pueblo del beneficio que le dispensaba el cielo. Excusóse con ellos, y sin pérdida de tiempo se trasladó á Copacabana á dar la feliz nueva. Todos se llenaron de regocijo, incluso los Urinsay, que consintieron en la fundación de la cofradía; pero rehusaban admitir la imagen elaborada por Yupanqui en razón de no corresponder á las reglas del arte. No fué bastante para doblegarlos el haberles referido Alfonso las maravillas verificadas en la Paz. Por fin interpuso su autoridad un influyente vecino, y el día 2 de Febrero de 1583 hizo su entrada solemne la Virgen de la Candelaria en medio del regocijo público, y fué colocada en modesta capilla, que con el transcurso de los años debía trasformarse en uno de los santuarios más célebres de la cristiandad. En el mismo quedó establecida la cofradía, siendo Alfonso Viracocha y Francisco Tito Yupanqui los primeros en inscribir sus nombres.

Como el ejemplo es el mejor estímulo para el bien, en el acto se inscribieron también los más ricos del pueblo y los vecinos todos en masa. Luego vino el P. Diego

Torres, rector de la Compañía de Jesús en Juli, asentándose por cofrades todos los individuos de la comunidad y comprometiéndose con una misa anual, promesa que guardaron hasta su extinción, habiendo sido los más celosos promovedores del culto de esta soberana Reina.

Un hecho singular, acaecido en el mismo año, contribuyó á que se acrecentase la devoción á la Madre de Dios. Los piadosos Amansay querían que se dotase de bienes prediales al templo de la Virgen, á fin de que con sus réditos se proveyera al culto de la santa imagen. Los Urinsay se opusieron á tan plausible idea. Durante varios meses de aquel año no cayó una sola gota de lluvia, por lo cual se temió que se perdiesen las cosechas y que por la sequía no pudieran labrar la tierra para nuevas siembras. Los Amansay acudieron á su celestial Patrona y fueron consolados con benéfica lluvia. De este beneficio no disfrutaron los Urinsay, pues sus campos quedaron agostados. Ellos reconocieron el castigo del cielo por haberse opuesto á proveer de rentas el santuario, lloraron su falta y contribuyeron al decoro del culto.

En 1587 una pertinaz sequía desoló nuevamente las campiñas, y los Amansay acudieron á su único refugio, la Virgen de la Candelaria. Hicieron celebrar una misa solemne, y al punto fueron favorecidos con abundante lluvia. Pero sólo ellos fueron los agraciados, pues los campos vecinos quedaron áridos y secos. Temerosos los Urinsay de quedar reducidos á la más triste miseria, acudieron compungidos á implorar el auxilio de María, y esta buena Madre, compadecida de sus hijos penitentes, mandó á las nubes que descargasen sus aguas sobre toda la comarca de Copacabana (1).

(1) De estos milagros hizo asunto el eminente dramaturgo Calderón de la Barca en la comedia titulada la *Aurora en Copacabana*, donde dice:

IV

EL SANTUARIO

Como los prodigios obrados por la Virgen de Copacabana despertasen grande entusiasmo en los fieles y desde lejanos países acudiesen romeros á implorar la clemencia de María, á fin de que el culto se celebrase con más pompa y solemnidad, el monarca español por Real Cédula de 7 de Enero de 1588, decretó que se fundase una comunidad de Religiosos Agustinos. Al año siguiente se cumplió la sabia disposición del rey, y los hijos de San Agustín, durante toda la época colonial, es decir, por espacio de doscientos treinta y siete años, fueron los celosos guardianes de la Santísima Virgen. Con las crecidas limosnas que entregaban los fieles, y sobre todo con el apoyo moral y material del conde de Lemos, Virrey del Perú, en el año 1640 levantaron el hermoso templo actual. Aunque no es de estilo gótico, ni esbelto, como algunos santuarios europeos, es de buena arquitectura, y más proporcionado que muchas catedrales. Está coronado de varias cúpulas blancas que, vistas de lejos, le dan semejanza de una gran basílica. Su construcción fué sólida, pues en ella tomó empe-

Mas como siempre el demonio
Obstinadamente lidia
En estorbar devociones,
Bandos introdujo y riñas
Entre dos nobles linajes
Sobre qué patrón elijan.
Los Urisayas, de quien
Cabeza es Andrés Jaira
Anciano cacique noble,
Que allá en sus ritos solia
Ser sacerdote del sol,

Sabiendo cuánto domina
Sobre la peste su santa
Intercesión, solicitan
Que sea San Sebastián
Titular de la obra pia:
Otro de los Anasayas,
Cabeza que hoy se apellida,
Por ser de aquella real sangre,
Francisco Yupanqui, Inca,
En que María ha de ser
La Patrona, y no otro, insta etc..

ño el Virrey, trayendo expresamente operarios europeos. Está hecho de cal y canto, y de gruesos y consistentes ladrillos. En el exterior tiene 14'21 metros de altura desde el suelo hasta la cornisa que rodea todo el edificio. La torre es robusta y de buen gusto, y tiene 33'50 metros de altura, con su respectivo cimborio. La cúpula principal no tiene ventanas, lo que contribuye á la oscuridad del centro de la iglesia. El techo ó parte superior de la bóveda, lo mismo que la torre y las cúpulas, están chapeadas de azulejos relucientes.

En el interior la forma del templo es la de una cruz perfecta, teniendo de largo 61'86 metros por 9'50 de ancho, sin contar el grueso de las paredes, que es de un metro y sesenta y siete centímetros. En el cuerpo de la iglesia hay cinco capillas, que tienen poco menos de tres metros de fondo, y entre sus arcos dorados de madera y la cornisa están pintados varios milagros obrados por la invocación de la santa imagen.

En el coro, que es un cuadro perfecto, hay dos órganos; en su sólido arco semicircular se lee en grandes letras doradas esta inscripción latina: *Tota pulchra es, Maria, et macula originalis non est in te*. La cornisa, el friso, así como los pilares medio salientes, sobre los cuales descansan los arcos de la bóveda, son dorados con floresta, figurando en el centro medallones pintados y sostenidos por dos ángeles. Entre las capillas hay cuatro grandes y hermosos lienzos debidos al delicado pincel de un artista europeo. Representan el nacimiento de San Juan Bautista, la Presentación de la Virgen al templo, el taller de San José, y los santos desposorios, que es el más bello y clásico de todos.

El altar mayor, de estilo churrigueresco, es un conjunto de adornos, estatuas, arcos, columnas, que prueban la paciencia del arquitecto y la generosidad de la persona piadosa que lo costeó. En el centro está la hor-

nacina donde se guarda la santa imagen. La imagen, llena de alhajas, cife en la cabeza corona de oro de valor inestimable, tanto por las piedras preciosas que tiene engastadas cuanto por su rara labor y curioso esmalte. Sobre la corona lleva círculo de oro con doce estrellas, lujosos pendientes en las orejas, un collar de finísimas perlas en el cuello, prendedores de brillantes en el pecho, manto espléndidamente bordado y salpicado de piedras preciosas, sortijas de gran valor en los dedos, un cinto riquísimo á la cintura, y en la mano derecha una graciosa canastita de oro con palomitas de lo mismo, y bastón, regalo del conde de Lemos. En la izquierda lleva una vela de oro graciosamente figurada; la candelaja la forma una azucena adornada de perlas finas y la llama la representa un brillantísimo rubí. Sobre éstos lleva otros adornos que valen crecidas sumas, y el Niño Jesús en los brazos tan adornado como la Madre. Con tantas alhajas sólo se descubren el rostro y las manos de la veneranda efigie.

No es obra de gran mérito artístico, pero campea en su continente cierta dulzura que atrae los corazones con más fuerza que el imán al hierro. Toda la imagen descansa sobre un pedestal de plata formado con grandes hojas de lirio, como si la Virgen brotara de esta pura flor. En los pies tiene media luna de plata dorada con dos estrellas en las extremidades. El pedestal es giratorio para que la Virgen pueda volverse de cara á la iglesia ó al espacioso camarín que existe detrás del altar.

En tiempos anteriores las riquezas de este santuario eran casi fabulosas, siendo sin disputa el más suntuoso de América. El Sr. Dr. D. Vicente de la Fuente enumera los siguientes objetos valiosísimos. El cinto que ceñía y que habían regalado los Agustinos, era todo de brillantes y piedras de gran valor; entre ellas un rubí de dos pulgadas de diámetro, que era la admiración de

los inteligentes, figurando al vivo la llama de una vela; poseía además otro rubí enorme en el extremo del cirio, que ostentaba en su diestra, como efigie de la Candelaria. Un tal Alonso Escoto, para restituir á la Virgen unos pendientes y candeleros que le había robado hallándose en gran apuro, le regaló un enorme candelabro de plata que pesaba veintiséis arrobas y en el cual se colocaban 365 luces.

En 1826 lo derritió con toda la demás plata y oro del santuario el primer presidente de Bolivia, general Don Antonio José de Sucre para sufragar los gastos que demandaba la guerra de la independencia. Desde entonces cayó en gran pobreza el santuario, disminuyó el culto, que quedó encargado á un solo Capellán, en vez de la comunidad de Padres Agustinos que se habían establecido allí y que fué disuelta, obligando á sus miembros á secularizarse ó á expatriarse. Muchos prefirieron quedarse como individuos particulares cerca de aquellos claustros silenciosos donde habían profesado y pasado varios años de su vida.

Viendo el general Andrés Santa Cruz, presidente de Bolivia, que el culto decaía, pensó realzar el santuario, haciendo que se instituyese una Colegiata con cinco beneficiados. Así lo decretó el Sr. Obispo de la Paz en 4 de Noviembre de 1829; pero el no haberse solicitado la aprobación pontificia y la poca armonía que reinaba entre los nombrados, obligó á desistir del propósito. Á principios de 1842 el gobierno del general D. José Ballivián cedió el santuario y los edificios anejos á los Padres Misioneros de la Paz; pero él mismo se encargó de quitárselos, temiendo que fuesen partidarios del general Santa Cruz, que le disputaba la presidencia; y el obispo nombró entonces sacerdotes seculares que se encargasen de la administración de la parroquia. En 1851 el presidente de Bolivia, general D. Manuel Isidoro Belzú,

de acuerdo con el Sr. obispo D. Manuel Fernández de Córdoba, ordenó que fuesen al santuario los Padres Franciscanos de *Propaganda fide*. Dos veces más alternaron los frailes y los curas seglares en regir la parroquia. Desde el año 1903 están en el santuario los religiosos menores de San Francisco, y han establecido casa de estudios y noviciado, que cuenta ahora con más de veinte jóvenes. Han erigido escuela primaria, donde reciben educación cristiana los niños de la ciudad, y pronto quedará fundado un beaterio de señoras bajo la regla y estatutos de la tercera orden de San Francisco. Para esto se aprovechará la casa llamada *Beaterio*, donde por espacio de dos siglos vivieron unas virtuosas religiosas agustinas que se consagraban á cuidar de la ropa de la iglesia, á la instrucción de las pobres indias que debían desposarse, y al culto de su capilla particular dedicada á la Inmaculada Concepción.

Contiguo al lado sur del santuario se levanta el convento, siendo digno de notarse que cada una de sus caras mira perfectamente á los cuatro puntos cardinales del globo. Tiene numerosas celdas, bibliotecas y todas las oficinas necesarias á una comunidad.

Existen además dos hospederías bastante capaces, con habitaciones para los romeros que van á practicar novenarios; la una es para los indígenas y la otra para los de raza blanca.

Es digno de notarse el espacioso cementerio que se extiende entre la iglesia y la plaza. Forma un cuadro de 83,60 metros por lado, adornado con antiquísimos colles ó acebuches del país, de perpetuo verdor. En las esquinas se alzan cuatro capillas con sus cupulitas, que antes servían para las procesiones de renovación mensual. Pero como principal adorno, descuella la cúpula de las tres cruces, obra sorprendente por su solidez y por la suntuosidad de las cruces que cobija, las cuales

son de granito. La mayor, de una sola pieza, mide más de cinco metros de alto, sin el pedestal.

El piadoso romero que visita á Nuestra Señora de Copacabana, aun ahora que ha decaído su culto, experimenta dulcísimas y saludables emociones. He aquí lo que dice el eximio hombre público y literato chileno Sr. Walker Martínez, que visitó el santuario por los años de 1877: «encontrarse en algunas de las fiestas que en ese santuario se celebran, oír esos cánticos sagrados en idioma aimará, alzados al cielo por una multitud confusa de indios y españoles, venida allí desde tan lejanas provincias; sentir los ecos armoniosos de esas salves, que se han hecho famosas en todo el alto Perú; y todo esto confundido con el gemido del viento entre las ásperas y altísimas rocas que rodean, como una fortaleza, el pueblo, y con el rumor de las olas del lago, que besan los pies del santuario y que parecen alargar con estudio sus gemidos profundos al desmayarse en la playa, es escena digna de verse y de sentirse, porque en ella todo es completamente original, todo absolutamente distinto de lo que hemos visto y sentido en nuestras fiestas religiosas, en nuestras iglesias y en nuestros viajes» (1).

V
PRODIGIOS

Las gracias concedidas por la Virgen de Copacabana desde que fué colocada en su santuario son tan grandes, que asombran y encantan aun al alma más fría, y tan numerosas que podemos decir superan á las estrellas del cielo. Enfermos de todas clases se salvaron de muer-

(1) Walker Martínez Carlos, obra citada.

de acuerdo con el Sr. obispo D. Manuel Fernández de Córdoba, ordenó que fuesen al santuario los Padres Franciscanos de *Propaganda fide*. Dos veces más alternaron los frailes y los curas seglares en regir la parroquia. Desde el año 1903 están en el santuario los religiosos menores de San Francisco, y han establecido casa de estudios y noviciado, que cuenta ahora con más de veinte jóvenes. Han erigido escuela primaria, donde reciben educación cristiana los niños de la ciudad, y pronto quedará fundado un beaterio de señoras bajo la regla y estatutos de la tercera orden de San Francisco. Para esto se aprovechará la casa llamada *Beaterio*, donde por espacio de dos siglos vivieron unas virtuosas religiosas agustinas que se consagraban á cuidar de la ropa de la iglesia, á la instrucción de las pobres indias que debían desposarse, y al culto de su capilla particular dedicada á la Inmaculada Concepción.

Contiguo al lado sur del santuario se levanta el convento, siendo digno de notarse que cada una de sus caras mira perfectamente á los cuatro puntos cardinales del globo. Tiene numerosas celdas, bibliotecas y todas las oficinas necesarias á una comunidad.

Existen además dos hospederías bastante capaces, con habitaciones para los romeros que van á practicar novenarios; la una es para los indígenas y la otra para los de raza blanca.

Es digno de notarse el espacioso cementerio que se extiende entre la iglesia y la plaza. Forma un cuadro de 83,60 metros por lado, adornado con antiquísimos colles ó acebuches del país, de perpetuo verdor. En las esquinas se alzan cuatro capillas con sus cupulitas, que antes servían para las procesiones de renovación mensual. Pero como principal adorno, descuella la cúpula de las tres cruces, obra sorprendente por su solidez y por la suntuosidad de las cruces que cobija, las cuales

son de granito. La mayor, de una sola pieza, mide más de cinco metros de alto, sin el pedestal.

El piadoso romero que visita á Nuestra Señora de Copacabana, aun ahora que ha decaído su culto, experimenta dulcísimas y saludables emociones. He aquí lo que dice el eximio hombre público y literato chileno Sr. Walker Martínez, que visitó el santuario por los años de 1877: «encontrarse en algunas de las fiestas que en ese santuario se celebran, oír esos cánticos sagrados en idioma aimará, alzados al cielo por una multitud confusa de indios y españoles, venida allí desde tan lejanas provincias; sentir los ecos armoniosos de esas salves, que se han hecho famosas en todo el alto Perú; y todo esto confundido con el gemido del viento entre las ásperas y altísimas rocas que rodean, como una fortaleza, el pueblo, y con el rumor de las olas del lago, que besan los pies del santuario y que parecen alargar con estudio sus gemidos profundos al desmayarse en la playa, es escena digna de verse y de sentirse, porque en ella todo es completamente original, todo absolutamente distinto de lo que hemos visto y sentido en nuestras fiestas religiosas, en nuestras iglesias y en nuestros viajes» (1).

V
PRODIGIOS

Las gracias concedidas por la Virgen de Copacabana desde que fué colocada en su santuario son tan grandes, que asombran y encantan aun al alma más fría, y tan numerosas que podemos decir superan á las estrellas del cielo. Enfermos de todas clases se salvaron de muer-

(1) Walker Martínez Carlos, obra citada.

te segura con sólo invocar su nombre; mineros enterrados vivos por el derrumbe instantáneo de los terraplenes fueron sostenidos de modo admirable y pudieron abrirse salida y volver á contemplar la luz del día; pecadores obstinados hallaron el arrepentimiento visitando el bendito santuario. Como pequeña muestra no más de las bondades de María voy á citar tres ó cuatro hechos que relatan los cronistas y que están pintados en los muros del templo para perpetuar su memoria y la gratitud de los favorecidos.

Moraba en Chuquisaca (antes se llamaba la Plata y hoy Sucre, capital de Bolivia), un abogado famoso, llamado D. Diego, que no vivía con la honestidad prescrita por el Señor en el sexto precepto del decálogo. Mas la Providencia, que muchas veces se vale de los mismos objetos pecaminosos para castigar al delincuente, permitió que, traicionado ó desengañado por el idolo de su pasión, se desesperase de celos y le pareciese sufrir los tormentos del infierno. Comunicó sus cuitas á un amigo que creía bueno y era de índole perversa, un verdadero emisario de Lucifer; pues en vez de aconsejarle que se volviese á Dios, le sugirió que buscase otro amor criminal, que le obligaría á olvidar el primero. Como la pasión es ciega, el desatentado abogado se resolvió á practicar tan diabólico consejo. Mas he aquí que al pisar el umbral de una casa que no le convenía, lo detiene un niño impertinente. ¡Impertinencia feliz que le deparó la clemencia de María! Era un pintorcito que vendía cajitas de madera, como se acostumbra en el santuario de Copacabana, con imágenes de medio relieve, bastante parecidas al original. Abrió, pues, el pintor un cajoncito de los que llevaba; y presentándosele de improviso al caballero, que venía con bien diversos pensamientos: «señor, le dijo, cómprese usted esta Madre de Copacabana para su señora: véala usted cuán

linda es; barata se la he de dar, pero ella le ha de hacer á usted mil favores en el cuerpo y en el alma; pues es muy milagrosa. Ya habrá oído usted hablar de sus portentos. Pero si viera usted cómo lloran de gusto los que van á visitarla. Muchos enfermos van á su casa y todos»....

Seguía el pintor su retahila, de la cual sólo oyó el doctor las primeras palabras; porque ver el retrato de María, darle un vuelco el corazón, quedársele el alma arrebatada y arrasados los ojos en lágrimas, fué todo uno y cosa tan súbita como la caída de Saulo cerca de Damasco. No hizo más que tomar al pintor lo que le dió, cerrar el cajoncito, aplicarlo á su palpitante pecho y regresar á su casa sin decir una palabra. Al llegar á ella, desahogó su corazón por la boca y los ojos; se arrojó á los pies de María y derritió su alma en tales sentimientos de dolor por sus culpas y de amor á la Señora, que juró ser su eterno esclavo y servirla y amarla para siempre con todas sus potencias y sentidos. Parecía que deliraba, y deliraba en efecto con aquel delirio inefable que le hizo exclamar al más grande y al más sublime de los convertidos: *Domine, quid me vis facere?*

Su conversión fué ejemplar y edificante; y para poner un muro de eterna separación entre sí y el mundo, y para conservar mejor á María su fidelidad amorosa, fué de Chuquisaca, dejando conveniencias y honores, dejándolo todo; pasó por Copacabana para agradecer á María el milagro de haber dado vista, vida y gracia á su alma; le ratificó sus promesas á los pies de su santa imagen, y pasó á Arequipa á tomar la librea de sus custodios, el hábito de San Agustín, á quien tanto se parecía en los extravíos y en la conversión.

Todo el tiempo de su vida fué un modelo de virtud, de penitencia y de amor á María, pidiéndole sin cesar la gracia de morir el día de su Purificación: gracia que le

concedió piadosa la Madre divina que le convirtió y cautivó con la primera mirada.

Salieron de Burdeos para la Paz 22 Padres misioneros Franciscanos, por Marzo de 1853; mas, apenas estuvieron en el golfo de Vizcaya, se vieron combatidos por recios vientos que contrariaban la marcha y abatían su ánimo con las embravecidas olas. Sus plegarias se elevaban al Señor y á su Santísima Madre, bajo la advocación de Copacabana, cuya estampa habían puesto en la cámara, para que fuese la capitana de su peligrosa navegación. El día del glorioso Esposo de la Virgen calmó aquella primera tormenta; pero se siguieron otras de mayor peligro. Por la latitud de Buenos Aires estarían el 1 de Mayo, cuando un violento y repentino huracán, que apenas dió un instante para amainar algunas velas, enfureció el Atlántico de tal manera, que hacía pasar las olas por sobre el buque y oscureció el horizonte con una especie de vapor nebuloso, como si el hirviente Océano quisiera tragárselo; como parece que sumergió una fragata inglesa que en aquel momento iba con todo su velamen desplegado, y que no pareció ya más. Corría igual peligro la fragata Arequipa, donde iban los Padres; pero los clamores de su oración pronunciada á los pies del cuadro de Nuestra Señora de Copacabana obtuvieron la bonanza, sin más pérdida que dos ó tres velas menores, que no dió tiempo para recogerlas el furor del huracán que se las llevó.

Empero, mayor riesgo les esperaba todavía en el con razón temido cabo de Hornos. Ya casi estaban á punto de doblarlo, cuando los vientos se desencadenaron furiosamente, combatiendo día y noche la crugiente nave, que ya no podía regirse; se amarró el timón, y sólo se dejó media velita á la capa para equilibrar el balance, que tampoco podía conservarse, porque los golpes de mar y las olas desplomadas sobre el puente eran ince-

santes y violentas. El bramido de los vientos aumentaba el terror; el frío, la oscura niebla, la lluvia helada y penetrante, no dejaban maniobrar á los transidos marineros; el peligro se aumentaba por instantes y todo anunciaba próxima catástrofe. En efecto, después de varios días de angustias aterradoras, el 1 de Junio, un monte de agua asaltó con tal furor la proa del buque, que desplomándose sobre el palo de bauprés, lo arrancó de raíz; éste en su caída arrastró el palo de proa y parte del palo mayor, cayendo los tres con tal fracaso y estruendo, que pareció habían hecho pedazos el puente y abierto el casco de la Arequipa; y, como ésta cedía á tan enorme peso y las furiosas oleadas la sumergían de lado, creyeron llegada su última hora. Y mientras el capitán, la tripulación y algunos religiosos cortaban maromas y cadenas y arrojaban los desplomados palos al mar, los otros, en tan supremo peligro, redoblaban sus gemidos á la Virgen de Copacabana, única áncora de esperanza en aquella latitud y fatal situación. Y ciertamente, que si no hubiera sido por la valiosa protección de la Virgen, hubiesen dado al través sin remedio; porque, mientras el buque continuó ladeado, obedeciendo al peso de los palos caídos, y toda la gente útil se ocupó en la peligrosa maniobra de arrojarlos al mar, un sólo golpe de ola habría bastado para volcarlo y sumergirlo en el profundo abismo: este golpe funesto fué el que impidió la mano de María. Luego, empezó á calmar la agitación horrisona de las olas y el bramido de los vientos, que se tornaron bonancibles; y la vispera de San Buenaventura llegaron con su nave desarbolada y ruinosa al puerto de Valparaíso, donde dieron gracias á Dios con una misa solemne y comunión general, para repetírselos más tarde en el santuario de Copacabana, al llegar al término de su prolongado y averiado viaje.

No menos admirable es el suceso de Fray Isidoro

Gelis, religioso franciscano, uno de los que el año 1843 estuvieron en el santuario. Había ido á Sorata en busca de plantas y semillas para la huerta del convento; y al regresar, no pudiendo llegar á Tiquina, como pensaba, tuvo que quedarse en Combi. Asomóse á un rancho (1) cerca de la capilla, donde sólo encontró á un muchacho, á quien preguntó por sus padres y si podría alojarse allí aquella noche. Entendió el religioso que los padres del niño llegarían luego de Achacache y que él bien podía quedarse. Con este presupuesto le dijo que le proporcionase cebada para su caballito, y sacó su yesquero para hacer fuego. Sea que el ruido del eslabón ó la llegada de este huésped al anochecer asustase al muchacho, lo cierto es que él, en vez de alcanzar la cebada pedida, se escapó á llamar á la indiada, diciéndoles que el *Caricari* ó el matador había llegado á casa. Como en los ranchos de aquella finca se había desarrollado una especie de fiebre que hizo algunas víctimas, ellos en su ignorancia las creyeron sacrificadas por el *Caricari*; así es que al grito del muchacho, corrieron todos con palos y las mujeres con piedras.

Lejos estaba el pobre fraile de esperar semejante asalto, cuando al oírlos venir en alarma, les gritó que, qué querían. La contestación fué palos y pedradas con gritos frenéticos de ¡muera el *Caricari*! Semejante gritería no les permitía oír lo que él les decía para calmarlos; y no sólo le iban hiriendo por la cabeza y el cuerpo, sino que le arrancaron el poncho (2) y el hábito, buscando los cuchillos ó puñales con que creían iba armado el religioso para matar y sacar la manteca de los muertos. ¡Funesta preocupación, que causó algunos asesina-

(1) Rancho es habitación de tapias ó adobes con techo de *totosa*, planta acuática de la América del Sur.

(2) Manta ó capa de monte que se usa en los campos de la América del Sur.

tos! Nada le encontraron; y sin embargo, insistían en que los tendría ocultos, que siempre era *Caricari*, y que se hincase, porque lo iban á matar. Él les daba mil satisfacciones; pero, como no le entendían, ni querían atenderle, pues la saña los cegaba, continuaban los golpes y los gritos, llevándole hacia un hoyo cerca del camino para acabarlo y sepultarlo allí. Viéndose ya el religioso desnudo, rendido, ensangrentado y sin poderse defender de aquellas fieras, se hincó para morir, como ellos querían; pero se acordó de la Virgen y exclamó: «¡Madre de Copacabana! ¿qué os he hecho para que me permitáis esta desgracia? No me desamparéis; asistidme en mi muerte».

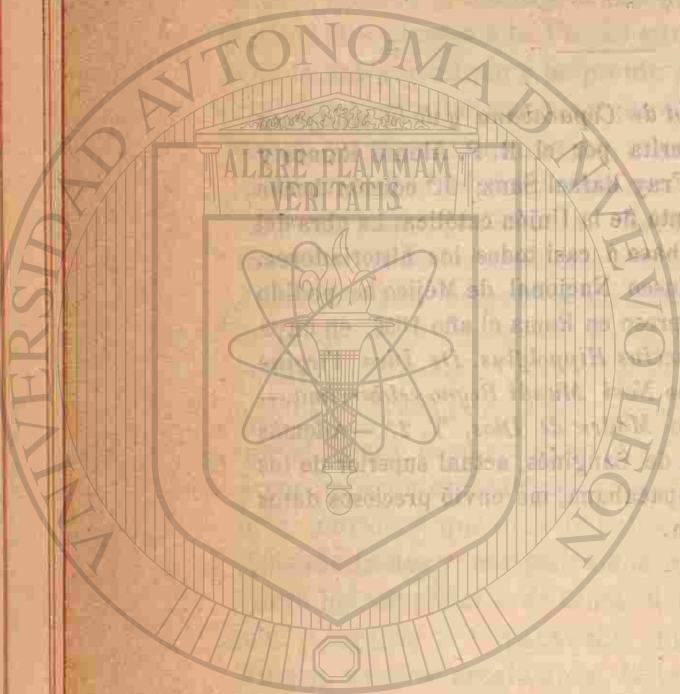
Mientras invocaba á la Virgen y rezaba su acto de contrición, llegó á los gritos el mayordomo de la finca, y abriéndose paso por entre el tumulto, quiso reconocer al *Caricari*, quizá para ayudar á matarlo; mas para el infeliz religioso fué como un ángel custodio que le mandaba María; porque al oírle y al verlo, le reconoció luego, y les dijo con enojo:—«Quitaos de aquí! éste no es *Caricari*, sino Fray Isidro de Copacabana, á quien yo conozco y vosotros lo habéis muerto».... Estaba, en efecto, tan maltratado y desfallecido, que parecía iba á espirar. Los más frenéticos se retiraron, y algunos ayudaron al mayordomo á levantar y llevar á la choza al herido agonizante, donde le abandonaron, temiendo quizás el castigo del asesinato, que ellos creyeron consumado, pero que la Virgen impidió. Pues, á pesar de varias contusiones en el cuerpo, del desangre por las heridas de la espalda, de la cabeza y de la frente, cuyas cicatrices conservó hasta el sepulcro, á pesar de la fiebre y del enajenamiento que se apoderó de él, se marchó á Tiquina al amanecer; pero maquinalmente, sin más guía que la divina conductora de los cristianos. Allí apenas lo pudieron conocer; tan desfigu-

rado estaba con la sangre ennegrecida y seca del semblante. Lo curaron con esmero; luego se cortó la fiebre, recobró el habla y la razón, y se vino á Copacabana á dar gracias á la Virgen por el socorro oportuno que le había prestado y su pronto restablecimiento.

Como prueba del atractivo que ejerce sobre los corazones la portentosa imagen, citaremos este ejemplo acaecido á mediados del siglo XIX. Llegó á Copacabana un joven belga, protestante, disoluto, incrédulo y bastante burlón de las creencias católicas. Con estas cualidades de moda, empezó á mofarse de las maravillas y de la majestad imponente de la santa imagen, que le referían los devotos con quienes iba al pueblo. Decía que todo eso eran cuentos y gazmoñerías de fanáticos; que él estaba acostumbrado á oír grandes portentos y á ver imponentes imágenes en Europa, que nada lo habían movido y que todo le había merecido desprecio. Escandalizados y compadecidos al mismo tiempo quedaron los compañeros de tanta desfachatez, y se callaron. Llegados á Copacabana, fueron á saludar á la Virgen, como se acostumbra. El belga fué también, más por reírse de la estatua y de los devotos de María Santísima, que por otra cosa; así es que, mientras los demás iban subiendo al camarín sollozando, él subía sonriéndose. Pero cuando se descubrió la venerable imagen, cuando sintió llorar á los circunstantes, cuando oyó los tiernos versos de la llegada, se hincó de rodillas maquinalmente y sintióse conmovido. Tornó á fijar su vista en el rostro de la Virgen, y la Virgen le venció. No pudo disimular ni resistir más; casi se desmayó, hasta que rompió en llanto, y se convirtió. Luego que se serenó algún tanto, le sacaron del camarín, le preguntaron qué le había sucedido; y contestó que no lo podía explicar, pero que la Virgen le había atravesado el alma, y que quería ser católico. Se le catequizó; y cuando estuvo

instruido, fué bautizado solemnemente en la catedral de la Paz. Así sabe favorecer esta santa imagen aun á sus atrevidos irrisores.

Autoridades.—*Historia de Copacabana y de la milagrosa imagen de su Virgen*, escrita por el R. P. Alonso Ramos y compendiada por el P. Fray Rafael Sanz; 3.^a edición hecha en 1886 en la Paz, imprenta de la Unión católica. La obra del P. Ramos ha servido de base á casi todos los historiadores.—En la Biblioteca del Museo Nacional de Méjico he podido hojear un libro latino impreso en Roma el año 1656, en cuya portada se lee así: *Marraccius Hippolytus, De Diva Virgine Copacabana in Peruviano Novi Mundi Regno celeberrima.*—La Fuente, *Historia de la Madre de Dios*, T. 2.^o.—Además el R. P. Fernando María de Sanginés, actual superior de los Hermanos menores en Copacabana, me envió preciosos datos y fotografía de la imagen.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUESTRA SEÑORA DE CAA-CUPÉ

CAPITULO XII

Nuestra Señora de Caacupé en el Paraguay

SUMARIO.—I. El Paraguay. II. La imagen de Caacupé.—III. Su origen. IV. El santuario.

EL PARAGUAY

Después del Uruguay, el Paraguay es la República más pequeña de la América del Sur, pues según el gran *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*, sólo mide treinta mil kilómetros cuadrados de superficie, y su población no llega á medio millón de habitantes. Á pesar de tener un clima ardiente, es hermosa en la parte central por la feracidad de su suelo y por su caudaloso río navegable. Es famosa y renombrada por el valor de sus hijos. En cinco años de titánica guerra contra las naciones aliadas, el Brasil, la Argentina y el Uruguay, los paraguayos dieron al mundo ejemplos de heroísmo dignos de los tiempos de Esparta, y se los vió caer aplastados por el número, pero sin que se rindieran jamás.

Para calcular la grandeza de esa guerra, que duró desde 1865 á 1870, baste decir que perecieron las tres cuartas partes de la población nacional, quedaron más de cien mil mujeres huérfanas ó viudas, los campos

asolados, en ruinas los edificios y quemados los archivos eclesiásticos; los documentos parroquiales suministraron el papel necesario para los cartuchos de los fusiles. Con justicia cantó un poeta:

¡Hurra espartano pueblo! De gloria te has cubierto!
Y el orbe tus hazañas frenético aclamó:
Y si vencido fuiste en gigantesca lidia,
Tan sólo tus despojos el invasor logró (1).

Ya desde los tiempos de la conquista y época colonial se hizo célebre el Paraguay, por haber logrado los Padres de la Compañía de Jesús formar un pueblo tan próspero y feliz, que dejaba eclipsada la república modelo que soñó Platón. El cristianismo hizo dichosos á aquellos indígenas, y hubieran prosperado indeciblemente, si la envidia y ambición de torpes cortesanos no hubieran derribado la obra secular con tantas fatigas realizada. No pueden leerse sin lágrimas en los ojos las bellísimas páginas del libro en que el Padre Charlevoix describe las costumbres de los indígenas, su forma de gobierno, la caridad que ejercían con los pobres y los extranjeros, las fiestas que celebraban durante el año, sobre todo la procesión del Santísimo Sacramento en el día de Corpus.

En la misma historia se refieren los adelantos que hicieron los indios guaraníes en las artes, sobre todo en la arquitectura y en los tejidos.

De las misiones de los Jesuitas era la primera imprenta que se estableció en Buenos Aires. «Hacia fines del siglo pasado, dice José Manuel Estrada (2), de los

(1) Antonio D. Lussich.

(2) *Curso de Derecho Constitucional*—Artículo, libertad de imprenta.

restos de las antiguas misiones de los Jesuitas del Paraguay, esquilmas por administradores rapaces, fué conducido á Córdoba cierto desperdicio de sus extinguidos establecimientos industriales, que las autoridades españolas de estas regiones desdeñaban, y que un gobernante, nacido en el continente americano y puesto al servicio de las provincias del Río de la Plata, hizo conducir á la capital.... Era una imprenta. Esta imprenta fué establecida en Buenos Aires, como propiedad del asilo de expósitos, y en ella se publicó el primer periódico, que se llamó *El Telégrafo Mercantil*; estuvo á cargo del coronel Cabello, saliendo su primer número en Abril de 1801».

La Santísima Virgen no podía dejar de mostrarse benigna con un pueblo tan heroico, y le regaló una imagen suya, que fuera prenda de sus ternuras y bondades. Efectivamente le ha dado una efigie de Nuestra Señora de los milagros, pero más vulgarmente conocida con el nombre de *Nuestra Señora de Caacupé*, del lugar donde radica su santuario.

II

LA IMAGEN DE CAACUPÉ

Caacupé es un pequeño pueblo que debe su existencia á la celestial Señora, por haberse dignado colocar allí su trono de misericordia.

El viajero que desea visitarlo, ha de salir de la Asunción, capital de la República; y así logrará conocer esta pintoresca ciudad, situada en las vertientes de las alturas que dominan el río Paraguay, cerca de la desembocadura del Pilcomayo, al este. Fué fundada por Juan de Ayala el 15 de Agosto de 1536, día en que obtuvo

entera y célebre victoria contra los caciques Lambaré y Nandú Guazú Rubichá. Cuenta unos 45.000 habitantes. Los más notables edificios son los templos Catedral, San Roque y Encarnación, el cabildo, la casa de gobierno, el hospital, la estación del ferrocarril, el mercado central, el palacio de López, el oratorio de la Asunción y el teatro. A las orillas del río hay ancho muelle y un tinglado para depósito de mercaderías.

El peregrino de Caacupé toma, pues, el único tren que existe en la República, pero que tiene la gloria de haber sido uno de los primeros que se trazaron en la América meridional (1). Dicho ferrocarril sale de la Asunción y termina en Paraguari, pasando por los pueblos de Trinidad, Luque, Aregua, Itanguá y Tacuazol. El camino es pintoresco y revela la exuberante vegetación del país. Se atraviesa el hermoso y dilatado valle de Pirayú, y se divisa el magnífico lago Iparacai, que se extiende en un espacio de seis leguas de largo por una de ancho próximamente. Se deja el ferrocarril, y hay que trepar una montaña que presenta los paisajes más apacibles y variados. Desde la cima se divisa el pueblo de Caacupé, situado á legua y media de distancia; y en el centro de una plaza de ciento sesenta y siete metros de largo por ciento veinte y cinco de ancho, se levanta el célebre santuario que encierra la milagrosa imagen, visitada cada año por millares de peregrinos.

El ilustrado historiador de la Virgen de Caacupé, á quien seguimos fielmente en esta reseña, describe la imagen de este modo: «es pequeña, su altura mide como unas tres cuartas de vara, sobre todo después que se les hubo antojado á sus mayordomos alargar el armaje del

(1) El primer ferrocarril hecho en la América del Sur es el que corre entre el puerto de Caldera y la ciudad de Capiapó en Chile. Su extensión es de 90 kilómetros, y comenzó á funcionar en Julio de 1852.

busto, sin consultar la estética, pero si únicamente el deseo de tener más ancho campo para adornarla con mayor profusión. Sus facciones, así como sus manos, que lleva juntas ante el pecho, están delicadamente esculpidas, pero son muy pequeñas con relación al cuerpo que posteriormente se le dió. Está dedicada á la Inmaculada Concepción, y por lo mismo viste túnica blanca y manto celeste, siendo costumbre matizar sus vestidos con alhajas, perlas y toda clase de preciosas pedrerías. Sus sienes están ceñidas de corona imperial de oro finísimo que deja escapar una rubia cabellera elegantemente rizada que se esparce por sus hombros. Descansa toda ella sobre un globo celeste, á cuya base está una media luna mayor que el diámetro del globo. La punta derecha del manto está graciosamente levantada hasta la cintura y permite ver una faja blanca bordada en realce de oro que ciñe su talle».

III

SU ORIGEN

Una tradición, que corre de boca en boca entre los habitantes de Caacupé y que se trasmite cual preciosa herencia de padres á hijos, refiere de esta suerte el origen de la santa imagen.

Antes del año 1603, un indio convertido y escultor de profesión, perteneciente á la doctrina que los Religiosos Franciscanos tenían en el lugar que hoy ocupa el pueblo de Tobati, se había internado solo en los montes buscando algún cemento con que hacer unas estatuas, cuando de repente se vió asaltado por los Mbayaes. No sabiendo qué partido tomar, intentó huir por de pronto; pero viéndose á punto de caer en manos de los salvajes, acordóse de María Santísima,

escondiéndose entonces detrás de un árbol que tenía delante, prometiendo á la Reina de cielos y tierra, que le había de hacer con aquel mismo tronco una imagen, si se dignaba librarle de tan terrible lance. No bien el indio había formulado su promesa, cuando los Mbayaes se precipitaron en dirección al árbol, pasando á todo disparo junto á él sin hacerle absolutamente ningún caso, cual si se hubiese vuelto invisible á sus ojos. Por lo que, tan pronto como se desvaneció el peligro, hincóse el indio de rodillas para agradecer á María su benéfica intercesión y renovarle su promesa. Poco después labró la imagen bajo el título de la Inmaculada Concepción, que era el favorito de los hijos de San Francisco y que propagaban en sus misiones, como bien lo prueba el rezo del *Bendito* universalmente usado en toda la América latina. Esta imagen parece que fué tallada para el culto privado; pero la Providencia, que la destinaba para consuelo de los afligidos y para que enjugase muchas lágrimas y socorriera á los necesitados, trazó el plan por donde viniese á recibir pública veneración.

En el año 1603 el lago Tapaicuá, que era un simple ojo de agua que formaba un riachuelo insignificante, desbordó inundando el valle de Pirayú. Entonces el apostólico varón, Beato Luis de Bolaños, ornamento de la orden seráfica y digno compañero de San Francisco Solano, que ya había hecho manar una fuente milagrosa con sólo golpear con su crucifijo las duras peñas, se presentó en el lugar de la catástrofe, y en presencia de la muchedumbre consternada, manda á las aguas que se serenen, como lo había hecho Jesús con el mar embravecido. Y la calma viene y el valle recobra su antiguo esplendor. Desde entonces se cambió el nombre del lago, llamándole Ipacarai, que en guaraní quiere decir *Laguna conjurada*.

Mientras el celoso misionero daba gracias al cielo pegando su frente en el polvo, el pueblo se deslizaba poco á poco hasta las márgenes del lago, cuando notaron que cierto objeto flotante era impelido por suave brisa hacia la playa. Llenos de emoción, se acercan á reconocer lo único que se ha salvado del naufragio. Uno de ellos se arroja al agua, coge la prenda y viene fuera del agua con ella.—¿Qué es?—le preguntan á porfia. Era una maletita de cuero, de forma cilíndrica con tapa de la misma materia. La abren, y ¡oh sorpresa! encuentran una imagen en escultura de madera. Era la representación de María Inmaculada. El pueblo prorrumpen en un grito unísono, entusiasta, cuyos ecos repiten los flancos de la montaña: *¡Ésta es una imagen milagrosa!* Y los ángeles repetirían sin duda el nombre con que todas las generaciones la habían de saludar: *Virgen de los Milagros*.

Como cada cual creía tener derecho á la imagen, el Beato Bolaños la asignó á un carpintero llamado José, que era el que se había echado á nado al agua para sacar el objeto misterioso. Enseguida habló á los demás de este modo: «los apóstoles no se dieron por ofendidos cuando Jesús entregó su bendita Madre al discípulo amado; ni María, con irse únicamente á casa de Juan, dejó de ser Madre de todos ellos. Así también, rodeadla vosotros todos en casa de José que se os ha adelantado en demostrar su predilección, sin duda por un impulso interior de la misma Virgen hacia su imagen milagrosa. La paz sea con vosotros».

Una suposición verosímil hace creer que el escultor y dueño de la santa imagen se vió sorprendido por la inundación y que sería arrollado por las olas avasalladoras, pasando á contemplar en el cielo la real presencia de Aquélla cuya efigie quedaba en el mar proceloso de este mundo para ser el arca de salvación de tantos

miseros mortales. Se robustece esta suposición atendiendo que los primeros fieles americanos acostumbraban llevar consigo en sus viajes alguna imagen piadosa cual precioso talismán contra todos los peligros, y, sobre todo, por el hecho de no haber sido reclamada la imagen por su antiguo dueño.

José llevó á su casa el precioso tesoro, ignorándose el tiempo que allí permaneció la Señora, sin manifestar de un modo sensible su poder soberano. El P. doctrinero quiso reunir á sus indios neófitos; y para eso encargó á José que cortase las maderas del bosque y trazara una acera de casas. El buen carpintero cumplió su cometido, cuidando de construir una casita aparte, y en ella colocó la imagen milagrosa. He aquí el primer santuario de Caacupé, instalado á la sombra de los cedros seculares y de los verdes laureles de la selva paraguaya. Todos se inclinan ante aquel hechizo celestial y le entregan sus corazones. Los ángeles se inclinarían desde la azulada bóveda de los cielos para pronunciar la gloria y la futura grandeza de Caacupé con estas palabras de Isaías: «la tierra desierta y sin camino se llenará de alegría, saltará de contento la soledad, y florecerá como el lirio. Brotará copiosamente hermosas y fragantes flores, suaves y sazonados frutos, porque le ha sido dada la gloria del Libano, la hermosura del Carmelo, y del Sarón.... Aquí serán abiertos los ojos de los ciegos y desembarazados los oídos de los sordos. Aquí el cojo saltará como el ciervo y la lengua de los mudos será suelta; porque serán cavadas las aguas en el desierto y torrentes en la soledad» (1).

Después de haber erigido el venturoso José el oratorio provisional á su dulce Madre, sintió que se llegaba el fin de su peregrinación en la tierra. Debía ir á con-

(1) Isai. XXXV, 1-6.

templar el original del cuadro que con tanto cariño había reverenciado. Cayó gravemente enfermo, y cogiendo en sus manos trémulas la santa imagen, empezó á repetirle lleno de emoción la Salve en su idioma guaraní: *Tâpâ tanderâârô, Mburubichá poriahú verecô sy nde tecobé, he engatú abé nderecô....* Y espiró en paz. Así mueren todos los hijos fieles de María. «La bienaventurada Virgen, dice San Vicente Ferrer, recibe las almas de los moribundos en el acto de la muerte».

No tardaron en seguirle su esposa y el único hijo que tenía, los cuales recomendaron encarecidamente que no se moviese la imagen de Caacupé. Mas esta disposición no fué respetada. Un pariente próximo de ellos, que recibió como en depósito el sagrado tesoro, sea porque no tuviese allí terrenos, ó porque sus negocios reclamasen su presencia en otra parte, condujo la santa imagen á Tobatí.

Aguijoneado quizás por los remordimientos de conciencia de no haber cumplido las disposiciones de sus deudos, en 1750 vino á ofrecerla á una familia opulenta de Caacupé á condición de que se le edificase un oratorio decente. Los miembros de la distinguida familia, por motivos que se ignoran, no admitieron la oferta. Mas la virtuosa matrona, Doña Juana Curtido de Gracia, cedió gratuitamente cuatrocientas varas cuadradas de terreno. Allí después de varias peripecias se erigió en 1765 el santuario que actualmente existe. Por modo providencial la Virgen Santísima dió á conocer que en aquellas soledades quería se levantase su santuario, el lugar privilegiado del Paraguay, teatro de sus admirables portentos.

Desde entonces apareció la fundación oficial del pueblo de Caacupé, á pesar de que no tuvo autoridades propias hasta 1844. El Sr. Obispo erigió el templo en parroquia.

IV

EL SANTUARIO

El santuario es bastante modesto, á pesar de que son dignos de toda alabanza los fieles que contribuyeron espléndidamente á sufragar los gastos de la construcción en un paraje tan apartado. Á consecuencia de haber caído un rayo en una noche de tempestad, que causó desperfectos en el templo sin dañar á la Virgen, se concibió el proyecto de ampliar las dimensiones de éste y darle mayor esplendor. La guerra de cinco años, ese vendaval que azotó al Paraguay tan cruelmente, impidió que se realizara pronto una reforma más artística. Ella hizo perder el inmenso tesoro de Caacupé, que la piedad de los fieles había amontonado á los pies de María. El mariscal Francisco Solano López despojó el santuario con el pretexto de poner sus alhajas en lugar más seguro; pero cayó todo en manos de los enemigos.

En 1883 se realizó la última restauración del santuario, y á consecuencia de ella, tiene actualmente 57 metros de largo por 19 de ancho, incluso un corredor que le circunda, según es costumbre en el Paraguay á causa del calor. La fachada no obedece á ningún estilo determinado; reproduce cierta forma peculiar que domina en la generalidad de las iglesias construidas en Sud-América durante el periodo colonial. La altura de ésta es como de 15 metros por un ancho como de 19. Su aspecto general es poco elegante. Al extremo izquierdo de la fachada se levanta la torre. Tendrá sobre 20 metros de alto por 4 de ancho. Su planta es enteramente cuadrada, y la adorna una media naranja que termina con la tradicional cruz acompañada de su veleta.

En el interior se han hecho reformas de importancia por los celosos curas que han estado al frente de la parroquia en los últimos años. El pavimento es de baldosas de portland; las paredes están adornadas con delicadas pinturas, que en una serie de bien combinados medallones, presentan el monograma de María admirablemente enlazado. El retablo del altar mayor está acabadamente pintado y dorado, y llama la atención el nicho donde está colocada la imagen milagrosa. El templo se encuentra bien provisto de ornamentos y vasos sagrados, de candelabros y floreros para el adorno de las grandes festividades.

Á decir verdad, el santuario actual no corresponde al precioso tesoro que encierra ni á la cultura de la importante diócesis de la Asunción del Paraguay. Por esto voces autorizadas se alzan invocando los sentimientos patrióticos y religiosos de los paraguayos para levantar un santuario que sea monumento de arquitectura y de devoción. Ojalá sea pronto una realidad tan bello pensamiento, y que la Virgen de Caacupé sea cada vez más amada por los millares de peregrinos que la visitan cada año, especialmente en el mes de Diciembre, y que refieren enternecidos los favores obtenidos de su Madre y Señora.

Como remate de esta sucinta reseña, al par que como muestra de la ternura que los paraguayos profesan á su Santísima Madre, ponemos aquí los versos que le dedicó uno de los peregrinos.

PLEGARIA

Virgen mía, desde lejos,
Por el amor que te tengo,
Lleno de júbilo vengo
Para postrarme á tus pies.
Ya satisface mi anhelo;

Y ante tus divinos ojos,
Humilde y puesto de hinojos
Adorándote me ves.

El brillo de tus virtudes,
Y el resplandor de tu fama
Encendieron santa llama
En mi tierno corazón.

Escúchame, pues te ruego;
Protégeme, pues te invoco;
¡Oh Virgen! brillante foco
De bondad y perfección.

Te pido que me coloques
Bajo tu divino amparo,
Y seas el santo faro
Que guíe mi juventud.

Alúmbrame con tus luces
En las sombras del destino;
Guíame por el camino
Que conduce á la virtud.

Sé que otorgas tus mercedes,
Á quien con fervor te implora;
Sé que colmas al que llora
Contristado pecador.

Otórgame, pues, ¡oh Virgen!
De los que triunfan la palma,
Que ha de llevar en mi alma
Eternamente tu amor. Amén.

Autoridades.—Debo manifestar mi profunda gratitud al Ilmo. Sr. Dr. D. Juan Sinfiorano Bogarín, Obispo del Paraguay, por haberme remitido preciosos datos acerca de esta milagrosa imagen contenidos en un interesante libro titulado *La Virgen de los milagros de Caacupé, su origen, su santuario y su pueblo*, por un Misionero diocesano, publicado en la ciudad de la Asunción el año 1898.



NUESTRA SEÑORA DE LA APARECIDA (BRASIL)

CAPÍTULO XIII

Nuestra Señora la Aparecida (Brasil)

En el extenso estado de San Pablo del Brasil, y no lejos de la villa cabecera del municipio de Guaratinguetá, se encuentra modestísimo santuario, en cuyo altar se venera una imagen de la Inmaculada Concepción, la más renombrada del Brasil, con el título de Nuestra Señora la Aparecida. Debe su nombre al modo singular y algún tanto novelesco como fué hallada.

Conforme un documento que se conserva en el archivo del santuario, escrito antes de 1743 por el que era entonces vicario de la parroquia, don José Alves Villela, el suceso se verificó de este modo.

Allá por los años de 1719, pasando por la villa de Guaratinguetá con rumbo á Minas el gobernador de San Pablo, D. Pedro de Almeida, conde de Asumar, los jefes políticos invitaron á los pescadores á que ofreciesen a representante del rey los más sabrosos peces que sacasen del vecino río Parahyba. Al instante aviaron sus canoas varios pescadores, entre ellos Domingo García, Juan Alves y Felipe Pedroso. Tendieron las redes desde el puerto de José Correia Leite hasta el de Itaguancú; pero con el más desgraciado éxito. Medio desesperado lanzó su red en este último puerto Juan Alves, y sacó el cuerpo mutilado de la santa imagen, y en otro lance sacó la cabeza. Jamás se ha podido averiguar quién arrojó la hermosa efigie al río.

Felices con el hallazgo, envolvieron la imagen en el mejor lienzo que encontraron á la mano, y continuaron su oficio de pesca, obteniendo un resultado tan satisfactorio que casi no podían retirar las redes á la orilla, porque se les rompían con el número de peces cogidos. Esto les obligó á alabar á Dios y á mirar con religioso respeto la efigie de la divina Madre.

Rara coincidencia hizo que la imagen quedase en poder de Felipe Pedroso, el cual la conservó en su casa, prestándole los homenajes de su amor filial, hasta que se la cedió á su hijo Atanasio el día que fijó su domicilio en Itaguancú. Atanasio construyó un sencillo oratorio, y en el altar de madera colocó á la Señora. Los vecinos se reunían allí todos los sábados para rezar el rosario y cantar himnos en alabanza de la Santísima Virgen.

Sucedió en una de estas reuniones que, estando el cielo sereno, se apagaron repentinamente dos cirios que alumbraban á la Virgen; y cuando quisieron encenderlos de nuevo, los cirios se avivaron por sí mismos. Esto contribuyó en alto grado para que la efigie se acreditase de bienhechora y milagrosa y su fama se extendiese á todos los términos del Brasil.

Efectivamente, se realizaron curaciones de enfermedades gravísimas sin aplicación de medicinas, y portentos de diversos géneros, sobre los cuales la autoridad eclesiástica levantó el competente sumario que quedó en estado de pronunciar sentencia.

Arruinado el oratorio, los brasileños erigieron una capilla que bendijo el 26 de Julio de 1745 el P. Villela, con licencia del obispo de Río Janeiro, D. Fray Juan de la Cruz. En la misma fecha, festividad de la gloriosa Santa Ana, se celebró en ella la primera misa.

El templo actual se empezó á construir en 1846; pero dos años más tarde se suspendieron las obras, pudiendo

al cabo inaugurarse el 8 de Diciembre de 1888, gracias á la actividad y celo de D. Joaquín del Monte Carmelo. El altar mayor, en cuyo centro se halla la Virgen Aparecida, fué consagrado por el obispo D. Lino, de santa memoria.

Siendo obispo de San Pablo el actual Arzobispo de Río Janeiro, Dr. D. Joaquín Arcoverde, puso como custodios del santuario á los Padres Redentoristas de San Alfonso de Ligorio. Los hechos se han encargado de justificar la sabia medida adoptada por el benemérito Prelado, pues el culto ha tomado altos vuelos, y los peregrinos no se contentan con postrarse á los piés de la Señora, sino que reciben los santos sacramentos. En el año 1902 se repartieron más de doce mil formas consagradas. Animados los fieles por estos lisonjeros frutos, elevaron preces al Romano Pontífice para obtener la coronación de la imagen.

En efecto, obtenida del Cabildo Vaticano la gracia solicitada, llevóse á cabo la coronación el día 8 de Septiembre de 1904 con grandísima solemnidad. Además de los nueve obispos de la provincia eclesiástica meridional del Brasil, acudieron el Exmo. Sr. Nuncio de su Santidad, los Sres. obispos de Goyaz y Amazonas y un obispo Maronita. Después de la misa pontifical, que celebró el Sr. Nuncio de Su Santidad y en la cual predicó elocuentísimo discurso latino el Sr. Arzobispo de Río Janeiro, Dr. D. Joaquín Arcoverde, coronó solemnemente á Nuestra Señora de la Aparecida el Sr. obispo diocesano, D. José de Camargo Barros. Un entusiasmo indescriptible invadió á los numerosos peregrinos que habían acudido á presenciar tan imponente acto, cuando vieron sobre las sienas de María la riquísima corona. En seguida se cantó el *Te Deum* en acción de gracias. ¡Ojalá que la Virgen Aparecida derrame toda suerte de bendiciones sobre la nación brasileña, para que marche

por las vías de la paz y del verdadero progreso! (1).

La fiesta principal del santuario es el 8 de Diciembre, pues ya hemos indicado que la santa efigie representa la Purísima Concepción de María. Desde el año pasado los hijos de San Alfonso publican una interesante revista titulada *El Santuario de la Aparecida*, destinada á propagar el culto de la Señora.

Hymno de N. S. C. Aparecida

Salve Oh Mãe! Salve Oh Virgen Santissima!
Do Universo portento e primor;
Côro Mais esplendida gloria que a tua
Tem só Deus do Universo Senhor.

Là no Eden, entre os nimbos funestos,
Que estendera a serpente infernal,
Foste a estrella por Deus promettida,
Foste já de esperança o fanal.

Mysteriosa justiça nos prende,
Só por filhos, á culpa de Adão;
Mas a lei quebrantada annullou se
Em tua santa e feliz Conceição.

A ineffavel ventura que houveste,
Vindo o Verbo em teu seio incarnar
Irmanou se em grandeza tão alta
A' profunda humildade sem par.

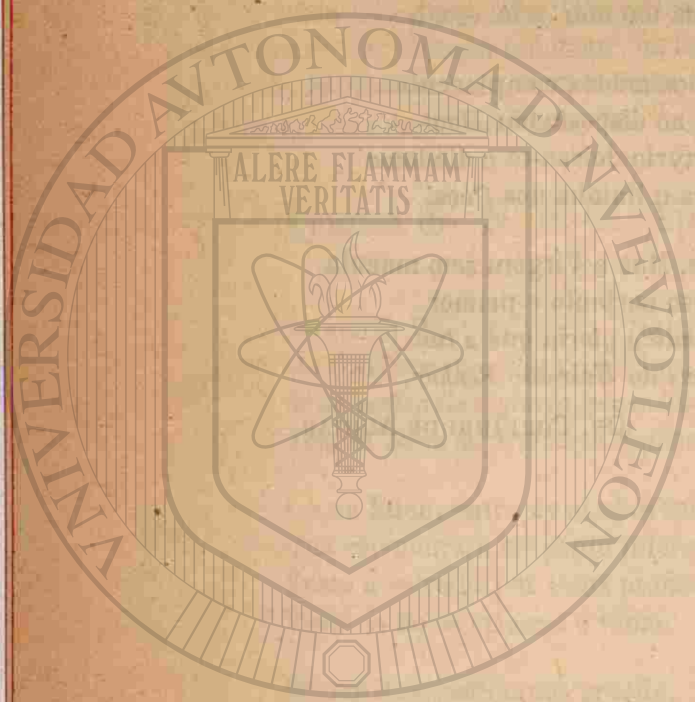
(1) En el número 38, correspondiente al 18 de Septiembre de 1904, describe hermosamente las fiestas de la coronación de Nuestra Señora de la Aparecida la preciosa Revista *A Ave Maria*, que dirigen en San Pablo del Brasil los Misioneros Hijos del Corazón de María.

E antevendo o supplicio, os tormentos
Que a teu Filho daria Israel,
Do Presepe ao Calvario, sem treguas,
Foi tua vida um martyrio cruel.

Mas tão doce mudez complacente
Tributaste ao disposto por Deus,
Que o martyrio doirou-te o diadema
De Senhora e Rainha dos Céos!

Salve! pois, Mae e Virgem sem macula,
Do Universo portento e primor
Mais esplendida gloria que a tua
Tem só Deus do Universo Senhor.

DR. PORFIRIO DE AGUIAR

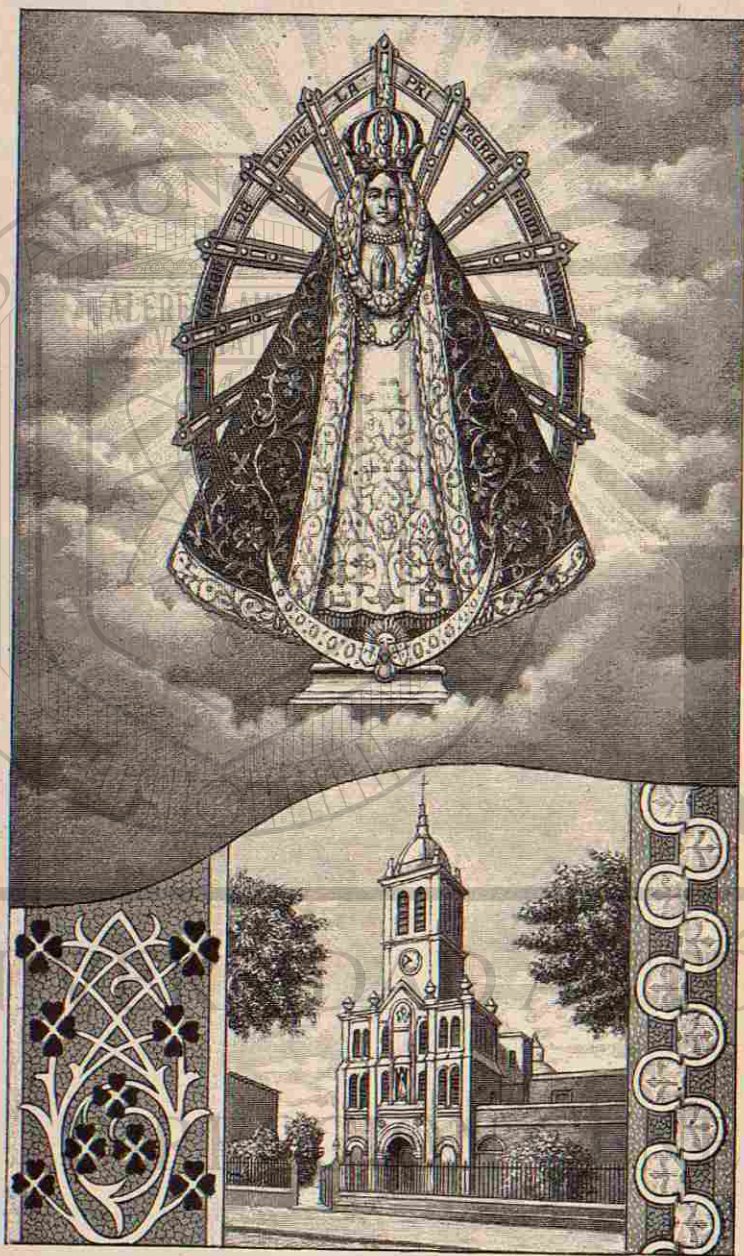


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUESTRA SEÑORA DE LUJAN

CAPITULO XIV

La Perla del Plata, ó sea Nuestra Señora de Luján en la Argentina

SUMARIO.—I. Buenos Aires. II. Origen de la santa imagen. III. E negro Manuel. IV. La imagen en Luján. V. El actual santuario. VI. La coronación. VII. El templo en construcción. VIII. Peregrinaciones.

I

BUENOS AIRES

Cerca de tres siglos han trascurrido desde que en la Confederación Argentina empezó á tributarse culto á una devota imagen de Maria, que ha llegado á ser de las más famosas de la América y del mundo entero. Encuéntrase el santuario en una villa de 3700 almas, distante doce leguas de Buenos Aires, que los viajeros recorren en dos horas sentados en los coches de cómodo ferrocarril. Denominase la villa de Luján, del río que la baña, el cual á su vez debe el nombre á un capitán español que pereció en él ahogado, al perseguir á los salvajes que cubrían estas tierras.

Luján es un lugar privilegiado, pues sin intervención de los hombres, fué su fundadora la Inmaculada Madre del Salvador, como se verá en el decurso de la presente reseña. Mas antes haremos ligeras indicaciones acerca de Buenos Aires la ciudad más bella, comercial y populosa de toda la América Latina.

Hállase situada á los 34° 37' latitud sur, á la margen derecha del río de la Plata en una llanura ligeramente ondulada al norte y con algunos montecillos al este. La extensión superficial que ocupa es de 18.000 hectáreas.

Buenos Aires ofrece el espectáculo de las más bonitas ciudades europeas. Cuenta edificios públicos y particulares, que son verdaderos palacios y causan admiración al viajero que la visita. Los palacios del Gobierno ó *Casa Rosada*, de Justicia y Arzobispal, el Congreso, la Municipalidad, los Bancos, la Aduana, las estaciones de los ferrocarriles, Hospitales, Colegios, figurarían con honra en capitales del viejo mundo por su grandiosidad, elegancia y sólida construcción.

Entre los templos descuella la Catedral, edificio sencillo á la par que bello y majestuoso, con fachada de orden corintio, y muy semejante al célebre Partenón de Atenas.

Entre sus avenidas es notable la de Mayo, de 30 metros de ancho y kilómetro y medio de largo, que, arrancando de la plaza de su nombre, va á terminar frente al Congreso nuevo, siendo dignos de admirarse los espléndidos edificios que se observan en toda su extensión, todos de seis pisos y de variada arquitectura. Otro tanto podía decirse de las avenidas Alvear, Callao, Montes de Oca, y de las calles Florida, Santa Fe, Corrientes, que, cruzando en todas direcciones la ciudad, la hermocean en gran manera.

La plaza *Once de Septiembre* tiene extensos jardines y es uno de los lugares más amenos de recreo de la población. La plaza de Mayo, ó de la Victoria, es hermosísima, tiene 335 metros de larga por 188 de ancha. En el centro álzase sobre esbelta columna la estatua de la Independencia, y á sus costados dos magníficas fuentes de bronce. Frente al palacio del Gobierno se eleva la estatua ecuestre del general Belgrano. También son

notables entre los paseos públicos el parque *Tres de Febrero* con sus jardines botánico y zoológico muy bien provistos y con una extensión de 200 hectáreas, la Recoleta y el parque Lizana cultivado con esmero y buen gusto.

Para el movimiento de los habitantes en una ciudad tan extensa hay once compañías de tranvías, además de innumerables coches.

El puerto de Buenos Aires es de los mayores y más cómodos del mundo. Se ha canalizado el inmenso río de la Plata en una extensión de varias leguas, y así los buques y vapores de mayor calado pueden entrar hasta los amplios diques de piedra separados por puentes giratorios y colocados en línea recta en una longitud de cuatro kilómetros.

Cuatro de esos diques están destinados á los buques de ultramar y dos á los vapores que hacen la carrera por los caudalosos ríos Uruguay, Paraguay y Paraná, que forman la cuenca del Plata.

Para formarse idea del comercio, baste decir que en 1900 entraron en el puerto 2728 buques. El comercio de importación fué de doscientos cincuenta y dos millones ciento veintiocho mil doscientos sesenta y cinco pesos oro, y el de exportación doscientos tres millones doscientos setenta y cinco mil ochocientos treinta y uno.

Fundó esta ciudad el Adelantado don Pedro de Mendoza el 2 de Febrero de 1535; pero en Diciembre del mismo año los indios guaraníes incendiaron la población, y los fundadores tuvieron que reembarcarse. Juan de Garay la reedificó en 1580 en el mismo sitio. En esa fecha tenía sesenta habitantes, y ha ido creciendo la población en el decurso de los años de un modo raras veces observado en otra ciudad. En 1774 sus habitantes eran once mil doscientos veinte; en 1800, cuarenta mil;

en 1870 ciento ochenta y seis mil; y según el último censo se aproximan á un millón.

II

ORIGEN DE LA SANTA IMAGEN

Cuenta la historia que allá por los años 1630 atravesaba las inmensas llanuras ó pampas que separan la ciudad de Buenos Aires de la cordillera Andina en marcha hacia los virreinos de Chile y del Perú, debiendo pasar en el tránsito por Córdoba de Tucumán, una caravana formada de carretas tiradas por bueyes que conducían preciosas mercaderías y jinetes que las escoltaban.

Este medio de locomoción primitivo, largo, pesado y monótono, era el único que se conocía y empleaba en América. Sin embargo, para el espíritu aventurero de la época, una expedición tenía los prestigios del romanticismo sentimental unido á los atractivos caballerescos del peligro. Los españoles no dominaban sino en los sitios que habían ocupado con la cruz ó con la espada, mientras los indios salvajes, los aborígenes, se consideraban dueños absolutos de las pampas inmensas como el océano y no cesaban de invadir el recinto que la civilización había arrebatado á su dominio.

Tres días llevaban ya los viajeros de su penoso caminar, cuando llegaron á orillas de la Cañada de la Cruz, lugar distante como cinco leguas del punto en que hoy se levanta el santuario de Luján. Resolvieron hacer alto y pasar la noche en los ranchos ó chozas que formaban el poblado de la estancia perteneciente á D. Rosendo de Oramas. Tal era la costumbre de aquellos tiempos. Se viajaba de día, y al caer la tarde se detenían á encomendarse á Dios por medio de humildes plegarias, re-

parar las fuerzas con frugal cena y apacible sueño, quedando alguno de vigilante escudriñando los más remotos puntos del horizonte, por si divisaban indios que pudieran acometerlos.

La mañana siguiente, después de sueño profundo y reparador, se dispuso la comitiva á emprender con nuevos bríos el camino, pues era largo el que debía recorrer. Uncieron los bueyes al yugo de las carretas, y todo á punto, dan la voz de ¡adelante!, y los vehículos rompen otra vez su lento caminar por aquella dilatada llanura. Pero apenas comienza la marcha, oyen voces extrañas y gritos descompasados; por lo que la expedición hubo de detenerse. ¿Qué podría ser la causa de aquel inesperado contratiempo?... Una de las carretas que formaba parte del convoy no podía moverse de su puesto. ¡Fenómeno singular! La carreta conservada en buen estado, su carga exactamente la misma que en los tres días precedentes, los animales gruesos y robustos, el terreno enjuto y bien compacto, por donde rodaban sin esfuerzo los demás carros; y con todo, el misterioso vehículo no se meneaba un punto, como si una fuerza superior oculta le hubiese enclavado en la tierra desierta. Le uncieron nuevas yuntas de bueyes, juntó el hombre las energías de sus brazos al esfuerzo de las bestias, se excitó el arranque con la aguda pica y con las voces de los impacientes carreteros; pero todo fué en vano; aquellos robustos esfuerzos que en otra ocasión hubieran arrastrado otra carga cien veces más pesada cual si fuera leve pluma, aplicados á esta carreta en la Cañada de la Cruz, quedaban siempre paralizados sin lograr resultado alguno.

Aquellos sencillos creyentes miráronse con espanto unos á otros, quedando como mudos á vista del fenómeno admirable que se verificaba ante sus ojos, y comprendieron que allí había algo extraordinario y sobre-

natural, y sintieron que un religioso respeto sobrecogía el alma y embargaba todas las fuerzas del espíritu. ¿Qué significan estas maravillas? ¿Qué quiere el cielo de nosotros?... Esto decían en su interior los afortunados viajeros.

En la carreta, objeto de tanta expectación, se contenía sin duda la más preciosa de cuantas mercaderías conducía el convoy. Había en ella dos cajones muy bien cerrados, iguales ambos en peso y dimensiones, conteniendo cada cual una devota efigie de María bajo la muy simpática advocación de su Concepción Inmaculada. Habíalas encargado á un su amigo del Brasil cierto piadoso portugués, habitante de Sumampa, pedanía de la provincia de Córdoba, con el noble fin de colocar alguna en la capilla erigida en su estancia, distante cuarenta leguas de poblado. Celestial inspiración iluminó en aquellos instantes la mente de algunos de los allí presentes: «que bajen de la carreta uno de los dos cajones» exclamaron. Lo ejecutan; pero los nuevos ensayos para hacer adelantar el vehiculo resultaron infructuosos. Suben inmediatamente á la carreta el primer cajón y descargan á su vez el que antes había quedado en ella; y ¡cosa admirable! la carreta echó á andar al instante sin ningún género de esfuerzo.

Ya habian comenzado á cumplirse los planes de Dios y de María Santísima sobre aquella imagen veneranda; ya se habian vislumbrado los amorosos designios del cielo sobre aquellas felices tierras. Todos los allí presentes comprendieron muy bien el lenguaje de tan grandes maravillas. La benditísima Virgen, que en la Cañada de la Cruz se había negado á pasar más adelante, había escogido aquellos sitios, donde quería ser especialmente venerada y repartir á manos llenas sus favores á cuantos con amor se acercasen á sus plantas. Allí sentó sus reales, no en medio de populosa ciudad, ni

tampoco en la cumbre de escarpada montaña cubierta constantemente de frondosidad y exuberante vegetación, sino en mitad de la pampa, quedando expuesta á las correrías y atropellos de los indios bravos, quienes se paseaban asolando todo el país y continuaban creyéndose soberanos dominadores de la comarca, á pesar de las fuerzas militares de la metrópoli.

La efigie es de barro cocido y mide poco más de 418 milímetros; representa la Purísima Concepción, viste traje rojo y manto azul celeste, las manecitas juntas se abren paso por una abertura practicada en la túnica y guardan actitud humilde y suplicante. En toda ella se revela tal dulzura, tan fina expresión, que arrebató el alma y conmueve las fibras más delicadas del corazón.

Luego de recibir las rendidas adoraciones de sus primeros devotos, fué trasladada procesionalmente y en hombros humanos á la mejor habitación de que pudo disponerse en la modesta vivienda de D. Rosendo de Oramas, á cuyos solícitos cuidados la entregó el conductor de la favorecida carreta.

Éste fué el primer oratorio que tuvo Nuestra Señora de Luján; pero como los que habian conducido las carretas hasta la Cañada de la Cruz, los unos al seguir para Córdoba, los otros al regresar á Buenos Aires, iban esparciendo la nueva del milagro, pronto la casa de Oramas fué pequeña para contener tantos peregrinos ansiosos de contemplar la imagen é implorar remedio para sus infortunios. De tal manera cautivó María á los fieles de Buenos Aires, que las costumbres se morigeraron en alto grado, y el mayor mal que temían era desagradar á la Madre bondadosa que habia querido hospedarse entre ellos. Pensóse pues en construirle una capilla menos indigna de su excelencia soberana.

Insuperables parecían los obstáculos que se atravesaban de por medio para llegar á la realización del de-

seado proyecto. Levantar un templo en aquella época y en medio de las soledades inmensas del desierto, era verdaderamente obra colosal. La falta de árboles en la pampa hacía difícil toda construcción. En la Cañada de la Cruz y en las márgenes del río de Luján no había otra madera que la que podían ofrecer algunos sauces llorones. Sin embargo, el amor y el celo vencen imposibles. Aquellos devotos de María deseaban tanto obsequiar á su Madre y Señora, que se resolvieron partir á las lejanas islas del Paraná, de donde trajeron las maderas y los juncos que sirvieron para fabricar las paredes y el techo de un vasto oratorio. Allí se vieron cada año millares de devotos peregrinos que desde todas las partes de la República iban á postrarse á las plantas de la Inmaculada Virgen para ofrecerle el tributo de su adoración y vasallaje y pedirle mercedes, que ella repartía abundantemente.

III

EL NEGRITO MANUEL

Muy valiosos dones se regalaron á la Virgen de Luján en la época referida; pero ninguno tan útil como el que le hizo el Sr. Oramas de un niño esclavo, arrebatado de sus cálidos climas del África, para obligarle á trabajar en alguna de las haciendas de la América en la vil condición de las bestias.

Dios se ha siempre complacido en valerse de los más humildes instrumentos para llevar á cabo sus amorosos designios. Jesús escogió como piedras fundamentales de su Iglesia á doce rústicos pescadores del lago de Tiberiades. No pudo ser más pequeño el origen de la religión destinada, en frase de Macaulay, á vivir tanto cuanto la humanidad viva. Para revelar al mundo las

riquezas y ternuras de su Corazón deífico, el Salvador se fija en una candorosa virgen del convento de Parayle-Monial, la Beata Margarita María de Alacoque.

La Santísima Virgen ha seguido en esto las huellas de su divino Hijo. Para dar á conocer al mundo y propagar la Medalla milagrosa se vale de una joven novicia de las Hijas de la Caridad, la Hermana Catalina Labouré; para establecer una oficina de milagros en Lourdes, escoge una pobre pastorcilla de catorce años, la dichosa Bernardita Soubirous; si quiere invitar á los hombres á que desarmen con la penitencia la justicia irritada del Omnipotente, se aparece en la Saleta, el 19 de Septiembre de 1846, á dos niños pastorcitos, llamados Melania Mathieu y Maximino Girant; en el cerro del Tepeyac de Méjico se manifiesta al felicísimo indio Juan Diego, dejándole impresa en su tilma la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que fué el imán que atrajo á los habitantes del Anáhuac á profesar el cristianismo, y es hoy la dulzura y la esperanza de los mejicanos. Así, para conservar el culto de su portentosa imagen de Luján, escogió al negrito Manuel.

Era Manuel niño africano, esclavo de D. Rosendo de Oramas. Había presenciado con no pequeña sorpresa el milagro de la carreta, y por ahí cobró grande devoción á la imagen prodigiosa. Era de ocho años cuando, dándole su señor honrosa libertad, le destinó á servir perpetuamente al culto de la Virgen y procurar la decencia y limpieza de la capilla poco antes construída. Es imposible describir el gozo y alegría que inundó el alma del negrito cuando pudo trocar la ignominiosa esclavitud en que había yacido hasta aquel día por otra servidumbre, por otra esclavitud infinitamente gloriosa, cual es el servicio de la incomparable Madre de Dios y excelsa Reina y Soberana de cuanto existe.

Consagrado en alma y cuerpo á la Señora, pasó más

de cuarenta años cuidando del oratorio y de cuanto se refería al culto de María Santísima. Él colocó delante de la imagen la silenciosa lámpara, que desde entonces acá en el largo correr de los años no ha dejado ni una sola hora de despedir sosegado resplandor; él propagó incansable el amor y devoción á la Virgen de Luján. Recibía á los peregrinos, escuchaba las relaciones de los favores recibidos y los enternecía refiriéndoles las maravillas obtenidas por la Virgen. Fué testigo irrefragable de prodigios sin número y curaciones milagrosas que se efectuaban á cada paso en su misma presencia, ya con el sebo de las velas que ardían en el altar, bien con el aceite de la lámpara, ó en fin con el uso de otros objetos insignificantes, y aun tal vez despreciables, pero que la piedad de los fieles miraba como reliquias de precio inestimable por haber servido al esplendor y ornato de la casa de María. Las tradiciones, que se conservan de esa época relativas á Nuestra Señora de Luján, están impregnadas de aroma de candor y poesía que obligan al alma á bendecir al Altísimo.

Cuentan las crónicas que Manuel se familiarizó tanto con la celestial Señora, que en los sabrosos y encendidos coloquios que con ella tenía, llegó á extremos de ternura que nos traen á la memoria el osado cariño de un Bernardo y de un Alfonso Rodríguez. He aquí lo que refiere el historiador Maqueda.

«La inocente simplicidad del negrito era tal, que algunas veces trataba á la Virgen con extremada familiaridad. Fué el caso que, habiéndosele hecho una capilla á la Virgen y estando ya colocada la imagen en el nicho, reparó Manuel que algunas noches faltaba del nicho, y por la mañana ya la encontraba en él; pero con el manto y saya lleno de abrojos y cadillos y por las fimbrias polvo y algún barro; y en estas ocasiones él decía: «Señora mía ¿qué necesidad tenéis vos de salir

de casa para remediar cualquier necesidad, siendo como sois tan poderosa? ¿Y cómo vos sois tan amiga de los pecadores que salís en busca de ellos, cuando veis que os tratan tan mal?» (1).

Pasaron los años, y el niño africano se convirtió en hombre. Murió D. Rosendo de Oramas, y la codicia de sus herederos pretendió hacer del esclavo de la Virgen de Luján el siervo de los hombres. Manuel tuvo conciencia de su derecho y de su deber. Negó tener otro amo que la Sma. Virgen, y lleno de fe en su protección, huyó de los que pretendían volverle nuevamente á la servidumbre, y se dirigió á Buenos Aires, reclamando ante los tribunales su libertad. Alegó que, aunque no estaba manumitido en toda forma de derecho, fué cedido por el Sr. Oramas á la Virgen milagrosa. Obtuvo espléndido triunfo, porque los jueces sentenciaron á su favor. Desde entonces se consagró exclusivamente á custodiar el sagrado depósito que se le había confiado. Cerca del altar de su Soberana constituyó su hogar, allí nacieron sus hijos, y la familia murió y se extinguió cerca del trono de María.

El celo inspiró á Manuel una obra digna de todo encomio. Viendo que la ermita de la Virgen era demasiado pobre y pequeña para el concurso de fieles que allí venían en devotas romerías, se impuso la tarea de recorrer el país mendigando una limosna á vueltas de penalidades y fatigas sin cuento; y merced á sus exquisitas diligencias, pudo legar en la hora de su muerte la suma de catorce mil pesos fuertes para el engrandecimiento del templo de su Señora, suma bien respetable si se atiende al valor relativo del dinero en aquellos años y á la pobreza de la gente entre quienes se colectaba.

(1) *Verdadera Historia de Ntra. Sra. de Luján*, por D. Felipe José de Maqueda, pág. 6.

IV

LA IMAGEN EN LUJÁN

Corriendo el año 1670 falleció el piadoso don Rosendo de Oramas; y como sucede con frecuencia cuando muere un hombre que deja sucesión, se promovieron serias dificultades. Resultado fué de esto que la ermita erigida á Nuestra Señora de la Pura y Limpia Concepción quedara enclavada en campo yermo, convertido en ruinas por haberlo abandonado sus moradores. En medio de la soledad de aquel desierto sólo se alzaba como faro de luz y esperanza la capilla de la Virgen coronada por la cruz bendita.

El heredero, que no debía de ser muy piadoso, cedió la imagen y todos los objetos referentes á su culto á una ilustre matrona, vástago de uno de los primeros pobladores de Buenos Aires, que, agradecida, correspondió con la suma de doscientos pesos.

Llamábase dicha señora doña Ana Mattos, la cual contrajo matrimonio con el sargento mayor D. Marcos de Siqueiros, uno de los vecinos más ricos y respetados de Buenos Aires. En 1643 la señora Mattos enviudó, y como heredera universal de su marido, quedó propietaria de una vasta extensión de terreno en las riberas del río Luján. Al hacerse dueña de la imagen, el primer pensamiento que le ocurrió fué trasladarla á su estancia, temerosa de que fuera sacrilegamente profanada por los salvajes, quienes en aquellos días se alzaban mucho más imponentes, insolentes y atrevidos. Y tal como lo pensó lo puso por obra. Llena de amor y entusiasmo, colocó la bendita efigie en el cuarto más adornado de su casa. El desconsolado Manuel quedó lloran-

do amargamente su desgracia, pues se vió separado de su amada Reina y Soberana.

No refiere la crónica el motivo que tuvo la señora Mattos para no traer consigo al negrito. Esta conducta no se explica, pues cabalmente la referida señora fué la que más ayudó al pobre esclavo para obtener de los tribunales de Buenos Aires lo declararan de propiedad de la Virgen.

Mas los hombres proponen y Dios dispone. Sucedió que, llegada la noche, abandonó la bendita imagen la estancia de doña Ana y trasladóse milagrosamente á su primer puesto en la Cañada de la Cruz. El mismo prodigio volvió á repetirse en el día y noche siguientes. Temiendo la señora ofender á su augusta Patrona, no intentó llevarla más ni sustraerla del cuidado del negro africano.

Sabedores de cuanto pasaba el Sr. obispo de Buenos Aires, Fray Cristóbal de Mancha y Velasco, y el Gobernador D. José Martínez de Salazar, ambos probos, rectos y amantes de la instrucción del pueblo, fueron en persona al lugar de las maravillas; y juzgando ser muy conveniente que la imagen fuese custodiada en la casa de doña Ana para asegurarla de los salvajes, determinaron verificar de nuevo la traslación desde la Cañada de la Cruz con gran pompa y solemnidad, cuidando sobre todo de que el afortunado Manuel los acompañase y prosiguiese luego en el servicio de la Virgen. Así se hizo. Organizóse devotísima procesión, presidida por los dos venerables ancianos, que quisieron recorrer á pie, como toda la comitiva, el largo trayecto de cinco leguas, empleando para ello dos días. La señora Mattos preparó hermosa capilla en la mejor habitación de su casa, en la que el Ilmo. Prelado celebró los divinos oficios y donde por espacio de tres días se hicieron solemnísimas fiestas y cultos religiosos.

La imagen no se movió ya del puesto en que la habían colocado. Desde entonces el culto de la bendita imagen de privado que había sido, empezó á ser público. Los milagros y portentos, dejando de prestar materia á la leyenda, pasaron á ser objeto de la verdadera historia, pues el señor obispo hizo levantar información canónica de ellos con todas las formalidades del derecho; examinó por sí mismo á los testigos, y se convenció de que era verdadero cuanto se había transmitido de padres á hijos en el espacio de cuarenta años. El aparato majestuoso con que se trasladó la imagen y los milagros que se referían de ella contribuyeron de un modo eficaz para que creciera su prestigio.

Doña Ana de Mattos, después de haber construído á sus expensas un oratorio separado de la casa, donde la Virgen permaneció al pie de trece años, cedió una extensión de terreno, para que en él se levantara templo más vasto y suntuoso. Sin demora se abrieron los cimientos del edificio y se colocó la primera piedra; pero la obra avanzó lentamente hasta el año 1682, en el cual un prodigio singular dió á las obras nuevo y poderoso empuje. La historia de este prodigio fué como sigue.

En 1682 llegó el presbítero Pedro de Montalvo gravemente enfermo de una afección cardíaca complicada de tisis pulmonar. Los médicos más hábiles le habían desahuciado; y al ver que la ciencia de los hombres se declaraba impotente, resolvió invocar la piedad divina. Apenas conducido á la puerta del santuario, le sobrevino un síncope que hizo temer se aproximaba la muerte; pero el negrito Manuel le aplicó una de las reliquias que acostumbraba en esas circunstancias, acompañando este acto con fervientes súplicas. Luego, en tono de seguridad, dijo al paciente que tuviera ánimo y creyese que había de sanar perfectamente de su enfermedad. Fué así, que el sacerdote, reanimado, volvió nuevamen-

te en su acuerdo y más tarde recobró de todo punto la salud. Agradecido á merced tan señalada, hizo á la Virgen la promesa de permanecer en aquellos lugares sirviéndole de capellán en su templo.

La fama del milagro con que fué favorecido, el prestigio de que gozaba gracias á sus relaciones de familia, y el puesto distinguido que ocupaba en el clero, fueron factores poderosos para que pudiera reunir en breve tiempo los fondos necesarios; de suerte que vió coronados sus trabajos el año 1685. El día 8 de Diciembre se celebró la primera fiesta solemne en el esbelto santuario de María, que el Sr. obispo elevó luego á categoría de parroquia, siendo el Sr. Montalvo nombrado su primer cura.

Durante veinte años la ermita había carecido de sacerdote que celebrase en ella los santos misterios; sólo el negrito Manuel se encargaba de su aseo y decencia. Otros veinte años vivieron juntos Montalvo y Manuel, empleándose con caridad digna de elogio en rendir culto á la Señora, dar posada á los peregrinos y consolar á los afligidos y apenados.

Llególe al negrito Manuel la hora de su descanso, y tal fué su muerte cual había sido su vida. Entregado al servicio de la santa imagen, practicó las virtudes cristianas y se ejercitó en grandes asperezas bajo la dirección de su colega en custodiar el santuario, el Sr. Montalvo. De este modo fué disponiéndose para la santa y envidiable muerte que le otorgó su celestial Señora; pues, estando en el lecho del dolor, fué favorecido con la presencia de su amada Soberana, quien le anunció moriría el viernes próximo, para subir el sábado inmediato á gozar de los gozos inefables del cielo. Así debió suceder; pues alma tan pura, más blanca que la nieve, aunque encerrada en cuerpo negro, debía volar al cielo para cantar con los ángeles las glorias de la celestial Reina y Emperatriz, María.

Al rededor del templo fueron edificando ranchos y chozas y algunas casas más ó menos acomodadas, ya los operarios que trabajaban en la fábrica, ya otros devotos favorecidos por María, que resolvieron vivir siempre bajo el amparo de tan buena Madre. Tal es el origen de la Villa de Luján. Pueblo verdaderamente feliz si sabe ser fiel á sus destinos; nació á la sombra de María, y á María debe siempre venerar y obsequiar como á su Reina y Soberana, y dar á todo el mundo testimonio de las grandezas y excelencias de María.

V

EL ACTUAL SANTUARIO

El santuario en que actualmente se venera á Nuestra Señora de Luján empezó á construirse el 24 de Agosto de 1754, por la iniciativa del joven párroco D. Carlos José de Bejarano. Muchos obstáculos se atravesaron de por medio para impedir que se realizase esta obra grandiosa. El buen sacerdote estaba á punto de abandonar su proyecto, desesperanzado de poder orillar tantas dificultades, cuando la Providencia le deparó un hábil instrumento.

Era éste un notable y distinguido español, hijo de Vizcaya, llamado D. Juan de Lezica y Tonezuri, varón justo y piadoso, á quien había robado el corazón la Virgen de Luján con una serie de prodigios. Nacido de ilustre alcurnia, católico de creencias arraigadas, se dedicaba al comercio, y había recorrido la América, desde el Ecuador hasta Buenos Aires, adquiriendo cuantiosa fortuna. Aunque se había casado en Lima, tuvo que fijar su residencia en Buenos Aires, á causa de cierta gravísima enfermedad que le acometió. Después de sufrir por espacio de once meses; y cuando la cien-

cia médica desesperaba de curarle, se acordó de la Virgen de Luján. Hizose trasladar al santuario, y llegó al pie del trono de María en alas de su profunda fe. Comenzó á rezar el novenario que había ofrecido, uniendo á esta medicina espiritual la bebida del agua de un manantial inmediato á la capilla, que aún existe, y el frotarse con el aceite de la lámpara de la Virgen. Por estos medios se restableció totalmente de su dolencia y quedó agradecidísimo á su insigne bienhechora. Empero once años más tarde tornó á renovársele la enfermedad, y volvió á buscar el remedio en el santuario bien persuadido ahora de que había de llenar una misión providencial. Era precisamente cuando el señor cura Bejarano sentía apagarse sus entusiasmos para edificar un templo digno de la Reina del cielo, por no encontrar quién le ayudara.

Don Juan de Lezica y Tonezuri adquirió un plano, se aconsejó de dos arquitectos inteligentes, y puso manos á la obra. Iniciados los trabajos, todos compitieron en celo á fin de que progresasen y viniesen á feliz término. El Prelado, las autoridades, los ricos contribuían con fuertes dádivas, los pobres con su cornadillo y con la fuerza de sus brazos.

El 8 de Diciembre de 1763, fiesta de la Purísima Concepción, se inauguró el templo con inusitada pompa. Hubo regocijos populares extraordinarios; porque el noble vizcaíno no se había contentado con levantar el santuario, sino que había reformado el pueblo y había conseguido con su influjo que el rey de España, Fernando VI, le confriese el título de Villa de Nuestra Señora de Luján.

El santuario era indudablemente el templo más hermoso de toda la campaña de la Provincia, dice el P. Salvaire, el erudito y sabio historiador de Nuestra Señora de Luján. Sin embargo, el viajero moderno lo

encuentra sobrado sencillo y sin ningún atractivo arquitectónico. La fachada obedece á un orden combinado romano-bizantino. Está formada por tres cuerpos verticales, divididos á su vez con otros tres horizontales, separados éstos entre sí por anchas cornisas y molduras. En el segundo de estos cuerpos horizontales se divisa una estatua de cuerpo entero de la Inmaculada Concepción.

La Iglesia es de una sola nave, angosta y algo oscura. Mide desde el cancel de la entrada hasta el altar mayor 48'50 metros, siendo la anchura de 8'25 metros, fuera del espesor de las pilastras. Tiene un pequeño crucero, y en la intersección de sus arcos se levanta la airosa cúpula en forma de media naranja. De los diez altares que la adornan, sólo en el mayor, que es ciertamente monumental, resplandece verdadero gusto artístico. En su centro campea el nicho de la Santísima Virgen, cubierto con cristal y velo, que se corre en las festividades de la Señora.

De ordinario se debe venerar la imagen en el camarín, el cual es relativamente pequeño, de forma circular y de una longitud que tal vez no alcanza á cinco metros. La efigie de Nuestra Señora de Luján, como hemos dicho al principio, es pequeña; su altura, desde los pies hasta la coronilla de la cabeza, no mide siquiera 418 milímetros. Está fabricada de barro cocido, del mismo que se usaba en el siglo XVII para objetos del uso diario de los hogares. Es de bulto y de una sola pieza, es decir, que forma un todo con el pedestal, que consiste en grupo de nubes, entre las cuales aparece la media luna, simbolo de la Inmaculada Concepción, y cuatro cabezitas de ángeles con alas desplegadas. Tanto el rostro de la Virgen, como los ángeles, son perfectos y revelan que el artista estuvo inspirado. Tiene el rostro ovalado, el color moreno y el pelo negro, lo que está en armonía

con el tipo de la raza de que nació María. Hay en él un conjunto de dignidad y dulzura, que roba las miradas y los corazones de cuantos la contemplan. Sus ojos honestísimos parece que siguen al devoto á donde quiera que se mueve en el camarín, clavándole saetas de amor. La imagen salió de las manos del artífice vestida con ropaje del mismo barro cocido. Viste túnica roja y manto azul tachonado con estrellas plateadas. Ahora se la viste con telas preciosas. La túnica es de color blanco, y el manto azul, todo con admirable riqueza de dibujos y bordados. Es inmensamente rica en alhajas; perlas, brillantes; de suerte que quizás no haya en el orbe católico otra imagen más lujosamente ataviada. Imposible enumerar las joyas de oro y plata y las piedras preciosas que guarda en su tesoro.

Las ofrendas traídas por sus devotos á la Virgen de Luján no pueden contarse. El altar mayor en toda su altura, los muros del camarín, los pasillos, las columnas, todo está cubierto de presentallas de oro y plata arreglado simétricamente.

«Además de estas ofrendas visibles, dice el historiador D. Luis Varela, los sacerdotes guardianes del templo conservan en los armarios exvotos de plata que pueden pesarse por toneladas, los de oro por quintales, y las piedras preciosas por libras».

Para la confección de la custodia se entregaron al artista nueve kilos de oro y diez mil piedras preciosas y á la casa de moneda de Buenos Aires para la lámpara votiva, trescientos kilogramos de plata.

Añádanse á esto las ofrendas de los pobres. Allí se ven las muletas de los tullidos, objetos de cera, buques, etc.; cada uno de los cuales encierra un episodio amoroso de la vida de un mortal y publica con mucha elocuencia las bondades de Nuestra Señora de Luján.

VI

LA CORONACIÓN

En 1871 llegaba á la Argentina un joven y vigoroso sacerdote de la Congregación de la Misión de San Vicente de Paúl, llamado D. Jorge María Salvaire. En ese mismo año se desarrolló en Buenos Aires la terrible epidemia de la fiebre amarilla, que llenó de espanto á los moradores de la ciudad cosmopolita por excelencia. La hoz de la muerte segaba á centenares de existencias preciosas. Para conjurar el mal se organizó la primera romería nacional al santuario de Nuestra Señora de Luján.

Tan eficaz fué el remedio que la justicia de Dios se dió por aplacada y cesó como por ensalmo el tremendo azote. En esa romería tomó parte el R. P. Salvaire, y quedó tan enamorado de la Señora, que presintió había de ser infatigable propagador de su culto. Después de haber dado fructuosísimas misiones en diversas diócesis de la República, fué nombrado vicario de la parroquia de Luján, y después, cura y capellán. Consagró su vida y sus fuerzas á propagar la saludable devoción de la Reina del cielo.

Para realizar con más eficacia dicho fin, dedicóse al estudio, sacudiendo el polvo de los libros en las bibliotecas y revolviendo el archivo. Fruto de sus desvelos y de los sudores que derramó sobre los libros, fué la *Historia de Nuestra Señora de Luján*, que publicó en dos gruesos volúmenes los años 1882 y 1883, obra que descubre bien los conocimientos críticos y literarios del autor y que puede considerarse como el monumento más importante de cuantos los devotos hayan ofrecido á la Virgen de Luján, y más tarde fundó una revista titulada

La Perla del Plata, dedicada á referir las maravillas obradas por la Señora, sus fiestas, las peregrinaciones, y á extender justamente su culto. Este benemérito religioso promovió la idea de coronar solemnemente, á nombre del Romano Pontífice, la imagen tan querida de los argentinos, paraguayos y uruguayos, como otras célebres imágenes del orbe cristiano.

Al efecto, los obispos de las tres Repúblicas elevaron á la Santa Sede respetuosa petición. En ella recuerdan que María Inmaculada, que ha sido siempre el baluarte de la Iglesia, lo es señaladamente en la época moderna; por eso el Vicario de Cristo ha dirigido tantas Encíclicas recomendando el rezo del Santísimo Rosario. Piden que sea coronada la bienaventurada Virgen de Luján, en cuyo materno regazo la familia argentina encontró siempre seguro asilo en todas las circunstancias adversas de su existencia, y de cuyas manos invariablemente amigas y propicias ha recibido tan espléndidos favores.

Comisionaron al R. P. Salvaire para que depusiera á los pies del Santo Padre esta solicitud juntamente con un ejemplar de la historia, escrita por él mismo, donde se encontrarían los documentos que acreditasen ser la milagrosa imagen digna de recibir la corona solicitada.

La petición fué favorablemente atendida y despachada; y por Breve de 1 de Octubre de 1886, el inmortal León XIII facultó al Arzobispo de Buenos Aires, Dr. D. León Federico Arneyros, para que á nombre suyo coronase la santa imagen. La augusta ceremonia se verificó el 8 de Mayo de 1887. En ese día la villa y el santuario aparecieron engalanados; todo era fiesta y regocijo. Millares de peregrinos con el rostro radiante de alegría acudieron á presenciar el triunfo de María, cuando el Ilmo. Sr. Arneyros colocaba sobre su efigie la preciosa corona que el mismo León XIII había bendecido.

No fué esto sólo. El mismo Sumo Pontífice otorgó con su autoridad suprema la gracia de confirmar la advocación de Nuestra Señora de Luján, concediéndole oficio propio, que debe rezarse con rito doble de segunda clase y octava, y asignó en Breve de 18 de Noviembre de 1886 para su fiesta el domingo cuarto después de Pascua. Aún se celebra fiesta solemne el día ocho de Diciembre, en recuerdo de que representa la Inmaculada Concepción.

VII

EL TEMPLO EN CONSTRUCCIÓN

En 1889 el infatigable P. Salvaire era nombrado cura de la Villa de Luján, y al momento acarició el proyecto de levantar un templo majestuoso á la Imagen milagrosa. Como varón de energía y empresa, empezó la magna obra, que será una de las iglesias más bellas que la Virgen María tenga en América. El ingeniero D. Ulrico Courtois, autor de los planos de la Basílica y director de los trabajos, en un interesante artículo publicado en la Revista *La Biblioteca* de Buenos Aires, hace esta descripción.

«La Basílica de Luján, por su disposición general, por sus grandes líneas y sus detalles, es un monumento del siglo XIII, de estilo ojival primario. Sus dimensiones la colocan entre los edificios más importantes de su género, si no á la cabeza, á lo menos en buena fila.

	Metros
Longitud total.	115
» del crucero.	63
Anchura de la nave principal.	13
» de cada nave lateral.	6,45

Anchura del frente (exterior).	43
Altura interior de la nave principal.	30
» de las cuatro torres que flanquean el crucero, sin las flechas.	45
Altura de las torres del frente sin las flechas.	64
» de las dos torres del frente con las flechas.	110
Número de capillas.	25
Santuario de la Virgen.	1

Ocupando toda la parte principal del ábside, que corresponde al coro de la vieja catedral, se eleva el santuario de la Virgen, al que dan acceso dos escaleras de mármol de Córdoba.

El altar mayor se levantará apoyado contra la pared bajo el santuario, arrojando hasta 22 metros de altura la escalonada selva de sus pináculos góticos, en medio de los cuales se divisará la imagen de Nuestra Señora de Luján, rodeada con la esplendente aureola formada por los centenares de luces de los candelabros.

Debajo del santuario irá la sacristía principal colocada, por consiguiente, detrás del altar mayor: vense á su alrededor los arcos agudos de la nave lateral y de las capillas pentagonales del ábside.

Un *triforium* (trifolio) de arcadas simples, sobre columnas de mármol blanco, tratado en el estilo de los primeros años del siglo XIII, corre encima de las bóvedas de las naves menores, y está destinado á servir de tribuna galería: las escaleras de acceso se hallan en las torres que flanquean el crucero.

Debe recordarse además la existencia de una *cripta*, algo reñida con las costumbres del siglo XIII, pero admisible, en suma, y de cuyo empleo tenemos ejemplo célebre en la magnífica catedral de Bourges.

Séanos permitido resumir en rápido bosquejo los rasgos salientes de la Basílica en construcción: al exterior

No fué esto sólo. El mismo Sumo Pontífice otorgó con su autoridad suprema la gracia de confirmar la advocación de Nuestra Señora de Luján, concediéndole oficio propio, que debe rezarse con rito doble de segunda clase y octava, y asignó en Breve de 18 de Noviembre de 1886 para su fiesta el domingo cuarto después de Pascua. Aún se celebra fiesta solemne el día ocho de Diciembre, en recuerdo de que representa la Inmaculada Concepción.

VII

EL TEMPLO EN CONSTRUCCIÓN

En 1889 el infatigable P. Salvaire era nombrado cura de la Villa de Luján, y al momento acarició el proyecto de levantar un templo majestuoso á la Imagen milagrosa. Como varón de energía y empresa, empezó la magna obra, que será una de las iglesias más bellas que la Virgen María tenga en América. El ingeniero D. Ulrico Courtois, autor de los planos de la Basílica y director de los trabajos, en un interesante artículo publicado en la Revista *La Biblioteca* de Buenos Aires, hace esta descripción.

«La Basílica de Luján, por su disposición general, por sus grandes líneas y sus detalles, es un monumento del siglo XIII, de estilo ojival primario. Sus dimensiones la colocan entre los edificios más importantes de su género, si no á la cabeza, á lo menos en buena fila.

	Metros
Longitud total.	115
» del crucero.	63
Anchura de la nave principal.	13
» de cada nave lateral.	6,45

Anchura del frente (exterior).	43
Altura interior de la nave principal.	30
» de las cuatro torres que flanquean el crucero, sin las flechas.	45
Altura de las torres del frente sin las flechas.	64
» de las dos torres del frente con las flechas.	110
Número de capillas.	25
Santuario de la Virgen.	1

Ocupando toda la parte principal del ábside, que corresponde al coro de la vieja catedral, se eleva el santuario de la Virgen, al que dan acceso dos escaleras de mármol de Córdoba.

El altar mayor se levantará apoyado contra la pared bajo el santuario, arrojando hasta 22 metros de altura la escalonada selva de sus pináculos góticos, en medio de los cuales se divisará la imagen de Nuestra Señora de Luján, rodeada con la esplendente aureola formada por los centenares de luces de los candelabros.

Debajo del santuario irá la sacristía principal colocada, por consiguiente, detrás del altar mayor: vense á su alrededor los arcos agudos de la nave lateral y de las capillas pentagonales del ábside.

Un *triforium* (trifolio) de arcadas simples, sobre columnas de mármol blanco, tratado en el estilo de los primeros años del siglo XIII, corre encima de las bóvedas de las naves menores, y está destinado á servir de tribuna galería: las escaleras de acceso se hallan en las torres que flanquean el crucero.

Debe recordarse además la existencia de una *cripta*, algo reñida con las costumbres del siglo XIII, pero admisible, en suma, y de cuyo empleo tenemos ejemplo célebre en la magnífica catedral de Bourges.

Séanos permitido resumir en rápido bosquejo los rasgos salientes de la Basílica en construcción: al exterior

dominando las cresterías de la nave alta, se yerguen las cuatro torres del crucero y las dos de la fachada principal, horadadas de gigantescas aberturas; robustos contrafuertes apoyan los arcos botareles que sostienen la nave; en medio del crucero, se alza aguda flechilla calada; por todo el contorno del edificio, las ventanas lancetadas, simples, dobles ó triples, abren paso á la luz: las balaustradas, pináculos y florones completan la decoración.

Al interior la majestad de las altas bóvedas, la vigorosa ascensión de columnas que se dividen en ramos de nervaduras, la luz irradiada por los brillantes colores de las vidrieras, que luchan con las sombras misteriosas de las naves laterales....

Desgraciadamente, las paredes interiores de la Basílica de Luján no podrán ostentar la severa y noble desnudez de las piedras de sillería; mucho se ha conseguido con revestir todo el edificio á medida de su construcción con un manto de piedra de 50 á 60 centímetros de espesor en el recinto; las columnas, los grandes arcos y el santuario entero, son igualmente de piedra procedente del departamento de Villa Colón en Entre Ríos, donde la obra de la Basílica explota canteras valiosas. Del mismo modo, con ladrillos revestidos de piedra se han edificado tantas iglesias góticas del siglo XIII en Europa, que podemos consolarnos y aun sentir alguna satisfacción por haber logrado lo propio, en un país donde no existe quizás un solo edificio con frente de piedra».

VIII

PEREGRINACIONES

Escenas tiernas y conmovedoras presentan las caravanas de peregrinos que, abandonando sus hogares y

expuestos á las inclemencias del tiempo, recorren largas jornadas para visitar un santuario célebre de la Madre de Dios. Esas peregrinaciones avivan la fe en las inteligencias y el fuego del amor en los corazones. El santuario de Nuestra Señora de Luján ha sido siempre el imán que atrajo á muchas almas generosas á las plantas de la Reina del cielo.

Las tres Repúblicas de la Argentina, del Paraguay y Uruguay han visto organizarse en piadosa asociación á millares de hijos suyos para ir á invocar á la Virgen de Luján. Desde 1877 han quedado regularizadas las peregrinaciones que se verifican de modo periódico y regular. Según la estadística publicada en la Revista *La Perla del Plata*, en el periodo de 20 años, comprendidos desde 1877 á 1897, se habían verificado 241 peregrinaciones con un contingente de trescientos treinta y siete mil setecientos cincuenta y tres peregrinos.

Es digna de notarse la verificada el 8 de Septiembre de 1895 por los católicos Uruguayos. Se celebraron fiestas tiernas y magníficas. Los peregrinos, cual prueba perenne de fe y amor, regalaron á la Patrona de los Argentinos y Orientales, artística, valiosa y riquísima lámpara de plata con engastes de piedras preciosas, para que arda constantemente en su templo.

Poco después, con motivo de hallarse en Buenos Aires el Ilmo. Sr. Arzobispo de Santiago de Chile, Monseñor Mariano Casanova, para imponer el palio al Sr. Arzobispo de la Argentina, Mons. Castellanos, se organizó otra romería en que tomaron parte millares de almas. Se trataba de alcanzar la paz entre las Repúblicas Argentina y Chilena, cuyas relaciones eran tirantes, por disputarse los límites de la cordillera de los Andes. El entonces gobernador eclesiástico de Valparaíso y actual obispo de San Carlos de Ancud en Chile, Ilmo. señor Dr. D. Ramón Ángel Jara, pronunció patético discurso

con la elocuencia viril y arrebatadora con que le ha favorecido el cielo, arrancando á la vez lágrimas y aplausos á los circunstantes. La tempestad se conjuró por el momento. Y sin duda que fué favor de la Virgen Santísima tiernamente invocada bajo sus advocaciones de Andacollo y de Luján, el que se zanjaron amistosamente las cuestiones que dividían á dos naciones hermanas, las más prósperas de Sud América.

Personajes ilustres han visitado el santuario de Luján. Príncipes, Prelados, Virreyes en tiempo de la colonia, Gobernadores, poderosos de la fortuna, de la autoridad y del talento han llegado á deponer sus obsequios ante la excelsa Reina del cielo. El Papa de la Inmaculada, el inmortal Pío IX, canónigo aún y de viaje á Chile como secretario del Nuncio, Ilmo. Sr. Juan Muzzi, oró y celebró la misa en el altar de Nuestra Señora de Luján.

Muchos héroes de la independencia Argentina fueron á Luján á implorar la protección de la celestial Señora para sus huestes ó á rendirle gracias después de afamadas victorias. Citemos al benemérito general D. Manuel Belgrano, que siempre supo armonizar la cruz con la espada, los deberes para con Dios y para con la Patria. Era devotísimo de María, á quien todos los días rezaba el Rosario en unión con sus soldados. Antes de la batalla de Tucumán, dada el 24 de Septiembre de 1813, nombró Generala de su ejército á Nuestra Señora de las Mercedes, y después de la victoria que decidió de la independencia de su patria, colocó el bastón de mando en manos de la Virgen y distribuyó entre sus soldados el escapulario de la Merced (1). Antes de empezar la batalla de Salta, promete consagrar los trofeos de la victoria á Nuestra Señora de Luján, cuyo santuario había visitado en 1810, haciendo celebrar misa solemne,

(1) Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano*, T. 1 pág. 496.

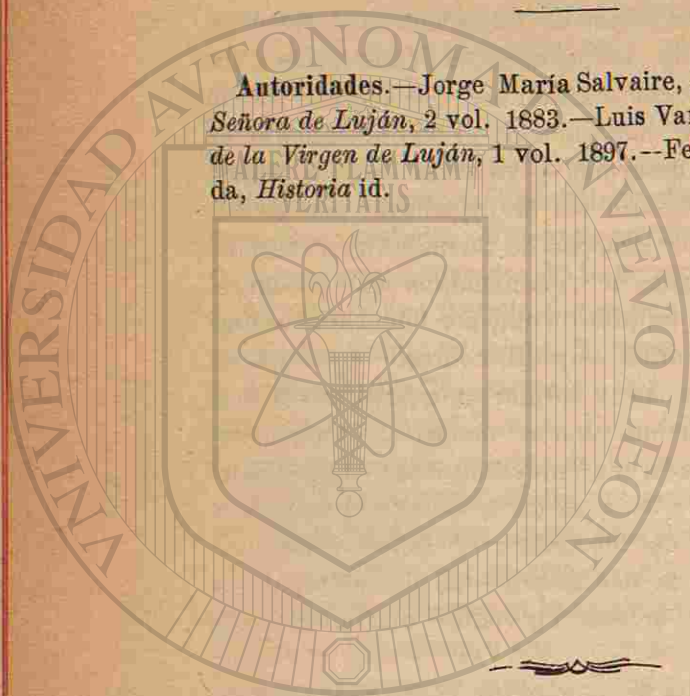
á la cual asistió. En el parte de la victoria de Salta, dice: «la victoria del 20 del próximo pasado (Febrero de 1813) no es debida á mí, sino á la protección visible del cielo. Envío al Cabildo de Luján dos banderas cogidas al enemigo, á fin de que se sirva presentarlas á los pies de Nuestra Señora á nombre del ejército de mi mando, para que se haga notorio el reconocimiento en que mis hermanos de armas y yo estamos á los beneficios que el Todopoderoso nos ha dispensado por su mediación». Cuando el Gobierno de Buenos Aires, después del triunfo de Salta, le recomendaba que procurase abstenerse de toda batalla formal por temor que el enemigo se apoderase de la Capital, contestó: «que los españoles en ningún caso se animarian á hostilizar á Buenos Aires formalmente, mucho menos si el Gobierno imbuía á las tropas en máximas religiosas, obligándolas á rezar el rosario y á llevar cada soldado un escapulario de la Virgen de las Mercedes». Cuando fué desterrado á Luján, después de las derrotas de Vilcapujio y Ayohuma, tenía sus delicias en visitar diariamente á la Santísima Virgen.

El general D. José de Sanmartín, el héroe legendario de la independencia de la Argentina, de Chile y del Perú, que ha merecido estatuas en esas tres repúblicas, después de regresar de Chile en 1818 con los laureles de la victoria de Chacabuco y Maipo, en 1823 de vuelta del Perú, visitó el santuario de Luján acompañado de jefes y oficiales de su glorioso ejército. También estuvieron en Luján desde el 15 al 19 de Abril de 1820 é invocaron á María los tres hermanos Carreras, D. José Miguel, D. Juan José y D. Luis, héroes de la independencia de Chile, y á quienes la desgracia hizo morir fusilados en la plaza de Mendoza.

Aquí terminamos nuestra reseña exclamando con el alma reboante de júbilo y de sagrado entusiasmo:

¡Gloria á la Patrona de los Argentinos! ¡Bendita sea la Virgen de Luján!

Autoridades.—Jorge María Salvaire, *Historia de Nuestra Señora de Luján*, 2 vol. 1883.—Luis Varela, *Breve Historia de la Virgen de Luján*, 1 vol. 1897.—Felipe José de Maqueda, *Historia id.*



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUESTRA SEÑORA DEL MILAGRO DE SALTA (ARGENTINA)

CAPÍTULO XV

La Virgen del Milagro que se venera en la Catedral de Salta (República Argentina)

SUMARIO.—I. Salta. II. El Señor del milagro. III. Los terremotos de 1692. IV. La Virgen del Milagro. V. Favores de la Virgen del Milagro de Salta. VI. La Catedral.

I

SALTA

Salta es una de las provincias de la Argentina, limítrofe con Chile y Bolivia, y constituye una fracción de la antigua gobernación de Tucumán, la cual abrazaba una zona de tierra tan dilatada, que de ella se han formado seis provincias. La capital de dicha gobernación era Santiago del Estero, ciudad fundada por Francisco de Aguirre en 1556 á los principios de la conquista. Desde allí se dirigían y encauzaban los asuntos políticos y religiosos y se disponía la fundación de nuevos pueblos como Córdoba, Tucumán, Rioja, Jujuy y Catamarca.

La extensión superficial de la provincia es de 128.266 kilómetros cuadrados y la población de 162.006 habitantes. El terreno ofrece aspecto muy variado, encontrándose prolongadas serranías y grandes y dilatadas llanuras, de donde nacen los diversos climas que en él se notan. Abundan las producciones minerales; pero se explotan muy poco. Sábese que hay oro nativo en las

fronteras de Bolivia, en Santa Victoria, en el río Acay y en el valle de Calchaqui; y plata nativa en el cerro Bayo, con pirita de cobre y cloruro de plata. En cuanto á la flora, la parte occidental es una serranía pobrísima, y el país parece la continuación del desierto de Atacama. En cambio la parte oriental es región sumamente fértil, aunque hasta ahora poco cultivada.

Abundan los bosques de maderas útiles y se cría la vid. En Orán produce el bananero excelentes frutos, y hasta plantaciones de café se han ensayado con buen éxito.

Por lo que atañe al gobierno civil y político, el poder legislativo se compone de dos cámaras, la una de 31 diputados y la otra de 17 senadores. El poder ejecutivo reside en el gobernador, que se elige cada dos años y no puede ocupar el destino dos períodos seguidos. Dos ministros refrendan y legalizan los actos del gobernador (1).

La capital de la provincia es la ciudad de Salta fundada el 16 de Abril de 1582 por el gobernador de Tucumán, D. Hernando de Lerma, á orillas del río Arias ó de Salta, á 1202 metros sobre el nivel del mar. El fundador le dió el nombre del rey de España y el suyo propio, y así en documentos oficiales se decía *San Felipe de Lerma en el valle de Salta*; pero desde remotos tiempos prevaleció la costumbre de llamarla simplemente Salta. Adquirió mucha importancia, ya por el prestigio del fundador, ya por la honradez de los que vinieron á habitarla, ya por su comercio. Por eso los gobernadores trasladaron de hecho su residencia á ella desde Santiago del Estero.

Cuenta al presente como 20.000 almas, y es sede episcopal erigida por Pío VII en 1806. Lo que la hace célebre son dos imágenes, del divino Redentor la una y la

(1) Véase Latzina, *Geografía de la República Argentina*.

otra de su Inmaculada Madre, que se veneran en la iglesia Catedral con el título del Señor y de la Virgen del Milagro. Aunque mi tarea se reduce á dar conocimiento no más de las efigies de la Santísima Virgen, no puedo prescindir de relatar algunos pormenores en punto á la del Señor del Milagro, por estar íntimamente ligada su historia con la de su excelsa Madre.

II

EL SEÑOR DEL MILAGRO

En cierto día del mes de Junio de 1592 se sintió en el Callao uno de esos sacudimientos de tierra que se llaman temblores. De ordinario, la gente, habituada ya á semejantes fenómenos, no se mueve de sus casas; pero en esta ocasión, al sentir que los sacudimientos se sucedían unos á otros á manera de las olas del mar, los vecinos de la villa, como empujados por el mismo resorte, acudieron á la playa, que era el sitio más espacioso y donde no corrían peligro de ser aplastados por los edificios que podían derrumbarse.

Contra lo que sucede después de los temblores, que queda una atmósfera pesada y se respira aire sofocante, empezó á soplar suave brisa que disipó las nubes cenicientas, y el sol con sus amortiguados rayos doró las crestas de los montes que circundan á la ciudad de los reyes. Merced á esta claridad, ojos avizores y experimentados divisaron á distancia dos objetos que marchaban serenos y tranquilos, cual si hábil piloto los dirigiera al puerto. La noticia se propagó rápidamente; y así muchos curiosos, provistos de anteojos, vinieron á aumentar la muchedumbre agolpada en la ribera. Luego se conoció que eran dos cajones impelidos por la corriente hacia el muelle del Callao. Todos se daban á

conjeturar lo que podrían ser aquellos objetos. Éstos los estimaban restos de algún buque náufrago, aquéllos los creían cajas vacías arrojadas al agua por inútiles é inservibles; pero ninguno atinaba con la verdad, porque no podían conocer los designios de la Providencia divina.

Quando estuvieron á corta distancia, el capitán del puerto envió una falúa y dos botes para que los remolcasen, y de este modo al cabo de media hora estaban en el muelle. Terrible confusión reinó entonces, porque todos se apiñaron junto á las cajas misteriosas para contemplar su contenido. Temeroso el jefe de la aduana que hubiese desgracias, suspendió la operación de abrir las cajas hasta recibir órdenes del Virrey, que era Don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, que residía en Lima. Enterado el Virrey de los detalles del suceso, resolvió ir en persona á abrir las cajas, por respeto á los objetos que creía encontrar en ellas, según rezaban los letreros grabados en las tapas. Y á fin de dar mayor solemnidad al acto, invitó á las autoridades eclesiásticas, civiles y militares de Lima para que se trasladasen al Callao en traje de etiqueta. Los habitantes de la señora del Rimac partieron en masa al puerto, atraídos por la novedad é impulsados también por espíritu religioso. En presencia de selecta comitiva hizo el Virrey quitar la cubierta del cajón en que se leía este letrero: *Un Señor Crucificado para la iglesia matriz de la ciudad de Salta, provincia del Tucumán, remitido por Fray Francisco Victoria, Obispo de Tucumán.* En seguida se abrió el otro cajón cuyo rótulo era: *Una Señora del Rosario para el convento de predicadores de la ciudad de Córdoba, provincia del Tucumán, remitida por Fray Francisco Victoria, Obispo de Tucumán.* Mandó entonces el Virrey que las imágenes fueran levantadas en alto para que las contemplase la muchedumbre, que al punto cayó de rodillas, venerándolas con respeto y

amor. Hecho esto se clavaron de nuevo las cajas para remitirlas á Lima.

En un día espléndido, que no semejaba de invierno sino de apacible primavera, fueron conducidas las imágenes á la ciudad de los reyes, escoltadas por el Virrey, militares y gente de todas las jerarquías sociales.

Al caer de la tarde fueron depositadas en la catedral, que estaba profusamente iluminada, entre los cantos y salmodias del clero. Celebróse al siguiente día suntuosa fiesta, diciendo la misa de pontifical el Sr. Arzobispo, que lo era entonces Santo Toribio de Mogrovejo, y terminando á la una de la tarde. Según tradición bastante fundada y que está conforme con las fechas, cinco santos americanos veneraron entonces las santas imágenes: Santo Toribio de Mogrovejo, San Francisco Solano, Santa Rosa y los Beatos Juan Macías y Martín de Porres.

Ocho días después las imágenes fueron remitidas á su destino escoltadas por un escuadrón de caballería. Como los medios de transporte en aquella época eran pesados y difíciles, tardaron bastante en llegar á Potosí.

Hallábase entonces Potosí, merced á las minas de plata, en el apogeo de su riqueza, contando gran número de moradores, los cuales, tan luego como tuvieron nuevas de la llegada de las sagradas imágenes, salieron á su encuentro; y como en el Callao y Lima, se les hizo espléndido y entusiasta recibimiento. Aquí fueron veneradas con extremado respeto de los fieles; y cuando hubieron de partir á sus respectivos destinos, cincuenta vecinos de los más nobles y acaudalados, se ofrecieron á acompañarlas hasta el término del viaje. Fué ciertamente admirable la fe y devoción de estos caballeros que se resolvieron á recorrer á pie un trayecto de trescientas leguas, donde apenas encontraban elementos de vida, y así y todo á precio de oro.

El 13 de Agosto salieron de Potosí, acompañándolos

el pueblo entero en el espacio de una legua, que no acertaba á despedirse de las venerandas efigies. Después de treinta y tres días de penosa marcha, llegaron á acampar á media legua de Salta; y desde allí el jefe de la comitiva envió atento recado á las autoridades. El gobernador, con la poca tropa que allí había, y el vecindario acudieron á recibir las imágenes, que en medio de general regocijo fueron colocadas en la iglesia parroquial. En ella quedó el milagroso Señor que debía ser el Salvador de Salta y el consuelo de muchas generaciones.

Pocos días más tarde la imagen de la Santísima Virgen del Rosario fué trasladada con igual pompa y acompañamiento á la ciudad de Córdoba (1). De ella hablaremos adelante en esta Historia; por cuanto le consagramos lugar aparte y distinguido en la *América Mariana*.

Tenemos, pues, que dichas efigies fueron remitidas por el Ilmo. Sr. D. Fray Francisco Victoria, obispo de Tucumán (2); pero las circunstancias del viaje han quedado envueltas en el misterio. El hecho no se puede negar, pues tuvo millares de testigos de vista y existen documentos escritos que lo acreditan. Pero ¿dónde fueron embarcadas las tales cajas? ¿Cómo hicieron la travesía del Atlántico? ¿Cómo pasaron el Pacífico y llegaron al

(1) Véase el *Relato sobre la aparición del Señor del Milagro*, publicado en Salta el año 1864 por el Sr. D. José Oteiza y Bustamante.

(2) El Ilmo. Fray Francisco Victoria fué el tercer obispo de Tucumán y el primero que tomó posesión de este Obispado: asistió á un Concilio Provincial de Lima presidido por su Arzobispo, Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo; por asuntos concernientes á su iglesia trasladóse á Madrid, donde murió en olor de santidad el año 1592, y fué sepultado en el convento Real de Atocha de la Orden de Predicadores, á la cual pertenecía.

Callao? Dios quizá habrá querido ocultar estos incidentes para probar la fe de sus pueblos é infundir mayor confianza en su misericordia. Podemos decir que se repitió el milagro de andar Jesús sobre las aguas.

III

LOS TERREMOTOS DE 1692

Nada más inconstante y voluble que el corazón humano. Después que los fieles de Salta hicieron tan cariñoso y entusiasta recibimiento á la imagen del Salvador, la dejaron en el más glacial olvido. Á causa de las estrechas dimensiones de la iglesia matriz, la trasladaron á una sacristía, llamada de las ánimas, que si bien servía de capilla y se comunicaba con la iglesia, estaba destinada á guardar aparatos y composturas fúnebres del servicio religioso, teniéndose además en ella las reuniones de los asociados. Un siglo entero permaneció en este lóbrego sitio, sin que jamás se le sacara en procesión para que recorriese las calles de la ciudad y bendijese á sus moradores. Habiendo desaparecido la generación de 1592, las que se sucedieron miraron con indiferencia un crucifijo que se levantaba en modesto altar. Pero el mismo Dios Hombre preparó los sucesos que debían avivar con más brillo la fe primitiva y convertirla en manifestaciones de amor y de esperanza hacia su sagrada imagen.

Todo anunciaba paz y tranquilidad. La naturaleza revivía con el fin del invierno y la vuelta de la primavera. Los campos se cubrían de flores y de verdor, mostrando en lontananza los preciosos y codiciados frutos; las aves con sus gorgeos empezaban á alegrar los poblados y las arboledas; sonreía el labrador en vista de la

cosecha venidera; pero contra los embates de la desgracia no se halla el hombre seguro.

Un día empezaron sobre las cuestas del San Bernardo á amontonarse nubes caprichosas, enormes cúmulos de color blanco plumizo, que parecía iban á desplomarse sobre la colina. La alarma se produce en la ciudad, la inquietud y zozobra dominan en los espíritus, sordo murmullo cunde arrancado por fuerza superior, que pronto se convierte en gritos desgarradores; la confusión más espantosa señorea en todos los ámbitos de la ciudad. La gente huyó amedrentada y despavorida á refugiarse en las plazas y en los campos. ¿Qué sucede? La tierra tiembla, el suelo oscila y los hombres no pueden sostenerse sobre sus pies. Los árboles, los edificios, todo se conmueve al violento oleaje subterráneo. Y la trepidación no dura sólo algunos segundos ó pocos minutos, sino que se prolonga más de un cuarto de hora entre diez y once de la mañana del día 13 de Septiembre de 1692, un siglo justo y cabal desde la entrada á Salta del Señor del Milagro. La confusión viene á aumentarse con las nubes de polvo que al desplomarse levantan los edificios. Y los ruidos subterráneos crecen y se suceden sin cesar por espacio de tres días. En medio del espanto el párroco organiza una procesión llevando bajo palio el Santísimo Sacramento, pero nada se consigue; la tranquilidad no renace en los fieles, de cuyos labios se escapan ayes prolongados y lastimeros. Los Padres Mercedarios sacan de su iglesia un Santo Crucifijo, y ellos con los pies descalzos y vestidos de burdo sayal le acompañan; á su ejemplo el pueblo sigue las andas en actitud penitente, los unos se disciplinan, los otros se cubren la cabeza de ceniza como los hebreos ó los ninivitas, cuando los profetas los amenazaban con castigos de parte de Dios. Los jesuitas en una de las principales calles, frente á su casa, coloca-

ron un altar con otro crucifijo y un púlpito desde donde dirigían exhortaciones que inspiraban compunción y esperanza. Sin embargo las oscilaciones de la tierra continuaban, los habitantes buscaban asilo junto á la iglesia, pues los edificios cuarteados no daban seguridad. En la plaza se ofrecía el santo-sacrificio para que las oraciones de las almas purificadas con la sangre de Cristo subiesen agradables al cielo. Por fin en medio de aquella negra noche de espanto y de zozobra brilló un rayo de consuelo. El Padre jesuita José Carrión propuso que se sacase en procesión pública á aquel Señor Crucificado que se tenía olvidado, anunciando que cesarían los temblores; instó dos y tres veces, en particular y en público, hasta rasgarse las vestiduras sagradas en el púlpito en señal de duelo de no accederse á su palabra. Al fin fué escuchado, y se organizó la procesión con el clero, pueblo y autoridades. El santo Crucifijo salió en hombros de las personas más distinguidas de la sociedad en la tarde del día 15, y no tardaron en palpase los benéficos efectos. Así como Jesús, cuando peregrinaba por el mundo, con sólo un acento de su voz calmaba las tempestades y mandaba á las olas enfurecidas del mar que se sosegasen, ahora por medio de su imagen ordenó que cesasen los terremotos, que se aquietase la tierra y la ola subterránea perdiese su fuerza. Las gentes cobraron alientos, volvieron á sus hogares sin recelo, y confesaron paladinamente deber su salvación á la misericordia de Cristo y á la intercesión de la amable Virgen del Milagro, pues por sus ruegos se verificó tan repentina mudanza, como veremos pronto.

Después de la procesión la noche quedó tranquila, y á la mañana siguiente el sol se levantó radiante, alegrando los campos y los corazones. Los habitantes volvieron á sus tareas habituales bendiciendo la divina clemencia para con ellos. Si bien habían sido desastro-

sos los efectos del terremoto en su ciudad, habían sido detenidos por el poder de Cristo y por el valimiento de su Madre. No así en la vecina y opulenta ciudad de Esteco, que para siempre quedó arruinada, pereciendo muchas víctimas en el cataclismo. Dios permite á veces las aflicciones de sus hijos para que más resalte luego su poder y su justicia. En Salta se dejó conmover por las oraciones de los justos y por la contrición de sus pecados, y los salvó. El pueblo pudo repetir con toda verdad aquellas palabras del anciano Tobías: «Él nos castigó por nuestras maldades, y Él mismo nos salvó por su misericordia» (1). En cambio hizo brillar su justicia sobre Esteco, ciudad voluptuosa, llamada por los contemporáneos *Jardín de Venus*. Para formarse idea del lujo de sus habitantes, baste repetir lo que afirman los cronistas, que ponían á los caballos herraduras de plata y hasta de oro.

Como muestra, siquiera pequeña de gratitud para con sus bienhechores, el pueblo de Salta hizo voto de celebrar perpetuamente fiesta solemne el 15 de Septiembre, voto que se viene guardando con toda religiosidad hasta la fecha. He aquí un extracto del documento público extendido al efecto.

«En el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, de la Purísima Virgen María, Madre de Dios y Señora nuestra; y de los Santos Patronos de esta ciudad San Felipe y San Bernardo:—Para gloria de Dios Nuestro Señor y de su bendita Madre la bienaventurada Virgen María en su advocación del Señor y Virgen de los Milagros: notorio sea á todos los habitantes presentes que son y en adelante fueren, de esta Provincia y ciudad de Salta en la provincia del Tucumán—el singular beneficio, los milagros dispensados á esta ciudad por la

(1) Tobías, XIII. 5.

mediación de tan amorosa y solícita Madre el 13 de Septiembre de 1692. Pues habiendo sucedido violentos terremotos, que sembraron en todos la consternación y el espanto, y que sepultaron entre sus ruinas á la ciudad de Esteco y á innumerables personas, esta ciudad de Salta fué preservada, sin tener que lamentar ni llorar la muerte de sus hijos, corriendo todos á la iglesia matriz para implorar de María Santísima su auxilio y protección; y ocurrió que en ella se presenciaron los milagros del Señor Crucificado, que habló diciendo: «Que «hasta que no le saquen por las calles no cesarian los «temblores»; y encontrarse á la Virgen al pie del Sagrario, mudando colores y en acción de súplica.

«Siendo estos milagros bastante fundamento, por la experiencia de anteriores beneficios, para atribuir tan especial y señalada merced á la solicitud maternal, que nuestra bendita Madre la Virgen Purísima del Milagro ha ejercido en favor y amparo de esta su devotísima ciudad de Salta.—Por esto los vecinos de Salta, congregados con las autoridades eclesiásticas y seculares, Congregaciones religiosas, Ilustre Cabildo, Justicia y Regimiento y demás corporaciones, habitantes y moradores de ella, para mostrar el agradecimiento á tan grandes beneficios, y hacer notorios los prodigios obrados por Nuestro Señor Crucificado del Milagro, y de Nuestra Señora María Purísima del Milagro, y para que conste á las presentes y futuras generaciones nuestro agradecimiento y fe católica de esta devota y religiosa ciudad de Salta; unánimemente se propuso se debía jurar y juraron todos los presentes, la celebración de la fiesta de estas sagradas imágenes cada año, con novenario, misas solemnes y procesión pública, y esto perpetuamente, etc.....

«En la ciudad de San Felipe de Lerma, Valle de Salta, á quince días del mes de Septiembre de 1692».

IV

LA VIRGEN DEL MILAGRO

En el artículo anterior hemos hecho referencia á la Virgen del Milagro; justo es que la demos ya á conocer, pues á su valioso patrocinio debe Salta el haberse librado del terremoto de 1692 y muchos otros beneficios que resumiremos brevemente.

Es imagen de madera tallada, como de un metro de altura; representa la Inmaculada Concepción de María, y es de formas agraciadas, que revelan ser obra de artista no vulgar. Siguiendo la costumbre inveterada de España y sus colonias, se la cubre con vestidos de tela, y hubo necesidad de modificarle la cabeza para acomodarle cabellera postiza, y algo los brazos. Se venera en Salta desde 1582, fecha en que fué terminada la iglesia matriz.

No hay noticias ciertas acerca de su origen; pero tradición antiquísima asegura que fué regalada por el Ilmo. Sr. D. Fray Francisco Victoria, obispo de Tucumán, á su regreso de Lima, á donde había ido para formar parte del Concilio Provincial convocado por Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo. No es inverosímil esta opinión por el afecto que profesaba el Prelado á Salta, á cuya fundación había asistido y que por la docilidad de sus habitantes era porción escogida de su grey. Lo cierto es que la mencionada efigie vino de España, y contribuyó en gran manera á fomentar entre los vecinos de Salta el amor que los hijos de la Iberia han profesado siempre al misterio de la Concepción sin mancha de la Madre de Dios. El título de *Virgen del Milagro* con que ahora se la denomina, lo adjudicaron unánimemente las autoridades, el pueblo, los ancianos y los niños,

después del terremoto, bien persuadidos de que Ella había contribuído con sus ruegos y súplicas á detener el brazo airado del Todopoderoso. El siguiente documento es elocuente prueba del amor entrañable que los hijos de Salta profesaban á María Inmaculada y es el juramento que hicieron en el templo de San Francisco de creer y defender, hasta dar la sangre y la vida, el augusto misterio.

«En el nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero; y de la Santísima siempre pura é Inmaculada desde el primer instante de su concepción, la Virgen María, Madre de Dios y Señora Nuestra, y de la Iglesia triunfante y militante: en particular del glorioso San Bernardo, Patrón de esta Ciudad de San Felipe de Lerma del Valle de Salta; y de N. P. San Francisco en cuyo templo nos hallamos.—Notorio sea á todas las criaturas racionales, celestiales y vivientes en este mundo mortal, que hoy viven y están presentes en esta ciudad, en la provincia del Tucumán, y en la redondez del mundo, y á los que en adelante fueren, así de ésta, como de otra cualquiera de la cristiandad.—Sepan todos lo siguiente: como habiendo sido esta ciudad de Salta devotísima de la Virgen Santísima, respetándola y reverenciándola sus habitantes, no contentándose hoy con el afecto y devoción antepasados, singularizándonos elegimos la advocación de su Santísima Concepción, por ser el primer instante en que ha sido llena de gracia, y escogida de Dios para Madre, limpia y pura de la mancha y pecado original con que los hijos de Adán fuimos y nacimos manchados.—Y poniéndonos bajo su protección como madre y abogada de los pecadores, alcance de su Hijo nuestro amparo, y nos sea propicia y favorable en todos nuestros trabajos, pestes, hambres, guerras y terremotos. Nos resolvimos y acordamos, todos los de este

Cabildo, J. y R.; en nombre de toda esta Provincia, y con el señor Gobernador, D. Alonso de Mercado y Villacorta, nuestro Gobernador y Capitán general, que todos votemos y juremos sentir y defender, haber sido la Santísima Virgen María concebida desde el primer instante de su concepción sin pecado original; y si necesario fuere por ello dar las vidas, derramar la sangre: todo lo cual protestamos hacer, sujetando nuestro juicio á lo que ordenare nuestra santa Madre la Iglesia; fundándonos en las razones que hacen pío y laudable este Misterio, apoyado por la Sagrada Escritura, doctrina Apostólica, concilios generales etc.—Por tanto, Nos, dicho Cabildo, por nos y en nombre de esta ciudad de Lerma, y por los venideros: votamos, y prometemos, y juramos á Dios N. S. y por su santa Cruz, y por los cuatro Evangelios, en manos del señor Pedro Carrizo de Hores, Cura y Vicario de esta ciudad, que sentiremos y defenderemos, que la Virgen María desde el instante de su Concepción fué preservada de la culpa original, pura, limpia, con plenitud de la gracia de Dios, como escogida y prevenida por el Espíritu Santo para Madre del Verbo Eterno, y para Reina y Señora nuestra y de todas las criaturas: y que si fuere necesario daremos la sangre y las vidas. ¡Oh serenísima Reina de los Ángeles, puerta oriental, vara de José florida, aurora de vuestro Hijo, sol de la Iglesia, Madre de nuestro Redentor, abogada nuestra y de pecadores, recibid por vuestra gran piedad el afecto de nuestros humildes corazones, presentándolo á vuestro precioso Hijo, y siempre tenednos bajo vuestro amparo y protección! É yo el dicho Vicario, en el nombre de Dios Trino y Uno, y de Jesucristo, nuestro Señor, y de su Santísima Madre, concebida sin mancha de pecado original, y de la Santa Sede Apostólica; y en virtud de la potestad y jurisdicción que me tiene dada el Ilmo. Sr. D. Fray Melchor Maldonado de

Saavedra, Obispo de la Catedral de este Obispado del Tucumán, y de su Provisor y Vicario General, acepto el juramento y voto de esta muy noble y leal ciudad, y por mí, y en nombre de esta Provincia, postrados rogamos á Dios N. Señor que por intercesión de su Santísima Madre, reciba nuestros humildes afectos; y Vos, Madre y Abogada nuestra, admitidlos y sed nuestra patrona.—Así se haga en el Cielo y en la tierra. Que es fecho en esta ciudad de Salta y Convento de San Francisco, en 8 de Diciembre de 1658 años».

Sin duda que con esta demostración de tierno amor los de Salta cautivaron al Corazón de María y fué motivo para que los salvara en el terrible cataclismo del 13 de Septiembre. Según deposición de testigos fidedignos y mayores de toda excepción, cuando entraron en el templo, después de pasados los temblores, encontraron la santa imagen cerca del altar con los brazos dirigidos al Sagrario en ademán de súplica. Había caído al suelo quedando la Virgen intacta; sólo el dragón maldito resultó con una ala y una oreja rotas, y también se quebró uno de los cuernos de la luna. Los mismos testigos aseguraron que fué hecho público que la Virgen, que tiene color sonrosado, se puso pálida y triste durante los tres días de la mortal angustia, y solamente lo recobró en la mañana del 16 de Septiembre. Un poeta recuerda este portentoso en la siguiente estrofa:

Pura sin mancha, pálida desciende
Hasta el pie del sagrario, ella llorosa,
Sin cetro ni corona, aún más hermosa,
Porque humilde implorando está piedad.
Mis hijos son!... cambiando de colores,
Dice al Señor.... recuerda en tu santuario
Me hiciste de ellos madre en el Calvario,
Y madre me llamó la humanidad! (1).

(1) Poesía religiosa del Dr. José María Zuviria.

Por último se notó en esa misma circunstancia que se abrieron los dedos de la mano derecha de la imagen, que antes estaban juntos, y así no se le podían colocar anillos ó sortijas.

V

FAVORES DE LA VIRGEN DEL MILAGRO DE SALTA

Entre los innumerables beneficios que la católica ciudad de Salta ha recibido de su celestial Patrona sólo vamos á enumerar los principales.

El primero es haberla defendido de los ataques continuos de las tribus indígenas, que nunca pudieron mirar con buenos ojos su fundación. Y precisamente el gobernador Lerma la fundó tan al norte como punto estratégico para contener las depredaciones y los actos de venganza ejercidos por los hijos de las pampas. Éstos veían en los conquistadores, aventureros que contra todo derecho y justicia les querían arrebatar territorios, que desde siglos ocupaban con pacífica posesión. Su nobleza, herida en lo más vivo, enardecía su sangre para tomar espantosas represalias de las vejaciones que recibían. Los habitantes de Salta resistían los ataques de estos indios, fiados en el auxilio de la Virgen del Milagro.

Gráficamente describe estas escenas un acuerdo del cabildo colonial de fecha 28 de Septiembre de 1673, en que manifiesta los esfuerzos de la heroica ciudad con más de cuarenta años de guerra continuada con los indios calchaquies, todo á costa de esta ciudad sin remuneración. Y que acabada esta guerra, infestaron los indios del Chaco las ciudades fronterizas de Talavera, de Esteco, y San Salvador de Jujuy; á cuyo escarmiento y castigo en seis ocasiones, sin contar esta última

entrada que se hizo al Chaco por el gobernador D. Ángel Peredo, ha acudido esta ciudad con muy grandes gastos de sus haciendas, sin contar los socorros extraordinarios que se han dado á la ciudad de Esteco y doce soldados que se remudan cada mes.

La Virgen del Milagro fué invocada repetidas veces en favor del ejército patriota que luchaba por la independencia americana, y Ella no se hizo sorda á estas súplicas. Véase, como prueba, lo que acordó el Cabildo que reemplazó al colonial:

«Estando nuestro ejército en el Perú, próximo á combatir con el ejército del Rey, acordaron se ordene se digan misas de rogaciones á Nuestra Señora del Milagro, María Purísima del Milagro, implorando especialmente su protección, y en las demás iglesias y conventos; al efecto se pasen los oficios respectivos á los prelados».

El benemérito general D. Felipe Heredia oficiaba al gobierno de Salta el 16 de Septiembre de 1838 en estos términos: «El infrascrito, convencido por una larga experiencia que son grandes y conocidos los beneficios que disfruta esta benemérita Provincia por los favores que en todos los tiempos y en todas las circunstancias le ha dispensado N. Madre y Señora del Milagro, señalándose entre otros muchos la asonada del 14 de Septiembre del año anterior, que debía convertir á la Provincia en una ruina espantosa, cuando el 13 del mismo en los altos de Santa Bárbara, las armas de la República se llenaron de gloria castigando á los sostenedores del tirano de la Cruz, dando los hijos del pueblo salteño una prueba más del valor y patriotismo que los anima. El que firma, en vista de tan memorables sucesos, que no podían esperarse sino con una protección decidida de tan gloriosísima Madre nuestra del Milagro, previene á S. E., el señor Gobernador Delegado, para que de

acuerdo con el Diocesano, se la declare y reconozca por Protectora y Generala del ejército de la Provincia, prestando el infrascrito el juramento de costumbre.—Dios guarde á S. E.—Felipe Heredia».

El mismo día el Gobernador Delegado de la Provincia hizo publicar por bando en las calles y plazas de la ciudad el reconocimiento de Generala y Protectora del Ejército de la Provincia á Nuestra Señora del Milagro.

En todas las calamidades públicas Salta ha acudido con plena confianza á sus dos sagradas imágenes y siempre ha recibido oportuno remedio.

En 1840, cuando la Argentina se veía devastada por luchas intestinas entre federalistas y unitarios, cuando el tirano Juan Manuel Rosas resucitaba los tiempos de Nerón y Calígula, el general Oribe paseaba sus armas por las provincias del norte, ensangrentando su suelo con ejecuciones y hechos feroces de su corazón sanguinario, dejando en todas partes huellas de su paso, como otro Atila; al dirigirse á Salta, los vecinos acudieron al Señor y á la Virgen del Milagro; y Oribe retrocedió, dejando escapar de las manos á su inerme víctima. El nuevo Atila volvió á Tucumán, en donde cometió atrocidades sin cuento é impuso contribuciones exorbitantes bajo pena de la vida á las personas designadas por sus venales deseos.

Igual sucedió después con el tristemente célebre Facundo Quiroga, apellidado *el tigre de los llanos*. Después de haber hecho horrendas carnicerías en Tucumán, cubriendo de luto las familias más distinguidas, se dirigía á Salta á buscar nuevas víctimas y á concluir el cuadro de sangre que había empezado en la vecina ciudad. Los habitantes acudieron á sus imágenes venerandas, y Quiroga tuvo que desistir de su intento, contentándose con imponer fuertes contribuciones.

Las hordas del caudillo montonero, Felipe Varela,

habían penetrado en Salta, dejando helados de espanto á sus moradores. Afortunadamente se presentó el coronel Martín Cornejo, el cual, contrariando las órdenes del general O. Navarro, se dirigió á la defensa de la ciudad. Todos creyeron que esto era efecto de la bondad del Señor y de la Virgen del Milagro.

Varias veces se ha librado Salta de los efectos tristísimos de los terremotos, sobre todo en 1863 y en 1894, en que se destruyó el pueblo de Orán y sufrieron tanto las ciudades de San Juan y la Rioja. En 1887 se desarrolló la epidemia del cólera morbo, que, como una hoz, iba segando preciosas vidas. Principió á disminuir el azote desde el instante en que las imágenes santas fueron sacadas en procesión, después de un triduo celebrado en la catedral.

En fin, cuando políticos sin conciencia y periodistas inconsiderados azuzaban las pasiones del pueblo argentino para que declarase injusta guerra á su República hermana de Chile, los salteños, invitados por la voz augusta de su Prelado, hicieron voto á las santas imágenes de decorar su santuario, si se lograba conjurar la desgracia de la guerra. Así se logró, merced á los prodigios de Nuestra Señora de Andacollo y de las celebradas Vírgenes de la Argentina.

VI

LA CATEDRAL

Hasta el año 1692 estuvieron las santas efigies en la primitiva iglesia matriz, que se construyó en el solar que designó el gobernador Lerma al fundar la ciudad. Habiéndose arruinado casi del todo con motivo de los temblores del mencionado año, se la reedificó por orden del gobernador, que lo era el capitán general D. Esteban

de Urizar, hombre piadoso y de excelentes cualidades, que sufragó la mayor parte de los gastos con su propio peculio. Cerca de un siglo prestó servicios esta iglesia, hasta que se aprovechó la de los jesuitas, que estaba vacante desde la expulsión decretada por Carlos III y que era mucho más capaz y hermosa. El primer obispo de Salta, Dr. D. Nicolás Videla del Pino, la declaró catedral.

El segundo obispo, Ilmo. Fray Buenaventura Rizopatrón, concibió el proyecto de levantar la actual catedral en el mismo sitio de la matriz primitiva, donde las venerables imágenes habían realizado sus portentos. Coadyuvaron á la empresa las cinco provincias de Salta, Jujuy, Santiago del Estero, Tucumán y Catamarca, que formaban entonces la diócesis. El Superior Gobierno contribuyó también con asignaciones del presupuesto nacional. Fué consagrada el 18 de Octubre de 1878.

Con motivo de la coronación de las santas imágenes se le hicieron en 1901 importantes reformas y se la decoró con esmero. El altar del Señor del Milagro es de riquísimos mármoles procedentes de Liorna, en Italia. El de la Virgen y el mayor son notables por su decorado, que costó once mil pesos. El pavimento es de mármoles de tres colores, y su valor subió á la suma de veintiún mil pesos.

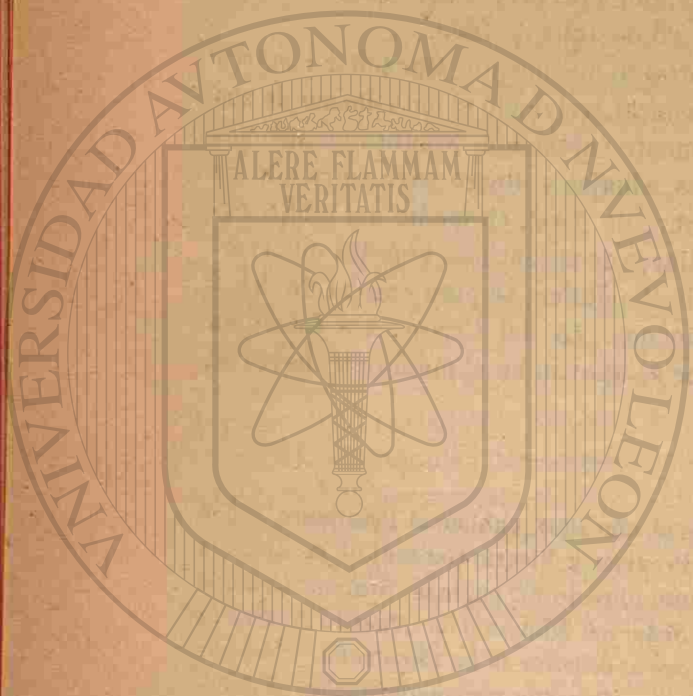
En todas las épocas del año la Catedral es visitada por devotos del Señor y de su Inmaculada Madre. En el mes de Septiembre toda la Provincia se conmueve con motivo de la novena y fiesta que se celebra desde el 7 al 15. En este último día se sacan en procesión las dos santas imágenes y se calculan en ocho ó diez mil los romeros que las acompañan.

Deseoso el Ilmo. Sr. Dr. D. Matías Linares, obispo de Salta, de dar mayor incremento al culto del Señor y de la Virgen del Milagro, acudió á la Santa Sede pidiendo

la gracia de que fueran coronadas sus imágenes. El Reverendísimo Capítulo Vaticano, á quien corresponde decretar la coronación de las imágenes de la Santísima Virgen, accedió benigno á las preces del Prelado argentino por decreto de 26 de Julio de 1899.

Recibido el importante documento, Monseñor Linares expidió hermosa pastoral, avivando el entusiasmo de sus fieles para la imponente ceremonia. Nombró comisiones que reuniesen joyas, alhajas y dinero para sufragar los gastos. En Septiembre de 1902, en medio del júbilo extraordinario de millares de argentinos, venidos de diversas provincias de la República, se puso corona de oro á las dos santas imágenes. La del Cristo está sostenida por dos ángeles que se apoyan en el madero transversal de la cruz.

Autoridades.—En el año 1901 publicó el Presbítero señor D. Julián Toscano, Provisor y Vicario General de la diócesis de Salta, el interesante libro de 400 páginas, titulado *Historia de las imágenes del Señor del Milagro y de Nuestra Señora la Virgen del Milagro que se veneran en la Catedral de Salta.*—Buenos Aires, imprenta, litografía y encuadernación de Jacobo Penser.—De esta magnífica obra hemos extractado los datos que aquí consignamos.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO (CÓRDOBA)

CAPITULO XVI

Nuestra Señora del Rosario, que se venera en Córdoba (República Argentina)

SUMARIO.—I. Córdoba. II. La imagen de la Santísima Virgen del Rosario. III. La Virgen del Rosario y el general Liniers. IV. Favores de la Virgen del Rosario. V. La coronación. VI. San Francisco Solano.

I

CÓRDOBA

Esta ciudad, que es de las más importantes de la República Argentina, fué fundada por el gobernador de Tucumán, D. Jerónimo Luis de Cabrera, el 6 de Julio de 1573 en el paraje que los indios llaman *Quisquizacate*. Debe su nombre á la ciudad española de donde era originaria la esposa del fundador. En 1699 se trasladó á ella la sede episcopal de Tucumán, que la Santidad de Pío V había erigido en Santiago del Estero en 1570.

Dióle alto renombre la Universidad, fundada en 19 de Junio de 1613 por el obispo Fray Fernando de Trejo y Sanabria, y es, después de la de Lima, la más antigua de la América del Sur. Á sus aulas acudían centenares de estudiantes que venían á cursar Derecho y Sagrados Cánones de todas las regiones de la América meridional. Por eso unos la llamaban la Salamanca, y otros la Sorbona del Nuevo Mundo. Estuvo á cargo de los Jesuitas desde su fundación, hasta que estos sabios religiosos

fueron expulsados por el inicuo decreto de Carlos III. Después fué confiada á los Franciscanos, y ahora la gobiernan y dirigen sacerdotes graduados de doctores.

Hermosísimo es el golpe de vista con que se presenta Córdoba á los ojos del viajero que llega por el ferrocarril del norte. En medio de una espaciosa y fértil llanura, á las orillas de un río mansísimo y á la sombra de preciosas arboledas se la descubre de repente. Las numerosas torres y cúpulas blanquísimas, formando admirable contraste con el verde de los campos, dan más colorido y vida al paisaje.

Como todas las poblaciones modernas de la América meridional, es una ciudad trazada geométricamente con sus manzanas cuadradas y calles tiradas á cordel. Los edificios son en su mayoría de uno ó dos pisos. Entre sus plazas sobresale la llamada principal, ensanche de la calle de la Constitución; en ella está la Catedral, de estilo abigarrado y caprichoso con pretensiones del bizantino sin serlo en realidad. Fué construida en el siglo XVII. Merece especial mención en Córdoba su *paseo*, que es delicioso y completamente original. Es un estanque de cerca de tres mil metros cuadrados de superficie, rodeado de avenidas de árboles que forman calles espaciosas.

Entre sus templos, fuera de la Catedral, son notables los de Santo Domingo, Santa Catalina, Santa Teresa y San Francisco.

II

LA IMAGEN DE LA SANTÍSIMA VIRGEN DEL ROSARIO

Escribiendo la reseña de la Virgen del Milagro de Salta, manifestamos que esta portentosa imagen fué labrada en España á petición del primer obispo de Tucumán,

mán, Fray Francisco Victoria, egregio miembro de la Orden de Predicadores, que trabajó con celo de apóstol por el bien de su grey é introdujo en ella á los padres de la Compañía de Jesús. Era un regalo que hacía al convento de Santo Domingo de la ciudad de Córdoba. Referimos el modo portentoso cómo llegó á las playas del Callao, el aparato verdaderamente regio con que fué trasladada desde Lima á Potosí, Salta y Córdoba. Por tanto aquí sólo haremos ligera descripción de ella.

Es toda de talla, y parece labrada de madera de ciprés. Mide 1'44 metros de altura. El rostro y las manos son de finísima escultura y proporcionados al tamaño. En su mirada se reflejan la bondad y la ternura. Es copia fiel de la imagen del Rosario de Atocha que se venera en Madrid. El Niño Jesús, que sostiene en el brazo izquierdo, es también obra esmerada.

Con el afán de ponerle cabellera, zarcillos y vestidos de tela, ha sido mutilada sin piedad. Son postizas las orejas y los brazos. Personas virtuosas de Córdoba conservan como reliquias, fragmentos que se habían sacado de esta bendita imagen.

El convento de Santo Domingo fué concluido el mismo año que llegó la imagen portentosa, es decir, en 1502. Su primer santuario fué modestísimo, hasta que en 1857 se demolió para empezar la fábrica del que actualmente existe, que fué consagrado el 28 de Septiembre de 1862 por el Ilmo. Sr. Dr. D. José Vicente Ramírez de Arellano. Es un espacioso edificio de tres naves, que coronan dos altas torres y una cúpula central. Para la fiesta de la coronación se le hicieron notables reparaciones, cuyo coste se elevó á la respetable suma de setenta mil pesos nacionales. Una de esas mejoras fué la construcción del camarín de la Señora y haber revestido las columnas de la iglesia de chapas de mármol de diversos colores.

III

LA VIRGEN DEL ROSARIO Y EL GENERAL LINIERS

Referiremos algunos de los favores obtenidos por los devotos de la Virgen del Rosario, invocándola en su milagrosa imagen.

Merecen figurar en primera línea por su esplendor y trascendencia las victorias de 12 de Agosto de 1806 y 5 de Julio de 1807, conocidas respectivamente con los nombres de *Reconquista* y *Defensa*, obtenidas por las huestes del Virreinato, capitaneadas por el general Don Santiago Liniers, sobre las fuerzas británicas que invadieron á Buenos Aires.

El 27 de Junio de 1806, contra todos los principios del Derecho Internacional, tropas inglesas á las órdenes del general Berresford, se apoderaron de Buenos Aires. La ciudad quedó de duelo, y en lo humano no divisaba medio de librarse de tan ominoso yugo. Los católicos estaban contristados, temiendo que los fanáticos partidarios del anglicanismo profanaran los templos y los santos misterios. Por este motivo se suprimieron las procesiones, y el Viático se llevaba con gran sigilo á los enfermos. Se puede decir que el culto católico estaba suprimido.

Liniers, nacido en Francia, pero al servicio de España, fervoroso católico é insigne devoto de María del Rosario, cuya imagen visitó muchas veces en Córdoba, y en cuya cofradía se alistó, no pudo permanecer impasible ante los ultrajes á la religión y á la bandera de su patria adoptiva. Pidió y obtuvo permiso del general de la guarnición para entrar en la ciudad, conferenció con sus amigos sobre el plan de reconquista que bullía en su mente, se dirigió después al templo de Santo Do-

mingo, y de rodillas ante la Virgen del Rosario, le prometió con voto consagrarle los estandartes del enemigo si alcanzaba la victoria. Ésta no se hizo esperar; el 12 de Agosto se rindió la guarnición con su general y armamentos.

No escarmentaron los ingleses con tan rudo golpe; y al año siguiente repitieron la invasión con fuerzas superiores, y lograron internarse un tanto en la ciudad, hasta apoderarse de algunas iglesias y conventos. Pero los argentinos, en número de 6157 soldados, bisoños, con malas armas, confiados en la protección de Aquélla que es fuerte como un ejército ordenado en batalla, se defendieron heroicamente contra 13.333 ingleses aguerridos, bien disciplinados y provistos de armas poderosas, y los desalojaron de sus posiciones. El general en jefe, Crawford, se había parapetado en el convento de Santo Domingo, y Liniers le intimó rendición en el plazo perentorio de un minuto. Este acto de arrojo temerario decidió la victoria, la cual, si no quiere calificarse de milagrosa, debe llamarse providencia especial del cielo. Y la imagen del Rosario de Córdoba es protagonista en estos hechos, tanto por los datos apuntados antes, cuanto porque se le dedicó un triduo, pedido por el Cabildo civil, implorando su patrocinio en favor de los hijos de la patria. Liniers, reconocido, envió con atento oficio las dos banderas á la iglesia de Santo Domingo de Córdoba.

IV

FAVORES DE LA VIRGEN DEL ROSARIO

Justificando María los títulos de *nube, fuente y pozo de aguas vivas* con que los fieles la saludan, ha remediado muchas veces la falta de lluvias en la provincia de

Córdoba. Ha habido ocasiones, como en 1846, que parecían haberse vuelto las nubes de bronce; no dejaban caer una gota de agua. Los campos áridos no producían cereales. El hambre y la miseria se presentaban como horribles espectros. Pero las autoridades y el pueblo consagraban solemne novenario á la Reina del Rosario, la sacaban en procesión por las calles, y siempre obtenían benéfico resultado.

La misma protección ha experimentado la ciudad en casos de epidemia, sobre todo en el año 1867, en que se presentó por primera vez el cólera morbo haciendo cada día innumerables víctimas. Cesó el azote el día mismo en que se paseó solemnemente por los distintos barrios la imagen milagrosa.

De los beneficios dispensados á particulares consignaremos tres. Sea el primero la conversión de un joven artesano, llamado Javier Salguero. Nacido en Córdoba el 3 de Diciembre de 1783, estaba dotado de una belleza física extraña á su raza, pues era descendiente de esclavos. Adquirió cuantiosos bienes de fortuna, y se entregó á una vida de locos devaneos, siendo sus pasiones favoritas el lujo y el juego. El pueblo le conocía por el apodo de *Todo lo suena*, porque dicen que usaba dos ó tres relojes, varias cadenas de oro, botines de charol con *chilladeras* y otros accesorios, que producían un sonido acompasado con el movimiento natural del andar.

Una mañana, que regresaba á su casa después de haber pasado la noche en diversiones, al pasar frente al templo de Santo Domingo le sorprendió el tañido de las campanas que invitaban á rezar el *Angelus*; era aquél el primer momento feliz para su alma pecadora, una fuerte aldabada de la gracia que le llamaba á la conversión. Se retiró á la casa de los jesuitas á practicar los ejercicios de San Ignacio, y allí resolvió solicitar su ingreso en el convento de Santo Domingo en ca-

lidad de hermano donado. Contaba entonces veintiséis años. Salido de los ejercicios, dijo á su madre: «prepáreme una buena comida de tantos cubiertos, con que quiero obsequiar á mis amigos». Sorprendida ésta con tal demanda, le preguntó si ése era el fruto que había sacado del retiro; á lo cual Javier respondió con las palabras del divino Maestro á San Pedro: «lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora; pero lo entenderás después». Verificado el banquete manifestó á los comensales la resolución que había tomado, y se despidió de ellos hasta la eternidad, dejándolos hondamente conmovidos.

Desde el principio del noviciado se distinguió por su observancia, austeridad de costumbres y obediencia. Su oración, hincado de rodillas delante del Santísimo Sacramento y de la Virgen del Rosario, empezaba á las cuatro de la mañana, y la interrumpía un poco á las siete, para continuarla más tarde con asidua constancia. Jamás volvió á usar sombrero, pues decía: «bastantes sombreros ha usado ya esta cabeza hueca». Desempeñó varios oficios en el convento, especialmente el de catequista de los indios y procurador de la comunidad con admirable gusto y paciencia. En tiempos de carestía sostenía á los Padres y Hermanos, sin poderse averiguar de dónde salían los recursos. La sociedad entera le amaba y le proclamaba santo. Los más doctos le consultaban en materia de mística. Tenía ciertas máximas, que se grababan bien en la memoria de los que con él conferenciaban. Así, si moría algún varón notable y se lamentaban otros de tal pérdida para la iglesia, decía: «nadie es necesario en este mundo, pero tampoco ninguno está demás». En las calamidades públicas y privadas se encomendaban los fieles á sus oraciones, y los resultados felices los calificaban de milagros de Fray Javier. Murió de 81 años en 1864, y su entierro fué un

acontecimiento. Toda la ciudad acudió á los funerales y pedían trozos de su hábito para reliquias. Todavía dura fresca en Córdoba la memoria del humilde donado.

Una noche en que Fray Javier pasó á la iglesia á practicar sus ejercicios de devoción, encontró frente al altar de la Virgen á un caballero inmóvil como si estuviera muerto. Se aproximó á él, quien le habló de esta manera:—Padre, perdóneme.—¿Qué es lo que debo perdonar? contestó Fray Javier.—Voy á revelárselo: me había quedado aquí con intención de robar las alhajas de la Virgen; ya iba subiendo á ejecutar mi sacrilego proyecto, cuando he sentido una fuerza irresistible, como un golpe eléctrico que me ha derribado, y hasta ahora no me permite moverme. Conozco que es un castigo, y bien merecido.—Así es, hermano; pero ya que lo conoce, pida perdón á Nuestra Señora, haga una buena confesión, y no dude que esto ha sucedido para bien de su alma. Con el auxilio de Fray Javier pudo levantarse el caído, confesó ingenuamente que había sido castigado con mucha misericordia, y autorizó para publicar el hecho, callando su nombre.

El 1841 llegó á Córdoba orden del general Oribe, satélite del tirano Rosas, y que hacía su campaña del Norte, para que cuatro caballeros de las familias más distinguidas fueran remitidos presos á Buenos Aires. Las personas más pudientes acudieron al gobernador interino, pidiéndole que suspendiese el cumplimiento de la orden; pero éste se excusó alegando que no tenía facultades para ello. Las acongojadas familias de los caballeros, á quienes se podía considerar condenados á muerte en aquella época aciaga pusieron el negocio en manos de la Virgen del Rosario por medio de Fray Javier; envióse atenta súplica al gobernador propietario, y luego volvió el mensajero con increíble celeridad trayendo respuesta favorable. En busca de mayores garantías el

Sr. Robles (éste era uno de los caballeros), y dos de sus hijos se dirigieron á Buenos Aires, llevando carta de recomendación del coronel González, que había estado hospedado en su casa, para el dictador Rosas. Entregan la carta á la hija de éste, á la célebre Manuela, que era la única que ejercía influencia en su alma fiera, la cual prometió apoyarla; pero la contestación de Rosas fué: «Eh! los Robles son unos *salvajes unitarios*; González se ha dejado engañar». ¡Qué augurio tan desconsolador! Moverse de Buenos Aires era agravar la causa. Resolvieron permanecer allí, encomendándose á Dios y á la Virgen del Rosario, venerando al través de la distancia su milagrosa imagen de Córdoba; y con asombro vieron que no eran molestados. En su mismo barrio vivía el famoso Moreira, uno de los más sanguinarios capitanes de la llamada *Mazorca*; espantosos degüellos se ejecutaban en derredor. Un sábado que volvían de la Salve, encontraron un grupo de seides de esa temida sociedad, que se detuvo á mirarlos; pero los dejaron pasar sin hacerles daño. En vista de tantos favores, los interesados confesaban deber la vida á la que es llamada Consuelo de los afligidos.

V

LA CORONACIÓN

Á principios de 1891 los religiosos de Santo Domingo, estimulados por muchas personas devotas, principiaron á acariciar el proyecto de coronar la imagen milagrosa del Rosario. El Ilmo. Sr. obispo, Dr. D. Fray Reginaldo Toro, de la orden de Predicadores, que había sido educado en ese convento de Córdoba, su ciudad natal, y era de los primeros que abrazaron allí la vida religiosa

acontecimiento. Toda la ciudad acudió á los funerales y pedían trozos de su hábito para reliquias. Todavía dura fresca en Córdoba la memoria del humilde donado.

Una noche en que Fray Javier pasó á la iglesia á practicar sus ejercicios de devoción, encontró frente al altar de la Virgen á un caballero inmóvil como si estuviera muerto. Se aproximó á él, quien le habló de esta manera:—Padre, perdóneme.—¿Qué es lo que debo perdonar? contestó Fray Javier.—Voy á revelárselo: me había quedado aquí con intención de robar las alhajas de la Virgen; ya iba subiendo á ejecutar mi sacrilego proyecto, cuando he sentido una fuerza irresistible, como un golpe eléctrico que me ha derribado, y hasta ahora no me permite moverme. Conozco que es un castigo, y bien merecido.—Así es, hermano; pero ya que lo conoce, pida perdón á Nuestra Señora, haga una buena confesión, y no dude que esto ha sucedido para bien de su alma. Con el auxilio de Fray Javier pudo levantarse el caído, confesó ingenuamente que había sido castigado con mucha misericordia, y autorizó para publicar el hecho, callando su nombre.

El 1841 llegó á Córdoba orden del general Oribe, satélite del tirano Rosas, y que hacía su campaña del Norte, para que cuatro caballeros de las familias más distinguidas fueran remitidos presos á Buenos Aires. Las personas más pudientes acudieron al gobernador interino, pidiéndole que suspendiese el cumplimiento de la orden; pero éste se excusó alegando que no tenía facultades para ello. Las acongojadas familias de los caballeros, á quienes se podía considerar condenados á muerte en aquella época aciaga pusieron el negocio en manos de la Virgen del Rosario por medio de Fray Javier; envióse atenta súplica al gobernador propietario, y luego volvió el mensajero con increíble celeridad trayendo respuesta favorable. En busca de mayores garantías el

Sr. Robles (éste era uno de los caballeros), y dos de sus hijos se dirigieron á Buenos Aires, llevando carta de recomendación del coronel González, que había estado hospedado en su casa, para el dictador Rosas. Entregan la carta á la hija de éste, á la célebre Manuela, que era la única que ejercía influencia en su alma fiera, la cual prometió apoyarla; pero la contestación de Rosas fué: «Eh! los Robles son unos *salvajes unitarios*; González se ha dejado engañar». ¡Qué augurio tan desconsolador! Moverse de Buenos Aires era agravar la causa. Resolvieron permanecer allí, encomendándose á Dios y á la Virgen del Rosario, venerando al través de la distancia su milagrosa imagen de Córdoba; y con asombro vieron que no eran molestados. En su mismo barrio vivía el famoso Moreira, uno de los más sanguinarios capitanes de la llamada *Mazorca*; espantosos degüellos se ejecutaban en derredor. Un sábado que volvían de la Salve, encontraron un grupo de seides de esa temida sociedad, que se detuvo á mirarlos; pero los dejaron pasar sin hacerles daño. En vista de tantos favores, los interesados confesaban deber la vida á la que es llamada Consuelo de los afligidos.

V

LA CORONACIÓN

Á principios de 1891 los religiosos de Santo Domingo, estimulados por muchas personas devotas, principiaron á acariciar el proyecto de coronar la imagen milagrosa del Rosario. El Ilmo. Sr. obispo, Dr. D. Fray Reginaldo Toro, de la orden de Predicadores, que había sido educado en ese convento de Córdoba, su ciudad natal, y era de los primeros que abrazaron allí la vida religiosa

en su reforma y estrechez primitiva, acogió con entusiasmo la idea, y dirigió á la Santa Sede una solicitud concebida en los términos siguientes:

BEATÍSIMO PADRE:

«El Obispo de la Diócesis de Córdoba, en la República Argentina, América Meridional, acompañado de su Venerable Cabildo Eclesiástico, Clero secular y regular, las autoridades civiles del Gobierno de la Provincia, de los Tribunales de Justicia, de la Municipalidad de esta ciudad y de un número considerable de los más distinguidos ciudadanos, cuyas firmas figuran adjuntas, humildemente postrado á los Pies de Vuestra Santidad, expone: Que en Octubre del año próximo de 1892, en la misma fecha que se cumplirán cuatro siglos que la América fué descubierta por Colón, librada de la obscuridad de la idolatría y principió á convertirse á la religión del verdadero Dios nuestro Salvador, se cumplirá también el tercer centenario que llegó á Córdoba desde España y sobre Lima, de un modo extraño é inusitado, la Imagen de Nuestra Señora del Rosario, llamada con pública voz *La Milagrosa*, la que desde entonces hasta hoy se venera en el templo de los Padres Dominicos de esta ciudad.

«La invocación y el culto de esta excelsa Señora ante la veneranda Imagen ha sido siempre, como es hoy, el principal refugio de nuestro pueblo católico, y gran parte de la República entera, en todas sus aficciones y penas, ya sean domésticas ó públicas, personales ó generales: y no hay tradición de haberse sacado su simpática Imagen en procesión á pedido de las autoridades, sin que inmediatamente haya cedido la plaga que pesaba sobre el país, fuese peste, seca ú otra semejante.

«Agobiado como se encontraba hoy nuestro país por tantos males morales, intelectuales y materiales, el pueblo fiel, creyente y católico, apoyando y ayudando

los esfuerzos de su pastor y de sus guías espirituales, besando el Pie de Vuestra Santidad, implora con grande instancia la Coronación de esta sagrada Imagen con una corona de oro y piedras preciosas el primero de Octubre de 1892, como prenda de su devoción y señal de su gratitud hacia la Augusta Soberana Madre de Dios y Madre é interesora nuestra, refugio y auxilio en todos nuestros peligros, sufrimientos y miserias».

Y para lograr con más eficacia su demanda, se trasladó á Roma, y vió premiados sus esfuerzos; pues el sabio León XIII, por Breve de 5 de Abril de 1892, le facultó para coronar en su nombre la veneranda imagen.

De regreso á su diócesis, expidió fervorosa Pastoral en 8 de Septiembre de 1892, señalando el primero de Octubre próximo para cumplir la augusta ceremonia de la coronación, y ordenando que se celebrara un triduo solemnisimo de preparación con sermones encargados á distinguidos oradores.

Los Dominicos y el pueblo en masa se habían preparado de antemano para tan fausto día, restaurando el santuario, nombrando comisiones encargadas del adorno, de la música y de los menores detalles de la ceremonia. Vista la afluencia de peregrinos que llegaba, se comprendió que todo local cerrado, por espacioso que fuere, era insuficiente para contener á los que querían dar lustre á la fiesta con su presencia. Se convino en hacer la coronación en las afueras de la ciudad, en la Nueva Córdoba, levantando al intento elegante pabellón.

Este templo *pabellón* se construyó sobre una plataforma de madera poligonal, abarcando un espacio de 1600 metros cuadrados de superficie y 35 de altura desde el centro del polígono.

El domo, que así también se llamaba á este templo pabellón, tenía 14 grandes arcos y tres portadas, que, por medio de graderías de madera, daban acceso al

pabellón, habiéndose empleado en la obra 110.000 pies cuadrados de madera.

En el extremo sudoeste del domo, sobre el tablado ó plataforma, se construyó un palco con gradas, destinado al coro, ó *guardia de honor* de la Virgen, compuesto de 52 señoritas de las más distinguidas familias de Córdoba. En este mismo palco se colocó la orquesta de 100 profesores.

Al lado de este palco y hacia el oeste, se levantó otro más pequeño, destinado á la colocación de 25 niñitas, que lanzaran al aire gran número de palomas blancas en el acto mismo de la coronación. Estas palomas llevaban en el cuello cintas de color.

En el centro de la plataforma y á un nivel de un metro y medio más alto, se levantaba la cúpula y media naranja y cruz, que median 12 metros, representando la que existe en Santo Domingo. En el plantel de ésta encontrábase el altar en que se efectuó el acto solemne de la coronación, y detrás de él dos escalinatas convergentes en un pequeño plano, al que subieron los preladados para colocar la corona en la cabeza de la imagen. Hacia la derecha del altar se había levantado un pequeño púlpito.

Para formarse una idea, siquiera aproximada, de la grandiosidad de este improvisado templo, basta consignar que el solo arrendamiento de la madera empleada en toda la obra costó 9000 pesos, y 4700 el trabajo de carpintería.

Para su decorado interior se emplearon 300 piezas de tela, de 20 yardas cada pieza, es decir, unos 5500 metros, costando la sola decoración 2000 pesos.

Al amanecer el día primero de Octubre, las campanas echadas á vuelo despertaban á los vecinos de Córdoba, anunciándoles que había llegado la hora de la glorificación de María. Sus calles aparecieron engalanadas.

Organizóse á la hora competente conmovedora procesión, presidida por siete venerables obispos argentinos, y además Monseñor Mariano Soler, obispo de Montevideo. Asistieron las autoridades todas de la Provincia, y concurso innumerable de fieles. La procesión recorrió el trayecto que mediaba entre el templo de los Padres Dominicos y el domo.

El Ilmo. Sr. Dr. D. León Federico Arneyros, Arzobispo de Buenos Aires, celebró de pontifical. Después del evangelio pronunció elocuente sermón el Ilmo. Sr. Doctor D. Pablo Padilla, obispo de Salta. Acabada la Misa, el obispo de Córdoba ciñó á las imágenes de la Virgen y de su divino Hijo ricas coronas, bendecidas anteriormente por el mismo Pontífice León XIII.

Cuando el pueblo vió coronada la devotísima imagen, cuando vió realizadas sus esperanzas tanto tiempo acariciadas, un viva, largo como su fe y majestuoso como la creencia que le diera vida, resonó en el recinto; y cuando terminó esta espontánea manifestación de gozo, un coro de angelicales niñitas lanzó á volar numerosas palomas blancas con cintas azules, redoblaron los tambores, rompieron las bandas de música en dianas triunfales, los batallones presentaron armas, se enarbolaron banderas en los edificios públicos y privados, y latieron de entusiasmo los corazones de los argentinos.

El R. P. Rafael Moyano hace de las coronas la descripción siguiente: «Ellas fueron construidas por la casa Poussielgue Rasand, de París, la misma que construyó la de Nuestra Señora de Luján. Las dos están fabricadas con oro, proveniente de joyas fundidas para ponerlas en obra, y pesan, sin las piedras preciosas, dos kilogramos. Su ejecución consistió en un trabajo preliminar de laminación de oro fundido, uno de cincel en seguida, y finalmente el trabajo de joyería para la colocación de los diamantes y de las piedras preciosas, que constitu-

yen su principal ornamentación; y fué totalmente llevada á cabo en el término de 45 días. El estilo artístico empleado en ambas coronas es el moderno, y la mano de obra es notable por su elegancia y sencillez.

«He aquí una relación exacta del número, especie y colocación de las piedras preciosas, con la designación de las partes de que se componen ambas joyas:

«*Corona de la Virgen.*—Diadema y ornamentos en filigrana de oro: 288 brillantes, 168 rosas, 35 topacios y amatistas.—Florones: un magnífico anillo de varios diamantes hacia el frente, 2 zarcillos de zafiros rodeados de diamantes, 3 rubíes, 30 diamantes muy hermosos.—Arcos: 163 brillantes, 653 rosas, 154 diamantes, 30 rosas.—Esfera superior: estrellas tachonadas de diamantes, 3 diamantes, 74 rosas.—Cruz final: 1 esmeralda, 4 perlas finas muy bellas, 10 diamantes.

«*Corona del Niño Jesús.*—Diadema y filigranas: 12 brillantes, 6 rubíes, 6 zafiros, 30 topacios y amatistas.—Arcos: 48 diamantes, 478 rosas, 12 rubíes, 12 zafiros, 12 perlas.—Cruz: 5 rubíes, 9 diamantes.

«Las piedras preciosas suman un total de dos mil doscientas cuarenta y seis. No comprendemos en él las perlas finas que en forma de rosario rodean por arriba y abajo las diademas de las coronas. El número de ellas es de trescientas cincuenta.

«Bastan estos datos para formarse idea de la magnificencia de las coronas. Según cálculos aproximados, el valor de las piedras preciosas es de 50.000 pesos nacionales, y si á esta suma se agregan 13.600 francos, valor del trabajo artístico, y 6660 francos, precio de los dos kilogramos de oro que en esta obra entraron, resulta que el valor total de las dos coronas es aproximadamente de 62.000 pesos, moneda nacional».

VI

SAN FRANCISCO SOLANO

Hay un santo que merece el amor y el respeto de toda la América del Sur, y especialmente de las actuales Repúblicas de la Argentina, Perú y Bolivia, porque fué su más insigne apóstol. Tal es San Francisco Solano. Como ya hemos dicho que fué de los cinco bienaventurados que rindieron culto á la portentosa imagen de Nuestra Señora del Rosario, creemos oportuno dar aquí un resumen de su admirable vida.

Nació en Montilla, provincia y diócesis de Córdoba, en España, el 10 de Marzo de 1549, de los piadosos consortes Mateo Sánchez Solano y Ana Jiménez, que criaron al niño en el santo temor de Dios; y cuando llegó la época oportuna, fué colocado en el colegio de los jesuitas de su pueblo natal. Ansioso Francisco de recogimiento y de penitencia, tomó el hábito religioso en la orden seráfica de San Francisco á la edad de veinte años. Ordenado sacerdote, ejerció su celo en la predicación y en obras de misericordia, principalmente en los hospitales, cárceles y lazaretos de apestados. Mas no hemos de detenernos en relatar el cúmulo de virtudes que ejerció desde la niñez y tuvieron su desarrollo en la soledad del claustro. Veamos sólo su apostolado en América.

Había solicitado ir á las misiones de África; pero no le fué concedida esta gracia, porque la divina Providencia le reservaba un campo más vasto en las selvas virgenes que acababan de descubrir los españoles. Á iniciativas del rey Felipe II, los prelados franciscanos enviaron considerable número de religiosos á evangeli-

zar las Indias, entre los cuales se contaba nuestro Solano.

Desde que recibió tan fausta noticia, no cesaba de dar gracias á Dios y de encomendarle tan santa empresa. Hízose á la vela en la armada en que venía el Virrey del Perú, don García Hurtado de Mendoza. ¡Dichosa nave, que trasportaba á las Indias un tesoro mil veces más valioso que el oro y la plata con que estas ricas regiones acreditaban su vasallaje á la metrópoli!

Tenia entonces nuestro héroe cuarenta años. Venía á cultivar la viña del Señor en edad madura.

En la navegación, que fué larga y peligrosa, ejerció la caridad corporal y espiritual con sus compañeros, predicando, confesando y edificando á todos, hasta llegar á Cartagena y Portobelo, y después por tierra á Panamá. Tuvo que atravesar el caudaloso río Magdalena, librándose milagrosamente de dos caimanes que ya estaban dispuestos á devorarlo. Embarcado de nuevo en este último puerto para dirigirse á Lima, ejerció un acto heroico de celo. Habiendo encallado la nave en un banco de arena, todos los pasajeros estaban expuestos á perecer. El superior de los franciscanos y otro valiente regresaron en débil lancha á buscar auxilio en Panamá, expuestos á cada momento á zozobrar. En otra lancha iba el capitán acomodando á las personas más caracterizadas. Invitado San Francisco Solano á refugiarse, viendo el grave peligro de perecer en que quedaban otros, especialmente ochenta negros, algunos de los cuales no habían recibido aún el bautismo, rehusó el ofrecimiento; y tomando su crucifijo, instruyó á aquellos infieles en los misterios de la fe, les administró el bautismo, y exhortó á los demás á penitencia: después de lo cual la furia de la tempestad dividió en dos partes el navío, pereciendo muchas personas con fundadas esperanzas de su salvación por los socorros espirituales

que habían recibido del santo, quien permaneció tres días con los demás que escaparon de la muerte en la parte del navío que quedaba sobre la roca.

Llegado á Lima, apenas se detuvo unos pocos días; y luego recibió orden de pasar á Tucumán, teniendo que recorrer setecientas leguas, sin más riqueza que su crucifijo ni más apoyo que su bordón de peregrino; había de atravesar bosques enmarañados, poblados de indios salvajes, de bestias feroces é insectos venenosos, vadear ríos crecidísimos, y seguir rutas desconocidas, jamás holladas por las plantas de los conquistadores, sin que tantas dificultades fuesen parte á detener ni demorar su carrera de apóstol.

Llegado á la viña que le deparaba el Señor, se dedicó á estudiar las lenguas de los indios, aprendiéndolas en quince días; de suerte que los mismos naturales lo atribuían á arte mágico. Más tarde Dios le favoreció, como á los Apóstoles, con el don de lenguas, de suerte que, predicando él en su lengua nativa, le entendían todos como si lo verificase en la propia de cada uno.

Catorce años duró su rudo ministerio en la Argentina, estando siempre en acto atravesando leguas y leguas de esas inmensas pampas con la facilidad con que nosotros recorremos pocos kilómetros. Alguna vez, para vadear un río, tendió su capa, que le sirvió de barca hasta trasladarse á la orilla opuesta. Sólo Dios, que cuenta las estrellas del firmamento, sabe las almas que este hijo del serafín de Asís conquistó para Jesucristo. Con un solo sermón convirtió á muchos miles de infieles que arremetieron á mano armada contra los cristianos.

Parece que jugaba con los milagros. Hizo brotar agua de las peñas vivas para apagar la sed de unos compañeros de viaje; alargó una viga para que pudiera servir en la iglesia en construcción de su orden en Santiago del Estero; ahuyentó las langostas que asolaban los

campos de Salta y Jujuy, mandándolas retirarse al lugar que desde entonces se llama *Cerro Colorado*.

La obediencia le destinó á Lima; y así volvió á recorrer á pie sus setecientas leguas. En esa ciudad, llamada entonces la Babilonia de América, predicaba por las calles y plazas y en donde se reunía gente con peligro de ofender á Dios. En un fervoroso sermón movió á la ciudad entera á hacer penitencia, amenazándola con un castigo que la divina justicia le tenía reservado.

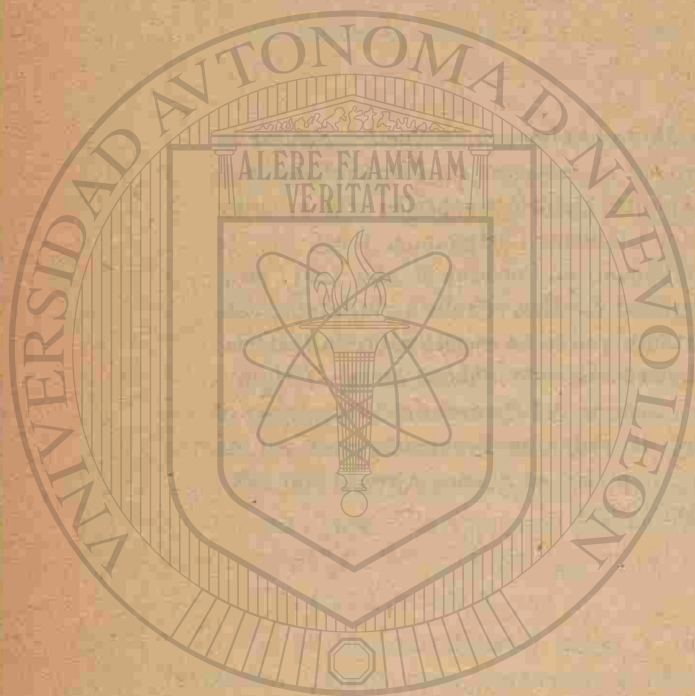
Tantos y tan apostólicos trabajos no le eran estorbo para cuidar de su propia santificación. Pasaba las noches delante del altar de Jesús Sacramentado. Celebraba la misa con tan encendidos afectos, que parecía un serafín, y despertaba ternura á los que le contemplaban. Amaba á la Virgen María con el cariño de un hijo. Le cantaba endechas amorosas y le dirigía mil suavísimos requiebros. Era humildísimo de tal suerte que tenía hambre de humillaciones.

Dios le purificó enviándole larga y dolorosísima enfermedad. Cuando más recios eran los dolores, apretaba con vehemencia el crucifijo al pecho y exclamaba: «¡Dichoso yo, que no habiendo tenido fuerzas bastantes para domar y castigar este cuerpo, mi enemigo, viene ahora en mi ayuda la mano de Dios y hace en mí lo que yo debía hacer!». Sus últimas palabras fueron las de su jaculatoria favorita: *Sea Dios glorificado*. Murió placidamente en el Señor el 14 de Julio de 1610, fiesta del seráfico Doctor San Buenaventura, de quien siempre había sido muy devoto.

Su entierro fué propio de un santo. Dios acreditó la virtud de su siervo transformando su rostro, dejando flexible su cuerpo, y con otras circunstancias maravillosas. Todos los limeños se disputaban los pedazos de su hábito para reliquias. Clemente X lo beatificó en

1675, y en 27 de Diciembre de 1726 fué solemnemente canonizado por Benedicto XIII.

Autoridades.—*La Milagrosa imagen de Nuestra Señora del Rosario que se venera en el convento de Predicadores en la ciudad de Córdoba*. Apuntes históricos sobre su origen, culto, etcétera, por el Doctor Uladislao Castellanos, 1 vol. de 214 páginas en cuarto, publicado en Córdoba el año 1891, establecimiento tipo-litográfico *La Minerva* de A. Villafañe. Este libro es lo más importante que se ha escrito sobre la materia. El autor murió siendo arzobispo de Buenos Aires.—*Origen y coronación de Nuestra Señora del Rosario del Milagro*, por el R. P. Rafael Moyano, del orden de Predicadores, 2 vol. de 600 páginas cada uno, impresos en Buenos Aires el año 1893, imprenta de P. E. Coni é hijos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NEUQUÉN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

CAPÍTULO XVII

Nuestra Señora del Valle (República Argentina)

SUMARIO.—I. La imagen de la Virgen. II. El Valle de Catamarca. III. Origen de la santa efigie. IV. Insurrecciones de los calchaquies. V. Milagros obrados por la Virgen del Valle.

I

LA IMAGEN DE LA VIRGEN

Entre las imágenes célebres de la Santísima Virgen que guarda cual precioso tesoro la República Argentina, ocupa lugar distinguidísimo la que venera con el título de *Nuestra Señora del Valle* en el misterio de su Purísima Concepción. Es honrada en Catamarca, ciudad de unas veinte mil almas, capital de la provincia y departamento de su nombre, situada al pie de la sierra de Ambato, y regada por el arroyo Tala, que surte de aguas á toda la población.

La imagen es pequeña y su figura poco atractiva; pero las gracias que ha dispensado á sus devotos han sido tan grandiosas y admirables, que le han ganado los corazones no sólo de los habitantes de la diócesis de Tucumán, sino de todos los argentinos. No suelen apellidarla los fieles con todas las palabras de su título *Nuestra Señora del Valle*, sino con el nombre de *Nuestra Madre*, ó dulcificándolo más todavía, *Nuestra Mamita*.

Cuando con motivo de las fiestas se la baja del camarín al presbiterio, ha de ser en los brazos del obispo de la diócesis ó del sacerdote más distinguido del clero. Todos los fieles que se hallan presentes, rodean al eclesiástico que lleva tan dulce carga, derraman lágrimas de ternura, y procuran besar la peana ó merecer siquiera que la fimbria del manto de la Virgen les toque la cabeza. Es altamente edificante ver muchedumbres de hombres, mujeres y niños que permanecen como estatuas delante del trono de la Señora, mirándola sin pestañear, rezando preces salidas de pechos encendidos de amor, ofreciéndole velas y otros donativos, ó suplicando á los sacerdotes que toquen en sus manos rosarios ó cintas con la medida de la imagen. Al salir ésta en procesión, cortan con afán las ramas de los árboles junto á los cuales pasa, aunque sean de los árboles de la plaza, y se las llevan como recuerdo de la Virgen sin que las autoridades municipales se atrevan á castigar* estos singulares desmanes.

En 1886 se ratificó el juramento de reconocer á la Virgen del Valle por Patrona de la ciudad y provincia de Catamarca.

En 12 de Abril de 1891, en virtud de facultad pontificia, fué solemnemente coronada la imagen delante de treinta mil romeros. Fué un acontecimiento nacional y de ahí surgió la idea de coronar otras efigies, como la del Milagro, del Rosario de Córdoba, y la de Itatí.

Desgraciadamente no podemos escribir esta reseña con los detalles que hubiéramos deseado, pues sólo hemos podido adquirir el primer tomo de la *Historia de la Virgen del Valle* por D. Samuel Lafont Quevedo, publicada en Catamarca el año 1897, que sólo alcanza al año 1764, fecha en la cual se levantó una información en que declararon cincuenta y dos testigos mayores de toda excepción y bajo la religión del juramento. Cuanto

consignamos aquí, está sacado de esa fuente tan auténtica, y así merece todo crédito.

II

EL VALLE DE CATAMARCA

En 1586 el gobernador de Tucumán, Juan Ramírez de Velasco, resolvió penetrar en el valle de Calchaquí, y quiso que le acompañase el venerable Padre Alonso de Bárcena, apóstol jesuíta, para que anunciase las verdades evangélicas á los bárbaros indígenas que allí moraban. En el espacio de cinco meses y medio, y después de haber recorrido cuatrocientas leguas, el ejército español logró posesionarse del valle, y los indios, admirados de la grandiosidad de la empresa, rindieron vasallaje á los extranjeros. El gobernador, á fin de asegurar el dominio de ese territorio, reunió setenta familias españolas de diversas ciudades y cuatrocientos indios fieles, y en 20 de Mayo de 1591 dió principios á la ciudad que llamó Todos los Santos de la Nueva Rioja. Señaló sitio para una residencia de los Padres de la Compañía de Jesús, los cuales recorrieron todo el valle de Calchaquí catequizando é instruyendo á los indígenas, valiéndose al efecto de la devoción á la excelsa Madre de Dios. Es increíble el influjo que ejercían sobre esos espíritus todavía rudos las enseñanzas acerca de la Mujer bendita que mereció concebir en sus purísimas entrañas al Verbo divino.

Y los hijos de San Ignacio no se contentaban con instruir á los indígenas, sino que los defendían de las extorsiones de los encomenderos; por lo cual fueron muy perseguidos de los ambiciosos que querían enriquecerse á costa de la sangre de los infelices. Para asegurar las comunicaciones con Santiago del Estero, asiento central

del gobierno, el ya citado D. Juan Ramírez de Velasco, hizo construir en el valle de Catamarca un Pucará ó Fuerte que facilitase la defensa. Á su alrededor se formaron haciendas ó propiedades, cuyos dueños las cultivaban con indios dóciles y sumisos. En el año 1619 tenía allí sus parcelas de terreno un vizcaíno, llamado Manuel de Salazar, hombre recto y sencillo, instruido en letras y bastante favorecido por los bienes de fortuna para que pudiese pasar desahogadamente el resto de su vida. Había servido al rey en Chile de donde se trasladó al Tucumán, acompañando al gobernador D. Alonso de Ribera.

Se calcula que eran entonces ocho las familias españolas que vivían en el valle de Catamarca á la sombra del Pucará ó presidio de Polco, y percibiendo el fruto de su honesto trabajo en el producto de los algodones, *chaeras* y demás labranzas.

III

ORIGEN DE LA SANTA EFIGIE

Mientras así se gobernaban los de la colonia española, los indios cristianos del valle y pueblo de Choya acudían en secreto á una cueva de piedra, rodeada de peñascos, donde se hallaba una imagen de la Reina del universo representada en el misterio de su Limpia y Pura Concepción. La festejaban encendiendo hogueras y bailando y haciendo otras demostraciones de regocijo en su presencia.

El año 1630, estando en paz todo el Valle de Catamarca, un indio sirviente del vizcaíno Manuel de Salazar, vió que otros indios llevaban como á escondidas una lamparita y se dirigían á una quebrada del cerro. Al día siguiente, observando sus huellas, dió con la san-

ta imagen y corrió á dar aviso á su amo. Éste, á pesar de las vivas protestas de los naturales, la trasladó desde Choya al Valle Viejo, depositándola en su casa.

Varias conjeturas se han hecho acerca del origen de la santa efigie. Algunos piensan que quizás la traería San Francisco Solano, que por el espacio de ocho años predicó en Tucumán; y sabido es que los hijos del patriarca crucificado de Asis fueron los heraldos de la devoción á la Concepción Inmaculada de Nuestra Señora. Otros, tal vez con más fundamento, la atribuyen á los jesuitas Sansón, Cereceda y Maceda, que evangelizaron á Catamarca entre 1630 y 1632. Sólo un testigo declaró en el proceso haber oído decir á sus mayores que la imagen había venido del Perú.

Pronto la Virgen declaró con un milagro que no era su voluntad recibir culto en casa privada, sino que en su indecible ternura quería favorecer á los indios y á todos los desgraciados. Sucedió, pues, que la efigie portentosa desapareció varias veces de la casa de Manuel de Salazar, volviendo á las peñas que están cerca del pueblo de Choya, donde fué hallada; hasta que los vecinos le construyeron una capilla en que se mantuvo colocada muchos años. Empero para manifestar á Salazar que no le daba un desaire, volvió dos ó tres veces á visitarle en su hogar, con lo cual entendió éste que la Señora le quería para sacristán de su santuario, y en tan santa ocupación vió llegar el último de sus días.

IV

INSURRECCIÓN DE LOS CALCHAQUÍES

Pronto empezó la Inmaculada Madre á favorecer á sus hijos del Valle de Catamarca con motivo de dos levantamientos de los indios calchaquíes, que ocasionaron

una guerra de treinta y cinco años en que corrieron ríos de sangre.

El primer levantamiento tuvo el origen siguiente. En 1627 entró á gobernar la provincia de Tucumán D. Felipe de Albornoz; pero cometió un yerro que ocasionó desgracias sin cuento. Habiendo salido los principales caciques del valle de Calchaquí á darle la bienvenida, el gobernador, por un ligero desmán que cometieron, los trató ignominiosamente, mandándolos azotar y cortar el cabello. Volvieron éstos despechados á sus hogares, resueltos á vengarse á cualquier precio tan pronto como hubieran reunido las armas y la gente necesaria. Llegó el día convenido, y se conjuraron todas las tribus vecinas haciendo destrozos entre los conquistadores descuidados, especialmente entre aquéllos que más habían contribuido para que fueran despedidos los jesuitas, que eran los que dominaban á las muchedumbres. Los indios que hacían de criados en casa de los españoles, mataban á sus amos á traición, y á viva fuerza se abrían camino al Valle, empeñados en recobrar su libertad. Tan amedrentado estaba el Tucumán con el creciente número de insurrectos, que hubieron de pedir los jefes refuerzo á Buenos Aires y al Perú. Diez años duró la lucha con suerte varia, aunque los indios llevaban siempre la peor parte. Y si los pocos españoles no sucumbieron agobiados por el número de los contrarios, se debe atribuir á una gracia especial de la Virgen del Valle.

Es digno de notarse lo que sucedió á los vecinos del Valle Viejo. Una patrulla de indios rodeó la ciudad con intento de asaltarla, en circunstancia en que allí no se hallaban sino mujeres y niños. Pero salióles al encuentro la Soberana Virgen en el mismo río en cuya ribera dicen que la veían, y formándose un formidable huracán los puso en acelerada fuga, librándose así los atribulados vecinos del inminente peligro. Los mismos

indios confesaron después, que, cuando la referida patrulla asaltó al Valle Viejo, vieron en los aires á la Reina del cielo que despedía de su presencia lanzas de fuego, con lo cual desbarató su inicuo proyecto. Con este hecho la sagrada imagen anunciaba que sería el Paladión y amparo de toda la Provincia del Tucumán y especialmente de su propio valle.

Apenas sofocado el primer levantamiento de los calchaquíes y siendo gobernador del Tucumán D. Alonso de Mercado y Villacorta, empezó á hacer correrías por el Virreinato un famoso embaucador llamado Pedro Chamijo, que se hizo conocer por D. Pedro Bohórquez Girón, y decía pertenecer á noble familia. Después de engañar á muchos en el Perú y Chile, logró evadirse á Tucumán, recorrió varias tribus de indígenas, y por fin se refugió en el valle de Catamarca. Allí comenzó á fraguar sus engaños: á los indios los halagaba con la esperanza de librarlos de los aborrecidos españoles, y á éstos los fascinaba con las promesas del rico tesoro de la *Casa Blanca*. El gobernador Mercado cayó en las redes de este embaucador audaz, quiso hacer pactos con él, á pesar de las vivas protestas de los capitanes más experimentados y valientes del ejército y de los consejos del obispo y cabildo; le condecoró con los títulos de teniente gobernador, Justicia Mayor y Capitán de guerra del Valle de Calchaquí; le permitió apellidarse inca, y le obsequió con vestidos bordados, marcasones de plata y llanta ó corona, con sol encima. El cabildo eclesiástico y el clero, á fin de conjurar los males que podían sobrevenir al territorio, nombraron Patrona de Catamarca á la Virgen del Valle y juraron celebrar una fiesta anualmente el día 17 de Septiembre, en que se hacía conmemoración del Dulcísimo Nombre de María. El cabildo civil se adhirió al proyecto el 22 de Septiembre del mismo año, que debe haber sido el de 1657, en que hubo en

la iglesia música, sermón y procesión, y por la tarde se cantaron los cinco salmos, cuyas letras iniciales forman el dulcísimo Nombre de María.

Mercado conoció al fin que había sido engañado; pero ya era demasiado tarde, pues Bohórquez había inquietado á los indios calchaquies, haciéndolos levantarse en armas contra los conquistadores. Dios sabe los males que á los españoles hubieran ocasionado estos levantamientos, si aquéllos no fueran favorecidos de modo portentoso por su protectora la Virgen del Valle. Los testigos del proceso, afirman que la Virgen del Valle se aparecía en los aires á los indios y les infundía tanto miedo y espanto, que los obligaba á desbandarse como derrotados, dando de este modo la victoria á los escuadrones españoles. Así lo confesaban los mismos indios que eran llevados prisioneros al valle de Catamarca; pues al ver la santa imagen, decían: «Ésta es la que nos venció y rindió en las peleas; esta Señora es la que nos amedrentaba, y la que defendía á los españoles». Los gobernadores sucesivos lograron subyugar á los indios calchaquies y los obligaron á expatriarse á otras regiones de la Argentina, repartiéndose sus terrenos entre los españoles.

En 1681 D. Fernando de Mendoza Mate de Luna tuvo la gloria de fundar la ciudad de San Fernando del Valle de Catamarca, dándole cabildo y demás autoridades. El 18 de Diciembre de 1688 fué jurada la Virgen del Valle Patrona de la nueva ciudad y trasladada á ella, para establecer allí el trono de sus bondades y ser el Paladion de toda la provincia.

V

MILAGROS OBRADOS POR LA VIRGEN DEL VALLE

Relataremos ahora algunos de los singulares portentos realizados por la Virgen del Valle, principiando por el llamado de la Cadena, que declararon unánimemente casi todos los cincuenta y dos testigos de la información de 1764. Uno de ellos lo hizo en los siguientes términos: «De hacia el Perú bajó un caballero enfermo, gafo de pies y manos, desahuciado de varios médicos, que con diligencia había buscado por conseguir su salud; y desengañado, bajó así á esta Provincia, con noticia que tuvo de ser tan prodigiosa Nuestra Señora del Valle, á quien se encomendó y prometió visitarla; y llegado á esta ciudad, se hizo llevar á su presencia; y allí con muchas lágrimas le suplicó le diese salud; y consiguiendo cumplidamente despacho favorable, le ofreció y dejó una cadena de oro, en agradecimiento; y saliendo de esta ciudad sano del todo, tomó su retirada; y después de algunos días de camino, se encontró con un conocido suyo, quien con grande admiración de verle sano y bueno, le preguntó cómo había sanado; y le respondió que la Médica que le había puesto en aquel estado era la Virgen del Valle; pero que gracias á la cadena de oro que le presentó. Y habiéndose apartado cogió cada uno su camino; y llegada la noche se acostó en su real muy alegre y robusto, cuando al amanecer le acometieron intensísimos dolores que le sacaban de sí; afligidos sus criados, acudieron al amo; y entre estas diligencias, uno de ellos, encontró debajo de la almohada de su señor la misma cadena, que había dejado como premio de su salud.

La cadena existe en la actualidad y he aquí los datos

curiosos que acerca de ella consigna el señor Lafont: «La cadena está formada por ciento veintiún eslabones gruesos de forma elíptica; el diámetro mayor de ellos es de quince milímetros, y el menor de once, incluyendo en esta dimensión el grueso de los eslabones. Su longitud total es de un metro y quince centímetros; está doblada como las cadenas de cuello; y en uno de sus extremos tiene un pelicano de oro macizo de diez y ocho quilates, tamaño de siete centímetros de largo por cinco de ancho, pero de setenta y cinco gramos, y tiene incrustadas en el pecho, lomo y alas nueve esmeraldas, casi todas de forma esferoidal, siendo la más grande de dos centímetros en su diámetro mayor. Todo el pelicano tiene un esmaltado fino de colores. Esta cadena, como todas las demás joyas que tenía el santuario, debió ser vendida á fin de procurarse dinero para el trabajo de la iglesia matriz; pero por prohibición expresa del Prelado diocesano fué excluida de la venta; y merced á la tal prohibición es como esa joya se conserva al través de dos siglos; y á pesar de las frecuentes necesidades de la iglesia, que ha puesto á los curas en necesidad de convertir en dinero todos los objetos que se regalaban á la sagrada imagen.

Pero hay algo más que notar. La cadena del paralítico, que se arrastra trescientas leguas desde el Perú hasta el santuario, no está inmóvil ni guardada bajo llave en los cofres de la iglesia, no; muy lejos de esto, la cadena es solicitada á todas horas del día y de la noche por la fe de los creyentes; quienes en sus grandes padecimientos y aflicciones quieren aproximar á su corazón el recuerdo de aquel hecho portentoso.

Los curas y demás sacerdotes encargados inmediatamente de la administración de los sacramentos conservan en sus casas la cadena, y la facilitan al primero que la pide, sin reparar en su clase ni condición; y hasta

la fecha en el transcurso de tantos años, nadie ha osado poner su mano en la histórica joya.

Así como la llevan á la casa del pobre menesteroso, lo mismo que á la del rico, así vuelve intacta al santuario. ¿Habrá dado la casualidad de que en el trayecto de dos siglos siempre haya ido la cadena á manos de personas honradas? ¿Porqué alguno de tantos desconocidos, que han tenido á su disposición esa preciosa joya, no ha sido asaltado por el intento de sustraerla, teniendo en su favor el silencio y la oscuridad de altas horas de la noche, y por fin, la impunidad del hecho, desde que habría sido imposible averiguar su identidad y su nombre? El lector prudente se dará de todo esto una respuesta satisfactoria» (1).

Allá por los años 1700 á 1710 la Virgen del Valle resucitó dos muertos. He aquí cómo refieren los testigos el primer milagro. El Maestre de Campo, D. Ignacio Moreno Gordillo, tuvo dos hijos, de los cuales el uno murió al nacer. El otro fué segado por la muerte siendo ya crecido y en sazón en que era el encanto de sus padres. Éstos, apesadumbrados de tamaña desgracia, trajeron el cadáver desde su hacienda de Santa Cruz hasta Catorce, y lo depositaron á los pies de la Virgen del Valle, ofreciéndole que, si le restituía la vida, lo consagrarían al servicio de la iglesia. En el acto obtuvo favorable despacho su petición, pues volvieron con el niño vivo y sano á su casa. Cuando estuvo en edad competente, le dedicaron á la carrera eclesiástica. Sintiendo el joven con vivos deseos de abrazar el estado religioso, escribió á sus padres solicitando permiso; mas éstos, cegados por un falso cariño, no le respondieron. Entonces le acometió una enfermedad á la vista, que le dejó absolutamente ciego. Viendo que todos los

(1) Lafont Quevedo, *Historia de la Virgen del Valle*, pág. 123.

remedios que le aplicaban eran inútiles, acudió el paciente á la Virgen del Valle, ofreciéndole ordenarse de sacerdote y servirle en su santuario, si recobraba la vista. Obtuvo el prodigio y cumplió su palabra.

El segundo caso se realizó de esta manera. Doña Mariana Navarro Velasco ofreció á Nuestra Señora del Valle que si una esclava estéril que poseía, daba á luz un infante, se lo daría para su servicio.

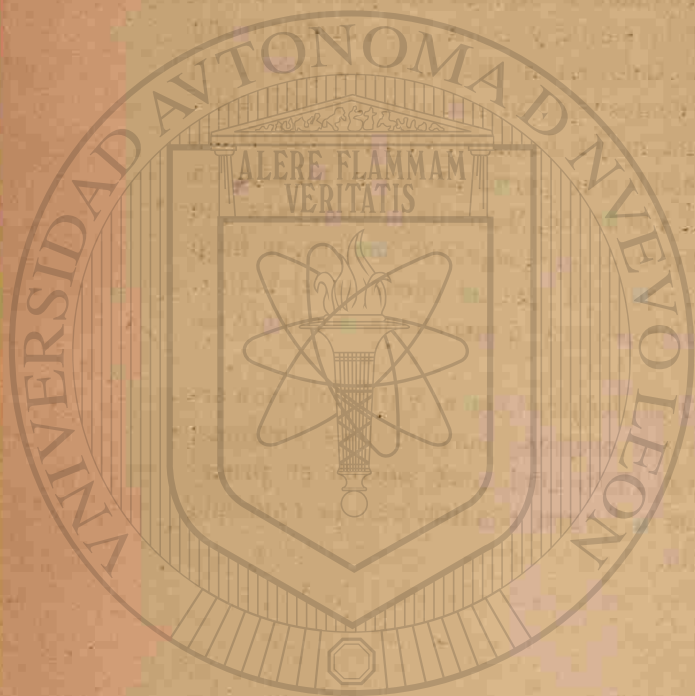
Obtuvo lo que pedía; pero después, arrepentida del voto que había hecho, dijo que para qué quería la Virgen el mulatillo; que le daría por él lo que pesase en cera. Pero sucedió que, entrando la esclava á ver á su hijo, que había dejado durmiendo, lo encontró yerto; y traspasada de dolor ante el cadáver de su hijito, rompió en desgarradores gritos. Acudieron los miembros de la familia, y se convencieron de que el mulatillo estaba difunto. Reconoció la señora Navarro ser este castigo de la Virgen del Valle; por lo cual hizo que llevasen el cadáver á los pies de la santa imagen, y allí renovó la promesa de entregarlo perpetuamente á su servicio si lo devolvía á la vida. Con asombro de todos los circunstantes, el niño recobró la vida, y fué siervo de María Santísima, y en 1764 declaró como testigo en la información.

Para mayor honra de la Virgen del Valle, consignaremos aquí tres de los innumerables prodigios que refieren los testigos de la información.

En el año 1764 se presentó en Catamarca un esclavo del convento de la Merced de la ciudad de la Rioja. Estaba impedido de ambos pies, y sólo se sostenía apoyado en muletas. Cansado de medicinas, que resultaban infructuosas, oyó hablar de las clemencias de la Virgen del Valle, y en el acto resolvió implorar su auxilio. Llegó precisamente en los días de su fiesta, y con admiración de todos cuantos le conocían, volvió sano á su destino.

Érase el año 1752, cuando en el lugar de Chomoros, sucedió el caso siguiente: un page del presbítero Maestro D. Pedro Fernández de Agüero fué picado de una víbora á eso de la siesta; y cerca de la media noche estaba ya agonizando. La madre llamó al presbítero Agüero, el cual confesó que el mal era irremediable. Entonces la buena mujer exclamó: «Virgen Santísima del Valle, ¿es posible que permitáis muera mi hijo en estos desiertos? Á Vos acudo, Madre de piedad, para que no muera; y te prometo que luego que mejore, te haré cantar una misa aquí, ya que no puedo ir al Valle». Luego cesó la enfermedad y á la mañana siguiente estuvo sano.

En el año 1760 se desarrolló en el Valle de Catamarca una epidemia que ocasionó innumerables víctimas; mas, habiéndose el 15 de Diciembre sacado en procesión por las calles la Virgen bendita, cesó la epidemia como por ensalmo.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUESTRA SEÑORA DE ITATÍ (ARGENTINA)

CAPÍTULO XVIII

Nuestra Señora de Itatí (República Argentina)

SUMARIO.—I. Itatí. II. Origen y culto de la santa imagen. III. Descripción de la imagen y su santuario.

I

ITATÍ

Sebastián Gaboto, célebre piloto veneciano, después de haber estado á las órdenes de Enrique VII de Inglaterra, ofreció sus servicios al emperador Carlos V. Éste le comisionó para que, atravesando el estrecho de Magallanes, se dirigiera á las Molucas. Salió de San Lúcar de Barrameda el 3 de Abril de 1526; mas al llegar al río Solís, desistió de su misión y se propuso hallar camino al mágico y poderoso reino de los incas. Después de haber sufrido amarguras sin cuento en el río Uruguay, porque los indios yaroos y churrúas no cesaban de hostilizarle, penetró en el majestuoso Paraná; fundó un fuerte, que llamó de Sancti Spiritus, y con poco más de cien soldados, siguió remontando el río hasta su afluencia con el Paraguay. Los indios guaraníes lo recibieron en actitud pacífica y le dieron noticias que le sirvieron de no poca utilidad. Éstos fueron los primeros europeos que reconocieron el Paraná y los que prepararon la fundación de la actual provincia de Corrientes en la moderna República Argentina.

La ciudad capital la fundó Alonso de Vera y Aragón, llamado el Tupí, por su color moreno, el 3 de Abril de 1588.

Inmediatamente dispuso que religiosos franciscanos formasen reducciones de indios para convertirlos á la fe y civilizarlos. Entre estos abnegados sacerdotes, que tanto lustre dieron á su orden, figura en primera línea el Venerable Padre Fray Luis de Bolaños, compañero inseparable de San Francisco Solano, de quien fué émulo en las virtudes y prodigios.

Nació Bolaños en Andalucía en 1539. Contando treinta y tres años de edad, y siendo diácono se embarcó para América en 1572. Murió de noventa años en el convento de Buenos Aires, dejando indelebles recuerdos de sus heroicas virtudes. Parece que Dios atestiguó la santidad de su siervo con milagros, pues treinta horas después de fallecido, al cortarle la gente un dedo para reliquia, brotó sangre fresca que sirvió para empapar muchos pañuelos, con los cuales se lograron curaciones admirables. En vida hizo brotar fuentes cristalinas del seno de rocas áridas. Los indios lo veneraban con respeto que rayaba en veneración. Lo tenían como un ángel de Dios desde el Guayra hasta la Asunción. Fué llamado el *Apóstol del Paraguay*.

Imposible es seguir los pasos de la misión del Venerable Bolaños. Donde clavaba una cruz, allí formaba un pueblo. Construyó más de cuarenta iglesias. Compu-so un catecismo de la doctrina cristiana en guaraní, que fué aprobado por un Sínodo, como «el más propio y libre de error», siendo obispo del Paraguay, Fray Martín Ignacio de Loyola, sobrino del ínclito fundador de la Compañía de Jesús.

Entre los muchos pueblos que fundó este bendito Padre, sólo recordaremos el de Itati, que es el que nos conviene para esta reseña. Aunque algunos creen que

formó una reducción de indios en Itati por los años 1588, á raíz de la fundación de la ciudad de Corrientes, lo cierto es que los cimientos del pueblo actual los zanjó el 7 de Diciembre de 1615.

Según un distinguido escritor argentino, la etimología de la palabra de Itati es «eminencias de piedra ó puntas de piedra». Hállase situado el pueblo á los 27° de latitud sur en una pintoresca barranca de la margen izquierda del Alto Paraná, á dieciocho leguas de la ciudad de Corrientes. Contemplando Itati desde el puente de alguno de los vaporcitos que surcan el río, ofrece el panorama de gran ciudad; pero poniendo el pie en tierra, se presenta cual es, sencillísimo, de pocas casas agrupadas al rededor de una gran plaza. La mayor parte de los vecinos viven diseminados en sotos y *chaeras*. Sus alrededores son poéticos, á causa de su variadísima exhuberancia de árboles en que campean los talaes, molles, samuhúes, timboes, yuqueríes y palmeras.

El venerable Bolaños construyó humilde capilla de paja, que empezó en 1615 y concluyó en 1618, donde colocó una imagen de la Santísima Virgen que representa el misterio de su Purísima Concepción, y que ha llegado á ser el embeleso, no sólo de la diócesis de Paraná, sino de los fieles de la Argentina entera, del Paraguay y del Uruguay. En 16 de Julio de 1900 fué coronada en medio de brillantísimas fiestas.

II

ORIGEN Y CULTO DE LA SANTA IMAGEN

El origen de la santa imagen está envuelto en misteriosas tinieblas. Diversas opiniones han manifestado personas inteligentes; pero ninguna descansa en sólido fundamento. El presbítero D. Jorge María Salvaire, el

erudito historiador de Nuestra Señora de Luján, y á quien la muerte sorprendió cuando se disponía á escribir también la historia de la Virgen de Itatí, afirmaba que esta imagen era la que llevaba consigo el ilustre jesuita paraguayo, V. P. Pedro Roque González de Santa Cruz, á la que apellidaba *la Conquistadora*, porque con su auxilio logró fecundísimo apostolado en Uruguay, Paraguay y Argentina. Dicho venerable Padre murió martirizado por el cacique apóstata Nezú y otros más. Pero parece inverosímil esta opinión: lo primero, porque la imagen del Padre González era pintura y no efigie; lo segundo, porque dicha imagen la destruyeron los indios, como lo afirma el P. Nieremberg con estas palabras: «pereció entre las manos de los bárbaros aquella sagrada pintura»; y lo tercero, porque el martirio del santo jesuita fué en 1628, y según la tradición de Itatí, la imagen estaba allí en 1615 (1).

Otra tradición asegura que los franciscanos trajeron la imagen del Paraguay, donde existe la efigie de Nuestra Señora de Capiatá, considerada como hermana de la que se venera en el pueblo de Itatí.

Por fin no falta quien opina que la imagen fué halla-

(1) Acerca de la muerte del P. González refiere el P. Nieremberg lo que sigue: «Fueron el cacique Caarupé con su esclavo Maranguá (que fueron de los asesinos) á reconocer las hogueras en que habían dejado los venerables cuerpos de los mártires; y vieron que de el del P. Roque González salía una voz bien formada, que articulaba estas razones, en cuya sustancia concuerdan muchos testigos: «Habéis muerto al que os ama; habéis muerto mi cuerpo y molido mis huesos; pero no mi alma, que está ya entre los bienaventurados en el cielo. Muchos trabajos os han de venir con ocasión de mi muerte, porque mis hijos vendrán á castigaros por haber maltratado la imagen de la Madre de Dios».

Efectivamente la salvaje sublevación fué enérgicamente escarmentada por el bravo capitán D Manuel Cabral, ayudado por los indios de Itatí.

da sobre unas rocas en el río Paraná, dos leguas más abajo de Itatí, que la recogieron los franciscanos y quisieron fundar un pueblo; pero después no se sabe por qué motivo fué trasladada á donde hoy se encuentra. La primera población desapareció, y por eso al paraje se le llamó: *Taba-cué* (que fué pueblo).

Sea lo que fuere acerca del origen de la santa imagen, lo cierto es que hace ya tres siglos que recibe ferviente culto de sus amantes hijos, que se ha acreditado con singulares milagros, y que ha defendido á su pueblo de las correrías de los indios salvajes durante doscientos años, y después en las guerras intestinas que desolaban á la Argentina y de los odios de los tiranos.

Curiosísima es una declaración del R. P. Fray Juan de Gamarra (1), hecha ante el notario público eclesiástico de Itatí en 14 de Febrero de 1635, en que da cuenta de sesenta prodigios obrados por la Santísima Virgen de Itatí. Referiremos algunos.

Un ciego recobró la vista; un incendio se detuvo cuando se acudió al patrocinio de la Virgen. Un religioso padeció seis años erisipela en las piernas, que le afligia mucho con fiebres recias; y estando muy enfermo de ellas, pidió el manto que se había quitado á la Santísima Virgen; se lo aplicó á la cabeza y á las piernas, se durmió sosegadamente, y al otro día despertó sano. Un indio muy afligido con una espina en la garganta, puesto al cuello un rosario tocado á la Señora, arrojó la espina. Cierta indio, que fué picado mortalmente por una vibora, confesóse y dispúsose para morir; cuando ya todos le tenían por muerto, fuéle atada á la cabeza una cinta tocada á la Virgen y al momento volvió en sí, quedando sano y bueno. Presen-

(1) Publicada por el periódico *El Pueblo* de Corrientes en su número del 24 de Marzo de 1891.

tóse en Itati una nube de langosta, que cubría el sol; los sacristanes abrieron luego las puertas de la iglesia, y entraron algunos indios á pedir misericordia ante la santa imagen; luego la langosta se dividió en dos bandas, dejando al pueblo y sus chaeras al medio, y á las cuatro leguas se iban juntando otra vez como al principio. Viendo milagro tan patente, el pueblo reconocido acudió en masa á la iglesia para agradecer favor tan señalado.

Durante la guerra civil que siguió á la independencia, la Virgen de Itati no dejó de favorecer á su pueblo predilecto y á varios nobles militares que allí nacieron. Basta citar á los coroneles Manuel Vallejo y Desiderio Sosa. El primero por la velocidad de sus movimientos militares, es conocido por el nombre de *El Pájaro*. Otros le titulaban el Cid correntino. En uno de sus levantamientos contra la tiranía de Miguel Virasoro, llevó en 1849 la imagen de Itati al Paraguay, como para indicar que todo el pueblo estaba con él, permaneciendo allí la Virgen hasta 1852. Sosa se distinguió capitaneando al Batallón Correntino en la guerra del Paraguay y en la campaña contra López Jordán.

III

DESCRIPCIÓN DE LA IMAGEN Y DEL SANTUARIO

La imagen es de madera tallada, y en sus facciones revela ser obra de artista no vulgar. Tiene un metro veintiséis centímetros de altura. El rostro es sonrosado y bien modelado, que ni es del todo redondo ni puede llamarse ovalado. Está con las manos juntas ante el pecho en actitud de orar. Varias veces ha habido necesidad de retocarla, sobre todo en la cabeza, que decían los artistas empezaba á apollillarse. El Dr. Martín de

Moussy hizo de ella esta descripción en 1856: «La estatua milagrosa, según el uso, lleva vestido de raso blanco y manto de terciopelo azul; la corona que adorna su cabeza es de plata dorada; tiene zarcillos de brillantes, brazaletes de oro y perlas. Se ha practicado en el fondo del nicho una ventanita oculta para dar tránsito á la luz que descende á iluminar la parte superior de la estatua y el grupo de angelitos que la rodean; este efecto de luz produce una especie de aureola luminosa al rededor de la cabeza, que hace mucha ilusión».

Digamos algo referente al santuario. Ya vimos que el Venerable P. Bolaños concluyó el primer santuario de paja en 1618. En 1626 le substituyó otro más capaz, que fué destruido por los payaguaes; y en consecuencia se construyó otro más sólido en 16 de Marzo de 1764 por disposición del Padre Predicador Fray Bernardo Sánchez, décimo sexto cura del pueblo. En 1827 hubo de repararse dicho templo con el rédito de las estancias de la Virgen vendidas por el gobernador Pedro Ferré. Esta obra resultó pésima; por lo cual hubo de edificarse casi de nuevo en 1853, y es el que subsiste al presente y que algún viajero aseguró ser el más sólido de la provincia de Corrientes. No obedece á estilo determinado; pero le dan mucha gracia á la fachada dos esbeltas torres. Las dimensiones del santuario son 37'62 metros de largo, 8'36 metros de ancho y 8 de alto. El interior es bastante espacioso y bien decorado. El altar es de estilo gótico, y fué construido y dorado en 1891. Al año siguiente se inauguraron dos altares y se restauraron el camarín y el bautisterio.

IV

PEREGRINACIONES Y CORONACIÓN

El pueblo argentino ha demostrado su amor á la Virgen de Itatí acudiendo en romerías públicas á su santuario. Fué notable la que salió de Corrientes el 21 de Octubre de 1896, entregando á la Virgen un estandarte de rica seda con una inscripción adecuada.

Tuvo resonancia de gran acontecimiento social la romería de 7 de Junio de 1897 presidida por el Arzobispo de Buenos Aires, Ilmo. Sr. Dr. D. Uladislao Castellanos. Fué dejado en el santuario este riquísimo estandarte.

En 5 de Mayo de 1898 se efectuó otra, á iniciativa del Apostolado de la oración, para conseguir la paz amenazada entre la Argentina y Chile. Fué colocada una placa conmemorativa.

Pero la mayor prueba de amor que Corrientes ha dado á su hermosa Virgen, es haber obtenido de la Santa Sede la gracia de la coronación. Autoridades, clero y pueblo fiel interesaron al Ilmo. Señor obispo de Paraná, Dr. D. Rosendo de la Sastu, para que interpusiera su influjo en Roma, adonde se dirigía con motivo del Concilio Plenario de la América Latina, á fin de que se decretase corona de oro á Nuestra Señora de Itatí. León XIII aceptó benigno la súplica del bondadoso Prelado y se dignó bendecir él mismo la corona el 16 de Julio de 1899. La joya fué ejecutada en París con el oro y las piedras preciosas que cedieron las damas de Corrientes. He aquí la descripción que de ella hace el libro de los SS. Berticioli y Baraj.

«La preciosa corona de oro y enriquecida de valiosos diamantes y perlas, pertenece al estilo que usaban las

coronas imperiales en el Renacimiento, con la diferencia de que pocas veces el joyero habrá hecho un trabajo tan acabado y artístico, ya se mire la diadema, ya los seis arcos, graciosos montantes cuyas curvas tienen bastante del estilo *llameante* ó *radiante*, ya los seis floreros, ya el remate de la corona consistente en un precioso engarce, sobre el que un globo sostiene una cruz.

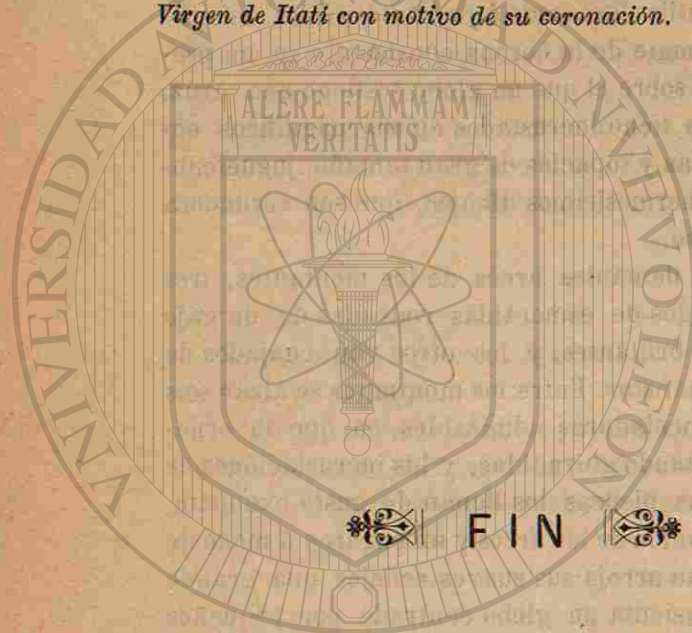
«La diadema tiene incrustados en sus magníficos engarces amatistas y topacios de gran tamaño, jugueteando entre ellos hermosísimos dibujos, que son verdadera filigrana de arte.

«De los seis flamantes arcos de los montantes, tres están guarnecidos de esmeraldas rodeadas de un gajo de palmas de brillantes, y los otros van cuajados de espléndidas amatistas. Entre los montantes se alzan seis florones con cinceladuras admirables, en que la ornamentación, imitando guirnaldas, y las incrustaciones de granates y otras piedras los llenan de gusto exquisito.

«Sobre la reunión de los arcos y un engarce á modo de diadema, en que arroja sus suaves reflejos una grande esmeralda, se asienta un globo centrado por pequeños amatistas, rematado por una cruz, obra maestra de labor, á que dan realce grandes brillantes, estando circundado el todo por aureola de doce estrellas, también de brillantes».

La augusta ceremonia se verificó el 16 de Julio de 1900 en la ciudad de Corrientes; para lo cual se trasladó la imagen como correspondía á una Reina. Calculándose que miles de peregrinos querrían presenciar la exaltación de María, se tuvo en cuenta la falta de comodidad de Itatí para hospedarlos y lo crecido del precio de pasaje en los vapores del Paraná. El mismo gobierno de la provincia contribuyó con diez mil pesos á la solemnidad de las fiestas. Éstas quedarán eternamente grabadas en los anales de Corrientes y de toda la Argentina.

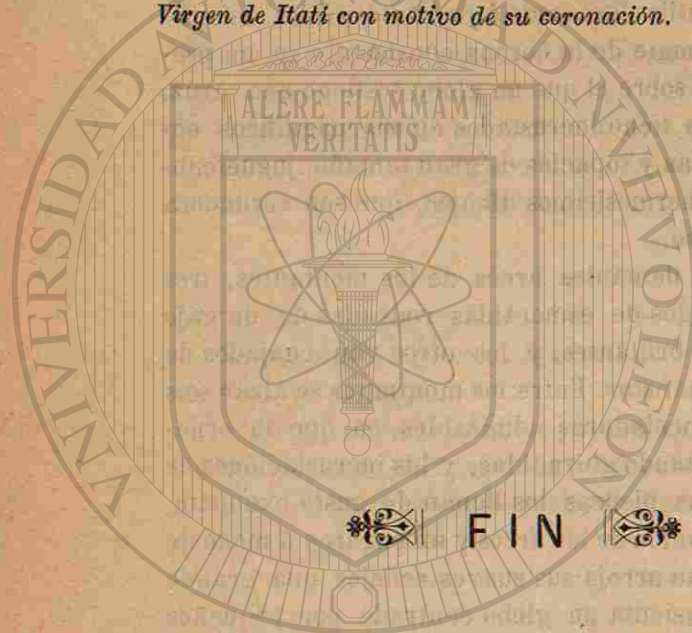
Autoridades.—*La Virgen de Itatí*, homenaje de veneración y amor á la milagrosa imagen de Nuestra Señora, por el Muy R. P. Simeón Barticioli y señor presbítero Esteban F. Baraj, libro impreso en Corrientes en 1900.—*Corona poética de la Virgen de Itatí con motivo de su coronación.*



ÍNDICE

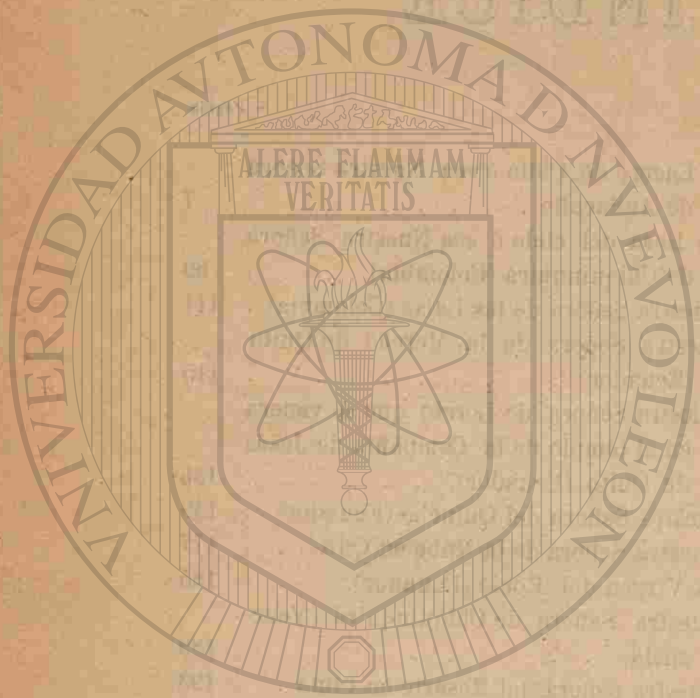
	Página
CAP. I. El Lucero de Chile ó sea Nuestra Señora de Andacollo	7
» II. La Rosa del cielo ó sea Nuestra Señora de Chiquinquirá (Colombia)	69
» III. Nuestra Señora de las Lajas (Colombia)	111
» IV. Nuestra Señora de la Merced de Quito (Ecuador)	115
» V. Nuestra Señora de Loreto que se venera en el templo de la Compañía de Jesús de Quito (Ecuador).	135
» VI. Nuestra Señora del Quinche (Ecuador).	149
» VII. Nuestra Señora de la Nube en Quito.	177
» VIII. La Virgen del Rocío (Ecuador).	185
» IX. Nuestra Señora de Chiquinquirá (Venezuela).	189
» X. Nuestra Señora del Rosario en Lima	193
» XI. Nuestra Señora de Copacabana (Bolivia).	199
» XII. Nuestra Señora de Caacupé en el Paraguay	229
» XIII. Nuestra Señora la Aparecida (Brasil)	241
» XIV. La Perla del Plata ó sea Nuestra Señora de Luján en la Argentina	247
» XV. La Virgen del Milagro, que se venera en la Catedral de Salta (República Argentina).	275
» XVI. Nuestra Señora del Rosario, que se venera en Córdoba (República Argentina).	297
» XVII. Nuestra Señora del Valle (República Argentina).	317
» XVIII. Nuestra Señora de Itatí (República Argentina).	331

Autoridades.—*La Virgen de Itatí*, homenaje de veneración y amor á la milagrosa imagen de Nuestra Señora, por el Muy R. P. Simeón Barticioli y señor presbítero Esteban F. Baraj, libro impreso en Corrientes en 1900.—*Corona poética de la Virgen de Itatí con motivo de su coronación.*



ÍNDICE

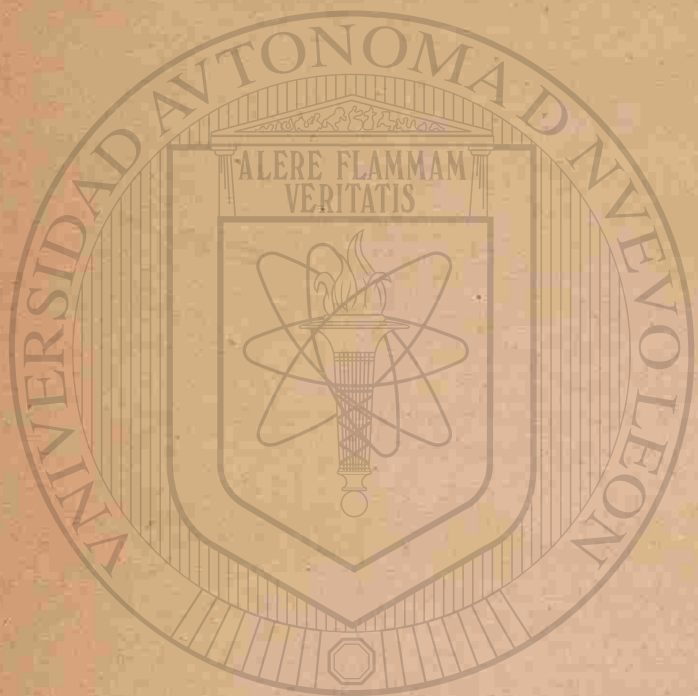
	Página
CAP. I. El Lucero de Chile ó sea Nuestra Señora de Andacollo	7
» II. La Rosa del cielo ó sea Nuestra Señora de Chiquinquirá (Colombia)	69
» III. Nuestra Señora de las Lajas (Colombia)	111
» IV. Nuestra Señora de la Merced de Quito (Ecuador)	115
» V. Nuestra Señora de Loreto que se venera en el templo de la Compañía de Jesús de Quito (Ecuador).	135
» VI. Nuestra Señora del Quinche (Ecuador).	149
» VII. Nuestra Señora de la Nube en Quito.	177
» VIII. La Virgen del Rocío (Ecuador).	185
» IX. Nuestra Señora de Chiquinquirá (Venezuela).	189
» X. Nuestra Señora del Rosario en Lima	193
» XI. Nuestra Señora de Copacabana (Bolivia).	199
» XII. Nuestra Señora de Caacupé en el Paraguay	229
» XIII. Nuestra Señora la Aparecida (Brasil)	241
» XIV. La Perla del Plata ó sea Nuestra Señora de Luján en la Argentina	247
» XV. La Virgen del Milagro, que se venera en la Catedral de Salta (República Argentina).	275
» XVI. Nuestra Señora del Rosario, que se venera en Córdoba (República Argentina).	297
» XVII. Nuestra Señora del Valle (República Argentina).	317
» XVIII. Nuestra Señora de Itatí (República Argentina).	331



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.

BT650
C4
v.2

45332

AUTOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSINA

U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

BT650

C4

45332

v.2

AUTOR

CEPEDA, Felix Alejandro.

TITULO

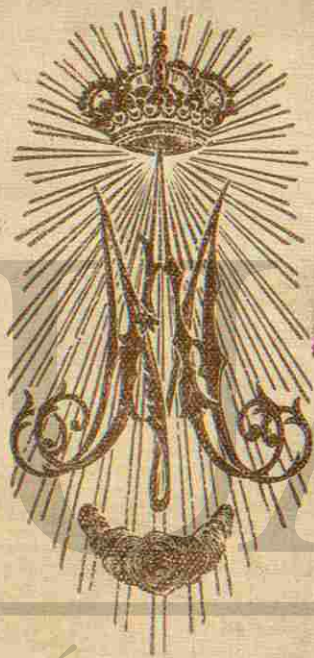
América mariana : ó sea Historia compendiada de las imágenes de la.

FECHA DE VENCIMIENTO

NOMBRE DEL LECTOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECA